

Los misterios más fascinantes del catolicismo

LOURDES GÓMEZ

**LA IGLESIA
Y SUS
ENIGMAS**



Luciérnaga

ÍNDICE

PORTADA

SINOPSIS

PORTADILLA

DEDICATORIA

INTRODUCCIÓN

1. RELIQUIAS, OBJETOS DE PODER

CULTO UNIVERSAL

El Grial, la reliquia más perseguida

El cáliz de doña Urraca, el secreto oculto en la «capilla sixtina» del Románico

El santo cáliz de Valencia, el peso de la historia y de la tradición

El sagrado mantel de Coria, una pieza única en la cristiandad

La santa espina de Mula, ¿un pedazo de la corona de Cristo?

La sábana santa, reliquia entre reliquias

2. EL MISTERIO DE LA VIRGEN DE GUADALUPE

LOS SECRETOS DE LA GUADALUPE EXTREMEÑA

Analizando la leyenda

La Virgen de Guadalupe de México, un enigma vigente
Las controversias entre la Virgen de Guadalupe de Extremadura y la
Virgen de Guadalupe de México

3. EL MUNDO DE LOS MILAGROS

LOS MILAGROS, EN PROFUNDIDAD

La posición de la Iglesia ante los milagros

Los prodigios de Jesús de Nazaret

La milagrosa misa del padre Cabañuelas

El milagro del arroz de Olivenza

Los santos y sus enigmas

San Pedro de Alcántara y sus misterios

4. LAS ÁNIMAS: LOS FANTASMAS DE LA IGLESIA

LAS ALMAS EN PENA Y EL PURGATORIO

Tradiciones

Fray Pedro de Villacreces, el religioso que se aparece

5. MANIFESTACIONES DIABÓLICAS

QUIÉN ES EL DIABLO

El diablo, un espíritu con muchos disfraces

Exorcismos en el siglo XXI

El manuscrito de Villafranca y el bebé endemoniado

Fiestas relacionadas con el diablo

Encuentros con el maligno

6. FÁTIMA, EL ALTAR DEL MUNDO

CRÓNICA DE UN DÍA HISTÓRICO: EL CENTENARIO DE FÁTIMA

En busca del milagro

Tres pastorcitos y varias apariciones

Las apariciones del ángel que «preparó» a los videntes

Los espiritistas que predijeron la aparición de Fátima

El misterio de los mensajes

7. LUCES POPULARES, LAS LUMINARIAS DEL FIRMAMENTO CRISTIANO

NUMEROSOS TESTIMONIOS

Luces de la Reconquista, los santos de las batallas

Luces e intervenciones divinas en la conquista de América

La visión de los vencidos. Moctezuma y sus oscuros presagios

A MODO DE CONCLUSIÓN

BIBLIOGRAFÍA

NOTAS

CRÉDITOS

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y
descubre una
nueva forma de disfrutar de la
lectura

**¡Regístrate y accede a
contenidos exclusivos!**

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

SINOPSIS

La historia de la Iglesia está llena de fenómenos sin explicación aparente, personajes con facultades extraordinarias y objetos a los que se les atribuye un poder divino. Aunque la teología católica defiende que no sustenta su fe en estas manifestaciones, en las biografías de los santos encontramos multitud de prodigios y los templos cristianos están rodeados de leyendas fascinantes. Esta obra profundiza en las reliquias más importantes, como el Grial o la Sábana Santa; se adentra en los santuarios marianos que acogen las advocaciones más enigmáticas, como Guadalupe o Fátima; así como en el mundo de los milagros, las ánimas, el exorcismo o las luminarias.

LOURDES GÓMEZ

LA IGLESIA
Y SUS
ENIGMAS

Los misterios más fascinantes del catolicismo



Ediciones Luciérnaga

*A Merce, Antonio, Antoñito, María,
Pablo, Yohanan y Caneli*

INTRODUCCIÓN

En un mundo en el que lo espiritual es lo anecdótico y lo material el pan nuestro de cada día, es complicado hablar de reliquias, fenómenos místicos o milagros. Normalmente, la presencia de estos temas en los medios de comunicación no pasa de la mera curiosidad. Rara vez encontramos, en los espacios convencionales, reportajes en profundidad que excedan ese umbral del morbo para emprender una búsqueda sincera de los orígenes de estas tradiciones. Sin embargo, a pesar de esta realidad, con la revolución de internet y los programas a la carta, el ciudadano tiene la oportunidad de tomar las riendas del periodismo que desea consumir. Y cuando se analiza qué temáticas son las que más atraen al consumidor, nos damos cuenta de que el misterio y lo desconocido ocupan las posiciones más altas de la tabla. Detrás de esos porcentajes tan elevados de descargas hay personas que se hacen preguntas, que desean conocer más del mundo que las rodea, que intentan encontrar a la vida un sentido más amplio que el que se circunscribe a una sociedad consumista.

Aunque los enigmas religiosos eran más abundantes en el pasado, en épocas tan supersticiosas como la Edad Media, hoy día perviven en todo el orbe costumbres que entroncan con la parte más irracional del ser humano. Son tradiciones que no obedecen a una búsqueda empírica, sino a un misticismo que provoca efectos que desafían a la ciencia más avanzada. Están ahí, ocurren en todo el planeta, no son recuerdos de otros siglos.

Este libro se sumerge en objetos, personajes, fiestas y ritos que se desarrollan en el seno de la Iglesia católica, una institución religiosa que

cuenta con más de 1.200 millones de fieles en todo el mundo. Lo reflejado en esta obra es fruto de diez años de investigaciones, una década en la que he recorrido distintos lugares en busca de la cara más enigmática del catolicismo.

Conviene aclarar que cuando hablo de enigmas o misterios en el contexto de este libro, hago alusión a aquellas prácticas religiosas que se sustentan sobre creencias cuyo único pilar es la fe, o fenómenos que a día de hoy no tienen una explicación científica. Hago esta aclaración porque no es la primera vez que me dicen que estas palabras, *enigma* y *misterio*, tienen connotaciones negativas en la medida en que se considera que están asociadas a aspectos oscuros de lo esotérico. Nada más lejos de la realidad. Considero que son términos adecuados para referirnos a realidades cuyos mecanismos últimos desconocemos.

El lector también debe saber que esta obra no defiende ni condena los temas que se exponen. Esta búsqueda la he emprendido desde un punto de vista periodístico, profundizando en los distintos episodios que narro y presentando tanto la parte espiritual como las investigaciones científicas asociadas a cada cuestión. Aunque la objetividad pura no existe, todos tenemos la opción de jugar en la liga de la honestidad, un valor que he tratado de tener presente a la hora de redactar estas líneas.

El objetivo que persigo con estas páginas es contagiar al lector el asombro que a mí me causa descubrir este tipo de historias. Transmitir la curiosidad y la emoción que me embarga cuando percibo que nuestra realidad es mucho más compleja, mágica y desconocida de lo que siempre nos han contado.

1

RELIQUIAS, OBJETOS DE PODER

Confieso que cuando entro en un templo cristiano por vez primera siempre busco el relicario, es decir, el conjunto de reliquias que se guardan en un determinado santuario. Más allá de esa pátina de misterio que poseen este tipo de piezas, el número, la variedad, las curiosidades y leyendas asociadas a las mismas nos suelen hablar de la importancia que tuvo ese espacio en la antigüedad, de los personajes ilustres que pasaron por allí, de las pequeñas y grandes historias que tuvieron lugar en ese enclave. Porque las reliquias distan bastante de ser simples artículos que se custodian en iglesias y catedrales de todo el mundo; son objetos relacionados con el poder, «máquinas hechas para emocionar», como diría Javier Sierra. Ellas han sido depositarias de la fe y de los ruegos de millones de personas a lo largo de la historia de la cristiandad, provocando guerras y enfrentamientos entre distintas confesiones o reinos, todos en pugna por retener estos objetos sagrados en la creencia de que los ayudaban a tener suerte en sus empresas y a estar cerca de la divinidad.

CULTO UNIVERSAL

Las reliquias nacieron con el cristianismo, pero sería erróneo pensar que solo están presentes en nuestro contexto religioso y sociocultural. En el Museo

Topkapi de Estambul (Turquía), muy conocido por albergar el enigmático mapa de Piri Reis,[1] existe un pabellón donde se veneran algunas reliquias relacionadas con el profeta Mahoma: un diente, unos pelos de su barba, una tablilla de barro donde aparece, supuestamente, la huella de su pie, así como su estandarte y su manto. Esta última es la pieza más preciada para los musulmanes, quienes piensan que tiene propiedades milagrosas.[2] Por su parte, los budistas adoran lo que consideran restos de su fundador, el príncipe Siddharta Gautama, como algunos fragmentos óseos y porciones de su dentadura.

Con todo, el deseo de guardar estas piezas surge con los primeros mártires de la Iglesia. Los cristianos llegaron a la conclusión de que los que habían sufrido martirio podrían ser unos excelentes intercesores ante Dios, de ahí que decidieran hacerse con sus ropas, enseres y cuerpos para acelerar las concesiones de la divinidad. Según Antonio Piñero, catedrático de Filología Griega de la Universidad Complutense de Madrid, especializado en lengua y literatura del cristianismo primitivo,[3] «la implantación de la devoción a las reliquias se hace casi general en la cristiandad del siglo IV unida a la libertad de culto que proporcionó el Edicto de Milán del año 311, en el que el emperador Constantino, después de la batalla del puente Milvio, permitió que el cristianismo pudiera añadirse a la lista de religiones y cultos permitidos en el Imperio. Ello produjo peregrinaciones a los lugares emblemáticos de la cristiandad, sobre todo Roma y Jerusalén». Precisamente, en esta época de auge de las peregrinaciones empiezan a tenerse noticias de las reliquias más importantes de la Iglesia: las de Jesús de Nazaret.

Hacia el año 340 el obispo de Jerusalén, Cirilo, expandió la noticia de que durante las obras de construcción de la iglesia del Santo Sepulcro había aparecido un gran leño que, para ellos, era parte de la cruz en la que había muerto Jesús. Es justo en este instante cuando se crea ese interés por guardar las astillas de ese leño, en el convencimiento de que protegían contra todo tipo de males. Y no solo los restos de la cruz, pues los cristianos de aquel tiempo asistieron al nacimiento del culto a todos los objetos diseminados por el mundo que, según la leyenda y la tradición, fueron tocados por Jesús de Nazaret. Dos de los más importantes están en España, en Valencia y en León.

El Grial, la reliquia más perseguida

El terreno de las reliquias suele estar abonado con grandes dosis de relatos legendarios y la indispensable condición de la fe como único elemento de empuje a una historia llena de lagunas.

El hecho de denominar al cáliz utilizado por Jesús en la Última Cena como grial tiene su origen en un relato medieval. Tal y como me explicaba el reputado investigador Jesús Callejo en una agradable reunión que mantuvimos en el pintoresco mesón madrileño La Fontana de Oro, «el grial es todo un ciclo literario relacionado con la figura legendaria del rey Arturo, pero con independencia de sus raíces históricas, este relato nace en el siglo XII a partir de una serie de personajes, como Geoffrey de Monmouth, que empiezan a añadir a la leyenda de Arturo elementos de su cosecha». Aquella tarde de invierno me desplazé a Madrid con la intención de que Jesús me diera más detalles sobre esta misteriosa pieza. Recuerdo que fue en el año 2014 cuando decidí introducirme a fondo en esta historia, y él fue mi primer guía en una aventura fascinante.

Lo primero que saqué en claro de aquella reunión es que en la leyenda del rey Arturo lo más importante no son sus doce caballeros, su espada Excálibur o su mesa redonda. El elemento destacado, por encima de cualquier otro, es esa búsqueda de perfección materializada en la búsqueda del grial. «Esta pieza ha sido representada con distintos objetos como una escudilla, por ejemplo, o como la esmeralda que cae de la frente de Lucifer», me decía Callejo, añadiendo que, en concreto, es Robert de Boron quien «le da un componente cristiano asociándolo con la copa de la Última Cena». Así fue como el abstracto grial pasó a considerarse algo físico, tangible, y con propiedades curativas y milagrosas derivadas de su relación con Jesús de Nazaret.

Diversos griales en la cristiandad

Por ende, más allá de esa relación del término *grial* con enseñanzas ocultistas y espirituales, si tomamos la palabra por la vertiente de la reliquia, nos encontraremos que existen diversos griales, es decir, diversos cálices que, según los fieles, están entre los candidatos a ser el que habría sido utilizado por Cristo durante la Última Cena. Su fama nace en el medievo, en el siglo XII, cuando se extiende el mito del Grial gracias a la literatura trovadoresca; así, toda Europa se disputa su custodia y cada cual dice estar en posesión de la verdadera reliquia.

En Inglaterra, por ejemplo, existen tres griales: el vaso de Nanteos, el grial de Hawstone y el cáliz de Ardagh. El que posee más tradición es el vaso de Nanteos, un cuenco de madera que, según sus custodios durante mucho tiempo, la familia Powell, procedería de la abadía de Glastonbury, donde, a tenor de la leyenda artúrica, José de Arimatea lo habría depositado. Si tenemos en cuenta los recientes análisis a los que ha sido sometido, el vaso de Nanteos fue creado en el siglo XIV.

Curiosamente, en América también hay un grial: el cáliz de Antioquía. Forma parte de la colección del Metropolitan Museum of Art de Nueva York. A pesar de que la prestigiosa institución lo dató entre los años 350 y 500 d. C., son muchos los que se acercan a contemplar esta pieza considerando que es el «cáliz del Mesías». Y sin irnos tan lejos, en Italia, tenemos al Santo Catino y la Sacra Catina, ambos en Génova. Como se observa, hay muchos griales, pero según el estudioso Jesús Callejo: «Aunque hay unos doce en toda la cristiandad, analizando cada uno llegamos a la conclusión de que solo dos resisten las pruebas arqueológicas, históricas y legendarias: el de Valencia y el de León».

El cáliz de doña Urraca, el secreto oculto en la «capilla sixtina» del Románico

En el año 2014 y gracias a una investigación histórica, el grial, un objeto de leyenda con gran empaque en el campo de la literatura y de los enigmas, pasó de ser un elemento intangible a una realidad con nombre propio: el cáliz de

doña Urraca.

Una noticia inolvidable

Aquel día de finales de marzo de 2014, el *Diario de León* amaneció con el siguiente titular:

EL SANTO GRIAL ESTÁ EN LEÓN

A esta lapidaria frase le seguían otras dos que no tenían desperdicio: «Una investigación histórica descubre que el cáliz de doña Urraca es la copa de la Última Cena. Unos papiros egipcios revelan que llegó hace mil años a San Isidoro como regalo de un emir a Fernando I». Devoré la información, unas líneas que aquel día estaban en boca de todos los seguidores de lo enigmático. Pero, más allá de mi sorpresa como aficionada, yo quería investigar aquel asunto. Necesitaba saber más. Tanto es así que me puse en contacto con la editorial Reino de Cordelia. En la publicación del *Diario de León* se decía que toda la investigación histórica sobre aquel objeto se había recogido en un libro titulado *Los Reyes del Grial*, cuyos autores eran Margarita Torres Sevilla y José Miguel Ortega del Río. Añadían, además, que el ensayo saldría a la venta unos días después, a principios de abril. Yo no podía esperar tanto. Conseguí que la editorial me enviara el libro a la mayor brevedad y pude acercarme al grueso de la investigación antes de que llegara a las tiendas. Por aquellos días tuve la oportunidad de entrevistar, en varias ocasiones, a todos los artífices de la investigación, especialmente a Margarita Torres Sevilla y José Miguel Ortega del Río. Paso a relataros la historia que me transmitieron.

La colegiata de San Isidoro de León guarda un enigma

Coincidiendo con la publicación de *Los Reyes del Grial*, el museo de la colegiata de San Isidoro de León se convirtió en una de las salas más visitadas de nuestro país. ¿La razón del cambio? Un objeto legendario

respaldado por una investigación histórica. De entre la valiosa colección que guarda este indispensable enclave leonés sobresale un elemento que había pasado desapercibido hasta entonces: el cáliz de doña Urraca. Lo cierto es que para los leoneses esta copa era especial desde hacía mucho tiempo, no solo por ser uno de los más bellos y ricos cálices que se conservan, sino porque el antiguo abad y académico de San Isidoro, Antonio Viñayo, llevaba décadas asegurando, de viva voz y hasta en la prensa, que se trataba de la copa que utilizó Jesús de Nazaret durante la Última Cena. No es que el estudioso quisiera conferirle un aura mágica a uno de los tesoros de León, sino que tenía sospechas de que esta pieza era mucho más valiosa de lo que a simple vista parecía. Antonio Beltrán, quien fuera catedrático de Arqueología de la Universidad de Zaragoza y uno de los mayores estudiosos del cáliz de Valencia, determinó que la parte superior del cáliz de doña Urraca —un cuenco de ónice enriquecido más tarde por la princesa castellana— era de procedencia romana y oriental y, por sus características, fechó su origen entre los siglos II a. C. y I. d. C. Estos datos comenzaron a crear un rumor que solo había calado hondo en León. Y, de hecho, una mujer que cuando Viñayo y Beltrán realizaban sus investigaciones ni siquiera había nacido se quedó con la copla y no la olvidó al convertirse en historiadora y profesora de Historia Medieval de la Universidad de León: Margarita Torres fue la artífice de una investigación que, pista a pista, ha arrojado nuevos datos sobre la reliquia más perseguida de la cristiandad.

Los tesoros árabes de San Isidoro

El estudio que ha relacionado el cáliz de doña Urraca con el mito del Grial surgió por el trabajo de un equipo de la Universidad de León que estaba estudiando las piezas árabes custodiadas en la Real Colegiata de San Isidoro, impresionante enclave de factura románica alzado sobre templos anteriores por orden del rey Fernando I de León (1016-1065 d. C.) y su esposa, la reina Sancha (1013-1067 d. C.). La advocación elegida para la consagración del lugar —que se efectuó en el año 1063— fue la de San Isidoro, santo sevillano del que mandaron traer sus restos hasta León. «Dentro del interés de las

instituciones por conocer mejor nuestro pasado, se nos encargó en su momento, precisamente por llevar tiempo trabajando sobre temas isidorianos, que nos ocupásemos de estudiar las piezas de procedencia islámica custodiadas en el museo de San Isidoro. Así fue como un arca de plata nielada, del visir egipcio Sadaqa ibn Yusuf, nos llevó tras la pista», me contaba Margarita Torres. Piezas como esta, que todavía pueden observarse en dicho museo, los llevaron a preguntarse por las relaciones entre el Reino de León y la dinastía fatimí de Egipto durante el siglo XI. Aunque, a priori, la presencia de tesoros árabes en San Isidoro de León no parecía guardar relación con el cáliz de doña Urraca, todo cambió debido a una impresionante casualidad. Y es que Gustavo Turienzo, historiador medieval doctorado en Filología Árabe por la Universidad Complutense de Madrid, encontró en El Cairo un texto que parecía explicar no solo la procedencia de los objetos árabes de San Isidoro, sino también por qué la hija de Fernando I de León y doña Sancha, doña Urraca (1033-1101 d. C.), había donado todas sus joyas para enriquecer un cuenco sin aparente trascendencia.



Cáliz de doña Urraca, considerado desde el año 2014 como el grial leonés.

Unos pergaminos en El Cairo

Gustavo Turienzo se encontraba en la Biblioteca Nacional de El Cairo cuando dio con el documento clave de esta historia. Me contó su impresionante hallazgo una tarde de primavera en Madrid, cuando tuvo a bien reunirse conmigo para hablar de esta historia. Me dijo que fue durante una estancia en Egipto a causa de otra investigación cuando se decidió a examinar dos láminas que sobresalían del interior de una caja de aquella biblioteca cairota. No esperaba hacer ningún gran descubrimiento entre todos los papeles que lo rodeaban, pero la casualidad quiso que cayera en sus manos un texto que había pasado desapercibido hasta ese momento: «Cuando hay tantos papeles antiguos la curiosidad es muy fuerte. Estaba ojeando las

cajas cuando encontré unos documentos que pertenecían a otro lugar, a la Universidad de Al Azhar. Estarían allí por alguna razón administrativa o burocrática, a saber. Lo que me llamó la atención fue leer el nombre de Fernando, porque, desde luego, no es habitual por aquellas tierras. Concretamente ponía Ferdinand al Kabir: Fernando I el Magno. A medida que fui leyendo los textos, los pelos se me pusieron de punta. Recogí rápidamente una traducción y me la traje a España», me explicó. El primer documento que Turienzo tradujo aquel día hacía referencia a un escrito cuya autoría recaía en un autor musulmán muy famoso por sus biografías de hombres sabios: Abu-l-Hasan Ali ibn Yusuf ibn al-Qifti (1172-1248 d. C.). Según el pergamino recién descubierto, Al-Qifti habría afirmado que «la Copa que dicen los cristianos que es la Copa del Mesías», un objeto custodiado en Jerusalén y con fama de milagroso entre cristianos y musulmanes, había sido enviado a Ali ibn Muyahid ad-Danii, por entonces sultán de un territorio del Levante español: Denia. Este sultán hispano había sido muy generoso con el imán fatimí Al-Mustansir (1029-1094 d. C.), pues había donado un barco repleto de alimentos para que Egipto superara la gran hambruna que consumía al territorio en aquellos momentos. «En torno al 1054-1055 el clima en Egipto estaba deteriorado. Había una serie de sequías que provocaron unas hambrunas terribles y, en consecuencia, movimientos revolucionarios y todo tipo de ataques. Cuando llegó a una situación desesperada, el imán se vio obligado a pedir ayuda a todos los emires musulmanes. Parece ser que, a estas peticiones de ayuda, solo prestó oídos el sultán de Denia», en palabras de Gustavo Turienzo. Y como seña de agradecimiento y para corresponder a su ayuda, el imán Al-Mustansir le envió una embarcación cargada de tesoros, entre ellos, el famoso y venerado cáliz del que habla el texto. De hecho, el pergamino va más allá y explica que el sultán de Denia, «como ya había recibido algunas informaciones sobre el poder de la Copa, se la pidió al imán excelso Al-Mustansir, a cambio de cuanto fuera menester darle por su entrega [mancha en el texto] pues su intención era enviarla al rey de León, Ferdinand al Kabir, [...] para fortalecer la amistad con él». En el documento también se refleja el temor de los cristianos a que esta reliquia única sufriera algún percance durante el traslado

hasta Denia. Es por ello que, tal y como se comenta en el texto hallado por Turienzo, encomiendan su protección durante el viaje a «un obispo franco de Al-Yalaliqa (León), que recoge Al-Masudi en su libro, que estaba de peregrinación por entonces en Jerusalén». En resumen, el contenido íntegro que aparece en dicho papiro es el siguiente:

Dice Al-Qifti que la Copa que dicen los cristianos que es la Copa del Mesías —la paz sobre él—, utilizada durante la celebración con sus seguidores —que Dios sea misericordioso con ellos—, se encontraba en una [mancha] de las iglesias pequeñas que están en los alrededores de Jerusalén —pedimos a Alá que la reintegre al país del Islam—. Esta iglesia es famosa por la presencia de las reliquias del obispo Yacub [mancha], firme discípulo del Mesías —la paz sobre él—. Y allí estaba la Copa, bajo la protección de algunos rumíes valientes, que habían juramentado su protección, oculta tras una doble cortinilla, en un nicho entre las paredes, lejos del alcance de la vista. Los cristianos insisten que esta Copa tiene poderes [mancha] medicinales extraordinarios, rumor que es propalado [mancha] por las lenguas de cristianos y musulmanes, incrementando la fama y popularidad de la Copa. Y la gente de ciencia y doctrina la ignoran, e incluso algunos musulmanes rechazan firmemente que exista ninguna iglesia [mancha] curación. En el año de la gran hambruna (447), Ali ibn Muyahid ad-Danii envió un barco con gran cantidad de víveres hacia el país de Egipto. Y como ya había recibido algunas informaciones sobre el poder de la Copa, se la pidió al imam excelso Al-Mustansir, a cambio de cuanto fuera menester darle por su entrega [mancha] pues su intención era enviarla al rey de León, Ferdinand al Kabir, [mancha] rey de este país, en el año 429, para fortalecer la amistad con él. Este rey estaba afectado por la fuerte enfermedad de la piedra, la cual le hizo perecer penosamente. Aunque otros dicen que Ali en realidad era cristiano y que su madre estaba todavía viviendo en el país de los cristianos, pero que no había podido acompañarle. Los guardianes infieles [en religión: cristianos] temían que la Copa cayera en manos de los musulmanes durante el traslado de un lugar a otro. Al saber del odio que los judíos y la gente de ciencia y doctrina tenían a la Copa y [mancha] al acto de peregrinación [mancha], se la encomendaron a un obispo franco de Al-Yalaliqa, que recoge Al-Masudi en su libro, que estaba de peregrinación por entonces en Jerusalén. Acompañado de algunos guardias de la Copa y de sus propios hombres, el obispo [mancha] cogió lo necesario para el viaje, y con prisa se puso en camino [mancha]. Y es conocido que durante el viaje [mancha]...[4]

Si ya de por sí este primer texto, que dormía el sueño de los justos hasta ahora, contiene unas líneas que tienen mucho que decir sobre la historia del grial, la conmoción de Gustavo Turienzo aumentó cuando echó mano del segundo pergamino de la caja. En él se exponía una petición de Saladino (1138-1193 d. C.), sultán de Egipto y de Siria, que pedía que se le enviara «el

trozo de piedra santa, la cual desprendió de la Copa con una gumía, el primero de los hombres de Bani-I-Aswad en el año 447 [de la Hégira], cuando el malvado Al-Mustansir le nombró jefe de la expedición con dirección a Denia en el extremo de Occidente [mancha en el texto]. Y es sabido cómo tal proceder ennegreció su cara y sus manos [mancha en el texto]». Añade, además, que dicha esquirla había sido enviada a Saladino y había obrado el milagro de curar a su hija «después de imponerle el trozo de piedra sobre su cuerpo». En concreto, esta es la traducción completa:

El estado de nuestra hija, la cual, como sabes, padece de la enfermedad del flujo de la sangre y el mal de la piedra, y habiéndonos aconsejado previamente por los médicos y por el muftí de Jerusalén, ordenamos que nos sea enviado el trozo de la piedra santa, la cual desprendió de la Copa con una gumía, el primero de los hombres de Bani-I-Aswad en el año 447, cuando el malvado Al-Mustansir le nombró jefe de la expedición con dirección a Denia en el extremo de Occidente [mancha]. Y es sabido cómo tal proceder ennegreció su cara y sus manos [mancha]. La esquirla tomada de la Copa fue enviada a Salah ad-din, que Dios se apiade de él, y tras la curación de su hija después de imponerle el trozo de piedra sobre su cuerpo, ordenó que fuera guardada en una alacena en la casa de la riqueza [tesoro público de los musulmanes].[5]

Según ambos documentos, un objeto de poder muy importante había sido enviado hasta Denia junto con otros tesoros de procedencia árabe. También se explica en el segundo texto la intención del sultán de Denia, Ali ibn Muyahid ad-Danii, de enviar «la Copa que dicen los cristianos que es la Copa del Mesías» al rey Fernando I de León, y en una fecha muy concreta — 1054/1055 (447 de la Hégira)—. Pero ¿por qué motivo el sultán de Denia quería entregarle un objeto de tanto valor a un monarca que consideraba infiel? Según me contó aquella tarde Gustavo Turienzo, la razón es doble: «Por un lado, existían rumores de que no es que fuera tibio en religión, sino que ni siquiera era musulmán. Si él hubiera retenido esa pieza, se habrían alzado en su contra. Se deshizo de ella, y le vino muy bien, porque en ese momento se inicia la presión de Fernando I contra el Levante. Si analizamos la historia del siglo XI en España veremos que León, en ese momento, desarrolla una vía expansiva. Encuentra que su puerto natural de salida hacia el Mediterráneo es Valencia, y ejerce una presión enorme allí. Era necesario

aplacar a Fernando I». Margarita Torres, por su parte, me comentaba que «a veces nos olvidamos del papel tan destacado que jugaron los distintos territorios de la península ibérica en la Edad Media y de sus relaciones. Olvidamos que León, en tiempos de Fernando I, es el reino más poderoso de la piel de toro y que los reyes taifas se someten a su autoridad». Para el sultán de Denia, añade Torres, conseguir la copa «representaba poseer la reliquia más preciada de la cristiandad y, con ella, poder conseguir la amistad de un rey de León tan peligroso como era, en aquel momento, Fernando I el Magno. No olvidemos que a este monarca le entregaban tributos, en concepto de parias, los emires de Zaragoza, Toledo, Sevilla y Valencia. Y que, en un par de ocasiones, llega a plantarse con sus ejércitos en el Levante. De hecho, en 1065, asediando en persona Valencia, solo la enfermedad que le llevó a la muerte, y obligó a sus hombres a volver a León, impidió, quizá, su conquista, décadas antes que la del Cid. Con un hombre así, mejor llevarse bien».

Si lo relatado finalmente en los documentos se cumplió y es real, es decir, si el cáliz y demás objetos árabes fueron enviados al Reino de León, el arca de plata nielada de Sadaqa y los tesoros islámicos de San Isidoro debían pertenecer al envío realizado por Al- Mustansir a Denia. Es la conclusión a la que llegó la historiadora Margarita Torres cuando tuvo conocimiento de los hallazgos de Gustavo Turienzo. Tras descubrir la existencia de estos documentos únicos, decidieron volver a enviar al arabista a la Universidad de Al Azhar, en El Cairo, para realizar un estudio y un vaciado de los textos. Aunque no fue fácil, consiguió localizarlos de nuevo y pudo confirmar que se trataba de escritos del siglo XIV, de época tardomedieval. «Los dos documentos fueron contrastados científicamente. El nivel de árabe que requieren es altísimo, estilo retórico del siglo XI. Lo que va surgiendo al hilo de la lectura impresiona, pero ha sido Margarita quien ha puesto los textos en correlación con el cáliz de doña Urraca», me argumentó Turienzo durante nuestra entrevista.

Es importante señalar que, aunque los pergaminos están fechados en el siglo XIV, hacen referencia a escritos y hechos del siglo XI. Algunos podrían pensar que este extremo resta veracidad al relato pero, según expertos en documentos árabes, hay un detalle que no debe pasarse por alto: «La

transmisión documental es bastante rigurosa, porque en el mundo islámico tiene una validez casi sagrada. Si pone “dice Al-Qifti” es porque lo dijo, seguro, de eso no me cabe la menor duda. Una tradición histórica es más o menos válida según la cadena de transmisores. Por eso usan la expresión “nos contó”, “nos dijo”, para que quede claro que fue así, y eso es sagrado», me aseguró Gustavo Turienzo.

Continuando con las incógnitas de este caso, el arabista se pregunta, según me confesó en aquella entrevista, si el imán Al- Mustansir era realmente conocedor del poder de la reliquia enviada hacia Denia. «Yo creo que había dejado el Gobierno en manos de un miembro de la familia Sadaqa y que él no sabía que eso había sido enviado. Pienso, y esto habría que analizarlo en profundidad, que Sadaqa tomó la iniciativa y que puede estar relacionado con su muerte un año más tarde, cuando Al-Mustansir lo descubre.» No podemos pasar por alto que se conserva una carta, recogida por un compilador árabe llamado Abul Hassan, en la que el sultán de Denia escribe al imán cairota para agradecer el regalo recibido: «[...] Y entre todos los valiosísimos presentes enviados, prueba de tu generosidad, sobresale por sus merecimientos el Destino de los Destinos, la Copa colmada de misterio [...] Ese presente ha prodigado generosamente los portentos hasta que ha llegado a tus manos y [...] cada uno de ellos, siendo más maravilloso, quedaba superado por el siguiente milagro. ¿Qué misterios inefables no contiene una reliquia tan deslumbrante?». La valiosa y sorprendente información de la carta —ampliamente recogida en *Los Reyes del Grial*—, indicaría que la reliquia llegó a Denia, y que Al-Mustansir supo de la noticia, aunque lo que desconocemos es si sabía previamente que había sido enviada.

Pero, volviendo a los pergaminos cairotas, el contenido más impactante, amén de lo ya mencionado, es el pasaje en el que se cuenta que un miembro de la comitiva que trae el cáliz a Denia hace saltar una esquirra con una gumía —especie de daga ligeramente curvada que se usaba por entonces en Oriente— y esta se separa de la copa y vuelve a Egipto, donde obra algunos milagros. Si «la Copa que dicen los cristianos que es la Copa del Mesías» finalmente llegó hasta León, debió ser sin un pequeño trozo de la parte superior, tal y como se cita en el pergamino. «Pues bien: a la copa romana de

ágata que forma el cuerpo superior del cáliz de Urraca... le falta una esquirra», me confesó Margarita Torres.

Si quieres ocultar algo... ponlo a la vista de todos

El conocido como cáliz de doña Urraca, hija primogénita de los reyes Fernando y Sancha, reina de Zamora e infanta de León, se compone de dos piezas de ágata-ónice unidas entre sí por un armazón de oro. «Su parte superior, en forma de copa, está recubierta por un cuenco de metal, semiesférico, unido a una guarnición a manera de corona áurea decorada con piedras preciosas y semipreciosas, aljófares y un camafeo en el que aparece representado un rostro»; son unas líneas de *Los Reyes del Grial*, la obra en la que Margarita Torres y el doctor en Historia del Arte de la Universidad de Valladolid José Miguel Ortega han plasmado esta investigación. Se sabe que la copa fue enriquecida por doña Urraca con sus propias joyas gracias a una inscripción que figura en la parte inferior de la misma, donde reza:

IN NOMINE DOMINI URRACCA FREDINANDI

Según Torres y Ortega, los artífices de este estudio, la copa cobra gran fama desde su creación y aparece citada en diversas crónicas medievales, entre ellas, la de Lucas, obispo de Tuy en el siglo XIII; en la obra *Viages* del humanista del siglo XVI Ambrosio de Morales; o en *Vida de San Isidoro Arzobispo de Sevilla*, redactada por fray Tomás de Granda y el padre José Manzano en el siglo XVIII. Como decíamos, aunque Margarita Torres sabía que la pieza era importante y, por otro lado, que según los pergaminos encontrados por Gustavo Turienzo, la copa que los cristianos de Jerusalén consideraban el cáliz de la Última Cena habría llegado hasta León, hasta que reparó en el detalle de la esquirra no cayó en la cuenta del verdadero significado e importancia del cáliz de doña Urraca.

En el año 2010 se celebró el mil cien aniversario del Reino de León. Con motivo de tan significativa fecha, se mandó realizar una réplica exacta del cáliz de doña Urraca, y el encargado de llevar a cabo el trabajo fue el orfebre

granadino Rafael Moreno. Margarita Torres, que estuvo presente en este proceso, y José Miguel Ortega, ahondan en la pequeña fractura que presenta la parte superior del cáliz de doña Urraca explicando que, durante la elaboración de la réplica, «se advierten ciertas características que habían sido a menudo ignoradas en las descripciones de la copa. Destaca la rotura en el vaso superior [...] Llama principalmente la atención la pericia con que se produjo a cabo la fractura, impidiendo una rotura mayor. Y se advierte que fue realizada de un golpe central con un objeto punzante que en el momento hizo saltar una pequeña esquirla», exponen. Como se observa, la fractura que presenta el cáliz de doña Urraca parece casar a la perfección con lo relatado en los pergaminos de la Universidad de Al Azhar.

Es conveniente aclarar que la reliquia que habría viajado desde Egipto a León no es la totalidad del cáliz de doña Urraca. Se trata solo del cuenco que forma la parte superior de la copa; el resto es añadido de doña Urraca para enriquecer el que consideraba el cáliz utilizado por Jesús de Nazaret durante la Última Cena. Esta pieza fue identificada por el catedrático de Arqueología Antonio Beltrán y por otros especialistas anteriores a esta nueva investigación, como romana y oriental, con un marco cronológico entre los siglos II a. C. y I d. C. A pesar de que algunos medios de comunicación afirmaron, en su momento, que la datación de la pieza se realizó mediante el método del carbono 14, la medievalista Margarita Torres me desmintió el bulo: «Es absurdo siquiera plantearlo para una copa realizada en piedra, pues, como método de datación, amén de no ser cien por cien preciso, no puede emplearse jamás para este tipo de objetos arqueológicos». La copa está considerada como perteneciente a la época de Jesús porque encaja con los patrones propios del periodo helenístico-romano, «y, dentro de estos, es más cercana a los paralelos tipológicos en ágata, sardónice, ónice y vidrio que nos permiten una datación aproximada más acotada entre los siglos II a. C. al I d. C.», cronología que se ve apoyada por copas de idéntica factura que se han encontrado en diversas excavaciones en Tierra Santa y en suelo romano, en general. Aunque, tal y como expone la historiadora, «fuimos más allá, y, a través de los textos que recogen los principales lugares de peregrinaje cristiano en Jerusalén entre los siglos IV y XI (Breviarius A, Guía Armenia,

Peregrino de Piacenza, etc.), se menciona que, en la iglesia del Santo Sepulcro, existe una capilla del cáliz que Cristo usó en la Última Cena, y que fue allí venerada por miles de peregrinos de todo el mundo. En ellos se especifica su material: el mismo que el de la copa del cáliz de Urraca. No cabe duda: la copa que los cristianos de Jerusalén —lugar donde celebró Cristo la Última Cena, no lo olvidemos— consideraban que, esa y no otra, era la que sostuvo Jesús, es la que hoy podemos admirar dentro del armazón de oro y joyas del cáliz de doña Urraca», asevera Margarita Torres. Como vemos, las joyas de la infanta leonesa sirvieron para camuflar un secreto que, durante un milenio, ha estado a la vista de todos. Si ya de por sí todas las piezas de este puzle parecen encajar, existen en León otras pruebas que apoyan esta teoría. Doña Urraca, que como nos ha demostrado su celo y su protección, conocía el origen de la pieza que había caído en manos de su padre, dejó pistas que, aunque de manera discreta, ponían de manifiesto el secreto oculto en San Isidoro de León. Para descubrirlo, solo hay que echar un vistazo al panteón real de la colegiata.

El grial representado en la «capilla sixtina» del arte románico

Sin duda, el lugar más emblemático de San Isidoro de León es el panteón real. Construido junto a la iglesia edificada por orden de Fernando I y doña Sancha, el panteón está dividido en tres naves con seis espacios cubiertos por bóvedas que se apoyan en siete arcos. Dividido por dos columnas centrales, este espacio ha sido la última morada de más de una veintena de monarcas leoneses y diversos nobles. En la actualidad, tan solo se conservan tres tumbas originales debido a los estragos causados por la Guerra de la Independencia española, tiempo en el que las tropas napoleónicas utilizaron este excepcional lugar como cuadra para los animales. Al parecer, las tumbas eran usadas como comederos. A pesar de todo, hoy día todavía se advierte la grandeza de este lugar, sobre todo por sus elaborados capiteles y, sin duda, por sus pinturas al fresco, que han propiciado que el panteón real de San Isidoro sea considerado la «capilla sixtina» del arte románico.



Escena del cenáculo del Panteón Real de San Isidoro de León, donde san Marcial parece sostener la parte superior del cáliz de doña Urraca.

La decoración del panteón corrió a cargo de un personaje que, tras lo mencionado anteriormente, ustedes ya conocen muy bien: doña Urraca. Ella fue continuadora de una curiosa tradición única y exclusiva del Reino de León: el infantazgo, «institución de acogida para las infantas leonesas que gobernaba la mejor parte de los monasterios del reino», en palabras de Antonio Viñayo. En los frescos del panteón —encargados por doña Urraca y materializados por la mano de un pintor anónimo a finales del siglo XI o principios del siglo XII— se observan escenas del Nuevo Testamento que nos exponen la vida de Jesús. Pero el motivo central de la pintura «curiosamente, es la Última Cena», apunta Torres. En esta pintura del cenáculo aparecen Cristo, los apóstoles y otras dos figuras que cierran la composición: san

Matías (o san Macías, que, según la tradición, fue elegido apóstol cuando Jesús ya había fallecido) y san Marcial, Marcialis Pincerna. Se trata de dos figuras que, según lo reflejado en la Biblia, no deberían estar ahí. Como se explica en *Los Reyes del Grial*, la aparición de san Marcial «está fuera de contexto, pero su razón puede deberse a una controversia teológica del siglo XI». Al parecer, se tenía interés en convertir al primer obispo de Limoges, san Marcial, en discípulo directo de Jesús, y para ello no dudaron en situarle en una de las escenas bíblicas más representadas: la Última Cena. Le nombraron —aunque pueda parecer cómico— escanciador de vino oficial de aquella perpetuada cena, y así es como en un concilio «se le nombra copero de la Última Cena y por tanto discípulo». De esta guisa encontramos a san Marcial en las pinturas al fresco de San Isidoro, aunque lo que realmente nos interesa es lo que porta en su mano. «El arte, a lo largo de los siglos, ha tenido unos códigos. Algunos, sencillos o conocidos, otros, bien por el paso del tiempo o por interés del artista, más complicados o desconocidos. En este caso ha quedado demostrado que la mejor manera de mantener una cosa oculta es a la vista de todos. Por ejemplo, sin saber qué sostenía san Marcial en la mano en la pintura de la Última Cena del panteón real de San Isidoro de León, el mensaje no podía reconocerse», me comentó, en su momento, José Miguel Ortega, pues lo que sostiene san Marcial es un objeto idéntico a la parte superior del cáliz de doña Urraca, a la reliquia que habría llegado de Oriente en tiempos de Fernando I.

En el arte románico es importante seguir la mirada de los personajes y, en el panteón real, los ojos de san Marcial se dirigen directamente a los de Jesús, que, si hacemos caso a todo lo que ya hemos enumerado, es, en realidad, el dueño del cáliz que sostiene el santo. Los autores de *Los Reyes del Grial* rescatan, también, otro dato presente en uno de los pergaminos egipcios, donde se dice que «un obispo franco de Al-Yalaliqa [León], que estaba de peregrinación por entonces en Jerusalén», acompaña a la copa durante el viaje. Y continúan: «Sabemos que ese mismo año Elinand, obispo de Laon, peregrinó a la Ciudad Santa». Entonces ¿puede ser esta pintura una representación del obispo trayendo la reliquia sana y salva hasta León? Se desconoce este extremo, aunque hay otros detalles griálicos en el panteón de

San Isidoro, como una representación del cáliz. Justo en un fresco del «calvario ante el que se arrodilla el rey Fernando, aparece, de nuevo, la imagen del cáliz. Siempre se había interpretado en clave eucarística, pero ahora, quizá, sea necesario incidir más en este aspecto», señala Margarita Torres, añadiendo que esa copa que porta José de Arimatea en el fresco románico es idéntica al cáliz de doña Urraca.

Cuando llegamos a un punto tan avanzado de esta historia, es conveniente formular una pregunta que muchos ya se han hecho. Si los autores de esta investigación están en lo cierto, y la reliquia finalmente llega a León, ¿por qué se camufla bajo la efigie del cáliz de doña Urraca? ¿Por qué mantenerla en secreto en una época en la que los centros de peregrinación estaban en auge y aportaban prestigio, dinero y notoriedad? Los estudiosos consultados coinciden en la prudencia y en la responsabilidad como posibles razones del silencio. «Lo mejor es centrar la atención en otra historia para proteger la copa. Es una responsabilidad muy grande y estas cosas no se sueltan así a lo grueso», me comentó, en su momento, Gustavo Turienzo. Por otro lado, Torres y Ortega afirman que «la escasez de documentación, que hace enormemente complicada la respuesta, llega a ser sospechosa» y «la importancia del objeto hace que los monarcas leoneses sean extraordinariamente prudentes [...] pues, en el fondo, se ha producido un robo a la Iglesia ortodoxa. Y su divulgación lleva consigo más perjuicios que beneficios». Quizá, el punto más oscuro de esta historia sea reconstruir la vida de la reliquia anterior al siglo IX, momentos en los que se gesta la historia de la pieza. Unos inicios que, según Torres y Ortega, nos llevan a Jerusalén, donde el objeto cobra fama por ser aquel del que bebió Cristo en la Última Cena y por representar el rito que, según los Evangelios, quedó inaugurado aquella noche: la Eucaristía. Si, realmente, esa pieza se conservó, tuvo que ser en Jerusalén. En *Los Reyes del Grial*, los autores aseguran que las primeras comunidades cristianas «siguen una tradición oral muy cercana en el tiempo y quienes la transmiten tienen una especial preocupación por que se mantenga fiel a los hechos. Estos elementos son de una gran importancia si tenemos presente que, junto a estas tradiciones, se conservaron objetos importantes de la vida de Cristo». Si se hubiera conservado el cáliz de

Jesús «es más verosímil que permaneciera en la ciudad santa de Jerusalén, donde se encontraba la comunidad cristiana más organizada y numerosa», explican. Las fuentes cristianas que se han conservado hablan de la presencia del cáliz en Jerusalén desde el siglo IV hasta el siglo IX. Después, si hacemos caso a las fuentes musulmanas descubiertas por Gustavo Turienzo, se asegura que el cáliz fue trasladado a mediados del siglo XI a León. A pesar de todo, hay que tener en cuenta que las fuentes historiográficas no están completas. Tanto en Jerusalén como en Egipto y en León, se han dado numerosos saqueos, incendios y acontecimientos que han hecho desaparecer infinidad de documentos que hubieran cerrado este relato. Gustavo Turienzo, además, añade que, ya en los primeros tiempos de Jerusalén, se citan, premeditadamente, otras reliquias menores pero no el cáliz, posiblemente «con la intención de protegerlo». Aun así, según los autores de *Los Reyes del Grial*, se cuenta con algunos datos exactos: «la última vez que aparece el cáliz de Nuestro Señor, que es como lo denominaban, en las fuentes cristianas, es en un texto llamado Commemoratorium datado hacia el 808. Después, las fuentes musulmanas vuelven a dar información hacia el 1055 asegurando que el destino final es León», explica Ortega. Hay que destacar, según los expertos, que tanto fuentes cristianas como musulmanas coinciden: la reliquia era guardada en una capilla de la iglesia del Santo Sepulcro en Jerusalén, donde era visitada por peregrinos, y algunos de ellos la describieron en textos que han llegado hasta nuestros días. Después, a la luz de esta investigación, la copa habría acabado en manos musulmanas, y, también, cobrando fama de sagrada y milagrosa: «No olvidemos que Jesús es un profeta que solo cede en importancia ante Mahoma», me comentaba Turienzo. Esto, quizá, explicaría los constantes intentos de saqueo al Santo Sepulcro, no solo producidos por la necesidad de ofender, «también para recuperar la pieza», conjetura el arabista.

Sea como fuere, el interés que la figura del Grial sigue generando hoy día ha hecho que esta investigación haya sido conocida internacionalmente. Desde que se divulgara la noticia, el Museo de San Isidoro, debido a la gran afluencia de visitantes, se vio obligado a habilitar una nueva sala de exposición para poder mostrar la pieza de forma única y con las medidas de

seguridad pertinentes. Ese nuevo espacio, tal y como amablemente me explicó la gerente del museo, Raquel Jaén, durante mi visita, ya lleva unos años en funcionamiento. En él, todo el que se acerque hasta la Real Colegiata de San Isidoro de León podrá descubrir una pieza que invita a soñar. Esto me ocurrió a mí cuando en una fría noche estuve a solas con el grial leonés. Y lo mismo ocurre en la catedral de Valencia.

El santo cáliz de Valencia, el peso de la historia y de la tradición

Hasta la aparición en escena del cáliz de doña Urraca, el único grial que reunía las pruebas arqueológicas e históricas para sustentar que aquella historia podía ser algo más que un mito era el santo cáliz de la catedral de Valencia. Era y sigue siendo objeto de gran veneración entre los cristianos. Tanto es así que la Santa Sede concedió a Valencia un Año Santo perpetuo quinquenal en torno a esta reliquia, que custodia la catedral valenciana desde el siglo XV. Pero ¿cuál es su devenir anterior? Yo quería conocer el pasado de esa copa alejandrina y, para ello, me puse en contacto con Jorge Manuel Rodríguez Almenar, doctor en Historia del Arte, licenciado en Derecho, profesor de la Universidad de Valencia, presidente del Centro Español de Sindonología (CES) y uno de los mayores expertos en el grial valenciano. Él fue el encargado de despejar aquellas incógnitas que nacieron en mí cuando, siendo adolescente, visité la catedral de Valencia en una excursión organizada por el colegio en el que estudié, el Sagrado Corazón de Jesús y M.^a Inmaculada de Miajadas (Cáceres).

El mito que se tornó realidad gracias a la arqueología

Hasta los años sesenta el cáliz valenciano tenía fama debido a la tradición y a las leyendas que le rodeaban. Pero aquello cambió cuando el arzobispo Marcelino Olaechea decidió averiguar qué era aquello realmente. Y para ello solicitó ayuda a Antonio Beltrán, por entonces catedrático de Arqueología de la Universidad de Valencia. «Según nos contó personalmente Antonio

Beltrán, él era muy reacio a hacer este estudio. Le dijo el arzobispo: “Yo quisiera que usted hiciera una conferencia sobre el santo cáliz”. Y Antonio Beltrán dijo: “No, porque previamente debería estudiarlo y para ello tengo que desmontarlo, tocarlo y ustedes no me van a dejar”, añadiendo: “Y yo tengo mis dudas de que sea el santo cáliz”. El arzobispo dijo: “Yo también, pero quiero que me lo diga un catedrático de Arqueología”», cuenta Jorge Manuel Rodríguez Almenar.

Así, Antonio Beltrán realizó sus estudios, que fueron publicados en 1960 bajo el título *El Santo Cáliz de la Catedral de Valencia*. Para llevar a cabo su investigación, el experto desmontó el relicario del que forma parte el cáliz y contrastó datos con distintos especialistas «entre ellos del Museo Británico, pues tienen bastantes copas de la época romana, y también con profesionales italianos», señala el presidente del Centro Español de Sindonología. Una de las conclusiones a las que llegó el profesor Beltrán fue que se trataba de una copa de origen oriental de entre el siglo II a. C. y mediados del siglo I d. C. En cuanto al material, expertas en gemología de la Universidad de Zaragoza «han determinado que, según la clasificación internacional de piedras preciosas, se puede definir su material como una ágata veteadada. Porque el ónice y otros materiales que se han citado son todos variantes del cuarzo, y es muy difícil determinar exactamente qué variedad es», explica Rodríguez Almenar.

Precisamente, el material del que está hecha la copa es el que le otorga una de sus características más especiales. En algunas iglesias románicas del Pirineo aragonés del siglo XII se representa a la Virgen sosteniendo una copa de la que se desprendían rayos, como si ese objeto refulgiera. El experto señala: «Ese fulgor es real, es lo que le ocurre a nuestro santo cáliz. Si le colocas una linterna parece una antorcha ardiendo. Es impresionante, cuando se le pone la luz adecuada no tiene nada que ver, se ve como una llamarada. Es debido a que tiene un grosor de tres milímetros y al tipo de piedra, semitransparente».

Desde Roma hasta Aragón

¿Qué dice la tradición sobre el pasado de esta reliquia valenciana? Cuenta que esta pieza fue llevada a Roma por san Pedro y que la fueron custodiando distintos papas hasta el siglo III, en concreto hasta el pontificado de Sixto II. San Lorenzo, diácono de este papa, habría recibido la orden de salvar la pieza y habría enviado el grial hasta su tierra natal: Huesca. La razón: librarlo de la persecución del emperador Valeriano a los cristianos, que buscaba los «tesoros de la Iglesia» para paliar la crisis económica que atravesaba el Imperio.

En cuanto a la estancia del cáliz en Roma, Jorge Manuel Rodríguez Almenar asegura que hay «una referencia importantísima» que ha pasado desapercibida. «Una frase del Canon Romano que dice en el momento de la consagración, a Jesús, “Tomando este mismo (*et hunc*) cáliz famoso en sus santas y venerables manos...”» «Este texto solo existe en la plegaria eucarística de Roma, en la parte de la consagración, y se puso por escrito en el siglo II. Indica que los papas utilizaban “el mismo cáliz” y hay referencias que dicen que solo usaban uno», asegura.

San Lorenzo es, según la tradición, quien procura que ese cáliz que se conservaba en Roma llegue hasta España, en concreto, a Aragón. Cuando quise conocer el pasado oscense del grial estuve charlando con mi amigo Carlos Ollés, aragonés y gran estudioso de estas temáticas. Carlos me explicó que «la razón de que fuera esta zona de Aragón la receptora de la codiciada reliquia la tiene san Lorenzo, santo y mártir natural de Huesca. Corre el año 259 d. C. cuando san Lorenzo entrega a uno de sus discípulos aventajados, llamado Precelio, la reliquia, con la orden de llevarla a Huesca, a casa de sus propios parientes, para que la custodien».

Carlos Ollés continúa explicando que, precisamente, en la casa del santo, donde se escondió la copa, siglos después nace una comunidad religiosa y cuando se fundó el monasterio de San Pedro el Viejo, en Huesca, se recogió y guardó el grial hasta la época de la invasión musulmana de la península ibérica. «A partir de esta fecha y por miedo a que cayese la reliquia en manos de los musulmanes, empieza un continuo trasiego por distintos templos pirenaicos en un afán de esconder y proteger el grial. De todos los templos por los que pasó, para mí los más relevantes son: San Pedro de Jaca (la

primera catedral de España); San Juan de la Peña; San Pedro de Siresa, Santa María de la Serós, en la población de Santa Cruz de la Serós, único monasterio regido por abadesas que poseyó el grial. La cueva de Yebra de Basa en Jaca, magnífico templo rupestre; o San Adrián de Sasabe, en la población de Borau», apunta el estudioso.

En todos los lugares indicados existen leyendas griálicas y hasta nombres, recovecos, marcas o pinturas que se relacionan con esta pieza. «Deambuló por tantos sitios para evitar un posible expolio por parte de quienes codiciaban este tipo de objetos de poder... El tránsito entre distintas iglesias se hacía de un día para otro y siempre con la orden expresa del superior del monasterio de San Juan de la Peña, que decidía qué templo acogería el cáliz. Algunos de estos lugares poseían urnas especiales para contener la reliquia y a día de hoy se pueden ver en el Museo Diocesano de Jaca. En otros lugares sacros, simplemente emparedaban el grial hasta su partida hacia otro monasterio. La repercusión de esta reliquia fue tan grande en dicha zona que hasta uno de los picos prepirenaicos lleva su nombre: el famoso pico Gratal. El nombre hace referencia expresamente al grial, y es que en sus cercanías existen varias cuevas de anacoretas, pequeñas iglesias rupestres, donde también se tiene constancia de que se ocultó esta pieza», expone Carlos Ollés.

El último templo que acogió el grial fue San Juan de la Peña, donde existe un documento del año 1071 en el que se refieren a un precioso cáliz de piedra. En 1399 fue entregado a Martín el Humano, rey de Aragón, quien lo llevó al Palacio Real de La Aljafería de Zaragoza. Después lo trasladó a Barcelona, y aparecía ya en el inventario de sus bienes. Más tarde, hacia 1424 uno de sus descendientes traslada el grial al Palacio Real de Valencia y termina en la catedral en 1437. Rodríguez Almenar aclara que Alfonso el Magnánimo «empeña su relicario a la catedral de Valencia para que los canónigos le presten dinero para sus batallas en Nápoles. No devuelve el préstamo y por eso se lo queda el cabildo catedralicio».

Protegido por la monarquía aragonesa

En este sentido, es llamativo otro aspecto que comenta Jorge Manuel Rodríguez Almenar: la relación del grial con la monarquía aragonesa.[6] «Eso hace que durante toda la Edad Media se entienda que los reyes demuestran su legitimidad precisamente por las reliquias que tienen en su monarquía», expone. De hecho, el estudioso también piensa que el rico relicario que tiene la copa, el pie con asas, lo puso la monarquía y no la Iglesia. «El santo cáliz tiene la copa, el grial en sí, y luego tiene un vástago con asas de oro y una especie de naveta, una copa alargada puesta boca abajo, para que haga de pie. Estos añadidos se están estudiando en la actualidad por parte de Gabriel Songel, catedrático de diseño de la Universidad Politécnica de Valencia. Este experto cree que el relicario está hecho por un orfebre de muchísima categoría (lo que excluye a los monjes de un monasterio). Es propio de reyes. Songel asegura, además, que el relicario sigue un patrón medieval muy concreto y que se hizo todo al mismo tiempo, muy probablemente en el siglo XI. Esto se sabe porque tiene una inscripción en letra cúfica datable en el siglo XI, anterior a las leyendas sobre el grial que circulan durante la Edad Media. La inscripción es una filigrana, pues han conseguido que se lea a la vez en árabe y en hebreo: “Jesús es Dios”. Eso aparece después en el texto del Parsifal, donde se dice que hay una inscripción en el pie del cáliz donde pone el nombre y la naturaleza», explica.

Las leyendas del grial

Como ya hemos explicado al inicio de este capítulo, las leyendas relacionadas con el grial se difundieron por Europa durante toda la Edad Media. Su origen está en Chretien de Troyes, que dejó inacabada su obra *Perceval* o el *Cuento del Graal*, lo que dio origen a que surgieran todo tipo de teorías en cuanto a la auténtica naturaleza del grial.[7] Más tarde, Wolfram von Eschenbach relaciona directamente esta pieza mítica con un cáliz. Una de las vías de estudio del grial está siendo el análisis de este tipo de leyendas, buscando una base real en las mismas. Así, desde el Centro Español de Sindonología señalan que hay investigadores como Michael Hesemann que sitúan el origen de estas leyendas en España, «precisamente porque desde el

punto de vista de la crítica literaria la palabra *grial* —es una pista importante — solo se usaba en la península como nombre vulgar y pasará a las otras lenguas como nombre propio», en palabras de Jorge Manuel Rodríguez Almenar.

Pero, como en todo asunto fascinante, en este punto también está servida la polémica. Desde que en el año 2014 saliera a la palestra el cáliz de doña Urraca, los seguidores de ambas copas han tenido enfrentamientos buscando defender la singularidad de cada una de ellas. Y si bien desde Valencia defienden que las leyendas griálicas surgen con el cáliz que se guardaba en San Juan de la Peña, en León opinan que están inspiradas en la monarquía leonesa. Tanto es así que en la obra *Los Reyes del Grial* se expone un paralelismo entre diversos aspectos de este mito y la historia real del cáliz leonés. Toman como referencia la historia de Parsifal, en la que se habla de que «el viejo rey Titurel funda un templo para custodiar la copa. Ya anciano, decide confiar el grial y todo lo que representa a su hijo Frimutel. La temprana muerte de este fuerza a que el cáliz acabe en manos del segundogénito, Anfortas, quien rompe la confianza sagrada en los custodios del grial por culpa de sus aventuras amoratorias. Este rey sufre de una gravísima herida en la pierna que le deja cojo y, por culpa de sus pecados, el reino se encuentra yermo y sin heredero varón, ocasionando no pocos problemas, que se hacen patentes a la llegada de los héroes caballerescos que buscan el cáliz», aseguran en dicho libro, añadiendo que la historia es similar a la del Reino de León en tiempos de Fernando I: el rey construye San Isidoro, donde se custodia la copa; su hijo primogénito muere y el segundo, Alfonso VI, pasa a ser monarca; además sufre una gravísima herida en la pierna durante una batalla y tiene varias hijas bastardas fruto de sus aventuras amorosas. Además, Alfonso VI pierde a su primogénito y el Reino de León se queda sin heredero masculino.

Con todo, la teoría leonesa ha sufrido un ataque en los últimos tiempos. Algunos medios de comunicación se han hecho eco de la opinión de un arabista adscrito al CSIC que ha planteado errores en la datación de los hechos y en las traducciones de los documentos egipcios que aparecen en *Los Reyes del Grial*. La opinión de este experto la comparte en la actualidad el

arabista Gustavo Turienzo, parte activa en la investigación que plantea el citado libro y quien, en su momento, me realizó declaraciones sobre su participación en este estudio, aunque ahora defiende que su opinión es otra y, según me ha manifestado, no desea volver a realizar declaraciones sobre la cuestión. Por su parte, Margarita Torres y José Miguel Ortega aclaran que lo expuesto por el arabista del CSIC «es la opinión de una persona y no de la institución» y explican que un doctor en filología árabe y titulado en teología islámica ha realizado una nueva traducción que va en la misma línea que lo que se ha defendido, desde un principio, en *Los Reyes del Grial* y que ha sido avalada por expertos del prestigioso Instituto Smithsonian.

Sea como fuere, los giales de León y de Valencia son objetos con un pasado que, a pesar de legendario, hunde sus raíces en la historia y, aunque no nos aseguran que Jesucristo alguna vez posó sus labios en ellos, sí que reflejan lo que, en el fondo, convierte una simple copa en un objeto de poder: la fe que miles de personas le han otorgado a lo largo de los siglos.

El sagrado mantel de Coria, una pieza única en la cristiandad

En un mundo globalizado es difícil mantener la discreción; más aún si se trata de la existencia de piezas únicas relacionadas con Jesús de Nazaret. Pero ocurre, y sucede, precisamente, porque hay quienes se han encargado de proteger estos objetos con el fin de que no se pierdan. En Coria, un pequeño pueblo de Cáceres, en el noroeste de Extremadura, con apenas 13.000 habitantes, se conserva una reliquia muy desconocida: el sagrado mantel sobre el que, si atendemos a la tradición bíblica, Cristo habría instituido el sacramento de la Eucaristía. Existe un único mantel sagrado en toda la cristiandad, aunque hay pequeños trozos en lugares como un monasterio cerca de Colonia (Alemania) o Monforte de Lemos (Galicia); sin embargo, aunque se piensa que algunos de estos trocitos podrían proceder de la reliquia cauriense, no existe ningún tipo de comprobación científica. En palabras de Óscar García Ballesteros, técnico del museo de la catedral de Coria: «En cuanto al monasterio de Colonia, en Gladbach, a principios del siglo XX el

obispo cauriense don Raimundo Peris Mencheta comienza a realizar investigaciones, remontándose a la época de Felipe II y a la condesa de Lemos, y encuentra reliquias que pudieran haber pertenecido a Carlomagno, incluso un trozo de mantel, que dicho obispo conjetura con que pudiese ser parte del nuestro. Y que de ese trozo de mantel y por mediación del referido Felipe II llegase a Monforte de Lemos un pedazo minúsculo que está siendo estudiado por el Centro Español de Sindonología, dentro de su área científica». Desde que descubrí la existencia de este objeto, del supuesto mantel de la Última Cena, he visitado Coria en varias ocasiones con el fin de acceder a todos sus misterios. Gracias a Óscar García Ballesteros he podido conocer todos los aspectos relacionados con esta reliquia tan especial.

El mantel que se llenaba de alimentos

Varias leyendas intentan explicar la presencia de este mantel en tierras extremeñas. ¿Qué hace en el suroeste de la península ibérica si realmente su origen está en el Jerusalén de la Última Cena? Una de las teorías afirma que la pieza habría sido trasladada hasta Roma, en el siglo III, por santa Elena, madre del emperador Constantino y personaje muy asociado con el mundo de las reliquias. De ahí, aseguran, habría pasado a Carlomagno, y de este a los templarios. Afirma la leyenda que habría llegado hasta Coria tras la conquista de la ciudad por parte de Alfonso VII pero, en todo caso, la mayoría de las teorías coinciden en señalar a los caballeros templarios como los responsables de la llegada del mantel a Extremadura, y es que tenemos muchos datos de la presencia del Temple en esta región española. En Coria, en concreto, estuvieron un par de años en torno a la segunda mitad del siglo XII. «Hay muchos autores que han recogido la leyenda que dice que los templarios tenían un mantel de la Última Cena y que haciendo una serie de conjuros se llenaba de alimentos. La base de realidad de esta leyenda estaría en la costumbre de los templarios de, cada Jueves Santo, sacarlo para dar de comer a los pobres», me explicaba Óscar García en una de mis visitas al sagrado mantel, añadiendo que «no se puede afirmar con rotundidad pero podría ser que los templarios, cuando cae la orden, durante su huida hacia

Portugal a comienzos del siglo XIV, se refugiaran en Coria y dejaron el mantel en la catedral; pero todo son conjeturas e hipótesis». Tras ser escondida, la reliquia habría aparecido más tarde en un arca, con motivo de obras o reformas en dicha catedral.

Referencias documentales más antiguas

Se conserva en el museo catedralicio de Coria una bula del papa Luna, Benedicto XIII. Data de 1404 y lo que dice es que se otorga indulgencia plenaria a los visitantes del relicario cauriense. «En este pergamino se dice que aparecen las reliquias en ciertas arcas o cajas, y aunque no se cita el mantel se piensa que, muy probablemente, esta pieza ya formaba parte de ese conjunto de reliquias», explica Óscar García. La bula también señala que esas reliquias eran exhibidas el día de la Invención de la Santa Cruz, el 3 de mayo, y que acudían miles de fieles desde lugares lejanos con el fin de poder contemplar estos objetos.



Lourdes Gómez ante el mantel de la Última Cena que se custodia en la catedral de Coria (Cáceres). Fotografía de Yohanan Díaz Vargas.

«Hay que aclarar que se menciona muy pocas veces el mantel en los archivos de la catedral», en palabras de García. «Además, en las pocas ocasiones en las que se habla del mismo siempre se le cita en plural, como “los manteles en los que Cristo instituyó la Eucaristía”», añade. Óscar apunta a una posible explicación: «Algunos estudiosos de etimología y lingüística afirman que esto es una manera común de denominar al mantel por ser una pieza única y singular; hablan de él en plural para remarcar su importancia».

Proteger el mantel del fervor religioso

Está documentado que en los siglos XV y XVI llegaban a Coria más de cuatro mil personas para venerar el mantel. Este fervor provocó que este sufriera celebración de eucaristías, besos, desgarros, etcétera. Tanto es así que Óscar me comentó hace pocos meses que hasta fechas recientes ha habido personas que, arrepentidas, han devuelto trozos de la reliquia. La última ocasión fue en el año 2000, cuando una persona devolvió uno de los pedazos mediante secreto de confesión. Con todo, el mantel no es una pieza que tenga milagrería asociada, aunque sí se sabe que lo sacaban a la calle en época de sequías con el fin de atraer la lluvia a la comarca.

Por todos estos detalles, el cabildo catedralicio ha tenido muchos problemas a lo largo de los últimos siglos, debido, principalmente, a los tumultos que formaban los fieles. «Se sabe que la catedral se modificó por ello; de hecho, se tiró la vieja y se construyó una catedral más grande, pero tampoco cabían. La documentación indica que los fieles se subían a los retablos, a las rejas, a los bancos, se pegaban... Por eso se decide construir un balcón para la exposición y veneración pública de la pieza. Es un balcón que, según algunos estudiosos, se realiza para la visión de autos sacramentales, pero indudablemente tiene elementos, figuras, referencias que hacen pensar que se hace para la exposición de reliquias: escudos con las cinco llagas de Cristo, látigos, clavos en las manos, la cruz, etc. Es decir, el balcón se hace pensando en las reliquias de la Pasión», apunta Óscar García, quien añade que «la catedral se modificó porque era muy pequeña y estaba para “se caer”,

siendo el acto más numeroso el de la veneración de las reliquias y el mantel, por lo que pensamos que dicha veneración tendría que ver en la decisión, pero no es una afirmación documentada, de ahí que tiempo después apareciese el famoso “balcón de las reliquias”». Este lugar todavía se conserva y está situado en un lateral de la puerta del Evangelio de la catedral de Coria.

Tal era el fervor religioso que se respiraba en Coria en su momento, que el obispo Juan Álvarez de Castro decidió, en 1791, prohibir las ostensiones públicas. El motivo: proteger el mantel de los extremismos de los fieles y, también, de la Guerra de la Independencia española. Pensaban que una posible invasión francesa podría acabar con el preciado objeto, y no estaban errados, ya que los franceses llegaron hasta Coria y asesinaron al obispo Álvarez de Castro propinándole dos disparos en los testículos.

Estudios científicos realizados al sagrado mantel cauriense

Lo que más llama la atención cuando se está frente a la arqueta que contiene el mantel de Coria es que ese tejido no da la impresión de tener la antigüedad que los expertos le atribuyen. Está sorprendentemente bien conservado, algo que muchos consideran un milagro. Hay que aclarar que a pesar de que en el museo de la catedral de Coria existe una réplica extendida del mantel, donde el visitante puede hacerse una idea exacta de las dimensiones de la pieza, el original se conserva doblado en una arqueta realizada en plata madrileña y regalada por un obispo que fue consagrado en Michoacán (México), Francisco de Luna y Sarmiento, quien estuvo ocho años destinado en Coria (de 1675 a 1683).

El primer estudio científico que se lleva a cabo sobre el mantel se realiza en 1960 por parte del Museo de Ciencias Naturales de Madrid. Óscar García asegura que «intervinieron expertos como el profesor Carreto Ibáñez o el gran experto en tejidos e historiador del arte Manuel Gómez Moreno. Miguel Ángel Muñoz de San Pedro, conde de Canilleros, también estuvo presente en el estudio y publicó un libro al año siguiente.[8] En esa obra él no explica muy bien qué se hace al mantel pero dice que los expertos estaban

convencidos de que tenía una antigüedad superior a los dos mil años. Con respecto al tejido del mantel, señalan que se trataba de lino procedente de Arabia Saudí. El museo de la catedral de Coria se ha puesto en contacto con el Museo de Ciencias Naturales de Madrid para encontrar los documentos relacionados con este estudio, pero no aparecen en ninguna parte».

El mantel de Coria y la sábana santa, ¿juntos en la Última Cena?

El profesor John Jackson, excientífico de la NASA y director del Turin Shroud Center de Colorado, cree que el sagrado mantel de Coria y la sábana santa habrían sido los manteles utilizados durante la Última Cena. «En el año 2006 el profesor John Jackson se interesa por el mantel. A través del Centro Español de Sindonología se entera de la existencia de la reliquia y envía a Coria a un grupo de expertos. Estos estudiosos observan que el mantel es de lino de la península arábiga y que la sarga va haciendo rombos concéntricos con una angulación de unos 45 grados. También se percatan de que el tinte es índigo natural, antiquísimo, posiblemente del siglo I. En cuanto a la antigüedad del mantel, consideran que sería superior a los dos mil años. Y la torsión del tejido es la misma que la de la sábana santa y el pañolón de Oviedo», explica Óscar García.

El profesor Jackson ha estado dos veces en Coria, en 2006 y en 2007, y está pendiente una próxima visita. Pero ¿por qué está este profesor tan interesado en la pieza? Parece ser que, desde el año 1978, cuando Jackson investigó la síndone, tiene la idea de que la sábana santa podría ser un mantel y, más en concreto, el que utilizara Cristo durante su última Pascua judía. El equipo del profesor Jackson cree que ante la precipitación con la que ocurrieron los hechos tras la condena de Jesús de Nazaret, se valieron de lo que tenían a mano en aquel momento para amortajar su cuerpo: el mantel de la Última Cena. «En esta celebración se usaban dos manteles y su idea es que el de Coria es uno de los manteles y el otro sería la sábana santa. El de Coria cree que sería el mantel propiamente dicho, por la riqueza decorativa que tiene, y la síndone podría ser el mantel que se usaba por puro simbolismo, para tapar los alimentos por aquello de la huida de Egipto y la caída del maná

bíblico. Ese mantel simboliza el resguardar los alimentos del polvo del desierto», expone el técnico del museo de la catedral cauriense. Hay que tener en cuenta, además, que las dimensiones de ambas piezas son prácticamente idénticas: de largo la sábana santa mide 4,36 metros y el mantel de Coria 4,32 metros (teniendo en cuenta los trozos que le faltan); en cuanto a la anchura, la sábana santa mide 1,10 metros y el mantel de Coria 92 centímetros.

«Que ambos estuvieron en la Última Cena es una teoría absolutamente personal de Jackson, que no sé de nadie más que la comparte», me comentó en su momento Ignacio Dols, director del centro de estudios del mantel de la catedral de Coria. Dols estuvo presente durante todos los exámenes que el equipo de Jackson realizó a la reliquia en 2006 y 2007. «Él me comentó sus hipótesis iniciales pero no el resultado de sus estudios. En principio queda pendiente para su próxima visita, dos veces suspendida en los últimos años», me aclaraba el experto, quien señala que «al margen de cualquier connotación religiosa, ya tiene un indudable valor como pieza arqueológica textil. Y a ello se le une el valor que le otorga una tradición de veneración continuada durante seis siglos. Investigar sobre la autenticidad de la tela en cuanto a su posible origen judío en el siglo I es uno de los retos de la ciencia». Por su parte, Óscar García aclara: «Nosotros tratamos la pieza con mucha cautela, con mucha sensibilidad, sin afirmar nada. Eso lo tienen que realizar los científicos y Jackson de momento quiere comprobar si su hipótesis, la de los dos manteles, es o puede ser factible, sin darnos datos concretos e intentando fechar la pieza, ya que él cree que puede tener una gran antigüedad, pero todavía sin confirmar y apoyándose en el estudio de 1960».

Actualmente, el mantel de Coria sigue en proceso de investigación y hay que esperar a que John Jackson publique el resultado de sus pesquisas para conocer más datos sobre una reliquia tan fascinante, sobre un objeto que a pesar de que puede ser visitado cada día en la catedral de Coria, sigue siendo una pieza muy desconocida.

La santa espina de Mula, ¿un pedazo de la corona de Cristo?

Durante el verano del año 2016 algunos medios de comunicación publicaron que el obispo de la diócesis de Cartagena (Murcia) había firmado un documento en el que permitía la exposición pública de una supuesta espina de la corona de Cristo. Comencé a indagar en el asunto y descubrí que se trataba de una reliquia apenas divulgada. Además, llamaba la atención el hecho de que en pleno siglo XXI una autoridad eclesiástica expidiera un documento oficial para refrendar la valía de una pieza de este tipo. Decidí desplazarme hasta Murcia para investigar el asunto y logré acceder al monasterio de la Encarnación en el municipio murciano de Mula, con el fin de descubrir la historia de dicha reliquia. En compañía del cronista oficial de la localidad, Juan González Castaño; del investigador muleño Juan Gutiérrez; la concejala de cultura del ayuntamiento del municipio, Paqui Imbernón, y de los periodistas Claudia Madrid y Moisés Garrido, pude consultar preciados documentos del archivo de este monasterio muleño y lo más importante: ver de cerca la espina que con tanto celo custodian las hermanas clarisas del monasterio de la Encarnación. Gracias a la amabilidad de la madre abadesa de esta comunidad, sor María del Carmen Parras, conocí todos los detalles de un relato fascinante.

Obligadas a abandonar la clausura

La comunidad de religiosas se encontraba rezando en el coro del monasterio cuando la madre abadesa tuvo noticia de que unos hombres la andaban buscando. Era la tarde del 24 de julio de 1936. Cuando llegó hasta el torno, sor María de San Francisco Escámez recibió el aviso de que tenían tres horas para abandonar el edificio. En dos libretas que se conservan en el archivo del Real Monasterio de la Encarnación de Mula, sor María de los Ángeles Ruiz Gómez cuenta todo lo relativo a la expulsión del convento con motivo del estallido de la guerra civil española. La religiosa expone en estos diarios que, dada la situación política que atravesaba España, debían haber tomado medidas para salvar lo máximo posible, pero no lo hicieron, y la noche de la expulsión dejaron todo como estaba, «con toda su riqueza, con toda su hermosura de imágenes, cuadros de firmas elevadísimas, lienzos, tapices, piedras, reliquias, con todo el encanto de su huerto y de sus claustros, con el

delicioso aroma de sus flores, con la histórica escultura de su templo, de su camarín...».

Sobre las dos de la madrugada del día de Santiago, el 25 de julio, las quince religiosas, portando un hato con algunas prendas, se dispusieron, por orden de los ocupantes, a abandonar la clausura, no sin antes despedirse del cuerpo de la madre fundadora del convento, sor Mariana de Santa Clara. A la salida del mismo, según la crónica de sor María de los Ángeles Ruiz, las monjas fueron cacheadas por unas mujeres encargadas de comprobar que no sacaban nada más que lo estrictamente permitido. Con todo, se les escapó un detalle: la primera sacristana del convento, sor María Jesús Dato, de cincuenta y cinco años y natural de Mula, portaba escondida entre sus ropas una reliquia, una supuesta espina de la corona de Cristo que llevaba en el monasterio desde su fundación en el siglo XVII.

La espina emparedada

Durante el periodo de obligado exilio de las hermanas, la santa espina estuvo con sor María Jesús Dato en casa de su hermana carnal. Idearon un escondite perfecto para el venerado pedazo de madera: un pequeño armario, apenas un hueco excavado en la pared, que al mismo tiempo fue tapado. En efecto, la espina fue emparedada para asegurar su protección.

«Sor María Jesús Dato tuvo la iluminación de sacar del relicario la santa espina y se la escondió. Cuando estuvo fuera se percató de que se había caído un papelito que llevaba, la “auténtica”. Ella relata que era una especie de pergamino escrito en latín. No la dejaron volver a entrar, pero gracias a Dios se conserva el lacre», expone sor María del Carmen Parras, actual madre abadesa de la comunidad de hermanas clarisas del monasterio de la Encarnación de Mula. La «auténtica» es el documento que debe tener toda reliquia y que acredita la autenticidad de la misma.

El fragmento de madera estuvo escondido en la casa familiar de sor María Jesús Dato durante toda la guerra civil, un tiempo en el que la comunidad de hermanas clarisas de Mula estuvo fuera de clausura. «El edificio se quedó sin nada, destruido. Se utilizó como cárcel durante la contienda y muchos de los

bienes fueron saqueados. Otros pudieron salvarse gracias a la intervención de la junta de recuperación del Gobierno republicano. Esos objetos de valor se guardaron en el Museo de Bellas Artes de Murcia y fueron devueltos tras la guerra», en palabras de Juan González Castaño, historiador, cronista oficial de Mula y autor, junto a Manuel Muñoz Clares, de la obra *Historia del Real Monasterio de la Encarnación de religiosas clarisas de la ciudad de Mula (Murcia)*.

Al mes y medio de terminada la guerra, en 1939, las hermanas volvieron al monasterio, más concretamente al hospicio, la única parte del edificio que había quedado en condiciones de ser habitada. Las pérdidas materiales fueron muchas, aunque lo que más afectó a la comunidad de hermanas clarisas fue la profanación del cuerpo de sor Mariana de Santa Clara. Así lo relatan Juan González y Manuel Muñoz en su libro: «Fue destrozado el cuerpo de la fundadora, fallecida en 1706, que permanecía incorrupto en el coro bajo, en una caja en una especie de hornacina junto a la pared sur. Se abría el ataúd todos los años que había elección de prelada y en él se tocaban rosarios, medallas, escapularios, etc. [...] Los restos fueron quemados en el patio conventual, indicando testigos presenciales la rapidez con que se consumieron».

Haciendo un inciso, me fascinó conocer algunos pasajes de la vida de sor Mariana de Santa Clara, una religiosa a quien se le atribuían facultades paranormales. De la madre fundadora del convento que nos ocupa se dice que «fue tan favorecedora de los habitantes del Purgatorio que se le conoció en Trujillo y en Extremadura en general —de donde era originaria— como la Monja de las Ánimas», explican Juan González y Manuel Muñoz en su obra sobre el monasterio muleño. En los textos que he podido leer sobre la vida de esta monja, se indica que tenía el don de la clarividencia y que a través de un sueño supo que sería fundadora de un convento en Murcia; también se le atribuyó el don de la bilocación, esto es, la capacidad de poder estar en dos sitios a la vez; y es que algunos testigos declararon haberla visto en Madrid cuidando a un enfermo cuando se encontraba en clausura en el monasterio de la Encarnación, a muchos kilómetros de distancia. Igualmente, son sonados sus encuentros con el demonio. Hasta se ha llegado a decir que este la empujó

por unas escaleras y la mató, pero que consiguió resucitar por intervención divina. Lo mismo que en una ocasión en la que se encontraba en el coro de su convento de Trujillo (Cáceres) cuando ella misma manifestó que el diablo soplaba en sus oídos y le impedía rezar, por lo que tuvo que combatir con el siniestro personaje. Pero, sin duda, su facultad más famosa era la de interceder por las ánimas del purgatorio, a las que dicen que era capaz de ver y ayudar en este trance. Y tampoco se queda atrás, según estas crónicas consultadas, sor Manuela María de Cristo, otra religiosa del monasterio de la Encarnación: «Eran tan frecuentes en sus últimos años las apariciones de almas, que casi no pasaba día sin visita, ya de sus devotos y conocidos, y ya de los padres, parientes, y bienhechores de la Comunidad y Religiosas». González Castaño y Muñoz Clares añaden que «esta monja cuidaba, sobre todo, de sus compañeras fallecidas, como pasó con sor Anarda Rosalía de Jesús, a cuyo espíritu vio bajar al Purgatorio sin perderlo de vista en una semana que permaneció en él, favoreciéndolo con peticiones y oraciones hasta que “el día del glorioso San Joseph la vió salir gloriosa a la celestial Jerusalén”. Luego esta le pagó sus desvelos apareciéndosele y consolándole en sus aflicciones».

Hay que tener en cuenta que en la época en la que se funda el monasterio de la Encarnación, en pleno Barroco, se vivía una religiosidad extrema y cada suceso de la vida cotidiana se pasaba por el tamiz de la religión. Uno de los episodios más curiosos ocurrió en 1680, cuando, faltando aceite para guisar, pidieron a un hortelano que entrara en clausura e intentara extraer algo del suelo de una tinaja que había tenido aceite. El hombre no pudo encontrar aceite en condiciones, pero vertió una buena cantidad de agua en el interior del recipiente, con objeto de limpiarlo. Cuando volvió a entrar en el convento, según el testimonio que se conserva en el archivo del monasterio, «quedó pasmado el hombre, viendo que lo que sacaba en lugar de agua, era verdadero aceyte». Desde entonces fue conocido como «el aceite del milagro». El escribano Luis de Guevara dio fe del suceso y aún en 1736 se conservaba una porción de aquel óleo del milagro. También se habla, en los documentos disponibles, de apariciones de santos, de ánimas, de fantasmas, como los del rey Felipe V y su esposa María Luisa de Saboya, apariciones de

demonios bajo distintos disfraces y hasta músicas celestiales surgidas de la nada.



Relicario en el que se conserva la santa espina, pieza que se custodia desde hace siglos en el Real Monasterio de la Encarnación de Mula (Murcia).

Volviendo al tema que nos ocupa, la profanación del cuerpo de sor Mariana de Santa Clara y la pérdida de bienes de gran valor generó en la comunidad de religiosas el temor de dar a conocer la supervivencia de la santa espina. A pesar de que al volver al monasterio se picó la pared de la casa de sor María Jesús Dato para recuperar la reliquia, «esta no fue venerada enseguida. Estuvo escondida hasta que se estabilizó la situación», asegura sor María del Carmen Parras. Antes de la guerra se veneraba públicamente el último domingo de noviembre, solemnidad de Cristo Rey, costumbre que se

recuperó tras un tiempo de prudencia y que ha llegado hasta nuestros días.

Reconocida por la diócesis de Cartagena

Debido a que durante la salida del monasterio, como hemos explicado, se perdieron los documentos de autenticidad de la santa espina, en 2016 el obispo de la diócesis de Cartagena, José Manuel Lorca Planes, expidió un documento en el que explica que «habiendo sido informado de la existencia de una posible reliquia de una espina de la Corona de Nuestro Señor Jesucristo en el Real Monasterio de la Encarnación de Religiosas Clarisas, de la ciudad de Mula, en esta diócesis de Cartagena, he pedido que se hiciera una exhaustiva indagación en los documentos que puedan atestiguar la autenticidad de dicha reliquia, dado que durante la contienda civil española entre los años 1936 y 1939 se perdieron las certificaciones de autenticidad de la misma». Por tal motivo, la diócesis mandó estudiar los documentos disponibles en el monasterio y la trayectoria de la reliquia.

Hay que aclarar que no se trata de la única espina que veneran los cristianos. En la catedral de Notre Dame se custodia la que está considerada como la corona de espinas de Jesús de Nazaret. Balduino II de Constantinopla se la vendió al rey Luis IX en el año 1239, fecha en la que llegó a París; según las crónicas, el 18 de agosto, para ser más concretos. Oculta en el interior de un relicario de oro, la corona llegó en procesión hasta la capital francesa, ante un entregado pueblo parisino que se echó a las calles para presenciar el histórico momento. El documento más antiguo en el que se habla de esta reliquia está datado en el 409 y es el relato de la peregrinación de san Paulino de Nola. También en el siglo V existe un relato de san Vicente de Lerins en el que se dice que la corona tenía forma de un casco que cubría toda la cabeza. Sea como fuere, la que hoy día se conserva en París, según un estudio realizado por expertos botánicos, tiene 21 centímetros de diámetro y está trenzada con una especie de junco que crece en la cuenca mediterránea. En cuanto a otras espinas, en 1870 el arquitecto francés Charles Rohault de Fleury contabilizó hasta un total de 139 veneradas en iglesias de toda Europa, la inmensa mayoría de las cuales no hay duda de que son falsas y otras tantas

serían reliquias de tercera clase que habrían estado en contacto con las auténticas. Son muy pocos los casos en los que se cuenta con documentos y tradición acreditada. En cuanto a las especies de las que proceden estas espinas, habría tres destacadas: un arbusto llamado *zizyphus vulgaris*, que crece en los alrededores de Jerusalén; el arbusto *rhammus lycioides*, que se da en la cuenca mediterránea, y el cardo *gundelia tournefortii*, que crece en Oriente próximo y medio. Existen reliquias de espinas en iglesias como Reims, Saint Denis, Toulouse y Burdeos, en Francia; Roma, Pisa y Vicenza, en Italia; Malmesbury, en Inglaterra; Namur, en Bélgica, o Zamosc, Miechowie y Bocki en Polonia.

En relación a la santa espina muleña, el 25 de julio de 2016, día de Santiago, ochenta años después de la precipitada salida de la comunidad del monasterio, el obispo firmó un documento en el que autorizaba que «la considerada como santa espina de la corona de nuestro Señor Jesucristo, que existe en el monasterio de la Encarnación de la ciudad de Mula desde la fundación en el siglo XVII, sea ubicada en una dependencia de fácil acceso de los fieles para su veneración pública». Con estas líneas volvía a darse a conocer una reliquia caída en el olvido, por pocos conocida y con una ajetreada historia tras de sí. Una existencia que ha ido unida a un vidente, fray Pedro de Jesús, que no solo propició su llegada hasta Mula, sino también la creación del monasterio en el que se guarda.

El vidente del Niño Jesús

Pedro Botía, más tarde Pedro de Jesús, nació en Mula en 1633, y quedó huérfano a temprana edad debido a una gran epidemia de peste que asoló el entonces Reino de Murcia en 1648. El hachazo epidémico llevó a la tumba a más del cincuenta por ciento de la población de Mula en apenas cuatro meses. En aquel ambiente de crisis social, de un pueblo que buscaba consuelo en Dios ante tanta calamidad, Pedro Botía se convirtió en vidente del Niño Jesús.

Ocurrió en una zona de la huerta de Mula conocida como «el Balate», donde Pedro Botía trabajaba como pastor. «Dice la tradición, que no la

historia, que estaba pastoreando un hato de ganado cuando tuvo la visión de Cristo en forma de niño. Según cuentan, se apareció para consolarle. Y fue una aparición personal, es decir, él no la comentó hasta pasados como mínimo veinte años, cuando ya era lego franciscano», explica Juan González Castaño.

Según expuso el fraile, el niño que se le apareció tenía una cruz en la mano derecha, vestía un traje de nazareno y le preguntó qué le ocurría. Pedro compartió con él sus penas y le preguntó quién era, a lo que este respondió que se trataba del «Niño de Belén», y alargándole el trozo de madera le dijo «toma mi cruz y sígueme». Tan al pie de la letra se tomó el mandato de la visión, que a los veinte años de edad ingresó en el convento de los Franciscanos de Orihuela (Alicante), eligiendo el nombre de fray Pedro de Jesús Botía. A lo largo de su vida vivió en otros conventos, como el de San Ginés de la Jara, además de cumplir algunos deseos, como viajar a los Santos Lugares. Precisamente durante este viaje a Tierra Santa tuvo otra aparición de un niño que le pidió que volviera a España, según contó él mismo. En la travesía de regreso, Pedro Botía coincidió con el conde de Lemos, quien se interesó por el humilde y sencillo fraile, y le pidió que le acompañase a Madrid, donde le introdujo en la Corte.

Fray Pedro de Jesús se convirtió así en consejero y director espiritual de nobles como el duque de Alba, el duque de Medina Sidonia y del Infantado y, especialmente, del príncipe don Juan José de Austria, hijo natural de Felipe IV y hermano del rey Carlos II. La relación entre el príncipe y el fraile fue tan estrecha que «dice la tradición que dormía en un cuarto pegado al de su señor por si por la noche tenía que pedirle consejo», asegura González Castaño.

La espina llega a Mula en el siglo XVII

En 1679, cuando Juan José de Austria fallece «dona una de las partes más importantes de su legado, su relicario, a fray Pedro de Jesús. El Barroco fue una época caracterizada por el auge y el acopio de reliquias y este príncipe poseía muchas y muy valiosas», señala el historiador González Castaño. Hay que añadir que de Juan José de Austria no solo obtiene Pedro Botía un gran

conjunto de reliquias, sino también la protección del monasterio de la Encarnación de Mula, de cuya fundación fue máximo promotor el fraile. «Él logró, a través de Juan José de Austria, que el rey Carlos II aceptara el real patronato del futuro monasterio, del que el príncipe fue su primer protector y, a la muerte de este, tal responsabilidad recayó en el rey Carlos II y en los reyes sucesivos de España hasta nuestros días», añade.

Según el testimonio de fray Pedro de Jesús, la santa espina presente en el monasterio formaba parte del relicario que heredó de Juan José de Austria. Al parecer, el fraile repartió las piezas de la colección entre el Real Monasterio de la Encarnación y los franciscanos de San Ginés de la Jara, en Cartagena, cuyo convento se situaba junto al mar Menor. «Sabemos fiablemente que las reliquias están aquí desde los años ochenta del siglo XVII, cuando se funda el monasterio y se abre a las hermanas clarisas. La comunidad llegó a Mula en 1677, pero hasta que terminaron las obras del monasterio ocuparon una propiedad de un sacerdote en la calle del Caño. Allí es donde, seguramente, fray Pedro trajo las primeras reliquias, hasta su traslado al monasterio de la Encarnación», en palabras del cronista oficial.

En efecto, la santa espina no es la única reliquia que se conserva en el monasterio. En el mismo relicario en el que se encuentra, hallamos lo que se considera un trozo de soga de la cama de san Francisco de Asís. También, un trozo de piedra del sitio en el que se fijó la cruz de Jesús de Nazaret, según la tradición, y otros objetos curiosos como un supuesto cordel con el que se ató a Cristo, una porción de hueso de san Clemente y hasta un pequeño mechón de pelo de la Virgen María. Existe en el monasterio constancia, igualmente, de la veneración de una pequeña porción de un clavo de Cristo y dos lignum crucis, quizá los objetos más queridos por las clarisas junto con la espina. Según los documentos que se conservan en el archivo del monasterio, se contabilizan más de una treintena de reliquias, como «una cabeza de santa Columba mártir, una canilla de san Blas Obispo, un pedazo de hueso de san Ángel Mártir, una poca de sangre de santa Cándida Virgen y Mártir, dos reliquias de las once mil vírgenes, etc.». A este legado habría que añadir el relicario donado por Pilar de la Canal y Rosique tras la guerra civil, para enriquecer el patrimonio del monasterio. Entre las piezas de este relicario

encontramos «una piedra minúscula donde estaba la casa de la Virgen, huesitos de san Celso, un trozo de piedra de las catacumbas de santa Inés, un pañito tocado en la carne de santa Teresa, un trozo de velo de la madre fundadora, sor Mariana de Santa Clara, una avellana del árbol que plantó santa Teresa en Ávila, una piedra del sepulcro de la Virgen, tres hojas de las oliveras del huerto de Getsemaní, una vela que alumbró en el sepulcro de san Francisco, un poco de tierra “de donde cayó leche de la Virgen”» y un largo etcétera. Como se observa, hay que interpretar muchos de estos objetos a la luz de la fe, puesto que se trata de tradiciones que, en la gran mayoría de los casos, no tienen un sustento histórico.

En este sentido, ¿hasta qué época se remonta la información escrita sobre la santa espina de Mula? ¿Cómo llega a manos de Juan José de Austria? ¿Qué documentos dan fe de su autenticidad? Para Juan González Castaño la pista de esta reliquia «se remonta, como mínimo, a unos ciento veinte años antes de su llegada hasta Mula. Muy probablemente la santa espina y algún lignum crucis de los dos que había en la localidad provienen de Felipe II. Él no solo tenía un gran relicario en El Escorial. En Madrid, en el alcázar, tenía una capilla con muchísimas reliquias. Una parte de ese relicario que estaba en Madrid es el que yo modestamente pienso que pasó primero a su hijo Felipe III, después a Felipe IV y este, puesto que quería muchísimo a Juan José y fue al único hijo fuera del matrimonio que reconoció, se lo regalaría a Juan José de Austria. Y parte del mismo es el que llegó al monasterio de la Encarnación a través de fray Pedro de Jesús». Pero en su libro, Juan González también recoge otra hipótesis, y es que podría ser «una de las dos que sor Mariana de la Cruz y Austria, monja de las Descalzas Reales, entregó a fray Pedro de Jesús, extraída de un relicario que llegó a España con la hija de Carlos V, la emperatriz María».

En cuanto a los documentos disponibles sobre la santa espina, hay que citar el que se realiza con motivo de la visita pastoral a Mula del obispo de la diócesis de Cartagena Luis de Belluga y Moncada en 1715. Por boca del propio fray Pedro de Jesús, que vivía en el monasterio de la Encarnación por entonces, conoce el obispo la procedencia de la santa espina y expide un documento certificando su existencia. Lo mismo ocurre posteriormente con el

obispo Juan Mateo López Sáenz y con su homólogo Ramón Sanahuja y Marcé. Este último, en concreto, expidió un documento tras la guerra civil, para certificar que la reliquia que había vuelto al monasterio era la misma que se adoraba en casa de sor María Jesús Dato en un armario emparedado y que había sido traída hasta Mula por fray Pedro de Jesús.

No ha sido analizada desde un punto de vista científico

Desde el Real Monasterio de la Encarnación de religiosas clarisas de Mula aseguran que no tienen conocimiento de que la santa espina haya sido analizada desde un punto de vista científico. «Sí que han venido algunos entendidos que se han sorprendido al verla, porque pensaban que se iban a encontrar con un fragmento, no con una espina entera, eso es bastante inusual. Pero nunca se ha ido más allá, al menos que sepamos, en el análisis de la reliquia», explica la madre abadesa, quien, durante nuestra visita al monasterio no solo nos mostró la reliquia y nos permitió tomar cuantas fotografías fueran necesarias; también nos enseñó todos los documentos relativos a la santa espina, así como otros objetos de valor, añadiendo una visita guiada por el monasterio que incluyó áreas de acceso restringido, motivo por el que no puedo dejar de agradecer públicamente su amabilidad.

La actualidad que cobró en el año 2016 esta reliquia estuvo unida a la celebración, en 2017, del Año Jubilar de Caravaca de la Cruz. «Nos preguntaron si se podía hacer una parada de estación en el monasterio por la presencia de la santa espina. Al principio pedimos prudencia y dijimos que el caso debía ser analizado por el obispado, porque no quiero fraudes. Si no fuera una cosa que a lo largo de la historia está confirmada y que es cierta yo no permitiría su veneración», argumenta sor María del Carmen Parras, añadiendo que «el señor obispo ha autorizado, a la luz de la documentación y del análisis, el culto a la reliquia. Ha declarado parada de estación aquí, como parte del vía crucis. Aquí sería la contemplación de la coronación de espinas y ya en Caravaca la crucifixión de Nuestro Señor Jesucristo». Sor María del Carmen analiza lo ocurrido desde un punto de vista providencial: «Nuestro Señor algo quiere para la comunidad, para el pueblo de Mula y para todos los

fieles. No existe la casualidad. Justo ochenta años después de haber salido la santa espina de esta casa, el mismo día de Santiago, el obispo firma un documento y vuelve a darse a conocer. Esto hay que analizarlo desde la fe».

Con todo, la madre abadesa admite que pueden existir críticas sobre la expedición de este documento coincidiendo con la llegada de un año jubilar en la comunidad autónoma y analizándolo desde el punto de vista del turismo religioso. «Si hay críticas, es normal, nunca faltan en cualquier acontecimiento, pero no nos va a afectar para analizar este hecho desde la fe. Es verdad que ciertos sectores que promocionan Caravaca pueden hacer también críticas, pero sigo manteniendo que todo esto es providencial.» Por otro lado, también me comentó que solo iba a permitir la exhibición pública de la reliquia si se guardaba el debido respeto que el lugar y el objeto merecen: «La veneración de la santa espina tiene que ser a ella, no se puede idolatrar ni el entorno ni lo que en sí lleva al monasterio, ni nada. En el momento que la comunidad de religiosas observe que no se venera de una manera seria, respetuosa y desde la interiorización, de un objeto que tiene una pequeña mancha de sangre en la punta que consideramos que es de Nuestro Señor, la santa espina inmediatamente se recoge. Por mucho decreto que haya del señor obispo aprobando la ubicación, por mucho interés que tenga el ayuntamiento, por mucho interés que tenga el turismo, por mucho interés que haya, si esta santa reliquia no se venera como se merece, automáticamente se guarda».

Actualmente son seis religiosas las que forman la comunidad de hermanas clarisas del Real Monasterio de la Encarnación y ellas son las encargadas de mostrar la reliquia a todo el que se acerca a contemplarla. La conocida como santa espina del Real Monasterio de la Encarnación de religiosas clarisas de Mula no tiene milagrería asociada. Y si alguna vez ha existido algún hecho milagroso unido a la intervención de la reliquia no ha sido archivado, estudiado ni divulgado. Se trata de una muestra más del carácter humilde, sencillo y puramente franciscano de la comunidad de clarisas. Un carácter que mantienen a pesar de la afluencia de visitantes para contemplar un trozo de madera que llevan protegiendo desde hace siglos, que se guarda en un sencillo relicario de plata, sin joyas ni piedras preciosas, y

que está cuidado por unas religiosas que no obtienen ningún beneficio con su exhibición. Tan solo la divulgación de la fe que profesan.

La sábana santa, reliquia entre reliquias

No existe otro objeto que tenga la capacidad de convertirse en el corazón de la cristiandad cada vez que es mostrado de manera pública a los fieles. Tampoco hay una pieza que haya generado tanta controversia y opiniones encontradas a lo largo de la historia. Muchos son los que han dado carpetazo al misterio tomando una de las dos posturas e ignorando los estudios que, a favor o en contra, siguen indicando que este asunto no es un caso cerrado. Es triste que los interesados en estas temáticas suelen tener posturas radicales. Lo he vivido en carne propia en los últimos años, cuando he visto cómo algunos defensores de su autenticidad no han visto con buenos ojos que me acerque a esta reliquia desde una posición de prudente duda. Y lo mismo ha ocurrido con aquellos que piensan que es un fraude y que es de ignorantes estudiar piezas que creen con fervor —el mismo que el de los fieles— que son falsas. Si algo he aprendido en este tiempo es a tratar de respetar las opiniones de los demás y a luchar contra la posesión de verdades absolutas, que tanto mal están causando a nuestra sociedad. Pretendo en estas líneas reflejar lo que he descubierto sobre la sábana santa a través del periodismo y de entrevistas con expertos, no sentar cátedra sobre la cuestión.

Qué nos dice la sábana santa

Durante el tiempo en el que ejercí como presentadora del programa *Escrito en el Aire* de Canal Extremadura TV, un espacio en el que analizábamos, desde un punto de vista forense, psiquiátrico y policial, multitud de casos de crónica negra, aprendí una frase que ya he hecho mía: «Como dicen los forenses los muertos siempre hablan y sus palabras permanecen escritas en el aire». Igual que los muertos, la sábana santa también habla y, además, nos cuenta muchas cosas.

Se trata de un lienzo de lino que mide 4,36 metros de largo y 1,10 metros de ancho. Tejido en sarga de espiga, sobre una sola cara aparece la impronta frontal y dorsal de un hombre barbado de 1,81 metros de altura aproximadamente, que presenta signos de haber sido torturado y crucificado. Solo una parte del tejido está afectada por la formación de esta imagen, que posee una coloración muy tenue. Además, presenta sangre humana del grupo AB y otros indicios biológicos de procedencia humana.

El hombre de la sábana santa parece encontrarse en posición de rígor mortis, rigidez que surge en todo cadáver a las veinticuatro horas del óbito y suele perdurar durante las doce siguientes. Esa sería la explicación de que tenga las piernas flexionadas y la cabeza levantada. En cuanto a la altura del hombre, si bien, como hemos indicado, parece medir 1,81 metros, muchos sindonólogos, esto es, los expertos que se dedican a estudiar esta reliquia, sugieren que habría que quitar un centímetro a esa cifra si tenemos en cuenta que el paso de los siglos ha provocado una elongación de la tela.

Las partes del tejido en las que se perfila la impronta poseen marcas que indicarían que este hombre sufrió más de un centenar de azotes repartidos por casi todo el cuerpo, incluida la zona del pecho, pero en menor medida que en otras zonas anatómicas, según los expertos para evitar que uno de los golpes produjera un fallo cardiaco. Yendo más allá y analizando de manera minuciosa estas señales, podemos intuir la clase de objeto que las produjo: látigos con correas y con bolas en sus extremos, del tipo conocido como *flagrum taxilatium* romano.

Los análisis forenses que se han realizado al hombre de la sábana santa indican que sus muñecas fueron atravesadas por un clavo que se ajustó entre los huesos del carpo. En cuanto a los pies, parece que fueron clavados juntos, uno sobre el otro, atravesando el espacio entre el segundo y tercer metatarsianos y provocando un alargamiento de la pierna derecha.

La treintena de señales que se dan en la zona de la cabeza remiten a un casco de espinas que produjo lesiones en frente, sienes, región superior y nuca, una de las cuales dejó un reguero de sangre que cruza la frente. En la cara, igualmente, presenta áreas donde se percibe que recibió golpes. Uno de ellos le desvió y magulló la nariz, pero no la fracturó.

Los expertos en sindonología también exponen que este hombre sufrió una herida después de muerto. Se trata de una incisión profunda en el costado que fue realizada con un instrumento que se introdujo horizontalmente; no muestra turgencia en las comisuras, esta es la razón por la que afirman que no estaba vivo al momento de producirse esta herida, de la que manó, afirman quienes han analizado el lienzo, sangre post mórtem y otros fluidos biológicos.

Por último, el hombre de la síndone muestra magulladas las rodillas, el hombro derecho y la zona escapular izquierda, se cree que por cargar algún objeto muy pesado; y presenta, añaden, marcas de cuerdas en los tobillos.

Más allá del análisis forense, del hombre de la sábana santa se ha dicho prácticamente de todo. Desde que se trata de un cuerpo perfecto de varón, frase que pronunció el afamado doctor Gregorio Marañón, hasta que presenta deformidades incompatibles con un cadáver humano, tal y como ha manifestado en sus obras el escritor Juan Eslava Galán; de hecho, hay críticos que esgrimen que el hombre representado en el lienzo es más alto por la espalda que frontalmente. Y hay, igualmente, quien afirma, como el doctor Miguel Ángel Pertierra, que este hombre estaba vivo, teniendo en cuenta los daños que presenta y las sustancias con propiedades curativas, como el aloe, que se han hallado en la tela.



Talla del hombre de la síndone, con las lesiones que aparecen reflejadas en la sábana santa, de Juan Manuel Miñarro.

Ya existe imaginería religiosa creada a partir de las características del hombre de la sábana santa. El pionero de estas creaciones ha sido Juan Manuel Miñarro, maestro escultor sevillano, catedrático de la Facultad de Bellas Artes y miembro del Centro Español de Sindonología. Tuve la oportunidad de visitar a Miñarro, quien amablemente me recibió en su taller sevillano. Estuvimos hablando de su oficio y me explicó que decidió trabajar sobre la síndone «reuniendo información de calidad y poniéndome en contacto con el Centro Español de Sindonología, para hacer un primer retrato, con el apoyo de mi discípulo Daniel Guzmán». Los cristos que ha confeccionado a partir de la reliquia le han aportado un amplio conocimiento sobre la misma, tal y como me manifestó durante nuestra conversación:

«Conocemos muchísimos datos, sobre todo médico-legales, de la antropología física y de la antropología forense. La tradición dice que la sábana perteneció a un hombre ajusticiado y los datos que tenemos avalan este hecho. La sábana fue utilizada como paño mortuorio. Fue usada por alguien plagado de estigmas y marcas muy propias de instrumentos romanos como el *flagrum taxilatam*. El hombre fue coronado de espinas y posee heridas en los pies y en las muñecas que nos hablan de un crucificado, con clavos de unos 14 milímetros. Su costado fue atravesado por una lanza, con características perfectamente atribuibles a las lanzas que utilizaban los romanos. Todo esto está perfectamente narrado en la síndone. Con respecto a la sangre, se determinó en los ochenta que nos encontramos ante sangre humana. Hay sangre venosa, sangre arterial, sangre vital y sangre cadavérica, con un grupo sanguíneo concreto, el AB. Alrededor de cada reguero de sangre hay unos halos que solo se visualizan con luz ultravioleta y que pueden identificarse perfectamente con el suero sanguíneo. Todos estos detalles dan una realidad científica palpable».

Entre las brumas de la leyenda y la historia oficial

La historia espiritual de la síndone —palabra que viene del griego y que fue usada en francés por el cronista Robert de Clari en 1203: *sydoine*, sudario— comienza en la Biblia. En el Evangelio según San Juan leemos el siguiente pasaje, cuando se habla de la resurrección de Jesús: «Enseguida llegó Simón Pedro, entró en el sepulcro y vio los lienzos por el suelo; el sudario con que le habían envuelto la cabeza no estaba en el suelo con los lienzos, sino doblado en alguna parte».[9]

Estas líneas son las que empiezan a instalar en la mente del creyente que existirían unos lienzos que se encontraron en el sepulcro de Jesús de Nazaret. De ahí que antes de aparecer la sábana santa de manera fehaciente y constatada en Lirey (Francia) durante el siglo XIV, existan relatos que nos hablen de una misteriosa pieza que coincide en características con la síndone, aunque no se puede demostrar que se trate del mismo lienzo, pues existen muchas copias repartidas por toda la cristiandad.

Hay ciertos relatos, como el de un peregrino que en el 570 reflejó que había un sudario en un monasterio junto al río Jordán o la famosa historia del rey Abgar de Edesa, en la actual Turquía. Algunos evangelios apócrifos reflejan que este monarca estaba en posesión de un sudario. Pero volvemos al mismo punto, no hay manera de determinar que estos apuntes se refieran a la reliquia que hoy día se conserva en Turín (Italia).

También se da una gran polémica en torno al *Codex Pray*, una obra que se conserva en la Biblioteca Nacional Széchényi de Budapest (Hungría) y está datada entre 1192 y 1195. Se trata del códice más antiguo que existe escrito en húngaro y en una de sus escenas aparece representada la sepultura de Jesús. En el dibujo se observa un lienzo similar a la sábana santa, que para muchos defensores de esta teoría se trata de la representación de la síndone porque el tejido tiene, esgrimen, la misma trama que la de la reliquia. Además, añaden, Jesús aparece representado sin paño de pureza, con los brazos cruzados sobre la pelvis; y lo que es más importante, señalan: Jesús es representado con solo cuatro dedos, detalle que también coincide con la sábana santa, debido a que los clavos de las muñecas habrían producido una rotura del nervio mediano y una contracción del pulgar hacia la palma, de ahí que no se pueda ver.

Se piensa que el lienzo que actualmente se custodia en Turín era venerado en Jerusalén allá por el siglo VII y que más tarde fue a parar a Constantinopla, donde habría permanecido hasta 1204, año en el que los cruzados saquearon la ciudad. Después, hay investigadores que opinan que los templarios se hicieron con la síndone y que de Constantinopla la habrían llevado a algunas de sus fortalezas más importantes, hasta recalar en Francia. Esta hipótesis ganó muchos adeptos cuando la historiadora Barbara Frale aseguró haber encontrado una declaración muy impactante en los archivos vaticanos. Se trataba, aseguró, de un documento de 1287 en el que un caballero llamado Arnaut Sabatier, quien compareció en el proceso inquisitorial contra los templarios, confiesa que al ingresar en la orden le llevaron ante una larga tela de lino sobre la que se apreciaba una imagen humana. Los seguidores de la teoría templaria opinan que esa tela era la sábana santa de Turín. Pero lo cierto es que todo son conjeturas cuando hablamos de su historia anterior a

Lirey. De hecho, los detractores de la reliquia, como veremos más adelante, sostienen que precisamente fue creada en la época en la que surge su culto en Francia.

En noviembre de 2011 tuve la oportunidad de charlar con Julio Marvizón, meteorólogo e investigador del Centro Español de Sindonología, que publicó el libro *La Sábana Santa*. Aquel día conocí las conexiones que establecía entre los templarios y la reliquia: «El último gran maestre de la orden templaria fue Jacques de Molay, quien fue quemado junto a otro seguidor, Godofredo de Charnay. ¿Son una simple coincidencia los nombres y los apellidos Charnay y Charny?», en palabras de Julio Marvizón. Efectivamente, existe una gran similitud entre el nombre de este templario y el del primer portador conocido de la reliquia.

Entre las certezas que tenemos, se tiene constancia de que a mediados del siglo XIV un noble francés, Geoffroy de Charny, donó un sudario a cierta iglesia de Lirey (Francia) y que de ello tuvo conocimiento Clemente VI, ya que el dueño de la reliquia habría escrito a este para informarle de que tenía en su poder la tela que envolvió el cuerpo de Jesús. La nieta de este noble, tras hacer una gira europea para promocionar la reliquia, la donó a la Casa de Saboya en el año 1453. La sábana santa estuvo en manos de esta poderosa familia hasta el 18 de octubre de 1983, cuando se cumplió una de las últimas voluntades testamentarias del rey Humberto II de Italia, que era donarla a la Iglesia. Hasta aquel momento, el cofre en el que se conservaba la síndone tenía dos llaves: una pertenecía al obispo de Turín y la otra al jefe de la Casa de Saboya.

Antes de su llegada a la catedral de San Juan Bautista de Turín (Italia) en 1578, la sábana santa se custodiaba en la capital del ducado de los Saboya: Chambéry (Francia). Allí, en el año 1532 se produjo un incendio que le dejó las quemaduras que presenta hoy día. Ya en Turín también vivió otro fuego, esta vez en el año 1997, cuando un bombero la rescató rompiendo el cristal de la urna que la protegía.

Hasta los años setenta, los fieles que quisieran conocer esta reliquia solo podían hacerlo durante las escasas ostensiones públicas o a través de fotografías y pinturas. El 23 de noviembre de 1973 fue la primera vez que se

exhibió en televisión, cuando el papa Pablo VI la describió a los espectadores como «sorprendente y misteriosa», absteniéndose de referirse a ella como «auténtica».

Lo que hemos ido descubriendo a través de la ciencia

En el último siglo la sábana santa nos ha contado más cosas que en todo su devenir anterior, gracias al oportuno micrófono de la ciencia. Las primeras sorpresas llegaron en 1898, cuando el abogado aficionado a la fotografía Secondo Pia recibió autorización para fotografiar la síndone. Al revelar la placa y observar el negativo, descubrió que allí había mucho más que contornos de color rojizo con forma humana. Se observaba el cuerpo entero de un hombre barbado con signos de haber sido maltratado.

Pocos años después de aquella extraordinaria imagen tomada por Secondo Pia, Yves Delage, médico y miembro de la Academia de Ciencias de Francia, y el biólogo Paul Joseph Vignon, intentaron reproducir la imagen del hombre de la sábana santa. Contrataron a varios artistas que usaron únicamente pigmentos que existiesen en la Edad Media, pero el informe que Delage presentó a la academia en 1902 ponía de relieve que, según sus pesquisas, se trataba de una auténtica reliquia histórica.

Pero, sin duda, el análisis más pormenorizado se llevó a cabo en 1978 por parte del equipo STURP, el Proyecto de Investigación del Sudario de Turín. Formaron parte del equipo más de cuarenta científicos norteamericanos, algunos miembros de la NASA. Impresiona ver una fotografía que muestra el camión que trasladaba los aparatos que el equipo STURP utilizó durante su análisis de la sábana santa. Más de dos toneladas y media de material repartido en cajas que se dispusieron en la biblioteca del palacio real de Turín, donde se llevó a cabo el estudio. Se tomaron, con cinta adhesiva de carbono puro, más de una treintena de muestras de la superficie del lienzo, se analizaron con luz polarizada, y se obtuvieron restos de polen y de otras partículas. Igualmente, se realizaron radiografías y se iluminó la superficie de la reliquia con rayos X. Una de las conclusiones más impactantes de este estudio llegó de la mano del profesor John Jackson, de la Universidad de

Colorado, quien descubrió que el hombre de la síndone era una figura tridimensional, porque la intensidad de la impronta en cada punto de la tela parecía proporcional a la distancia del cuerpo.

Con respecto a los restos de sangre en la sábana santa, son muchos los expertos que han abordado la cuestión. Uno de los primeros fue el doctor Pierre Barbet, quien en 1950 aseguró que había en la reliquia sangre humana venosa y arterial. Por su parte, Pierluigi Baima Bollone, forense y quien fuera director del Centro Internacional de Sindonología, y el hematólogo Alan Adler, identificaron el origen humano de las manchas de sangre del lino, asegurando que pertenecían al grupo sanguíneo AB, minoritario en la población mundial pero elevado entre los judíos de Palestina. Los más críticos con la reliquia aseguran que, de existir estos restos, podrían haber sido añadidos con posterioridad. En cualquier caso, las manchas presentes en la síndone emiten el espectro de la metahemoglobina desnaturalizada, lo que según los expertos se corresponde con trazas de sangre de mucha antigüedad. Pero no falta quien, como el químico Walter McCrone, piensa que las manchas pueden no estar ocasionadas por sangre sino por pigmento rojo de óxido de hierro.

Con respecto a los estudios relativos a los pólenes, fue en 1978 cuando el polinólogo Max Frei descubrió en la síndone varias muestras endémicas de pólenes propios de la Judea del siglo I y también de Turquía, Francia e Italia, enmarcando así todos los lugares en los que habría estado la sábana santa. A pesar de todo, su trabajo también tiene críticas, como las del botánico francés Jacques Louis de Beaulieu, de la Universidad de Marsella, quien revisó el trabajo de Max Frei y aseguró que este había cometido errores al clasificar ciertos pólenes. Por otro lado, el botánico israelí Avinoam Danin investigó la sábana santa y llegó a la conclusión de que en ella se puede ver la huella de varias especies de flores que solo se dan en los territorios de Jerusalén y Palestina y que están colocadas alrededor de la cabeza del hombre de la síndone.[10]

No podemos dejar de abordar las polémicas pruebas del carbono 14 que se llevaron a cabo en 1988. El análisis fue liderado por Michael Tite, del British Museum, y los laboratorios que analizaron las muestras fueron la

Universidad de Oxford, el Instituto Federal de Tecnología de Suiza y el laboratorio de la Universidad de Arizona. Se cortaron fragmentos del borde de la reliquia que se enviaron a estos enclaves mezclados con otros trozos pertenecientes a distintas épocas. El resultado fue que los tres dataron la sábana santa entre 1260 y 1390.

A pesar de todo, son muchos los expertos que se muestran críticos con este estudio. Entre los argumentos que esgrimen: que el calor que sufrió la reliquia durante el incendio de 1532 podría aportar una presencia de carbón superior a la normal; o que el carbono 14 es una prueba fiable para objetos recién desenterrados y protegidos del contacto humano pero no para una pieza como la síndone, y en este sentido aportan como ejemplo el de una momia que se conserva en Mánchester (Reino Unido). Cuando se analizó en 1970 dio como resultado que el vendaje era mil años más reciente que el esqueleto que envolvía, debido a la manipulación que había sufrido la tela y no el cuerpo.

Igualmente, se ha hablado de los parches presentes en la sábana santa. Se trata de esos añadidos que pusieron las clarisas tras el incendio de 1532. Hay quien piensa, como el investigador estadounidense Raymond Roger y la doctora Anna Arnoldi de la Universidad de Milán, que las pruebas de carbono 14 se realizaron sobre uno de aquellos fragmentos incorporados por las religiosas.

Pero, sin duda, el cuestionamiento más serio a esta prueba lo realizó Leoncio Garza-Valdés, de la Universidad de San Antonio (Texas). Este doctor especializado en microbiología desmontó la datación de una figura maya de jade que había sido catalogada como falsificación. Tras estudiarla en profundidad, determinó que poseía una pátina natural formada por bacterias. A raíz de las dudas planteadas por Garza-Valdés, volvieron a datar la figura y llegaron a la conclusión de que era quince siglos más antigua de lo que indicaba la primera prueba. Con respecto a la sábana santa, el mismo experto analizó en 1993 un fragmento que había sido guardado por Giovanni Riggi, científico encargado de tomar las muestras en 1988. Leoncio Garza-Valdés encontró una capa similar a la del objeto maya y determinó que estos organismos podían haber alterado la datación en 1.300 años.



Juan Manuel Miñarro y Lourdes Gómez en el taller del imaginero en Sevilla.

Los estudios científicos también han tratado de encontrar una explicación al mayor enigma de la sítone: cómo se formó la efigie del hombre de la sítana santa. Para explicar este detalle se han aportado toda suerte de explicaciones: vapores de amoníaco emitidos por el cuerpo provocando una reacción química al mezclarse con el aloe esparcido en la sítana; que la humedad del cadáver absorbiera el aloe y manchara el lienzo, o la que más sentido tiene para los fieles: que al levantarse Jesús en el momento de la resurrección, su cuerpo despidiera una especie de descarga eléctrica e imprimiera la imagen. Juan Manuel Miñarro, del Centro Español de Sindonología, me manifestó en una entrevista: «Con todos los estudios y las pruebas que se han realizado no se ha podido determinar cómo surgió la

impronta. Parece ser que es una alteración química del lino, pero no se sabe qué pudo provocar esos pequeños cambios de coloración que forman la imagen. El gran problema de la sábana santa es la impronta. El tejido está ya suficientemente estudiado, pero la impronta es lo que complica todos los aspectos de la sábana. Si no la tuviera, nadie ensayaría ninguna fantasía sobre cómo se pudo originar».

Está claro que los interrogantes siguen sin respuesta. En la actualidad continúan los estudios sobre la reliquia, y uno de los más llamativos tiene vinculación con España. Un grupo de científicos asegura haber encontrado conexiones entre la sábana santa y el sudario de Oviedo, un paño de lino con restos de sangre que mide 83×53 centímetros y que se custodia en la catedral asturiana. A pesar de que a la historia de esta última reliquia también la acompaña una polémica prueba de carbono 14 que la fecha en el siglo VII, estos expertos aseguran que está conectada con la síndone.

He tenido la oportunidad de entrevistar a Alfonso Sánchez Hermosilla, investigador de la Universidad Católica San Antonio de Murcia, forense del Instituto de Medicina Legal de Murcia y autor de este estudio, quien asegura que «ambas piezas envolvieron a la misma persona. Los resultados de las investigaciones criminalísticas, antropológicas, morfológicas y biológicas son concluyentes en la misma línea y es que todos los datos se pueden superponer y están a favor de que los dos lienzos cubrieron el mismo cadáver». El estudioso va más allá y me explicó que los restos que ha observado en estas reliquias indican que estuvieron en contacto con una persona que sufrió una herida penetrante en el costado: «Una herida que afectara el corazón de una persona que ha muerto de asfixia en la cruz y, además, como consecuencia de un castigo previo compatible con la flagelación, tendría una serie de lesiones internas y también habría una gran cantidad de líquido pleural y líquido pericárdico que solo podría salir al exterior del cuerpo si se produce una herida penetrante en el tórax. Si no se produce una herida de este tipo estos fluidos no habrían salido por boca y nariz y mucho menos a través de la piel. Esto es lo que encontramos en la síndone de Turín y lo novedoso es que hemos encontrado este tipo de fluidos y coágulos en el sudario de Oviedo», en palabras de Alfonso Sánchez Hermosilla. El experto asegura que el

microscopio electrónico de barrido del que disponen en la Universidad Católica San Antonio ha sido clave para los estudios de sangre, pólenes y la composición de ambas piezas. «Los coágulos se corresponden con los que se forman en la aurícula derecha del corazón en los cadáveres de personas que han sufrido una larga agonía», añade. Aun así, asegura que todavía «estamos en el principio de la investigación» y que hace falta seguir estudiando estas reliquias para hallar más respuestas.

Última polémica

La sábana santa siempre está de actualidad y de su última polémica se hicieron eco medios de comunicación de todo el mundo. Fue el año pasado cuando surgió la existencia de un revelador estudio que aportaría datos esclarecedores sobre la sábana. Todos hicieron uso de la información transcribiéndola, limitándose a copiarla y titulando con frases como estas: «La impactante revelación sobre la sábana santa»;^[11] «Detallan nuevo descubrimiento en la sábana santa»;^[12] «La escalofriante revelación sobre la sábana santa tras ser analizada con sorprendentes técnicas»;^[13] o incluso «Científicos prueban que la sábana santa de Turín tiene sangre posiblemente de Jesús».^[14] Pero ¿qué hay más allá de los titulares? Lo que hicieron fue publicitar el trabajo de un equipo de científicos del Instituto de Materiales de Trieste y del Instituto de Cristalografía de Bari, ambos pertenecientes al Centro Nacional de Investigación de Italia, junto con la Universidad de Padua. El estudio fue publicado en la revista *PlosOne*, donde los profesionales que trabajaron en esta investigación aseguraron que el tejido de la sábana santa estuvo en contacto con sangre humana y, en concreto, que ese fluido emanó del cuerpo de una persona que fue torturada.

Según los participantes en el trabajo, entre ellos el máximo responsable, Elvio Carlino, las partículas que encontraron —gracias, añaden, a los métodos que recientemente se han desarrollado en el campo de la microscopía electrónica— no están presentes en la sangre de una persona sana, sino en alguien que ha tenido un «gran sufrimiento». En concreto, las partículas de las que hablan son la creatinina y la ferritina, que, según han

expuesto, son elementos que suelen encontrarse asociados a cuerpos que han padecido torturas. Esta es, en síntesis, la información que circuló aquellos días por la red de redes, haciendo fruncir el ceño de los escépticos y provocando emoción entre los fieles.

Cuando leí lo publicado al respecto, lo primero que hice fue contactar con Alfonso Sánchez Hermosilla, quien se mostró firme en sus declaraciones: «La noticia, aparentemente, es muy interesante desde el punto de vista científico pero, desafortunadamente, no lo es tanto. De la información que aporta, la que es real no tiene demasiado valor porque son datos que ya se conocían desde hace muchísimo tiempo y no aporta nada nuevo a la investigación seria, y lo que parece que es novedoso, en realidad no lo es tanto».

El estudio anunciaba la supuesta presencia de sangre en la reliquia como una novedad, sin embargo, el doctor me aclaró: «Esto ya se sabía desde que el hematólogo Carlo Goldoni descubriera hematíes humanos en lo que hasta ese momento parecían manchas de sangre, esto fue en el año 1991. La primera prueba concluyente de que había sangre en la sábana santa se dio en cuanto se puso el microscopio sobre la reliquia y se vieron glóbulos rojos. Después se continuó investigando según el procedimiento habitual, el protocolo establecido que se usa en criminalística para investigar delitos, y se confirmó, con una serie de pruebas, que era sangre humana, y, más en concreto, del grupo AB».

Igualmente, el estudio parecía confirmar la presencia de creatinina en la reliquia, «una sustancia que está presente en la sangre de todas las personas sanas, sin ningún problema. Incluso puede estar en concentraciones elevadas en personas que realizan algún tipo de ejercicio o con alguna profesión vigorosa, como pueden ser agricultores, leñadores, albañiles, etc. Todo este tipo de personas tienen unas cifras más altas de lo normal de creatinina pero no supone que estos individuos tengan ningún problema. El estudio no habla de que haya cifras altas de creatinina por la sencilla razón de que la metodología utilizada no puede medir cantidades; solo puede, en principio, detectar estructuras morfológicas y conocer la composición atómica, pero no la composición molecular exacta, ni la cantidad presente», me explicó, en su

momento, Alfonso Sánchez Herмосilla.

«En el pasado, cuando no había tanta tecnología, la detección se hacía de forma morfológica. Es decir, se veía la forma que tenía una cosa y se decía con qué porcentaje de probabilidad podía ser un elemento u otro. Hoy día, hay muchos más medios y en ninguna publicación seria se acepta una detección morfológica sin confirmarla, sin haberse usado otra metodología para comprobar que esa molécula que tiene el aspecto morfológico de creatinina realmente lo sea y no otras cosas que también tienen el mismo aspecto u otro similar que pueda prestarse a error en la identificación. No se ha confirmado por otro medio que no sea el microscopio, por lo tanto, puede ser creatinina o puede ser, perfectamente, cualquier otra molécula orgánica de un tamaño y de una composición similar. No se puede, de ninguna manera, afirmar que sea creatinina. Esto es un disparate, sinceramente», me aseguró el médico forense.

Esta investigación desarrollada en Italia contemplaba que la supuesta creatinina aparece contaminada con hierro en las muestras examinadas y esto sería, afirmaban, indicativo de que la persona a la que perteneció esa sangre habría padecido torturas. Alfonso Sánchez Herмосilla me manifestó que este detalle, «desde el punto de vista de la medicina legal y forense no tiene absolutamente ningún valor, no aparece en ninguna publicación científica seria de medicina legal y forense por la sencilla razón de que la creatinina se contamina con hierro en sangre de los cadáveres sea cual sea la causa de la muerte. Tanto si ha sido por causas naturales, por ejemplo si la persona ha fallecido de una parada cardiaca en su cama, tranquilamente, mientras dormía, y esto no es traumático ni violento en absoluto; o si ha sufrido un atropello tremendo por un tren y el cadáver está diseminado en fragmentos diminutos. En ambos casos la contaminación es exactamente la misma. ¿La razón? Que en la sangre cadavérica se destruyen los glóbulos rojos y su contenido es hemoglobina, muy rica en hierro. Este hierro contamina todo lo que toca, absolutamente todo. Y la creatinina es una de las cosas que se contaminan con hierro».

Por todo lo explicado, sería importante que los medios de comunicación fueran prudentes a la hora de divulgar estas informaciones que engañan a los

creyentes y contaminan los trabajos de aquellos profesionales que sí llevan a cabo investigaciones serias y rigurosas.

Las acusaciones de fraude

No podemos dejar a un lado las sombras de fraude que han planeado sobre la sábana santa. Surgieron, de hecho, en el temprano 1389 cuando el obispo de Troyes, en Francia, envió un memorándum a Clemente VII para informarle de que su antecesor en el cargo «descubrió el engaño y cómo dicho lienzo había sido astutamente pintado, ya que de esa verdad testimonió el artista que lo había pintado».

Los que creen que la sábana santa es una pieza falsificada han apostado por todo tipo de personajes como autores de la creación: desde un tal maestro de Lirey hasta Leonardo da Vinci, de quien aseguran que con esta pieza consiguió tomar la primera fotografía de la historia. En la Edad Media ya se conocían sustancias fotosensibles como el bicromato de amonio, el sulfato de plata y el nitrato de plata; de hecho, los alquimistas árabes usaban sales de plata, que se ennegrecían al contacto con la luz, para adornar palacios y estancias nobles. Por otro lado, desde tiempos de Aristóteles se conoce la cámara oscura, capaz de proyectar de forma plana, en el interior del instrumento, una escena exterior. La cámara oscura era usada por muchos pintores en sus análisis de perspectiva, entre ellos Leonardo. Por lo tanto, los que apuestan por esta explicación exponen que si juntamos una sustancia fotosensible con un soporte como la tela y añadimos de por medio la cámara oscura, ya tenemos una cámara fotográfica. Y que eso fue precisamente lo que habría materializado Da Vinci en la sábana santa. Para Julio Marvizón, por ejemplo, esta hipótesis carece de cualquier tipo de legitimidad: «No entiendo cómo investigadores ingleses pueden hablar de protofotografía y de creación de Leonardo cuando este nace en 1452 y la síndone en 1453 está documentado que se encuentra en la Casa de Saboya», explicó en una conferencia que pronunció en el año 2011 en Sevilla.

Tampoco falta quien apuesta a que el hombre de la síndone fue el gran maestro de los templarios, Jacques de Molay.

Las copias de la sábana santa

Existen un centenar de copias de la sábana santa repartidas por toda la cristiandad. Todas fueron pintadas por artistas medievales tomando como modelo la que hoy día se conserva en Turín y solo algunas de ellas se santificaban por contacto con el objeto arqueológico original. Las más abundantes son de los siglos XVI y XVII, pues muchas de ellas fueron confeccionadas cuando la reliquia estaba en manos de la Casa de Saboya en Chambéry (Francia).

En España se conservan más de una veintena de copias, repartidas por municipios como Campillo de Aragón (Zaragoza), Santo Domingo de Silos (Burgos), Plasencia (Cáceres), Torres de la Alameda (Madrid), Jerez de la Frontera (Cádiz), Alicante, San Lorenzo del Escorial (Madrid) y Guadalupe (Cáceres).

En el año 2017, durante un rodaje del programa de Canal Extremadura TV *Tras el mito*, en el que trabajé como redactora, tuve la oportunidad de contemplar las dos copias de la síndone que se conservan en el monasterio extremeño de Guadalupe. Conseguimos mostrar las piezas por primera vez en televisión y fue una experiencia muy especial poder palparlas con mis manos.

La más antigua de las copias que se conservan en Guadalupe fue confeccionada, según reza en uno de sus extremos, en 1568. Es de gran tamaño, muy similar a la original que se conserva en Turín, y tiene al hombre de la sábana santa pintado en tonos marrones y las manchas de sangre en colores rojizos. El hombre dibujado tiene barba y porta una corona de espinas. Cuando esta copia fue elaborada, la síndone se encontraba aún en Chambéry (Francia), en el seno de la Casa de Saboya. Así se refleja en un escrito que posee en uno de los laterales, donde también se dice «que no solo ha sido tocada, sino que ha reposado encima del auténtico sudario de Nuestro Señor, de alguna manera para entrar en contacto con la santidad de aquella reliquia», en palabras de fray Antonio Arévalo, actual guardián del monasterio de Guadalupe.

La otra copia es mucho más pequeña y es posterior, cuando la síndone ya

se encontraba en la catedral de San Juan Bautista de Turín. Fue traída hasta Guadalupe por un empleado de la infanta María de Austria, hija de Carlos V. Tiene dibujados dos ángeles que sostienen la reliquia.

Las dos copias guadalupenses se exhibían el día de San Jerónimo y también consta que se expusieron en alguna celebración de Viernes Santo. De hecho, mi abuela María me ha contado que hace décadas pudo ser testigo de una de estas improvisadas ostensiones.

La sábana santa ha tenido un gran impacto iconográfico a lo largo de la historia del cristianismo, pero su huella más palpable huye de los pinceles de los artistas. Está en la fe de los que a día de hoy siguen venerando este lienzo como el sudario de Jesús de Nazaret. Y también en la mente de los científicos que siguen estudiándola con el fin de aportar luz a uno de los mayores enigmas de la Iglesia.

2

EL MISTERIO DE LA VIRGEN DE GUADALUPE

Pocas advocaciones han tenido tanto impacto como Guadalupe, a nivel espiritual y a nivel histórico. Antes del descubrimiento de América debido a la estrecha relación que existía entre el monasterio extremeño y la monarquía castellana; después de la llegada al continente americano por la transformación espiritual que propició la Guadalupana del Tepeyac. La historia de esta advocación es desconocida para la gran mayoría de personas que depositan su fe en la misma. Sé de lo que hablo. Cuando me he acercado a estudiar el pasado de la Virgen mexicana y de la extremeña, ambas compartiendo el mismo nombre, me he dado cuenta de que casi nadie conoce las raíces de estas Vírgenes. Eso me ha llevado a impartir conferencias tanto en España como en México, ponencias que me han pedido muchos fieles que querían saber más sobre la cuestión. En este capítulo voy a condensar lo que he ido descubriendo a lo largo de estos años gracias al contacto directo con documentación antigua, con distintos archivos y con los máximos expertos en un nombre que cambió el mundo: Guadalupe. Comencemos con la historia de la patrona de Extremadura.

LOS SECRETOS DE LA GUADALUPE EXTREMEÑA

Según la leyenda, la Virgen de Guadalupe se apareció a un pastor llamado

Gil Cordero —otros hablan de Gil de Santamaría, más adelante explicaré por qué—, que era oriundo de Cáceres y que se encontraba cuidando su ganado en una zona cercana al municipio de Alía, en la comarca extremeña de las Villuercas. En concreto, dice la tradición que estaba en una dehesa situada junto a un río que llamaban «Guadalupe» cuando sucedió algo extraordinario. Gil Cordero se percató de que le faltaba una vaca, así que se dispuso a buscarla. Tras tres infructuosos días la encontró junto a un río bastante escondido. Estaba muerta, aunque no presentaba signos de haber sido atacada por lobo o alimaña alguna. Así las cosas, Gil Cordero sacó un cuchillo y se dispuso a desollar al animal. Comenzó la tarea haciendo, con el cuchillo, una cruz en el pecho de la vaca. En ese instante, cuenta la leyenda, se produjo el milagro: la vaca resucitó y junto a ella apareció una señora que se identificó como la Virgen María pronunciando estas palabras:



Aparición de la talla de la Virgen de Guadalupe, cuadro del claustro del monasterio de Santa María de Guadalupe (Cáceres).

«No temas que yo soy la Madre de Dios, salvador del linaje humano. Toma tu vaca y llévala al hatu con las otras, vete luego para tu tierra y dirás a

los clérigos lo que has visto, diciéndoles de mi parte que te envió yo allá y que vengan a este lugar donde ahora estás, que cavén donde estaba tu vaca muerta, debajo de estas piedras, y hallarán una Imagen mía. Cuando la sacaren díles que no la mudaren ni la lleven de este lugar donde ahora está; mas que hagan una casilla en la que la pongan y con el tiempo vendrá en que este lugar se haga una iglesia y casa muy notable».

Estas palabras están extraídas de la crónica sobre la aparición que escribió fray Diego de Écija en el siglo XVI. Continuando con el relato, tras este mensaje, la señora desapareció. Cuenta la leyenda que Gil Cordero volvió junto a otros pastores con los que se hallaba, explicándoles lo sucedido. Al principio no creyeron en su palabra, pero la cicatriz con forma de cruz en el pecho de la vaca los terminó por convencer. El pastor marchó a Cáceres y al llegar descubrió a su mujer desolada; su hijo acababa de morir, pero la fe de Gil Cordero en la aparición fue inquebrantable y le dijo a su compañera: «No tengas miedo ni llores, pues yo le prometo a santa María de Guadalupe para servidor de su casa y ella lo dará vivo y sano». En efecto, el niño resucitó y le dijo a su padre que fueran adonde estaba la Virgen. Ante tal hecho, los presentes no dudaron del testimonio del pastor, que compartió lo ocurrido con los clérigos.

Desde la ciudad de Cáceres se envió una delegación hasta el lugar señalado por la Virgen a Gil Cordero. Encontraron una cueva donde estaba la imagen junto a una campanilla y una carta. Nos dice la tradición que sacaron todos los objetos y también unas piedras en las que estaba apoyada la talla, y después construyeron una choza y allí se quedó Gil Cordero, como primer servidor de la Virgen.

Analizando la leyenda

Esta es, en síntesis, la historia de la aparición de la Virgen de Guadalupe de Extremadura, la más antigua con esta advocación. Para saber cómo ha llegado hasta nuestros días, tenemos que acudir a documentos como la bula del papa Clemente VII «Ad illa libenter», de 1385, donde se explica que los

muchos peregrinos que llegaban hasta Guadalupe escuchaban esta narración. Cuando los monjes jerónimos arriban hasta ese enclave religioso en el año 1389 descubren este relato y comienzan a recogerlo en códices; parece ser que lo hicieron por primera vez hacia el año 1400, y continuaron haciéndolo durante los siglos siguientes. La leyenda, tal y como se deduce de los documentos más antiguos del archivo guadalupense, se sitúa a finales del siglo XIII o primeros años del XIV, aunque la mayoría de códices relacionados con esta historia sitúan el hallazgo de la imagen en la primera mitad del siglo XIV, durante el reinado de Alfonso XI. El relato encaja con el denominado «ciclo de apariciones de pastores» característico en las Vírgenes de los siglos XI al XV y con raigambre en zonas islamizadas donde proliferaron las vírgenes escondidas durante la Reconquista.

Tal y como explica fray Sebastián García en su obra *Guadalupe de Extremadura en América*, «el Archivo de Guadalupe, el Archivo Histórico Nacional de Madrid, la Biblioteca Nacional, la Biblioteca del Real Monasterio de San Jerónimo del Escorial, el Fondo Rodríguez Moñino y el Archivo Histórico Ultramarino de Lisboa conservan cuidadosamente versiones manuscritas de la única leyenda guadalupense, contenida en los primeros epígrafes de algunos libros de milagros o historias antiguas de esta santa casa. En Guadalupe se guardan las versiones originales de cinco códices de los siglos XV y XVI y copias en microfilmes, fotocopias y transcripciones fidedignas de otras versiones de la misma época que, pertenecientes en otro tiempo a su archivo, se conservan ahora en otros lugares».

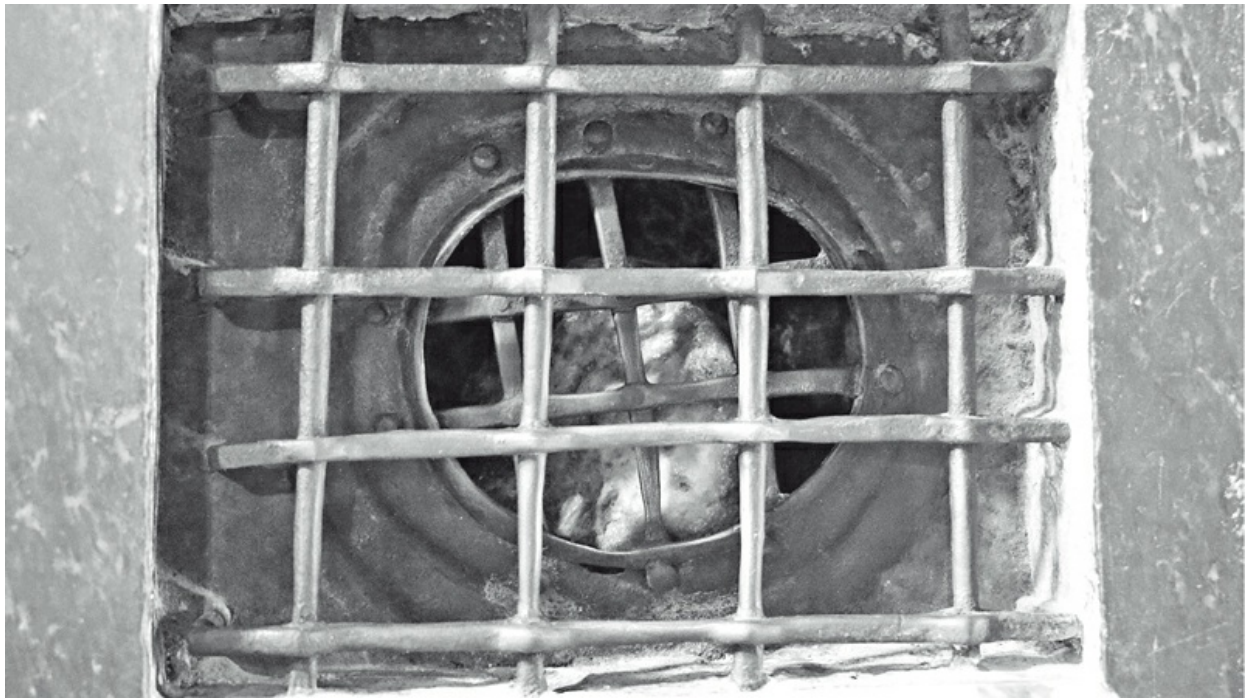
Llama la atención que el relato legendario nos indique que junto a la talla había una campanilla y una carta que narraba la historia de la imagen. Hay que aclarar que no se conserva ninguno de estos dos objetos, pero según escribió el prior fray Gabriel de Talavera en el siglo XVI, sí se guardan las piedras sobre las que estaba apoyada la Virgen, «quedando una de ellas que estaba debajo de los pies de la sagrada imagen, para perpetua memoria, hasta el día de hoy a la entrada del templo, debajo de la pintura de Nuestra Señora de la Piedad, por cuyo contacto y virtud ya se han escrito muchos milagros».

El periodista Esteban Cortijo, querido amigo y autor de la obra *Para que vuelvas a Guadalupe*,^[1] nos habla de la importancia de este tipo de piedras sagradas, pues no son un aspecto singular de la aparición de la Virgen de Guadalupe. De hecho, son muy comunes en todas las culturas antiguas del mundo. Desde los monumentos megalíticos que nos legó el hombre prehistórico hasta rocas tan misteriosas como la piedra Benben de los egipcios o la piedra negra de la Kaaba en el caso de los musulmanes. Se trata de piezas que han sido muy veneradas a raíz de que muchos han considerado que poseen poderes ocultos. Como se observa, esto también lo encontramos en Guadalupe, donde todavía hoy los fieles introducen sus manos en el interior de unas rejillas situadas a la entrada del monasterio, con la intención de tocar esas rocas en busca del favor divino. Tal y como explica Juan Eslava Galán en su obra *Templarios, griales, vírgenes negras y otros enigmas de la historia*: «En muchos santuarios europeos cristianizados mediante la oportuna aparición de una Virgen se veneraba anteriormente una piedra santa. La adoración de betilos o piedras sagradas es universal. En las antiguas culturas mesopotámicas y mediterráneas se denominaban “abadir”, “omphalos” o “betilos” (del hebreo *Beth-El*: “la casa de Dios”). La piedra sagrada identifica el santuario como centro del mundo y se considera morada del alma. Era, a la vez, imagen de la diosa madre fecunda». Si nos atenemos a esta explicación, en estos espacios naturales en los que se adoraba a la diosa madre a través de piedras, se buscaba que esa fertilidad se hiciera extensible a los campos, al ganado y, cómo no, a las mujeres susceptibles de convertirse en madres.

La Iglesia trató de barrer estos cultos paganos. En el caso de España, los concilios de Toledo del 681 y del 682 excomulgaron a los «*veneratores lapidum* o adoradores de piedras, una medida que no surtió el menor efecto. En vista del fracaso, la Iglesia tuvo que admitir una solución de compromiso, un sincretismo cristiano pagano. Ya que el pueblo sencillamente continuaba aferrado a aquellas toscas representaciones de la diosa madre, lo mejor era cristianizarlas, adaptarlas a las nuevas creencias. Así fue como, a partir del siglo XII, una multitud de vírgenes negras se instaló en los antiguos santuarios de la diosa madre», asegura Eslava Galán.

Nombres legendarios

Fue fray Diego de Écija, en el siglo XVI, el primer autor de temática guadalupense que puso por escrito el nombre del pastor protagonista de la aparición, y no lo cita como Gil Cordero, sino como Gil de Santamaría, porque, según cuenta, el dato aparece en un privilegio de Alfonso XI. En 1743 fray Francisco de San José nos habla de una investigación que realizan en Cáceres para dar con la casa del pastor, con el fin de fundar una capilla en el lugar. «Se registraron [...] muchos prothocolos de Cáceres, indagando la verdad, que aseguraba la tradición de ser la casa del vaquero, y que se llamaba este pastor Gil Cordero. Conocíamosle en esta Santa Casa con el nombre de Gil de Santa María de Guadalupe.»^[2]



Rejas que guardan las supuestas piedras sobre las que estaba apoyada la Virgen de Guadalupe, monasterio de Santa María de Guadalupe, (Cáceres).

Con respecto al nombre de la Virgen, Guadalupe, como norma general los expertos apuestan por decir que se trata de un vocablo de origen árabe

referido al río junto al que el pastor encontró a su vaca. Significaría «río escondido». Si bien está aceptado que *guad* en árabe significa «río», para el resto del nombre no hay consenso. Hay quien relaciona *lupe* con el latín *lupus* (lobo), con lo cual hablan de «río de lobos» y otros dicen que haría referencia al dios celta Luc. Por su parte, el estudioso de las tradiciones extremeñas José María Domínguez Moreno[3] nos habla de otras interpretaciones como «río de Lub (considerando Lub el nombre propio de algún caudillo árabe); «río de luz, río sagrado», relacionándolo con luz en latín (*lux, lucis*) o «*Guad al lubben*»: río escondido, en clara alusión a la ocultación de la talla de la Virgen.

¿Aparición en las Villuercas?

Pocos saben que hay voces disidentes en cuanto al reconocimiento de que la Virgen de Guadalupe se apareció a Gil Cordero en la comarca de las Villuercas. Hay quienes piensan que la aparición fue mucho más cerca de la ciudad de Cáceres, de la que era oriundo Gil Cordero según la tradición.

En el municipio cacereño de Torrequemada, a orillas del río Salor, hay una ermita rodeada de misterio. Ya hay noticia de ella en el Fuero de Cáceres de 1230 y uno de sus enigmas guarda relación con los templarios. Según me comentó el historiador cacereño Antonio Rodríguez: «No existe ninguna fuente primaria que nos hable claramente de que durante el siglo XIII esta ermita perteneció a la orden del Temple, pero sí hay bastantes indicios que nos sirven para apoyarnos en esta hipótesis». Entre esas pistas está que la construcción de la ermita sea similar a la de otras que sí están asociadas a los templarios, así como otros datos que llaman mucho la atención: «Actualmente el párroco de Torrequemada se titula “prior de Santa María del Salor”; prior quiere decir que tiene una dignidad equivalente a la de obispo. Ese priorato podría ser una reminiscencia de aquella posesión templaria», en palabras de Antonio Rodríguez.

Desde el siglo XIII se veneraba en esta ermita una talla de una Virgen negra —a las que nos referiremos a continuación—, Nuestra Señora del Salor, una imagen muy querida en Cáceres, hasta tal punto que durante

mucho tiempo fue la patrona de la ciudad. La imagen no se conserva porque fue quemada en el siglo XIX por parte de las tropas napoleónicas.

«La ermita está rodeada de sepulcros antropomorfos excavados en la roca, algunos de una época tardorromana y otros de época más reciente. Según la tradición popular, en el interior de una de esas tumbas un pastor encontró la imagen», me comentaba Antonio Rodríguez hace unos meses. En la obra *Teatro eclesiástico de las iglesias metropolitanas y catedrales de los reynos de las dos Castillas*, escrita por Gil González Dávila en 1647, Antonio ha encontrado una sorprendente referencia sobre esta aparición: «Se dice que, precisamente aquí, fue donde la Virgen se apareció al pastor Gil Cordero. La aparición de la Virgen de Guadalupe, que siempre se ha situado en las Villuercas y en relación con el pastor cacereño Gil Cordero, este autor de mediados del siglo XVIII la sitúa, precisamente, en la ermita del Salor». Aunque pueda parecer insólito, hay estudiosos que han apoyado esta teoría: «Autores como Publio Hurtado o Sanguino Michel le dan credibilidad a esta teoría porque sería más lógico que si Gil Cordero era cacereño, apacentase su ganado en las cercanías de la villa, no en las Villuercas», expone Antonio Rodríguez.

Por lo tanto, según esta otra teoría, la aparición de la Virgen se produce en los campos del Salor, Gil Cordero da noticia de esa aparición a las autoridades cacereñas y sería ya después, según indicaciones dadas por esta aparición, cuando se busca la otra talla en las Villuercas, la de la Virgen morena que se venera en el monasterio de Guadalupe.

Otra vinculación templaria que sorprende a los investigadores es que Gil Cordero no haya tenido proceso de beatificación. Esto podría ser, según me expuso el historiador Antonio Rodríguez, porque «Cordero» es un apellido vinculado con judíos o conversos y los templarios se sabe que los acogían para repoblar sus tierras. Se trata de otra de las piezas de este puzle, de un secreto cuyas piezas están dispersas por toda Extremadura.

La historia anterior a la aparición

La leyenda que hemos narrado hasta ahora nos habla de la aparición de la

talla. Pero ¿quién la confeccionó y cuál es su historia anterior? En cuanto al periplo histórico de la imagen, según antiguos textos guadalupanos la talla dataría del siglo I y habría sido elaborada nada más y nada menos que por san Lucas, quien habría sido pintor y escultor además de médico. Según la tradición, la talla de la patrona extremeña fue enterrada junto a él y trasladada en el siglo IV, junto a los restos de san Lucas, hasta Constantinopla.

Hay que aclarar que los códices más antiguos que recogen la leyenda de la Virgen de Guadalupe (el C48B del Archivo Histórico Nacional y el C3 del monasterio) silencian este dato de san Lucas. Aparece posteriormente. La primera vez que se cita es en el código C1, del siglo XVI, y autores posteriores copian el dato, un apunte poco verídico que, además, está asociado a muchas otras imágenes, como la Virgen de la Almudena (Madrid) o la Virgen de la Cabeza de Andújar (Jaén). Esta asociación con san Lucas es un arquetipo que busca acercar estas imágenes hasta los orígenes del cristianismo.

Continuando con la tradición, cuentan que a finales del siglo VI la talla habría sido trasladada desde Constantinopla hasta Roma. Atribuyen el traslado a san Gregorio, cuarto papa de la Iglesia. Al parecer, el pontífice guardaba la imagen en sus aposentos y resultó, dicen, providencial durante una epidemia de peste que asoló a la capital italiana. Esta parte de la leyenda se anexó entre los siglos XIII y XV, y procede, según los expertos, de la *Leyenda Dorada* de Santiago de la Vorágine, dominico que consagró su vida a compilar leyendas de santos y mártires que encontraba en publicaciones más antiguas.

Roma sufría una epidemia de peste y decidieron realizar una rogativa, esto es, una oración pública para pedir remedio ante una necesidad grave; el acto, afirma la tradición, habría estado presidido por la Virgen de Guadalupe. Según el relato, la peste desapareció al paso de la procesión mientras se escuchaban misteriosos cánticos celestiales y aparecía un ángel limpiando una espada manchada de sangre. Desde entonces, el castillo es conocido como Sant 'Angelo. Según expertos como el gran folclorista José María Domínguez Moreno, que ha investigado este detalle de la leyenda, la imagen que habría presidido la rogativa sería una Virgen que se conservaba en la

basílica de Santa María la Mayor de Roma; una imagen del tipo conocido como *odighitria*, que es una de las principales formas de representar a la Virgen María en la iconografía ortodoxa. María tiene en brazos al Niño Jesús y señala a su Hijo para indicar que Él es «la verdad». Y la gran diferencia entre este tipo de representaciones y la Virgen que hoy día se conserva en Guadalupe (Cáceres) es que la extremeña es una talla y las Vírgenes *odighitrias* son retratos.

La explicación legendaria sobre la llegada de la Guadalupana a España es que san Gregorio se la regaló a san Isidoro, arzobispo de Sevilla. Habría sido san Leandro, hermano de san Isidoro, el encargado de trasladar la imagen desde Roma a la capital hispalense, un viaje por mar en el que la talla habría obrado un nuevo milagro. Señala la tradición que durante la travesía los asaltó un fuerte temporal que a punto estuvo de hacer naufragar la embarcación, pero que llegaron sanos y salvos gracias a la intercesión de la Virgen. Este detalle me resulta curioso porque la facultad de la Virgen de Guadalupe de ayudar a los que sufren en alta mar se popularizó tras el descubrimiento de América.

Esta Virgen habría sido venerada en Sevilla hasta el año 711, fecha en la que comienza la invasión musulmana de la península ibérica. Para cerrar el ciclo legendario, hacia el 714 unos religiosos sevillanos que huían de los árabes habrían escondido la talla en la región extremeña de las Villuercas, justo en el enclave en el que Gil Cordero y los clérigos cacereños encontraron la imagen.

San Fulgencio y santa Florentina

Puede que la gran mayoría de los detalles de esta leyenda no puedan ser comprobados, pero hay un dato que llama la atención y que aporta veracidad a esta última parte del relato. Curiosamente, en la misma comarca en la que fue encontrada la Virgen de Guadalupe se hallaron las reliquias de san Fulgencio y santa Florentina; estos santos eran hermanos de san Isidoro y san Leandro, a los que la tradición atribuye la llegada de la imagen a España. Por lo tanto, ¿serían los mismos clérigos sevillanos que habrían escondido estas

reliquias los responsables del traslado de la imagen Guadalupana?

La invasión árabe peninsular provocó que muchos cristianos huyeran hacia el norte de España, y durante sus precipitados viajes se llevaron consigo objetos sagrados con el fin de que no fueran profanados. Para protegerlas, la mayoría de estas piezas fueron escondidas en distintos enclaves, y aparecieron tiempo después, cuando el paso de los años había provocado su olvido. Esto ocurrió con las reliquias de san Fulgencio y santa Florentina, enterradas en las cercanías del municipio cacereño de Berzocana.

Cuenta la leyenda que en el siglo XIII un labrador que estaba arando un olivar con ayuda de sus bueyes observó cómo estos se arrodillaban porque la reja que llevaban se había enganchado en un arca enterrada en la tierra. El arca, que apareció en un terreno que más tarde sería conocido como «el olivar de los santos», fue entregada a las autoridades eclesiásticas, que descubrieron asombrados su contenido: dos calaveras, muchos huesos y objetos de santa Florentina, tales como un velo y un peine. En su tiempo hubo polémica porque se disputaban las reliquias Cartagena, Plasencia y Berzocana, pero Felipe II, quien además regaló el relicario en el que se conservan actualmente los restos de los santos, dictaminó que se quedaran en Berzocana, aunque cediendo dos huesos a Cartagena y otros dos a su colección de reliquias del monasterio de San Lorenzo del Escorial, en Madrid.

También existen ecos de otra historia muy curiosa; al parecer, los frailes de Guadalupe intentaron llevarse estas reliquias al monasterio pero, milagrosamente, el día se oscureció y cuando volvió la luz los restos estaban de vuelta en la iglesia de Berzocana. San Fulgencio y santa Florentina, nacidos en la localidad murciana de Cartagena, eran hijos de un noble visigodo, igual que san Leandro y san Isidoro. San Fulgencio fue obispo de Écija, de Cartagena, de Tánger y un gran orador en el que el rey Recaredo confiaba y al que le encomendó muchas misiones. Por su parte, santa Florentina, de la que decían que era bellísima, fue fundadora de más de cuarenta monasterios siguiendo la regla escrita para ella por su hermano san Leandro.

La Virgen de Guadalupe, al detalle

La imagen que se venera en el monasterio de Guadalupe como patrona de Extremadura es una escultura románica que está sentada y porta al Niño Jesús en su regazo. Este tipo de representaciones muestran a María como madre (al tener a su Hijo en brazos) y como reina (al estar sentada en su trono). Se trata de un tipo de talla policromada (pintada en varios colores) habitual en el arte románico e inspirada en escenas de códices miniados del siglo XI y en la iconografía mariana bizantina.

Está elaborada en madera de cedro, procedente del Líbano según autores como Domínguez Moreno, y fue labrada por un artista desconocido a finales del siglo XII. En palabras de fray Sebastián García, gran estudioso de la talla, «la imagen actual es la original. No tendría fundamento alguno la suposición de otra talla anterior. La intrahistoria de Guadalupe, desde sus comienzos, presenta esta efigie como primitiva y en torno a ella se ha desarrollado la vida del santuario durante ocho siglos». José Hernández Díaz, catedrático de Arte e Iconografía de la Universidad de Sevilla, quien tuvo la oportunidad de estudiar la imagen en los años setenta, la situó «en las postrimerías del siglo XII, en pleno período protogótico».

La Virgen de Guadalupe mide 59 centímetros (tras la restauración de 1984) y pesa 3.975 gramos. Viste una túnica de color verde oliva que tiene detalles en rojo y dorado, y un manto en tonos marrones que está decorado con flores. Luce, igualmente, un velo blanco y presenta unos zapatos de color negro. También encontramos en la imagen presencia de flores de cuatro pétalos. Dos en el pecho y una bajo la mano derecha. Según los expertos, aluden a su virginidad antes, durante y después del parto. Además, tiene otra en la parte inferior de su túnica, que estaría relacionada con su poder celestial. Impresiona mucho su mirada, tanto es así que hay quien sostiene que sus ojos «son el mejor de los catequismos».

En cuanto al Niño, tiene el mismo estilo escultórico que la Virgen, mide 23 centímetros y pesa algo más de 200 gramos. Se sienta sobre la rodilla izquierda de la imagen principal y se enmarca dentro de un esquema rígido que impide la comunicación entre las dos figuras. En este detalle se hace palpable la influencia oriental en el estilo románico, si tenemos en cuenta que

esa frontalidad, rigidez y hieratismo también lo encontramos en el arte egipcio, por ejemplo. Y es que hay autores e investigadores como Joaquín Montes, que en su momento tuvo la oportunidad de estudiar la talla al detalle, que ven en la Virgen de Guadalupe el recuerdo del arte copto.

La Virgen de Guadalupe ha sufrido diversas modificaciones. La más antigua data del siglo XIV (para presentarla ataviada con tejidos) y la más moderna de 1984, cuando un equipo de especialistas llevó a cabo una restauración completa de la imagen. Otra adaptación importante se materializó en 1928, cuando se colocaron añadidos con el fin de fortalecer la talla de cara a la colocación de una nueva corona, debido a su coronación canónica como «Reina de la Hispanidad». Igualmente, en los años sesenta se realizó un tratamiento contra termitas y otros insectos. Los visitantes del monasterio de Guadalupe no pueden ver la talla en toda su plenitud, porque desde el siglo XIV la Virgen aparece vestida y ataviada con corona y cetro.

El día 6 de septiembre se celebra la solemnidad patronal de Santa María de Guadalupe y se traslada la imagen desde el camarín hasta un trono de flores situado junto al altar del santuario, donde permanece hasta el día 8 de septiembre, fiesta popular de Santa María de Guadalupe y día de Extremadura. Cada 8 de septiembre cientos de personas se desplazan hasta el monasterio para honrar a la patrona de la comunidad autónoma. Tanto como visitante como ejerciendo de periodista para TVE he tenido la oportunidad de estar en Guadalupe en una jornada tan especial, en la que me ha sobrecogido la procesión por el claustro, que congrega a decenas de personas que la realizan de rodillas para agradecer a la Virgen las gracias recibidas.

El misterio de las vírgenes negras

La Virgen de Guadalupe está encuadrada dentro del denominado grupo de «vírgenes negras de la Europa occidental de los siglos XI y XII». Ciertamente, su rostro es más negro que moreno y es lo que la ha convertido en centro de enigmas y misterios que nos han llegado hasta nuestros días. La Virgen de Guadalupe, la Virgen de Montserrat, la Virgen de Atocha y otras muchas responden a un estilo románico inspirado en unas líneas del Cantar de los

Cantares o Cantar de los Cantares de Salomón, uno de los libros de la Biblia. En el pasaje que nos interesa se citan estas palabras en boca de la Virgen:

«Tengo la tez morena, pero hermosa, muchachas de Jerusalén, como las tiendas de Cadaz, como los pabellones de Salomón. No os fijéis en mi tez oscura, he sido tostada por el sol. Los hijos de mi madre se irritaron contra mí, me pusieron a cuidar las viñas, y a mi propia viña no la pude cuidar».[4]

Al parecer, este texto es la razón por la que los artistas medievales oscurecían sus tallas. Pero existe otra vertiente que trata de explicar el origen de estas esculturas marianas relacionándolas con los atributos que tenían antiguas deidades como la diosa egipcia Isis, o las diosas de origen griego Artemisa y Cibele. Y hay quien también habla de una reminiscencia celta en estas figuras europeas, que difieren de las Vírgenes negras latinoamericanas, que surgen del sincretismo religioso que nació de la interacción entre europeos e indígenas, y tienen una identificación con la Pachamama (la madre Tierra amerindia).

Tampoco podemos olvidar que las imágenes de madera sufren ataques de humedad, hongos e insectos, motivo por el que durante la Edad Media, a este tipo de tallas se les aplicaba una capa de betún, entre otras sustancias, para que fueran más resistentes. Después se pintaban, pero con el paso de los siglos el color se fue perdiendo, lo que dio paso al barniz oscuro. Con todo, aunque hay imágenes que coinciden con este esquema, existen tallas de Cristos y de Vírgenes cuya madera es oscura y solo se han policromado determinadas áreas que no coinciden con manos y rostro.



Imagen de santa María de Guadalupe, talla venerada en el monasterio de Guadalupe (Cáceres), conocida como la «morenita extremeña».

Jacques Huynen, en su obra *El enigma de las vírgenes negras*, asegura que este tipo de iconografía mariana esconde una simbología ocultista. Huynen contabiliza hasta trece coincidencias entre todas las tallas de este tipo que llegó a estudiar. A saber: realizadas en la misma época y material; aristocráticas en la postura y hieráticas en la mirada; el aspecto del niño es más tosco que el de la madre; priman en sus colores los tonos azules, rojos, blancos y dorados; se colocan en zonas naturales y todas guardan relación con algún elemento oriental (ya sea en el transporte o en la autoría); reciben peregrinaciones, cuentan con leyendas y milagros, y guardan relación con los templarios; se les asocia con resurrecciones o regeneraciones (en el caso de la Virgen de Guadalupe, el hijo de Gil Cordero); en sus procesiones siempre

aparecen elementos extraños en los fieles, como andar descalzos o de rodillas.

Además de Huynen, el historiador Joaquín Montes Bardo, autor de *Iconografía de Nuestra Señora de Guadalupe, Extremadura*, también asocia esta imagen con el esoterismo. La referencia a san Lucas podría estar relacionada con el animal que se le atribuye en la iconografía cristiana a este evangelista: el toro, un símbolo solar, con lo cual se podría extrapolar a cultos solares como el que practicaban los egipcios. Por otro lado, también existen misterios relacionados con la policromía que presenta. Estos colores nos hablarían, según estos autores, de las distintas fases del proceso alquímico. Y en cuanto a la negrura del rostro de estas vírgenes, otros estudiosos consideran que se relaciona con el color negro que simboliza la sabiduría en algunas sectas orientales y que pudo haber influenciado a los cruzados europeos.

Por su parte, Juan Eslava Galán, en su obra *Templarios, griales, vírgenes negras y otros enigmas de la historia*, señala que «en árabe, las palabras negro y sabio tienen la misma raíz. De Kala, negro en sánscrito, el idioma sagrado de la India, deriva el nombre de la diosa Kali, la Negra; [...] todavía existe otra palabra con idéntico origen, caló, que utilizan los gitanos para nombrar a su raza. No es coincidencia, puesto que los gitanos proceden de la India y se relacionan, de algún modo, con los ancestrales cultos a la diosa madre. La Virgen gitana por excelencia es Sara la Negra, la Santa María del Mar, en la Camarga francesa. [...] En España sobreviven hoy unas 70 Vírgenes Negras, repartidas entre las 17 taifas en las que se descompone el territorio nacional, pero antiguamente fueron muchas más».

Guadalupe de Extremadura en América

La Virgen de Guadalupe de Extremadura guarda una estrecha relación con América y con su descubrimiento. Cristóbal Colón, artífice de la gesta, tuvo su primera reunión con los Reyes Católicos en el monasterio de Guadalupe el 21 de abril de 1486. El almirante, gran devoto de la Morenita de las Villuercas, volvió a reunirse en el monasterio con los monarcas Isabel y

Fernando en 1489, tras una peregrinación que realizó para ver a la patrona extremeña. En 1493, al regreso de su inolvidable viaje, Cristóbal Colón volvió al monasterio de Guadalupe para cumplir una promesa. Él mismo lo puso por escrito en su diario:

«Jueves, 14 de febrero. Esta noche creció el viento y las olas eran espantables, contraria una de otra, que cruzaban y embarcaban el navío que no podía pasar adelante ni salir de entre medias de ellas y quebraban en él; llevaba el papahigo muy bajo, para que solamente lo sacase algo de las ondas; andaría así tres oras y correría veinte millas. Crecía mucho la mar y el viento; y viendo el peligro grande, comenzó a correr a popa donde el viento le llevase, porque no había otro remedio. Entonces comenzó a correr también la carabela Pinta en que iba Martín Alonso, y desapareció, aunque toda la noche hizo faroles, el almirante y el otro le respondía, hasta que parece que no pudo más por la fuerza de la tormenta y porque se hallaba muy fuera del camino del almirante. Anduvo el almirante esta noche al nordeste cuarta del leste cincuenta y cuatro millas, que son 13 leguas. Salido el sol, fue mayor el viento y la mar cruzando mas terrible; se llevaba el papahigo solo y bajo para que el navío saliese de entre las ondas que cruzaban, porque no lo hundiesen. Andaba el camino de Lesnordeste y después de la cuarta hasta el Nordeste; andaría seis horas así, y en ellas 7 leguas y media. El ordenó que se echase un romero que fuese a Santa María de Guadalupe y llevase un cirio de cinco libras de cera y que hiziesen voto todos que al que cayese la suerte cumpliese la romería, para lo cual mandó traer tantos garbanzos cuantas personas en el navío tenían y señalan uno con un cuchillo, haciendo una cruz, y metellos en un bonete bien revueltos. El primero que metió la mano fue el almirante y sacó el garbanzo de la cruz, y así cayó sobre él la suerte y desde luego se tuvo por romero y deudor de ir a cumplir el voto».[5]

La última visita conocida de Cristóbal Colón al monasterio de Guadalupe fue al regreso de su segundo viaje a América, en 1496. Llevó consigo a dos indígenas, Cristóbal y Pedro, que fueron bautizados en el monasterio el día 29 de julio, según aparece recogido en el Libro I de bautismos del monasterio, donde reza:

«Viernes XXIX de este mismo mes, se bautizaron Cristóbal y Pedro,

criados del señor almirante don Cristóbal Colón. Fueron sus padrinos: de Cristóbal Antonio de Torres y Andrés Blázquez. De Pedro fueron el Señor Coronel y el Señor Comendador Varela y les bautizó Lorenzo Fernández Capellán».

Durante su segundo viaje, el almirante cumplió una promesa que había hecho a los frailes del monasterio: imponer el nombre de Guadalupe a una de las tierras anexadas a la corona. Así, una de las islas de las Antillas Menores del Caribe recibió el nombre de la patrona extremeña. Tal y como él mismo describe en una carta para los Reyes Católicos que redactó en enero de 1494: «Luego que yo llegué a esta isla, la llamé de Santa María de Guadalupe, que así me lo había encomendado el Padre Prior y los frailes quando de allá partí».

Patrona de conquistadores

Muchos personajes famosos relacionados con el descubrimiento y la conquista de América profesaron una gran devoción a la Virgen de Guadalupe. Empezando por los Reyes Católicos, que, tal y como hemos visto en sus reuniones con Cristóbal Colón, pasaban mucho tiempo en el monasterio. Tanto es así que Isabel la Católica llegó a decir que Guadalupe era «su paraíso en la Tierra». Dicen que el primer oro que llegó de América fue a parar al monasterio, y también cuentan, como curiosidad, que los primeros pimientos procedentes del nuevo continente se cultivaron en la huerta del monasterio.

Hernán Cortés, conquistador de México y oriundo de Medellín (Badajoz), también era un gran devoto guadalupano. A menudo enviaba ricos regalos a Guadalupe, como lámparas de plata «para que ardiese delante de la imagen de Nuestra Señora» o algunos objetos apreciados por los indígenas, como penachos de plumas de sus dirigentes adornados con piedras preciosas. Pero, sin duda, el objeto más curioso que Cortés ofreció a la Virgen fue el alacrán que le mordió en la Noche Triste, durante la conquista mexicana, y que estuvo a punto de acabar con su vida. Cuentan las crónicas que se encomendó a la Virgen de Guadalupe y consiguió superar la enfermedad, por eso le envió

el alacrán dentro de un armazón de oro y piedras preciosas siete años después de que conquistara el imperio azteca. El relicario del alacrán no se conserva, pero existe un dibujo del bordador guadalupense fray Cosme de Barcelona donde podemos admirar la joya.

Se recogen en el archivo de Guadalupe muchas informaciones de indios de procedencia española, ya establecidos en América, que mandaban ofrendas y regalos a la Guadalupe extremeña, como por ejemplo Francisco de Toledo, que fue capitán de México y virrey del Perú, o el doctor Francisco Muñoz de Monforte, corregidor de la Ciudad de México. Especialmente se encomendaban a la Virgen de Guadalupe en los viajes, cuando había situaciones de peligro. Así lo recoge el *Libro de Milagros del Monasterio*, donde encontramos testimonios de peregrinos y visitantes que vinieron refiriendo historias de cómo se salvaron gracias a la intervención de la Virgen extremeña.

Gonzalo Fernández de Oviedo, en el libro 50 de su *Historia General y natural de las Indias, Islas y Tierra Firme del Mar Océano*, trata de los «infortunios y naufragios» acaecidos durante los viajes a América y hace muchas referencias a esa protección ejercida, al parecer, por santa María de Guadalupe. Narra historias como la de Francisco Vara y Diego Sánchez Corcheros, que en 1523 sufren dos naufragios en los que fueron protegidos tras encomendarse a la Virgen de Guadalupe. Y algo parecido le ocurrió al conquistador Francisco de Orellana, tal y como relata fray Gaspar de Carvajal en su obra *Descubrimiento del río de las Amazonas*. El cronista asegura que, en momentos de peligro, siempre se acordaron de la Virgen de Guadalupe y prometieron ir en romería hasta el monasterio.

En las relaciones entre la Virgen de Guadalupe y América también debemos citar a los monjes que partieron desde el monasterio hacia el nuevo continente. Uno de ellos fue fray Pedro del Rosal, nombrado virrey de las Indias por el emperador Carlos V. Según explica el padre Francisco de San José en su *Historia universal de la primitiva y milagrosa imagen de Nuestra Señora de Guadalupe*, de 1743: «Partió de esta Santa Casa con los poderes del César, aunque no salió de España, porque lo detuvo la muerte en nuestro Monasterio de la Luz, en donde está su cuerpo con los de sus Actos

Capitulares».

El que sí llegó al final de su viaje fue fray Diego de Ocaña, monje de Guadalupe que marchó a América y se hizo famoso como pintor de lienzos de la imagen guadalupense e impulsor de la devoción de los indígenas a santa María de Guadalupe. Partió el 3 de enero de 1599 con su compañero fray Martín de Posadas con la misión de recoger limosnas, cobrar mandas y propagar la devoción a la Virgen de Guadalupe. Fray Martín de Posadas murió pocos meses después de llegar a América, pero fray Diego siguió su camino y, entre otros cometidos, en el año 1600 fundó en Lima (Perú) una ermita en honor a la Virgen de Guadalupe. Falleció en México en 1608 y se le recuerda porque escribió una obra de teatro, *Comedia de Nuestra Señora de Guadalupe*, que está considerada como una de las piezas poéticas más importantes de la literatura hispanoamericana.

También debemos destacar la figura del monje fray Alonso de Guadalupe, uno de los misioneros más importantes en la evangelización de México. Su nombre figura entre una decena de franciscanos que en 1533 firmaron en México una carta dirigida al emperador Carlos V en la que pedían libertad y dignidad para los indígenas. Existen otros frailes guadalupenses importantes en cuanto a la relación de la Virgen con América, pero hablaremos de ellos más adelante.

La importancia del monasterio de Guadalupe

La historia del monasterio nace poco después de la aparición de la talla de la Virgen, cuando se construyó una ermita para venerar la imagen. Más tarde, hacia 1330, Alfonso XI mandó construir un templo más espacioso e, igualmente, ordenó edificar albergues y hospitales que acogieran a los numerosos peregrinos que llegaban hasta este enclave mariano. El templo gótico actual fue confeccionado después de la victoria cristiana en la batalla del Salado (1340), aunque también se dieron reformas con la llegada de los jerónimos al monasterio, a partir de 1389.

El monasterio de Guadalupe tiene tesoros artísticos como la sacristía, adornada con pinturas de Francisco de Zurbarán y considerada la «capilla

sixtina» extremeña; el claustro mudéjar o el templete gótico-mudéjar, así como varios museos en los que se custodian joyas únicas que ha ido acumulando el monasterio a lo largo de los siglos. Entre las más curiosas, un fanal que fue robado a los turcos durante la batalla de Lepanto y que don Juan de Austria ofreció a la Virgen de Guadalupe, un cuadro de Francisco de Goya o un Cristo atribuido a Miguel Ángel.

El monasterio de Guadalupe fue, en su momento, uno de los centros de peregrinación más importantes de la cristiandad. Llegaban hasta él infinidad de presos que atribuían su liberación a la Morenita extremeña y dejaban sus grilletes en el santuario como prueba del milagro; uno de los presos que dejaron sus grilletes en el monasterio fue el genio de la literatura universal Miguel de Cervantes, gran devoto de la Virgen de Guadalupe, quien se encomendó a la patrona extremeña durante su cautiverio en Argel y citó a la Guadalupana en algunas de sus obras.

De los cinco caminos principales hacia Santiago de Compostela en la antigüedad uno de los más importantes fue el de la Vía de la Plata, que pasa por Extremadura. Y Guadalupe, junto con Santiago, era el punto de peregrinación más importante de la península Ibérica. Antonio Dávila, presidente de la Asociación Amigos del Camino Real de Guadalupe, me comentó durante una entrevista «que por este camino vinieron a Guadalupe desde los Reyes Católicos hasta el Emperador Carlos V, Felipe II, Felipe III y otros personajes importantes en la historia». En la antigüedad, la Santa Hermandad de Talavera de la Reina prestaba un servicio de asistencia y vigilancia a los peregrinos guadalupanos, «pero en 1835 aproximadamente desaparece y esto queda abandonado y en el olvido», asegura Antonio Dávila. También influyó en el ocaso de estas peregrinaciones al monasterio de Guadalupe el hecho de que los Borbones no eran tan devotos de la Virgen de Guadalupe como la Casa de Austria. Pero la Asociación Amigos del Camino Real de Guadalupe se ha propuesto rehabilitar estas sendas y está trabajando para recuperarlas.

La medicina guadalupense

Al calor de estas peregrinaciones surgieron en Guadalupe muchos hospitales en los que se practicaba la medicina más avanzada de la época. Pocos saben que la primera autopsia documentada de cadáveres que se realizó en España fue en Guadalupe. El escritor Esteban Cortijo me aseguró, en el transcurso de una entrevista, que «consiguieron por privilegio de Roma hacer esa primera autopsia que se recoge en el respaldo de la Virgen». En su libro *Para que vuelvas a Guadalupe*, Cortijo asegura que en el siglo XVI un tal «doctor Laguna dice haber tratado con éxito infecciones, a base de queso fermentado, según descubrimientos del hospital guadalupense». A esos hongos los llamará, curiosamente, *penicillium notatum*. El célebre doctor Alexander Fleming, siglos después y antes de su premio Nobel por sus descubrimientos sobre la penicilina, visitó el monasterio de Guadalupe. «Poco después de haber estado aquí es cuando le dieron el premio Nobel. De alguna manera él sabía algo, porque de lo contrario, ¿cómo va a venir a un rincón perdido ya en el siglo XX? Podía haber ocurrido desde el siglo XVII cuando se hicieron esas curas con ese queso fermentado», expone Cortijo.

En los siglos XVI y XVII Europa se vio asolada por una epidemia de sífilis, un capítulo de nuestra historia que dejó muchos fallecidos y que supuso todo un reto para los profesionales de la medicina. Agustín Muñoz Sanz, médico y autor de la obra *Los hospitales docentes de Guadalupe: la respuesta hospitalaria a la epidemia de bubas del Renacimiento*, me explicaba durante una conversación que mantuvimos: «La epidemia fue una forma agresiva de sífilis que llegó a España y a Europa a partir del año 1493, después del primer viaje de Cristóbal Colón a América. La respuesta que hubo a nivel nacional, pero sobre todo en Extremadura a nivel de los hospitales de Guadalupe, fue impresionante. Se convirtió en modelo de actuación sanitaria, social, económica y política». En cuanto al origen de esta enfermedad, el experto añade que existen varias hipótesis: «Una la llamada teoría colombina, que dice que Colón y sus marineros, después del primer viaje, trajeron la epidemia a Europa; y la teoría no colombina que dice que la infección existía en Europa y no la trajo Cristóbal Colón. Puedo decir al respecto que nuestras investigaciones demuestran, sin ningún tipo de duda, que Colón no trajo la epidemia de bubas a Europa».

Ante esta enfermedad, la sífilis, los hospitales de Guadalupe aplicaron técnicas novedosas que sentaron precedentes en toda Europa. «El nivel científico de Guadalupe en ese momento fue extraordinariamente importante. Existía una red hospitalaria formada por cuatro hospitales que asistían a hombres, mujeres y monjes enfermos y tenían a los mejores médicos del momento. Los grandes médicos del siglo XVI pasaron todos por aquí, por la enfermería del monasterio», señala Muñoz Sanz.[6]

Pero a pesar de estos aspectos tan avanzados, en Guadalupe también se daba otro tipo de medicina más cercana al curanderismo. En la biblioteca del monasterio se conservan libros con curas para todo tipo de males. Se decía en la época que Guadalupe tenía la botica más rica del reino en variedad, actualidad e higiene, pero también contenía remedios como los que cita Esteban Cortijo en su obra sobre Guadalupe: polvos de unicornio, dientes de hipopótamo y hasta unto de rabino ahorcado. «Tienen más que ver con el curanderismo y la brujería, pero es que la medicina, realmente, tenía muchísimo de intuición y de fórmulas hipocráticas más o menos intuitivas y mágicas», en palabras de Esteban Cortijo.

Son algunas de las curiosidades de la casa de la patrona extremeña, un espacio cuyo mayor tesoro es la Virgen morena que se hizo universal tras el descubrimiento de América.

La Virgen de Guadalupe de México, un enigma vigente

La primera vez que supe de los secretos que rodean a la Virgen de Guadalupe de México fue cuando era adolescente. En una librería de viejo descubrí la obra *El misterio de la Virgen de Guadalupe* de Juan José Benítez. Este libro me fascinó y consiguió que me interesara todo lo relacionado con la patrona de México. Desde aquel entonces sigo con atención las noticias que, a diario, y en toda Latinoamérica, se publican para hablar de supuestas nuevas apariciones de esta advocación o simplemente sobre las miles de peregrinaciones que a lo largo de todo el año llegan hasta el santuario de la Guadalupana. Poco podía imaginarme, en aquellos lejanos días en los que

leía la obra de Juan José Benítez, que yo tendría la oportunidad de estar a solas en el camarín con la Virgen de Guadalupe de México y de entrevistar a los máximos estudiosos de la tilma de Juan Diego, un lienzo que todavía hoy sigue desvelando sus enigmas.

El rostro del misterio

El motivo por el que un punto del distrito de Gustavo A. Madero en Ciudad de México, conocido como Villa de Guadalupe, se ha convertido en el centro religioso más turístico de la cristiandad es una humilde tela que cuelga de la pared principal del templo. En ella está plasmada la imagen de la Virgen de Guadalupe, la que, según la tradición, se apareció en este lugar, en el cerro del Tepeyac, en 1531. Del relato que se desprende de los documentos históricos conservados, especialmente el *Nican mopohua*, el texto en lengua *náhuatl* que cuenta la historia de la Guadalupana, conocemos que, al parecer, la Virgen se presentó en cuatro ocasiones ante el indígena Juan Diego — beatificado por Juan Pablo II en los años noventa y canonizado en 2002— y en una quinta ocasión ante su tío Juan Bernardino.

En la primera aparición, acontecida durante un viaje del indio a Tlatelolco, en el cerro del Tepeyac, la Virgen habría pedido a Juan Diego que se presentara ante el obispo fray Juan de Zumárraga para instarle a que construyera allí un lugar de oración. Tras la negativa de Zumárraga, la Señora, según el *Nican mopohua* y otros relatos —como el de Gabriel Xuárez,^[7] por ejemplo, un indígena de ciento diez años de edad que recordó y testificó sobre el acontecimiento guadalupano en las llamadas Informaciones Jurídicas de 1666, unas investigaciones encargadas por el cabildo catedralicio de México que fueron llevadas a cabo por distintos especialistas a fin de verificar los hechos—, volvió a aparecerse ese mismo día y pidió al indio que insistiese, pero Juan Diego no consiguió convencer a la autoridad religiosa. El obispo exigió al indígena pruebas objetivas de lo que le estaba diciendo, motivo por el que la Virgen habría vuelto a presentarse, asegurándole que al día siguiente le daría la señal que quería el obispo español.

Aquel día, 11 de diciembre, según el relato, Juan Diego no pudo acudir a su cita con la Virgen porque su tío Juan Bernardino estaba enfermo y le había pedido el favor de ir a buscar a un confesor, ya que estaba seguro de estar cerca la hora de su muerte. El indígena habría evitado intencionadamente pasar por el lugar en el que debía encontrarse con la Virgen, pero aun así se le presentó en su camino diciéndole, quizá, las palabras más recordadas y repetidas por los devotos guadalupanos:

«Escucha, ponlo en tu corazón, Hijo mío el menor, que no es nada lo que te espantó, lo que te afligió; que no se perturbe tu rostro, tu corazón; no temas esta enfermedad ni ninguna otra enfermedad, ni cosa punzante y aflictiva. ¿No estoy yo aquí, que tengo el honor y la dicha de ser tu madre? ¿No estás bajo mi sombra y resguardo? ¿No soy yo la fuente de tu alegría? ¿No estás en el hueco de mi manto, en el cruce de mis brazos? ¿Acaso tienes necesidad de alguna otra cosa?».



Detalle del rostro de la Virgen de Guadalupe de México, impresa de manera sobrenatural, según la tradición, en la tilma de san Juan Diego.

Tranquilo, ya sabiendo que su tío no iba a morir, explica la tradición, Juan Diego atendió a las indicaciones de la Virgen. Tenía que subir hasta el Tepeyac y cortar unas flores que allí encontraría. A pesar de la aridez del terreno y de ser pleno invierno, cuentan que halló variadas y olorosas flores; cortándolas, las envolvió con su tilma —la capa que llevaba anudada al cuello— y se las llevó a la Señora, quien le pidió que presentara esta prueba a fray Juan de Zumárraga, con estas palabras que recoge el *Nican mopohua*: «Y cuando las vio, con sus venerables manos las tomó; luego las puso de nuevo en el hueco de la tilma de Juan Diego, y le dijo: “Hijo mío, el más pequeño, estas diversas flores son la prueba, la señal que llevarás al obispo”».

Una vez ante el obispo, Juan Diego extendió su tilma y dejó caer las flores, momento en el que, cuenta el *Nican mopohua*, apareció misteriosamente en la tilma del indígena la Imagen de la Guadalupana, la que se conserva en la basílica de México, la Virgen más venerada de América, objeto de controversia entre creyentes y detractores, rodeada de polémica y enigmas que van desde su misma elaboración y composición, así como la propia conservación de la tilma, hasta los estudios que hablan de los misterios que oculta su manto.

La conexión extremeña del acontecimiento guadalupano

Juan González fue uno de los evangelizadores más importantes de México en el siglo XVI. Nació en Valencia del Mombuey (Badajoz), pero siendo muy joven cruzó el Atlántico en busca de una vida mejor. Julián Cádiz, formador del Seminario Diocesano San Atón de Badajoz, es uno de los investigadores que forman parte del equipo que ha impulsado la causa de beatificación de Juan González. He tenido la oportunidad de entrevistarle y me comentaba que «Juan González era pobre. Vivía cuidando animales en el campo y su tío, Ruy González, uno de los conquistadores de México, es quien le invita a irse a México. Se marcha del sur de Extremadura porque quería cambiar de vida».

En México fue ordenado sacerdote y se distinguió del resto de los clérigos de su época porque fue el primero en evangelizar a los indígenas en su propia lengua. Antes de su intervención se evangelizaba en castellano; los indígenas primero aprendían nuestro idioma y luego les transmitían las enseñanzas católicas. «Es el primer sacerdote diocesano que se convierte en predicador en lengua náhuatl», afirma Julián Cádiz.

Este conocimiento de la lengua indígena le convirtió, según la tradición, en una pieza clave de la aparición de la Virgen de Guadalupe de México. «El obispo Juan de Zumárraga ordenó sacerdote a Juan González y cuando descubrió que él sabía la lengua indígena lo nombró secretario suyo; así se convirtió en pieza clave del acontecimiento guadalupano, porque cuando se le aparece la Virgen de Guadalupe a Juan Diego y le da el mensaje que le tiene que llevar al obispo Zumárraga, Juan González se convierte en traductor entre Juan Diego y el obispo Zumárraga», explica Julián Cádiz, quien añade: «Tenemos varios documentos de la época que aseguran que Zumárraga le ordenó sacerdote, secretario suyo e incluso canónigo de la catedral de México, por lo tanto sabemos que estaba muy cerca del obispo Zumárraga». En vida, Juan González ya tenía fama de santidad por apartarse del lujo y ponerse al lado de los más pobres. Además, se le atribuyen algunos milagros, como convertir en sagrada el agua de una fuente. Aunque hoy día nadie recuerde al que pudo ser uno de los testigos de excepción de la aparición de la Guadalupana, en su época fue un personaje muy importante y llegó a convertirse en rector de la Universidad de México. Juan González murió en olor de santidad y tuvo un entierro de Estado, rodeado de todos los indígenas a los que evangelizó.[8]

La tilma con la imagen de la Virgen de Guadalupe

Antes de hablar de sus misterios, resulta conveniente describir la tilma de san Juan Diego que se venera en la basílica de Santa María de Guadalupe de México. Se trata de un lienzo, de una tela que mide actualmente 168 centímetros de largo por 103 metros de ancho. Según la tradición, es una capa que usaba Juan Diego, muy popular entre los indígenas; los ayates eran

tejidos con fibra de maguey (es decir, con fibra procedente de la planta del agave) y se ataban a los hombros y caían hasta el tobillo. Los indígenas usaban estos ayates para transportar cosas. En el caso de la tilma de Juan Diego, los expertos no consiguen explicar que todavía se conserve, pues la fibra vegetal de agave entra en putrefacción en dos décadas. Sin embargo, el ayate que se venera en la basílica de Santa María de Guadalupe de México tiene una antigüedad de más de cuatrocientos años.

Con respecto a la imagen que observamos en su interior, se trata de una Virgen con rostro moreno y características mestizas. Aparece de pie, con el rostro ligeramente inclinado y representada como una Inmaculada Concepción. Luce un manto azul preñado de estrellas y unos rayos dorados enmarcan su figura. El lazo negro que rodea su cintura y la caída de su vestido rosa decorado con flores parecen indicar que está embarazada. A sus pies aparece una luna negra y un ángel con sus alas extendidas.

Muchos expertos consideran que todas las características de la imagen constituyen un auténtico código para los indígenas. En palabras del experto Fernando Ojeda Llanes, la Virgen de Guadalupe es «todo un código que los indígenas pudieran interpretar para reconocer que se trataba de la Madre de Dios». Así, la presencia de constelaciones en el manto de la Virgen, como veremos a continuación, no es casual si tenemos en cuenta, explica, los amplios conocimientos astronómicos de los indígenas, que podían reconocer el significado de esas estrellas en el manto. Por otro lado, también destaca este estudio que «en la imagen de la Virgen de Guadalupe puede observarse que la rodilla derecha la tiene levantada levemente, como en actitud de iniciar un paso hacia delante. Para la mentalidad indígena, se trataba de un paso de danza, ya que para ellos danzar era crear, la forma máxima de reverenciar a Dios, la oración total».

A solas con la Guadalupana

Gracias a la amabilidad del rector de la basílica de Santa María de Guadalupe, monseñor Enrique Glennie Graue, tuve la posibilidad de visitar la imagen de la Virgen de Guadalupe como muy pocas personas tienen

oportunidad: desde el interior de su camarín. En ocasiones especiales la tilma de san Juan Diego con la imagen de la Guadalupana abandona su posición habitual dentro del templo para poder ser contemplada en su camarín. Estas visitas privadas se realizan siempre a última hora de la tarde y cuando la basílica ha cerrado sus puertas, para no perjudicar a los fieles que llenan cada día el santuario. Mi primera visita al camarín coincidió con la de un grupo de sacerdotes que celebraban el aniversario de su ordenación acudiendo con sus familias hasta el camarín de la Virgen. Antes de acceder hasta el mismo espacio en el que el papa Francisco oró a solas ante la patrona de México, recibimos una charla de monseñor Eduardo Chávez Sánchez, director del Instituto Superior de Estudios Guadalupanos, con sede en la propia basílica. Al tiempo que escuchábamos la interesante exposición de uno de los mayores expertos en el acontecimiento guadalupano, el personal de la basílica trasladaba la tilma desde la pared del templo en donde se ubica habitualmente hasta el interior del camarín. Solo pueden hacerlo en presencia de monseñor Enrique Glennie Graue, la única persona que posee la llave y la combinación para poder cambiar la imagen de lugar. En aquellos minutos que pasé a solas con la Guadalupana pude sentir el mágico misterio de una imagen que sigue emocionando a los cristianos de un mundo acelerado, demostrando que hoy día todavía hay espacio para la fe.



El investigador guadalupano Fernando Ojeda Llanes, Lourdes Gómez Martín y monseñor Enrique Glennie Graue, rector de la basílica de Santa María de Guadalupe de México, en el camarín de la Guadalupana.

Los enigmas que oculta la tilma

Fernando Ojeda Llanes es la persona que me ha enseñado todo lo que sé sobre asuntos guadalupanos. Lleva décadas estudiando la imagen de la Guadalupana desde una óptica matemática y es un hombre con permanente sonrisa y entusiasmo que siempre está dispuesto a compartir con los demás todos sus descubrimientos, ampliamente conocidos en América, Filipinas o Polonia pero apenas difundidos en España. Fernando es contador público, maestro universitario, articulista y profesional de las finanzas que aplica sus

conocimientos matemáticos al estudio de la Virgen de Guadalupe de México. Su interés por la venerada imagen comenzó en los años noventa, coincidiendo con el proceso de beatificación de Juan Diego, el protagonista de las apariciones de la Virgen en el cerro del Tepeyac y el dueño del ayate en el que, según la tradición, se imprimió la efigie de la patrona de México. Con ocho libros en su haber, este miembro del Instituto Superior de Estudios Guadalupanos ha viajado a distintas partes del mundo —como Roma, Jerusalén o Alejandría— para dar a conocer sus hallazgos.

La tilma a la luz de las matemáticas

Pitágoras, uno de los padres de las matemáticas, dividía estas, a su vez, en cuatro disciplinas: aritmética, geometría, astronomía y música. Se trata de las distintas vías que Fernando Ojeda ha utilizado para analizar la tilma venerada en Ciudad de México. Si bien no son los únicos trabajos que ha aportado, pues el estudioso también ha rastreado en diferentes archivos documentos inéditos sobre la Guadalupana que da a conocer en sus libros.^[9] En relación a la aritmética, a los números, el primer aporte realizado por el mexicano fue estudiar las tan traídas y llevadas figuras que, supuestamente, aparecen en los ojos de la Virgen de Guadalupe, cuestión popularizada en nuestro país por Juan José Benítez con el citado libro *El Misterio de la Virgen de Guadalupe*.

Fernando Ojeda Llanes ha analizado desde una óptica matemática las imágenes del estudioso José Aste Tonsmann, quien en sus investigaciones defendió haber hallado hasta 13 personajes en los ojos de la Virgen. Ojeda Llanes ha estudiado las fotografías de Tonsmann de las ampliaciones de los ojos, donde se ven los personajes. «Efectué un mapeo tomando las medidas de distancia de cada uno de los trece personajes y sus respectivos tamaños en milímetros. El mapeo respectivo lo realicé por cada uno de los dos ojos porque las posiciones y tamaños de los citados personajes son diferentes, en virtud de que la Virgen tiene inclinada su cabeza hacia su derecha y es obvio que los personajes que aparecen en sus ojos tienen posiciones y tamaños diferentes en cada ojo. Realizadas las medidas en un mapa de cada uno de los ojos y las escenas respectivas, apliqué la fórmula

estadística de la correlación matemática de Pearson considerando como variable “x” los datos de las medidas en milímetros del ojo derecho y como variable “y” las del ojo izquierdo. El resultado de la correlación fue del 98,44 %», me contó durante una entrevista. Para Fernando Ojeda, que explica estos estudios en su obra *Decodificando el Tepeyac*, esto prueba que los personajes no son manchas ni ilusiones ópticas.

Constelaciones en el manto de la Virgen mexicana

Quizá una de las aportaciones más significativas de Fernando Ojeda Llanes ha sido el análisis de las estrellas del manto de la Virgen mexicana. Durante dos años, Fernando Ojeda estudió astronomía de la mano de los astrónomos Eddie Salazar —del Instituto Tecnológico de Mérida (México)— y Daniel Flores —del Instituto de Astronomía de la Universidad Nacional Autónoma de México— quienes han revisado cada uno de sus pasos en este campo.

Si bien el estudio de las estrellas del manto fue iniciado en los años ochenta por Homero Hernández y Mario Rojas, Fernando Ojeda se propuso continuarlo a la luz de los conocimientos astronómicos actuales. Gracias al *software* Redshift ha identificado y analizado las 46 estrellas presentes en la imagen original. Así, asegura que «están colocadas en el manto en forma asimétrica y precisamente en el orden que tenían las constelaciones en el cielo a las 6.45 de la mañana del 12 de diciembre de 1531, momento en que se imprimió en la tilma de Juan Diego cuando, conteniendo las flores, la extendió en presencia del obispo Zumárraga». Fernando Ojeda Llanes defiende esta hora como el momento de la impresión de la imagen tras, según señala, estudiar en fuentes antiguas el recorrido hecho por el indio Juan Diego aquella noche, investigar satelitalmente las distancias que tuvo que recorrer y reproducir el itinerario con varias personas de la edad aproximada del indio. Además, según explica, «posicionado el planisferio Redshift a las 6.45 de la mañana de aquel día y utilizando las coordenadas de Ciudad de México, las constelaciones que estaban en el cielo en ese momento son las mismas que aparecen impresas en el manto y que son las siguientes: en la parte correspondiente al lado de la mano derecha en posición Norte: Bootes,

Canes, una estrella de Dragón, Osa Mayor, una estrella de Lince y Auriga. En la parte del lado correspondiente a la mano izquierda en posición Sur: Ophiucus, Libra, planeta Júpiter, Escorpión, Centauro, Cruz del Sur y una estrella de Carina». Da testimonio de todo ello en su libro *Las Constelaciones en la Imagen de la Virgen de Guadalupe*.

El pasado año, durante mi estancia en Mérida (Yucatán), para dar una conferencia sobre la Virgen de Guadalupe, tuve la oportunidad de entrevistar al astrónomo Eddie Salazar, quien me habló de la relación que establece entre la Virgen y la constelación de Virgo: «Es sorprendente ver la analogía entre la tilma y la bóveda celeste de México en 1531. Otra cosa que me impactó mucho es una lluvia de estrellas que hay: las Gemínidas. Su cúspide es el 12 y 13 de diciembre. Yo la llamo la lluvia de estrellas de la Virgen. Salen de Géminis, y Géminis sale antes que Virgo, entonces lo interesante es percatarse de la analogía. Géminis sale por el este alrededor de las nueve de la noche y Virgo va detrás, la lluvia de estrellas la va bañando», opina el astrónomo.

Cabe destacar otra curiosidad: «La imagen no trajo corona, aunque muchos artistas la copien pintándola con corona. Pero en el plano celeste de las 6.45 de la mañana del 12 de diciembre de 1531 si colocamos la imagen en la posición de sus constelaciones en el manto, se puede observar con toda claridad que la constelación Corona Boreal se encuentra encima de su cabeza. Es el cielo quien la corona con sus estrellas», expone Fernando Ojeda Llanes.

Además, hay que añadir que lo que más ha sorprendido a los astrónomos que han estudiado la tilma es que «las constelaciones en el manto Guadalupano corresponden a una proyección del cielo, es decir, están en una posición inversa a como se encuentran en el manto, lo que dificulta el trabajo de investigación y lo que parece un milagro, pues para que las constelaciones del manto se vean en la misma posición que las del cielo deberían observarse del cielo hacia la Tierra y no precisamente de la Tierra hacia el cielo», me comentaba Fernando.

Proporción áurea

Entre los descubrimientos de Fernando Ojeda Llanes podemos citar la proporción áurea en la Virgen de Guadalupe de México, aplicando en la tilmá los descubrimientos de Euclides y de su rectángulo áureo. Se trata de una figura geométrica cuya proporcionalidad entre todos sus lados es igual al número áureo: 1,618. Este número, cuyos decimales continúan reproduciéndose infinitamente, fue descubierto en la antigüedad como una construcción geométrica presente en la naturaleza y, más concretamente, en los seres vivos. Desde entonces, y al popularizarse estudios que relacionaban la percepción de la belleza con esta misteriosa cifra, también ha sido utilizada por el hombre en distintas manifestaciones artísticas; así, hallamos la proporción áurea en el Partenón ateniense, en obras de Dalí, Durero, Miguel Ángel o Leonardo da Vinci; en creaciones de Mozart, Schubert o Beethoven, y hasta en series y películas. Fernando Ojeda ha determinado que la imagen de la Virgen mexicana está encuadrada dentro del rectángulo áureo de Euclides. El estudioso me explicó que «haciendo una sencilla división entre su altura (1,70) y su base (1,05) el resultado es 1,618, es decir, la imagen de la Virgen de Guadalupe tiene la proporción áurea, es un rectángulo perfecto. Además, haciendo en el interior de este rectángulo otros cuadros y rectángulos perfectos más pequeños, se puede observar cómo estos reafirman el balanceo de las figuras y partes más importantes». Y añade que estas proporciones también las ha encontrado en la sábana santa de Turín, reliquia de la que ya hemos hablado.

Lo que ocultan las flores del manto

Siguiendo con sus trabajos, otro de los más sorprendentes tiene que ver con las flores que aparecen en la imagen de la Guadalupana. Según Fernando Ojeda, si las estrellas representan constelaciones, las grandes flores del manto, denominadas Tepetl, ocupan, nada más y nada menos, que la posición de los principales cerros y volcanes de la orografía mexicana. El experto asegura: «Continuando con una hipótesis anterior del padre Mario Rojas, me puse a la tarea de continuar con esta línea de investigación. Tomando la posición de los diferentes cerros y volcanes de México dibujé un mapa con la

posición que guardan las diez flores Tepetl en el vestido. Con los *softwares* satelitales de internet Google Earth se pueden localizar los siguientes: la Malinche, el Papayo, el Iztaccihuatl, el Popocatepetl, el Cerro del Tepeyac, el Jocotitlán, el Valle de Bravo, la Sierra de Temascaltepec, el Nevado de Toluca y el Chichinautzin. Y correspondiente a la única flor de cuatro pétalos que hay en el manto: el Huizachtepetl o Cerro de la Estrella». Fernando Ojeda Llanes seleccionó estos lugares tomando en cuenta la posición proporcional que guardan en relación a las flores del vestido de la Virgen. Así, haciendo un mapa con la posición que tienen en la orografía los citados cerros y volcanes y midiendo sus distancias; y, por otro lado, haciendo otro mapa que une con líneas las flores Tepetl y la flor de cuatro pétalos del vestido, y midiendo sus distancias, obtuvo una correlación entre ambos de un 95,23 %, lo que significaría que los cerros y las flores tienen prácticamente la misma distancia y posición proporcional.

Hay que aclarar que en el vestido de la Virgen de Guadalupe son visibles nueve flores de cinco pétalos con forma de corazón, denominadas Tepetl. Además de estas nueve flores visibles, existe una teoría que habla de una décima flor Tepetl que estaría en el vestido debajo de las manos de la Virgen. Tal y como explica Fernando Ojeda, «con toda claridad en su vestido y atrás de su brazo derecho, casi junto al lazo negro, salen dos pequeñas borlas que probablemente correspondan a la parte de un conjunto de flor Tepetl siendo quizá parte de un pétalo, de alguna de sus hojas, de alguna de sus flores, de alguno de sus botones de flor o parte de su tallo».[10]

La música de la Virgen de Guadalupe

La investigación más impactante de Fernando Ojeda tiene que ver con ese cuarto elemento que Pitágoras relacionaba con las matemáticas: la música. Así, el experto nos explica que «Pitágoras mencionaba que donde hay simetría perfecta hay música, así que razoné lo siguiente: si las estrellas del manto son las constelaciones del cielo del momento de su impregnación; si las flores del vestido representan proporcionalmente a los principales cerros y volcanes de la orografía de México; y si toda la imagen guarda la proporción

áurea, entonces tiene simetría perfecta, por lo tanto tiene música». Con una gran fe en su razonamiento, Ojeda Llanes diseñó un modelo matemático reduciendo a tamaño carta el original de la imagen, respetando al milímetro las proporciones, y colocó a la Virgen dentro de un rectángulo áureo. Después, el investigador trazó líneas verticales teniendo en cuenta las 46 estrellas del manto. Así, trazó 23 desde el centro hacia la izquierda, y otras 23 desde el centro a la derecha, con espacios idénticos entre ellas. En esos espacios quedaron estrellas y flores con sus distintas posiciones, por lo que Fernando estimó que representan notas musicales. Asegura: «Con base a este modelo matemático contraté a un experto músico, quien, en forma proporcional, colocó encima del rectángulo áureo que cubría la imagen el dibujo de un piano, cuidando de poner en el centro el “do” central, de tal manera que el dibujo proporcional del piano, proveniente de uno de tamaño natural, nos señalaba la respectiva nota musical. Fueron dibujadas cada una en un cuaderno pautado, respetando milimétricamente la posición exacta de las estrellas y de los centros de las flores». Más tarde, metieron las notas en un programa musical en el ordenador y se sorprendieron al descubrir que tenían armonía y que juntas formaban una bella melodía. Actualmente y, con los debidos arreglos, la música de la imagen de la Virgen de Guadalupe descubierta por Fernando Ojeda Llanes está siendo utilizada por distintos artistas y escuchada a través de discos y de internet en todos los rincones del mundo.[11]



Santa María de Guadalupe de México, en el camarín en el que se custodia la Imagen.

Detractores de la Virgen de Guadalupe

Muchos son los llamados «antiaparicionistas» que tratan de demostrar que la Virgen de Guadalupe de México es un fraude. Se apoyan, por ejemplo, en que no se conoce ningún escrito de fray Juan de Zumárraga en el que se hable de tales apariciones. A finales de la década de los setenta, los científicos norteamericanos Jody Brant Smith y Phillip Serna Callahan estudiaron la imagen de la Virgen de Guadalupe de México. En su informe expusieron que había añadidos hechos por mano humana mucho tiempo después de que se formara el original. Igualmente, explicaron que otras partes de la imagen como el rostro de la Virgen, el color del manto o las manos originales estaban realizadas con pigmentos desconocidos. En resumen, llegaron a la conclusión de que «la figura original que comprende la túnica rosa, el manto azul, las manos y el rostro, es inexplicable» para el estado actual de la ciencia, gran argumento a favor para los creyentes. Posteriormente, otros estudiosos como Faustino Cervantes, entre otros, han considerado que lo que estos expertos denominaron «añadiduras» serían retoques efectuados a la imagen por las consecuencias de estar expuesta más de un siglo sin ningún tipo de protección.

Aunque hay quien considera que se trata de una pintura, Ojeda Llanes explica que «no presenta huella de pincel o de haber sido pintada. Muchos especialistas han estudiado la imagen de la Virgen de Guadalupe para tratar de explicar cómo se imprimió y todavía no lo han descubierto. Por ejemplo, podríamos citar el trabajo de Phillip Serna Callahan, que, después de estudiarla totalmente, concluye que todo el rostro es de pigmentos desconocidos. La técnica artística aplicada al cuerpo y al rostro es inexplicable. No existe bosquejo, preparación, o sobre capa». Aun así, Fernando Ojeda Llanes reconoce que existen retoques posteriores que han tratado de conservar la imagen, como una corona en la parte superior, por lo que hay que aclarar que la imagen inexplicable se circunscribe a la Virgen y no a esos retoques que hayan podido hacerse con posterioridad. El

investigador mexicano también explica que la tela en la que se imprimió la imagen es de origen natural: «La tilma está tejida con agave de una especie que no se ha podido determinar, dictaminado por el doctor Ignacio Ochoterena, de la Universidad Nacional Autónoma de México».

En cuanto a la sombra de fraude, Ojeda Llanes defiende que «quien hace estas afirmaciones tiene que demostrar con pruebas que lo que dice es verdad y que la imagen es un fraude. Todos hablan pero no fundamentan. Yo todo lo que he dicho lo he fundamentado a través de distintas vías y mis trabajos son revisados como si de una tesis doctoral se tratase». Por otro lado, nos asegura que hay muchas cosas que se dicen sobre la imagen que no son ciertas y que hay que aclarar, como que flota, que su temperatura es la misma que la de un cuerpo humano en estado normal, que se escuchan sus latidos o que mueve los ojos. Ojeda Llanes lucha contra estas falsedades y trata de dar a conocer, a través de sus libros y de sus conferencias, lo que para él sí son descubrimientos extraordinarios. A pesar de que aplica el método científico a sus trabajos, no esconde que para él la Virgen de Guadalupe es «símbolo de fe y de devoción, y señal de la existencia de Dios».

Lo cierto es que la imagen de la Virgen de Guadalupe supuso un antes y un después en la evangelización no solo de México, sino de todo el continente americano. Según explica monseñor Eduardo Chávez, director del Instituto Superior de Estudios Guadalupanos, en una edición del *Nican mopohua* comentada por él mismo, «inició una de las conversiones más impactantes y maravillosas, sin precedentes en la historia; en cerca de ocho años se convirtieron aproximadamente nueve millones de personas», hecho que se dio no solo por la espectacularidad de la historia, de la imagen y de las apariciones, sino también por representar todo un simbolismo familiar para los indios, ya que muchos consideran, como ya hemos apuntado, que la Virgen de Guadalupe constituye un auténtico código para los indígenas.

La primera «casita sagrada»

El 12 de diciembre de 1531 la tilma habría sido colocada en el oratorio de fray Juan de Zumárraga, la más destacada autoridad religiosa de México.

Pero la noticia de las apariciones y de la impresión de la tilma pronto se extendió por toda la ciudad, lo que provocó la llegada de muchos vecinos hasta la casa episcopal. Esto llevó al obispo a trasladar la imagen hasta el altar de la iglesia mayor —actual catedral metropolitana—, donde comenzó a recibir culto. A la vez que se producía aquella primera exhibición pública, habrían comenzado los trabajos de construcción de la ermita en el lugar señalado por la Virgen a Juan Diego. Al parecer, solo dos semanas después del acontecimiento guadalupano ya habría estado lista la primera «casita sagrada» de la Virgen. Hecha de muros de adobe y techo de vigas de madera, poseía un altar en el que se exhibió sin ningún tipo de protección la tilma de Juan Diego hasta 1709, que fue besada y tocada por todos los que acudían hasta el Tepeyac para contemplarla.

Según la tradición, en las inmediaciones de la ermita se construyó una casa para Juan Diego —zona hoy día señalada con una cruz de piedra para conocimiento de los peregrinos—, quien habría servido a la Virgen hasta su muerte en 1548. Si bien se han hallado restos de enterramientos en el entorno de aquella primera ermita, no hay forma, por el momento, de saber si alguno de los cuerpos encontrados pertenece al protagonista de la aparición mariana más famosa de México. A tenor de los datos aportados por los cronistas, en 1544 el tío del indio, Juan Bernardino, fue también enterrado en este lugar.

Aquella primera ermita todavía puede ser contemplada por el visitante. Se encuentra dentro de la conocida como «antigua parroquia de Indios», más concretamente en el subsuelo de esta edificación. Durante mi visita al lugar de la aparición, pude observar parte de los muros y el suelo de la casa original de la Guadalupana. Hoy día se ubica muy cerca de la actual basílica, dentro del complejo guadalupano, un amplio espacio donde el visitante puede descubrir todos los lugares importantes relacionados con esta historia.

La capilla de Indios, o «antigua parroquia de Indios», se considera el punto exacto en el que la Virgen entregó las flores a Juan Diego para que se las llevara a Zumárraga y, como ya hemos dicho, el lugar elegido para construir la primera ermita. El templo actual se piensa que es el que mandó construir en 1556 el arzobispo fray Alonso de Montúfar sobre la primera y segunda ermitas, levantadas en 1531 y 1533 respectivamente.

Entre las curiosidades relacionadas con la parroquia de Indios cabe destacar que en este lugar se conservó durante algún tiempo el estandarte de la Virgen que Miguel Hidalgo y Costilla usó para llamar a sus paisanos a la lucha por la independencia de México. Hidalgo y Costilla fue un sacerdote revolucionario que inició la primera parte de la Guerra de Independencia mexicana con lo que se conoce como el Grito de Dolores, el llamado que este sacerdote hizo a sus feligreses la mañana del 16 de septiembre de 1810 para que se sublevaran contra la autoridad virreinal de la Nueva España.

La antigua basílica, la segunda casa de la tilma

Cuando se avanza por la calzada de los Misterios, que desemboca en el complejo guadalupano, lo primero que salta a la vista es la antigua basílica de la Virgen de Guadalupe, rebautizada hoy como templo expiatorio a Cristo Rey, con sus torres octogonales y su cúpula en tonos amarillos. Diseñada por el arquitecto Pedro de Arrieta, terminó de construirse en 1709. El 30 de abril de ese mismo año recibió la tilma del indio Juan Diego con la imagen de la Guadalupana. Aunque en un principio lucía un estilo barroco, la construcción del convento de capuchinas, justo al lado de este templo, causó graves daños en su interior. La remodelación que hubo de llevarse a cabo propició que ahora tenga una apariencia neoclásica. A lo largo de su historia ha sufrido muchas modificaciones a causa de su frágil suelo. De hecho, los múltiples daños estructurales del edificio provocaron que en 1974 el arzobispo Miguel Darío Miranda iniciara las obras de construcción de la nueva basílica. Aun así, y tras más de veinte años cerrada al público, la antigua basílica ha vuelto a ser utilizada y visitada gracias a un proceso de recuperación llevado a cabo por el Instituto Nacional de Antropología e Historia de México (INAH).

El 14 de noviembre de 1921 explotó una bomba en el interior de la antigua basílica. Un hombre colocó un ramo de flores ante la tilma de Juan Diego y momentos después estalló, provocando una gran explosión que sacudió los muros de este templo. Ni la imagen de la Virgen ni el cristal que la protege sufrieron daño alguno, lo que se consideró entre los fieles como un auténtico milagro. Un Cristo de bronce que quedó doblado por la virulencia

de la explosión se exhibe hoy día en la nueva basílica, junto a los confesionarios.

El Pocito, lugar de la cuarta aparición

Cerca de la capilla de Indios encontramos la del Pocito, la del punto exacto en el que se habría producido la cuarta aparición de la Virgen de Guadalupe a Juan Diego. En este lugar había un manantial al que la tradición atribuía propiedades curativas. Cuenta una leyenda que surgió repentinamente, cuando fray Juan de Zumárraga se desplazó junto a Juan Diego hasta el Tepeyac para identificar el lugar exacto en el que debía construirse la ermita pedida por la Virgen en su aparición.

Tal era la afluencia de gente que se acercaba para recoger el agua sagrada, que el sacerdote Luis Lasso de la Vega decidió cubrir el manantial y construir una ermita. Posteriormente, el arzobispo de México Alonso Núñez de Haro y Peralta encargó levantar la actual iglesia del Pocito, cuyos trabajos comenzaron en junio de 1777. Obra del arquitecto Francisco Guerrero y Torres, se trata de una de las joyas más preciadas del Barroco mexicano.

En el acceso a la capilla se observa el brocal del pozo con aguas sagradas que motivó la construcción. Las paredes del interior de la capilla están decoradas con cuatro retablos que representan las apariciones de la Virgen de Guadalupe en el cerro del Tepeyac, donde se extiende el complejo guadalupano. Su autor es Miguel Cabrera, uno de los máximos exponentes de la pintura barroca mexicana, autor de muchas obras que representan a la patrona del país.

Como la parroquia de Indios, el Pocito también guarda relación con la revolución mexicana. Según reza en una placa que se encuentra en la fachada del templo, en esta capilla estuvo orando José María Morelos y Pavón, artífice de la segunda etapa de la Guerra de Independencia mexicana, justo antes de ser fusilado. Morelos, quien consiguió conquistar el sur del país y gran parte del centro y que, además, organizó las primeras cortes legislativas de la historia de México, fue capturado, juzgado por la Inquisición y ajusticiado el 22 de diciembre de 1815 en San Cristóbal Ecatepec, no sin

antes entrar al Pocito y, según cuentan, arrodillarse y encomendarse a su «emperadora guadalupana», en palabras del revolucionario.

Tanto la capilla del Pocito como la de Indios y el Bautisterio están bajo la custodia del templo parroquial Santa María de Guadalupe, Capuchinas, que se encuentra edificado justo al lado de la basílica antigua, actual templo expiatorio de Cristo Rey. Este templo fue construido en tiempos del arzobispo Núñez de Haro y Peralta como convento de las hermanas capuchinas. En alguna ocasión, la construcción ha albergado la tilma con la imagen de la Virgen de Guadalupe; en concreto, unos meses en el año 1791 y en 1888, por motivos de reforma o remodelaciones en la antigua basílica. Diseñado por Ignacio Castera, este edificio religioso ha estado sufriendo daños por el hundimiento del subsuelo de la zona, por lo que se encontraba peligrosamente inclinado y tuvo que ser cerrado al público desde 1970 hasta 1996 para someterse a una severa reconstrucción.

Cuarenta años custodiando la imagen de la Virgen más visitada del planeta

En el distrito de Gustavo A. Madero, en la capital de México, hay más forasteros que «chilangos», como se conoce en el país a los naturales de esta ciudad. Cada día miles de personas viajan hasta la basílica de Santa María de Guadalupe de México para encontrarse cara a cara con el rostro del misterio, la imagen de una Virgen que, según la tradición, se apareció en ese mismo punto, en el cerro del Tepeyac, en 1531. Ella es la artífice de la gran evangelización de América y el lugar de las apariciones es hoy uno de los enclaves religiosos más importantes del mundo.

En el siglo XVI, en la época en la que se popularizó el culto a la Virgen de Guadalupe, el recinto guadalupano era conocido como «Tepeaquilla», para distinguirlo del Tepeyac situado en Puebla, también en México. Es a partir de 1563 cuando recibe por primera vez el nombre de «pueblo de Guadalupe» por la presencia de la imagen en el lugar. En 1751, y a través de una cédula real, recibe el título de Villa; el escudo de armas de esta tenía en el centro a la Virgen de Guadalupe sostenida por el indio Juan Diego acompañada del texto «No hizo cosa igual con ninguna otra nación», aludiendo a las palabras

pronunciadas por el papa Benedicto XIV cuando estuvo frente a la Guadalupeana. En 1828 pasó de ser villa a convertirse en ciudad, con el nombre de Guadalupe-Hidalgo, pero en el año 1931 la ciudad de Guadalupe-Hidalgo se convirtió en una delegación del distrito federal, y se llamó Colonia Gustavo A. Madero.

El 12 de octubre de 1976 la venerada imagen de la Virgen de Guadalupe de México fue trasladada hasta el recinto en el que lleva cuarenta años recibiendo a millones de personas. La antigua basílica, con numerosos problemas estructurales, como ya hemos explicado, se estaba quedando pequeña debido a la gran afluencia de visitantes, por lo que, a partir de la decisión del entonces arzobispo de México, cardenal Miguel Darío Miranda, en 1974 comenzaron las obras de construcción de un nuevo templo, el actual.

La basílica de Santa María de Guadalupe en Ciudad de México, consagrada hace cuatro décadas, es uno de los centros religiosos más visitados del mundo y el de mayor importancia de América. La casa de la patrona mexicana —quien también fue coronada pontificiamente un 12 de octubre, pero de 1895—, según el secretario de Turismo de Ciudad de México, Miguel Torruco Marqués, congrega a más de 20 millones de creyentes anualmente. Solo durante diciembre —el día 12 de este mes se celebra la fiesta de la Virgen de Guadalupe— unos ocho millones de personas se desplazan hasta el santuario.

Asombra la cantidad de fieles que acuden hasta el corazón de una de las cuatro ciudades más pobladas del planeta para encontrarse con el enigma de una imagen única; pero también las curiosas peregrinaciones que llegan a diario hasta el recinto guadalupano. En mayo de 2016, durante mi primera visita al santuario, monseñor Enrique Glennie Graue, vicario general y episcopal de Guadalupe y rector de la basílica, me recordaba algunas de las más impactantes, entre ellas la de los payasos, que se visten con su uniforme de trabajo para acudir hasta el templo y colaboran en la eucaristía luciendo tal atuendo. Sobra decir que es una de las misas favoritas de los niños. Los comerciantes de aves canoras, por su parte, visitan la basílica cada doce meses cargados con jaulas. Cuando suena el órgano los pajarillos se ponen a cantar a la vez, emocionando a todos los presentes. Cabe destacar, también,

una de las peregrinaciones más mediáticas, la de los enmascarados mexicanos, que por un día aparcan la lucha libre para honrar a la Virgen.



Actual basílica de Santa María de Guadalupe de México, donde se custodia la tilma de san Juan Diego.

En cifras, Santa María de Guadalupe recibe una decena de peregrinaciones al día, más de 3.600 al año, y celebra 15 misas diarias, tanto en la propia basílica como en las capillas que se reparten por su interior, como la del Santísimo, la de San José o la cripta, así como en el resto de los edificios que forman parte del complejo guadalupano y de los que hablaremos a continuación.

Una basílica del siglo XXI

Cualquier mañana de un día laborable la plaza del complejo mariano está atestada de visitantes; lo mismo ocurre con el interior de la basílica de Santa María de Guadalupe, que tiene capacidad para albergar a más de diez mil personas y que siempre se encuentra ocupada por peregrinos de diversas nacionalidades. En todas mis visitas al santuario he comprobado cómo las puertas se hallan siempre abiertas y ya desde la misma entrada se aprecia la ajetreada actividad que se respira en el sagrado espacio. En los bancos, en el suelo, sentados, de pie, de rodillas recorriendo el complejo, solos o acompañados; en cualquier rincón se agolpan fieles de todas las edades, muchos cargados con imágenes de la Virgen para ser bendecidas. Aunque algunos se dedican a escuchar misa y a contemplar la tilma de Juan Diego, la imagen de la Virgen de Guadalupe que cuelga, tras un cristal, de la portada principal del templo, la mayoría hace cola para poder ver más de cerca a la Guadalupana.

Para que los creyentes puedan acercarse a la Virgen con las mismas oportunidades y durante el mismo tiempo, se ha construido un curioso sistema de cintas eléctricas tras el altar de la basílica. Cuatro cintas, como las escaleras mecánicas, acogen a los creyentes para que pasen ante la Virgen de Guadalupe por un tiempo limitado —el que marca la velocidad de la cinta— democratizando así la visión de la patrona mexicana, para que todos los visitantes puedan pasar al menos unos segundos cerca de Ella. Este no es el único elemento que demuestra que esta basílica de Santa María de Guadalupe está adaptada a los tiempos que corren, pues el templo se caracteriza por aprovechar las nuevas tecnologías para acercarse a los fieles. Tanto es así que en la parte superior del edificio hay un plató de televisión perfectamente preparado para funcionar en cualquier momento. Además, desde la cuenta de Twitter @INBGuadalupe (Insigne y Nacional Basílica de Santa María de Guadalupe) ofrecen información sobre las peregrinaciones que reciben, los santos que se celebran cada día y los acontecimientos que tienen lugar en el templo. Igualmente, a través de la página web de la basílica[12] transmiten en directo rezos y misas. Como curiosidad, debemos señalar que las misas no solo se ofician en castellano; gracias a una concesión del papa Francisco,

algunas celebraciones litúrgicas se ofician en náhuatl, lengua indígena. Y la última novedad es que se ha puesto en marcha un canal de Youtube[13] en el que los fieles pueden ver a la Virgen de Guadalupe en directo en cualquier instante del día.

Fruto de ese afán por acercarse a todos los fieles, en la basílica se exhibe una imagen de la Virgen de Guadalupe en relieve. Los invidentes pueden tocar esta figura y leer un texto en braille que hay junto a ella, donde se explica la procedencia y características de la misma.

Un círculo cuyo centro es la Guadalupana

La icónica arquitectura de la basílica, circular, permite contemplar el ayate de Juan Diego desde cualquier punto del templo sin que ni siquiera el observador deba encontrarse en su interior, pues, como hemos indicado, presenta sus siete accesos abiertos. El llamativo azul de la parte superior de la construcción, que tardó dos años en edificarse, representa el color del manto de la Virgen. Dentro de la basílica, aunque la imagen de la Guadalupana eclipsa cualquier decoración, se aprecia un impresionante órgano que posee más de diez mil flautas; al otro lado del templo cuelgan las banderas de distintos países, conmemorando el título que esta Virgen recibió de Patrona Celestial de América. Como ya hemos señalado, en la parte superior se extienden otras capillas, nueve en concreto, en las que se celebra misa diaria y que sirven como espacio de contemplación y de oración.

El investigador Fernando Ojeda Llanes y monseñor Enrique Glennie Graue fueron mis guías en la basílica. Además del templo en sí, también me mostraron la torre administrativa de la basílica, un moderno espacio con varias plantas a las que se accede a través de una hermosa escalera blanca de caracol, aunque también hay un ascensor que, además de transportar a la gente, realiza otra misión fundamental. Según me explicó el rector de la basílica, el sistema que controla la refrigeración y la temperatura de la tilma de la Virgen funciona, en parte, gracias al movimiento de los ascensores.

En esta torre administrativa se lleva a cabo el control de la basílica desde el punto de vista de la organización, la seguridad y todos los aspectos que

hacen posible que, gracias a la entrega de todo el personal que nos encontramos a nuestro paso y que nos saluda amable y cariñosamente, pueda funcionar burocrática y espiritualmente este centro religioso tan espectacular.

Los interesados en el acontecimiento guadalupano pueden acceder a la biblioteca teológica Lorenzo Boturini, situada en la torre administrativa. Conserva, a día de hoy, más de 22.000 volúmenes relacionados con la aparición de la Guadalupana, además de otros temas religiosos. Si bien los ejemplares no pueden prestarse para su lectura fuera del edificio, se permite el acceso a todos los interesados que quieran leer las obras conservadas en esta biblioteca.

En compañía de monseñor Enrique Glennie visitamos, igualmente, el archivo histórico de la basílica de Guadalupe, que fue rehabilitado en octubre del año pasado y dispone de las mejores medidas de conservación para los documentos únicos que alberga. Además de guardar debidamente este material y permitir su uso por parte de investigadores, el archivo de la basílica tiene como misión la digitalización de fondos antiguos para su consulta y reproducción. El documento más antiguo que se guarda en este archivo es el códice 1.548, o códice Escalada, aunque también me mostraron otras valiosas joyas como una carta escrita de puño y letra de fray Juan de Zumárraga, y otra redactada por un hijo de Hernán Cortés.

Miles de fieles llenan cada día el complejo guadalupano

Aunque la actual basílica es el epicentro del complejo guadalupano, la plaza y los alrededores están llenos de fieles que desean conocer los lugares en los que se produjeron las apariciones. No solo las capillas descritas son importantes; paseando por distintos lugares, el visitante va encontrando sorpresas. Cerca de la parroquia de Indios uno puede sentarse a descansar frente al lugar en el que por mucho tiempo, según dicen, estuvo «el árbol de cacahuete donde Nuestra Señora esperó a Juan Diego con las rosas del Milagro y donde ella las tocó».

El complejo guadalupano se extiende hasta lo alto del Tepeyac, donde los peregrinos que son capaces de subir las numerosas escaleras de acceso a la

parte superior de la villa guadalupana se encuentran con la conocida como capilla del Cerrito. Allí, defiende la tradición, surgieron las flores utilizadas como señal para el obispo fray Juan de Zumárraga. Por esta razón, o quizá por el esfuerzo que conlleva la subida, se trata de uno de los edificios más queridos por los peregrinos. En 1666 unos devotos comenzaron a ahorrar para construir una capilla en lo alto del cerro del Tepeyac; como cada vez recibía a más fieles, el obispo Montúfar, en su tiempo, ordenó construir una ermita más espaciosa y elaborada. Su belleza reside en que está decorada no solo con elementos guadalupanos, sino también con símbolos propios de la antigua iconografía mexicana, como el sol y la luna. Su interior, además, conserva valiosos murales de Fernando Leal donde se narra el acontecimiento guadalupano.

Hay que destacar que algunos visitantes no se limitan a pasear por los alrededores del complejo y a visitar a la Guadalupana. Y es que uno de los puntos más fascinantes y menos conocidos es la capilla de Juramentos. Monseñor Enrique Glennie Graue, a quien agradezco el tiempo y la atención que me dedicó durante mi primera visita a la basílica, me explicó que a la capilla de Juramentos acuden personas que desean sanarse de sus adicciones. En este lugar se atiende a cualquiera que busque cambiar su vida y necesite celebrar una ceremonia de compromiso personal, jurando que va a cambiar, asumiendo una vida nueva. Los que allí llegan se encomiendan tanto a la Virgen de Guadalupe como a la imagen del Señor de los juramentos. Tal es la importancia que se le otorga a la ceremonia, que aquellos que sufren un problema de adicción a las drogas o al alcohol y juran no volver a caer en dichos vicios, cuando alguien les ofrece volver a hacerlo y manifiestan «estar jurados», son respetados por todos para que no vuelvan a las andadas.

En el complejo guadalupano existe, además, un consultorio donde se atiende gratuitamente a mujeres embarazadas; un comedor donde se ofrece comida sin ningún coste para al menos seiscientos peregrinos al día y se ofertan, igualmente, programas para rehabilitar a adictos a las drogas. En el conocido como santuario de San Juan Diego, cada jornada reciben a gente que vive en la calle o que sufre adicciones. Durante nuestro paseo nos encontramos con el guía Lupillo, una de las personas que han cambiado su

vida gracias a este tipo de ayuda. Hoy día se dedica a mostrar el santuario a los visitantes que diariamente inundan este punto de Ciudad de México.

También nos encontramos en el santuario una capilla de Bendiciones y un lugar donde depositar las velas que se encienden como tributo a la Virgen de Guadalupe. Si bien se colocan en el exterior, los cirios que se encienden en el interior de la basílica están elaborados con la cera de esas velas que prenden allí los creyentes.

Además de los espacios relacionados con la oración, en el complejo guadalupano también hay un museo o un centro de evangelización y catequesis, en el que se celebran sacramentos como las primeras comuniones, las confirmaciones y matrimonios comunitarios. Entre los atractivos del exterior del santuario destaca, de manera especial, el carillón, un campanario con un reloj frente al que se agolpan cientos de personas. El motivo: cuatro veces al día se realiza una representación de las apariciones de la Virgen de Guadalupe a partir de figuras robóticas y música.

Plaza Mariana, un centro de evangelización

La última obra que ha venido a sumarse al santuario guadalupano es Plaza Mariana, un conjunto arquitectónico que ha sido levantado gracias a la iniciativa de la Iglesia, pero también del Gobierno de la ciudad y de inversores privados. En Plaza Mariana existen, entre otros espacios, amplias salas dedicadas a la evangelización, un auditorio, aulas de enseñanza y lugares aptos para la celebración de congresos, seminarios y cursos relacionados con el acontecimiento guadalupano. Se ha construido, además, una cripta donde pueden albergarse las cenizas de unas 120.000 personas. Algunos de esos columbarios ya han sido ocupados por fieles cuya última voluntad era yacer en este espacio, cerca de la Guadalupana. Durante nuestra estancia en la villa pudimos constatar cómo los familiares acuden hasta allí para visitar los nichos de sus seres queridos.

Esta realidad es, quizá, la muestra más palpable de lo que significa la Virgen de Guadalupe para los millones de creyentes devotos de la misma; su fe en la Guadalupana está por encima de todo. Pudimos ver en el complejo a

obreros llenos de polvo y pintura que al terminar su jornada laboral buscan pasar un rato a solas con la imagen que tanto veneran. Escenas como estas son la prueba de la riqueza de este santuario, que no se puede medir en cifras materiales, sino en los sentimientos que genera en las personas que consideran este lugar un refugio de paz.

Las controversias entre la Virgen de Guadalupe de Extremadura y la Virgen de Guadalupe de México

La Virgen de México y la extremeña solo tienen una característica en común: el nombre. Como ya hemos reseñado cuando hablábamos de la historia de la patrona de Extremadura, existen diferentes explicaciones que tratan de aclarar el origen del vocablo «Guadalupe», que tiene raíz árabe y que, según la teoría más aceptada, aludiría al nombre del río junto al que apareció la vaca de Gil Cordero. Pero ¿cómo se le aplica el nombre de Guadalupe a una aparición mariana tan distinta en tiempo y espacio a la Virgen extremeña?

Los expertos se muestran enfrentados y esgrimen distintas teorías. Para los antiaparicionistas, el nombre de Guadalupe es indicativo de que Nuestra Señora de Guadalupe de México fue un invento de los españoles que crearon esta tradición para lograr una evangelización masiva entre los indígenas y le impusieron el nombre de Guadalupe en recuerdo de la Virgen extremeña que tantos devotos tenía entre los españoles que marcharon a América.

Otra explicación que se baraja es que el nombre de la Virgen mexicana podría provenir de algún término náhuatl que sonara parecido a «Guadalupe», de ahí que haya expertos que piensen que cuando Juan Diego comunicó el nombre de la Señora, algunos españoles adaptaron lo escuchado a alguna palabra de origen castellano que tuviera sentido y guardara relación con la Virgen María. En todo caso, los defensores de la aparición aseguran que el *Nican mopohua* expresa claramente que la Virgen comunica su nombre a Juan Bernardino: «Santa María de Guadalupe».

Pero más allá del nombre, no podemos encontrar similitudes entre las dos Vírgenes. La de México es una imagen en una tela y la de Extremadura es

una escultura; la de México es una Virgen que parece estar embarazada y la de Extremadura tiene al Niño Jesús en las rodillas. El único nexo de unión es el nombre y también la importancia que ambas tuvieron en la evangelización de América. La de México por su significación con los indígenas y la de Extremadura por la devoción de todos los indios llegados desde la península ibérica.

Las mandas en favor de Guadalupe

Desde que surgió el culto a la Virgen de Guadalupe de México nacieron las confusiones relacionadas con ambas advocaciones. Tanto es así que el monasterio de Guadalupe de Extremadura envió a algunos frailes con el fin de aclarar diversos malentendidos, especialmente en relación a las ofrendas que se hacían a la patrona extremeña. Uno de ellos fue fray Pedro del Puerto, [14] monje del monasterio de San Jerónimo de Sevilla, religioso que se encontraba en América. El monasterio de Guadalupe le encargó recoger las limosnas y ofrendas en favor de la patrona extremeña por territorios como Colombia, Perú o Venezuela. Ejerció esta labor de 1612 a 1628, pero finalmente volvió a España porque, según cuentan, tenía más motivaciones económicas que religiosas.

Por su parte, fray Diego de Santa María también recogió limosnas y mandas en favor de Nuestra Señora de Guadalupe de Extremadura. Llegó al actual territorio mexicano en 1574 y son famosas dos cartas que este monje envió a Felipe II para tratar asuntos guadalupanos. Una está fechada el 12 de diciembre de 1574 y otra de las misivas se redactó el 24 de marzo de 1575. En ellas solicita, entre otras cosas, la fundación de un monasterio jerónimo en los alrededores de Ciudad de México, pues allí había una antigua ermita, la del Tepeyac, que recibía muchas limosnas, una ermita que estaba dedicada a la Virgen de Guadalupe. Se queja fray Diego de Santa María de la erección de dicha ermita mexicana sin la autorización del monasterio extremeño y pide a Felipe II que se entregue dicha ermita a la orden de San Jerónimo para levantar un monasterio, o que se traslade a otro lugar o que se le quite el título de Guadalupe.

Se trata de un testimonio muy interesante porque nos da noticia de las controversias que existían ya desde los inicios entre los encargados de gestionar las mandas enviadas a ambas imágenes. Felipe II, en contestación a la demanda de fray Diego de Santa María, siguió la política de sus predecesores de no permitir que las órdenes monásticas masculinas hicieran fundaciones en América ni se hicieran cargo de grandes posesiones, para no fomentar el descarado interés de muchos que trataron de aprovecharse económicamente del fervor guadalupano.

Con todo, este monarca también fue responsable de extender mandas forzosas en favor de la patrona extremeña a todos los territorios de América incorporados a su corona. El prior guadalupense fray Gabriel de Talavera, autor de *Historia de Nuestra Señora de Guadalupe: consagrada a la soberana magestad de la Reyna de los Ángeles, milagrosa patrona de este santuario*, fue el primero, en el año 1597, en publicar un libro impreso sobre la Virgen de Guadalupe de Extremadura. En sus páginas podemos leer:

«No hay santuario más venerado en aquellas partes, que el nuestro. Y con mucha causa se ha introducido en ellas este respeto, pues desde la aparición desta Princesa, han sucedido mil dichosas suertes a España, abriéndose nuevos caminos y desconocidas carreras en el mar, ya a los castellanos, ya a los portugueses, conquistadores ilustres, unos y otros, de aquellas ricas tierras donde el sol nace, y esconde sus rayos al Poniente: los cuales plantando con gran honra de religión, y aumentando crecidísimo de la fe, muchas iglesias, donde se enseñaba aquella gente bárbara, les dieron noticia en sus principios, del favor grande desta imagen santísima, de sus prodigios, milagros, y obras maravillosas, a que los conquistadores que de ello les daban cuenta, se reconocían tan obligados, como quien confesaba en sus victorias y triunfos gloriosos, el favor y brazo de esta Señora».

Con respecto a las mandas forzosas, hay que explicar que se trata de la facultad que tenía el monasterio de Guadalupe extremeño para recoger donaciones y limosnas. Alfonso XI, gran protector de este santuario, autorizó de manera oficial las mandas en favor del monasterio en todo el Reino de Castilla, costumbre que también se extendió a América tras el descubrimiento. En tiempos de Carlos V y de su hijo Felipe II, el monasterio

ejerció este privilegio junto con otros enclaves cristianos como el Santo Sepulcro en Jerusalén, San Pedro en Roma y Santiago de Compostela en Galicia. Sin embargo, tal y como explica fray Gabriel de Talavera en su obra, el monasterio de Guadalupe quiso renunciar a este privilegio en el siglo XVI pues, según explicó, los monjes no estaban tranquilos porque esta facultad se relacionaba con la codicia y causaba intranquilidad en la conciencia de los religiosos.

Así, decidieron enviar a fray Pedro de Valladolid, monje guadalupense, a Bruselas para entrevistarse con Carlos V y pedirle suprimir esta práctica, pero el emperador se negó y, como hemos observado, su hijo Felipe II se encargó de reforzar esta práctica.

Primeras referencias extremeñas a la Virgen del Tepeyac

En 1743 el prior guadalupense fray Francisco de San José en su obra *Historia Universal de la Primitiva y Milagrosa Imagen de Nuestra Señora de Guadalupe...* hace una descripción de los distintos santuarios americanos dedicados a Guadalupe, refiriéndose también a la aparición mariana del Tepeyac y tratando de explicar el nacimiento de este culto:

«No me parece ajeno de buena conjetura invocaría muchas veces en su defensa a la Madre de Dios de Guadalupe el insigne Marqués de Valle Don Fernando Cortés, General de esta conquista, [...] y querría la Madre de Dios aparecerse entonces a los indios, oyendo las súplicas del General su devoto, en el traje y forma que habían de estamparse en México con el glorioso nombre de Guadalupe, premiando su devoción, y la de muchos soldados, que se la tendrían como extremeños».

Como se observa, fray Francisco de San José pensaba que la Virgen que se había aparecido en el Tepeyac era la misma Virgen de Guadalupe de Extremadura. Y va más allá y aporta otro dato que llama la atención: asegura que en la zona donde se apareció, por el Tepeyac, tenía su plaza militar el capitán de la armada de Hernán Cortés Gonzalo de Sandoval, nacido en Medellín y fallecido en 1528. Por lo tanto, Gonzalo de Sandoval ya había fallecido cuando surge, supuestamente, el acontecimiento guadalupano de

1531.

Existen otros documentos que muestran la preocupación de las autoridades españolas por el suceso milagroso del Tepeyac. Así, fray Sebastián García, autor de *Guadalupe de Extremadura en América*, asegura que «el monarca pidió informes al virrey de Nueva España don Martín Enríquez, quien contestó el 23 de septiembre de 1575, aclarando el origen de la ermita y la pretendida fundación de un monasterio, cerca de sus muros:

»... o que comúnmente se entiende es aquel año de 55 o 56 estaua allí una hermitilla en que estaua la imagen que ahora está en la iglesia y que un ganadero que por allí andaua publicó auer cobrado salud yendo a aquella hermita y empezó a crecer la devoción de la gente y pusieron nombre a la imagen nuestra Señora de Guadalupe, por decir que se parece a la Guadalupe de España [...] Para asiento de monasterio no es lugar muy conveniente, por razón del sitio y ay tantos en la comarca que no parece sea sano y menos fundar parrochia como el prelado querría, ni para españoles ni para yndios».

[15]

Fray Sebastián García asegura que «el texto de esta carta deja constancia de la dependencia de la imagen mexicana de la extremeña “por decir que se parece a la Guadalupe de España”, es decir, a la imagen gótica de la Inmaculada, que desde el siglo XV preside el coro, muy parecida a la de México». Efectivamente, esa imagen es el centro de una gran polémica que ha llegado hasta nuestros días: la otra Virgen del monasterio de Guadalupe.

La Virgen del Coro, ¿origen de la Guadalupana?

En palabras de fray Francisco de San José: «Y antes que refiera la aparición admirable de esta Señora, es preciso satisfacer el reparo, que se pone delante de los ojos, a los que han visto el original o copias de la Imagen de México, y la de Guadalupe extremeña, primitiva de este nombre: piensa que solo tiene la Mexicana el título de Guadalupe, porque es de diversa hechura; y aunque le basta el nombre para ser muy milagrosa, quiso la madre de Dios sacase de este santuario en todo la semejanza: la estatura, el talle, la forma, color y adornos; pues enfrente de la antiquísima Imagen de Nuestra Señora de

Guadalupe hay en el Coro otra de talla, que se colocó en un arco, que vuela sobre la silla del prior, siéndolo de este monasterio el Rmo. P. de Vidania, año 1499, treinta y dos antes de aparecerse la de México; y es tan semejante a esta, que parece la tomó la Virgen por idea para sacar en la Mexicana una perfecta copia. Celebrando esta conformidad y que es más antigua la de nuestro Coro... [...]».

Muchos son los que piensan que Nuestra Señora de Guadalupe de México es una copia de la Virgen de la Concepción que hay en el coro del monasterio de Santa María de Guadalupe, en Extremadura. Esta imagen de la Concepción de la Virgen María preside el coro del santuario de Nuestra Señora de Guadalupe de Extremadura desde 1499.[16] No se conoce con total seguridad el autor de esta talla, pero, según los expertos, podría atribuirse a un tal Guillemín de Dante, que se sabe que trabajó en Guadalupe a finales del siglo XV.

Fray Germán Rubio, en su obra *Historia de Nuestra Señora de Guadalupe*, explica: «Si tenemos en cuenta la fecha de su hechura y colocación en el testero del coro para sustituir las armas reales allí existentes (1498-1499), y relacionamos este hecho con la presencia de Digante Guillemín en Guadalupe, no será improbable contestar a su vez con esta otra. ¿Podría adscribirse a este famoso escultor flamenco esta bellísima escultura? Este escultor aparece como tasador de la sillería primera entre Montenegro y la comunidad jerónima durante los años 1499-1500, junto con el maestro entallador, Juan Millán».

Por su parte, en 1989, Florencio Javier García Mogollón la atribuyó a Egas Cueman, famoso escultor que estuvo en el monasterio de Guadalupe entre los años 1467 y 1477, época en la que talló la escultura de la Virgen Madre que preside el sepulcro de los Velasco. Describe la Virgen del Coro con estas palabras: «Presidiendo este coro guadalupense se observa una interesantísima escultura de la Virgen María de estilo gótico y de notables dimensiones. Está ideada a modo de Inmaculada Concepción: se encuentra en pie, tiene al niño Jesús en brazos y cabalga sobre el creciente lunar. La peana de nubes y rayos que la sustenta, con un querubín a manera de atlante, es un añadido del siglo XVIII».

Hay que aclarar que la inspiración de las imágenes con estas características se encuentra en el Apocalipsis, donde se lee: «Apareció en el cielo una señal grande, una mujer envuelta en el sol, con la luna debajo de sus pies, y sobre la cabeza una corona de doce estrellas... Apareció en el cielo otra señal, y vi un gran dragón de color de fuego, que tenía siete cabezas y diez cuernos, y sobre las cabezas siete coronas... Se paró el dragón delante de la mujer que estaba a punto de parir, para tragarse a su hijo en cuanto lo pariese. Parió un varón, que ha de apacentar a todas las naciones con vara de hierro».[17]

En esta Virgen situada en el coro guadalupense, María tiene la pierna derecha adelantada y sostiene al Niño Jesús en su costado izquierdo. Tiene el pelo suelto y un vestido con adornos vegetales, así como un manto azul oscuro con estrellas. Está rodeada de rayos dorados.

Hay un detalle muy importante relacionado con esta imagen. En 1743 se comenzaron a realizar una serie de remodelaciones en el coro del monasterio y existe documentación[18] en la que se menciona la bajada de esta Virgen el 12 de marzo de 1743. Efectivamente, desde 1742 a 1744 se emprendieron unas reformas en el monasterio auspiciadas por los jerónimos, por aquel entonces responsables de la casa de la patrona extremeña; contrataron como responsable de las obras a Manuel de Larra y Churriguera. En estas circunstancias, la Virgen del Coro fue enviada a Salamanca para su restauración. De hecho, en la documentación existente en el monasterio de Guadalupe se refleja un hecho prodigioso que se vivió el día 12 de marzo de 1743:

Lunes de esta semana se empezó a quitar la Sillería del Coro y se concluyó el jueves de dicha semana. Martes doce en el que se celebró la fiesta de San Gregorio papa que fue el que envió esta soberana imagen a su amigo san Leandro, arzobispo de Sevilla, cuya fiesta se celebraba al día siguiente, se bajó del testero del coro donde estaba colocada la Imagen de Nuestra Señora de la Concepción, que es muy parecida a la de Guadalupe de México y semejante a aquella mujer del apocalipsis, que se apareció calzada de la luna y vestida del sol y coronada de estrellas. Habiendo observado antes de ahora muchos con curiosidad o devoción que nunca el polvo hacía asiento en el rostro de esta divina Señora, se vio patente en este día esa maravilla, pues a vista de todos, los que concurrieron así monjes como seglares al descenso de esta soberana Imagen fueron fieles testigos del prodigio, pues siendo así que con la remoción de las sillas del coro

era mucho y bastante denso el polvo que ocasionaba y se veía cerca de la misma Imagen, aunque en el resto del vestido y en el rostro del niño que tiene en sus brazos había bastante polvo que limpiar, en el rostro de la Imagen no había el menor átomo de polvo, que se experimentó limpiándole con un lienzo. Queriendo sin duda darnos a entender el divino esposo que este sagrado simulacro era muy semejante a su original, en cuya divina hermosura no se asentó el más leve lunar ni borrón ni mancha y así verifica en esta soberana Imagen lo que de su original se dijo: «Tota pulchra es amica mea et macula non est in te».[19]

En el mismo códice en el que se habla de este milagro, se explica también la restauración de esta imagen en Salamanca, donde aseguran que se añadieron elementos decorativos que todavía son visibles a día de hoy, como «el riquísimo estofado, propio de las imágenes góticas de la época, que en la nuestra decoraba túnica y manto, se embadurnó de azul, respetándose solo el estofado de la túnica, en las partes que deja visible el manto: y en este pintado de azul, se pusieron las 42 estrellas que antes estaban en el arco del coro derribado por Churriguera para darle la actual forma absidal», en palabras de Carlos Gracia Villacampa, autor de «Guadalupe y la Inmaculada Concepción» en la obra *Grandezas de Guadalupe*. La Virgen fue trasladada nuevamente a Guadalupe en 1744. Así, en el folio 85 del códice 112 del monasterio se explica que: «En este día de la paga, llegaron los harrieros de Salamanca y trajeron también la Imagen de nuestra señora que estaba en el coro y se ha de volver a colocar sobre la coronación de la silla prioral, estofada según ella estaba, y solo puestas en el manto que es azul, las 42 estrellas que antes estaban en el arco que se derribó para alargar el coro».

Con respecto al tablero en el que se apoya la Virgen del Coro también se llevaron a cabo trabajos durante la restauración de Churriguera. Así, en el citado códice 112 se lee: «El 15 de noviembre de 1744 se pagaron a Francisco Corrales cincuenta reales por dorar los rayos y estrellas del tablero de nuestra señora del Coro» (folio 142). En el folio 158 se mencionan otros gastos como «más quince reales que se dieron a Francisco el dorador por limpiar y componer la imagen de Nuestra Señora de Méjico». Todos estos datos aparecen recogidos en la obra *El coro de Guadalupe*, que puede adquirirse o consultarse en el monasterio.

Estas notas resultan muy interesantes, porque si bien existen muchas

semejanzas entre la Concepción del coro guadalupense y la Virgen de Guadalupe del Tepeyac, algunas de sus coincidencias más destacadas, como las estrellas del manto que aparecen en la Virgen del Coro del monasterio extremeño, fueron añadidas con posterioridad a 1531, fecha del acontecimiento guadalupano en México, a pesar de que la imagen del coro sea treinta y dos años más antigua que la imagen en la tilma de Juan Diego, si nos atenemos a la tradición. Además, la del coro guadalupense tiene a un Niño Jesús y la del Tepeyac no lleva a su hijo en brazos.

Hay otro detalle interesante que menciona fray Sebastián García en su obra *Guadalupe de Extremadura en América*: «Se sabe que los jerónimos, siempre mezquinos en la autorización de reproducir la imagen titular u original, daban estampas de la Inmaculada del coro a conquistadores y visitantes indianos; que impedían, en la medida de sus posibilidades, la erección de ermitas y santuarios con título de Guadalupe y que pretendían, para colmo de su afanoso monopolio, participar en las limosnas y mandas que los fieles dejaban a Nuestra Señora de Guadalupe en los santuarios americanos». Por tanto, hay muchos que piensan que de esas estampas de la Virgen del Coro nació la Virgen de Guadalupe de México, pero sería necesario encontrar las estampas para analizar la imagen impresa en las mismas e, igualmente, tener en cuenta la restauración sufrida por la Virgen de la Concepción del coro del monasterio de Guadalupe.

De una forma o de otra, el nombre de Guadalupe está indisolublemente unido al de la conquista y evangelización de América, una tierra que hoy venera con fervor a la Guadalupana del Tepeyac y que apenas conoce a esa pequeña Virgen morena que, desde su casa en Extremadura, fue faro para todos los que decidieron partir allende los mares.

3

EL MUNDO DE LOS MILAGROS

Hasta ahora hemos hablado de objetos y de imágenes religiosas capaces de obrar prodigios. Pero, además de estos misterios, en el cristianismo, igual que en otras religiones, también abundan los santos que son capaces de producir hechos milagrosos. Estos prodigios aparecen tanto en el cuerpo de estas personas santas como en hambrientos que sacian su hambre gracias a la intervención de dichos religiosos o en enfermos que encuentran cura si ellos les procuran el favor divino. Estos milagros son exigidos por la Iglesia para abrir procesos de beatificación y canonización. Aunque es este un asunto controvertido en el que, igual que en el campo de las reliquias, suelen producirse fraudes, hay milagros que a día de hoy continúan sin explicación. He tenido la suerte de hablar con testigos directos de estos sucesos extraordinarios y os cuento a continuación algunos de los casos que más me han sorprendido.

LOS MILAGROS, EN PROFUNDIDAD

La palabra *milagro* tiene su origen en el término latino *mirari*, que significa «maravillarse, sorprenderse». Tal y como explica David Ordaz en su obra imprescindible *Los milagros, entre la religión y la parapsicología*, «en principio se trataría, pues, de todo hecho que causa admiración y asombro, de

algo inaudito y excepcional. [...] Es un fenómeno que sorprende y causa asombro porque no se conocen ni se comprenden los mecanismos de su proceso». Por tanto, se trataría de sucesos que escapan a las leyes de la naturaleza, que no tienen explicación desde el punto de vista de la ciencia actual. Aunque están muy asociados al cristianismo, los milagros también eran habituales en religiones anteriores. Así, por ejemplo, en enclaves en los que se veneraba a Asclepio, dios griego de la medicina, se han hallado decenas de estelas en las que se habla de curaciones de parálisis, cegueras o incluso mudez.

Como señala el estudioso Moisés Garrido en su libro *Credo quia absurdum. La religión, la iglesia y los fenómenos místicos a examen*, «aunque todo milagro puede ser verdad, como decía el físico Michael Faraday “hay que dilucidar la naturaleza del fenómeno acaecido y comprobar si existe o no una posible explicación lógica”». A pesar de que desde la óptica cristiana los milagros se atribuyen a la intervención de Dios, es justo reconocer que estos prodigios también aparecen en otras religiones e incluso en contextos desacralizados como el mundo de los médiums, esos dotados psíquicos cuyas proezas mentales son analizadas a la luz de la parapsicología como capacidades mentales extraordinarias cuyos mecanismos todavía ignoramos.

Existen muchos tipos de milagros, desde aquellos que se materializan en los propios cuerpos de los santos hasta las curaciones sobrenaturales, la capacidad de dominar la naturaleza, el poder de doblegar voluntades ajenas o incluso de resucitar a los muertos. Desde el punto de vista teológico, podríamos hablar de milagros *supra naturam* (los que superan las fuerzas de la naturaleza, como devolver la vida a un fallecido), *contra naturam* (los que contradicen las fuerzas de la naturaleza, como no quemarse al tocar el fuego) o *praeter naturam* (los que no distan mucho de las fuerzas de la naturaleza).

La posición de la Iglesia ante los milagros

En palabras del experto David Ordaz, «el milagro es un fenómeno a caballo

entre la superstición, el mito y la realidad. De gran raigambre popular, ha existido en la Iglesia católica por ese motivo, un “popularismo” de devociones y de creencias infundadas que han degenerado en milagrería. [...] La posición de la Iglesia es, en este sentido, francamente reacia a la fácil credulidad. Cabe distinguir a este respecto la masa de fieles que, sobre todo en el área latina, son particularmente dados a la imaginería y al maravillosismo, y la decidida orientación contraria de la jerarquía». Así, debemos entender que la Iglesia, aunque muestra prudencia a la hora de reconocer los numerosos milagros que aprueban con fervor la mayoría de sus fieles, sí que acepta la existencia de estos hechos extraordinarios siempre que se interpreten como signo y mensaje de Dios a los hombres. Así, en el Concilio Vaticano II solamente se hizo una pequeña referencia a este punto, para enfatizar el significado religioso del milagro, y en concreto a los realizados por Jesús de Nazaret, según rezan en los Evangelios. Pero, a pesar de esta interpretación, debemos aceptar que no solo los siervos de Dios obran milagros para hacer visible su poder en la Tierra. Incluso en la Biblia aparecen «falsos profetas» capaces de llevar a cabo acciones espectaculares o magos malvados como el faraón de Egipto capaz de convertir bastones en serpientes.[1]

La gran mayoría de los milagros reconocidos por la Iglesia son aquellos necesarios para beatificar o canonizar a alguna persona santa (un milagro aprobado lleva a la beatificación y un segundo hecho milagroso conlleva la canonización). El papa Benedicto XIV estableció en el siglo XVIII una serie de requisitos para su comprobación. En el caso de curaciones extraordinarias, por ejemplo, la enfermedad tiene que ser incurable o de muy difícil curación; además, la dolencia no debe encontrarse en proceso de mejora y no se le debe haber aplicado ninguna medicación o, en el caso de haberse administrado, tiene que acreditarse la ineficacia de dicho tratamiento. La curación, igualmente, debe ser súbita, instantánea, perfecta y permanente. Todo esto es comprobado, en cada caso concreto, por un tribunal de expertos que debe aplicar estos postulados.

Según la normativa aprobada en los años ochenta por Juan Pablo II, el mecanismo de comprobación de los milagros que lleva a beatificar o

canonizar a una persona comienza en los obispos diocesanos, que son los encargados de llevar a cabo una primera investigación sobre la vida del supuesto religioso al que se le atribuye el suceso extraordinario. A continuación, esa información se envía a Roma. La Congregación para las Causas de los Santos es la institución vaticana encargada de examinar dicha información. Primero analizan si las causas se han instruido conforme a la legalidad y, más tarde, se exponen los milagros a expertos como historiadores o, en el caso de las curaciones, a un grupo de médicos de brillante trayectoria; ellos son los responsables de comprobar si el supuesto milagro no puede explicarse de manera científica. Con que tan solo exista un diez por ciento de probabilidades de una teoría lógica, no pueden certificar que se haya obrado un milagro. Tras los concienzudos análisis de los distintos peritos, los sucesos a estudiar se discuten por parte de teólogos, de cardenales y, en última instancia, el veredicto es comunicado al papa, quien decide si se produce la beatificación o la canonización (esta última ceremonia siempre es presidida por el pontífice). Cabe señalar que en 2008 el Vaticano exigió mayor rigor a los obispos a la hora de enfrentarse a este tipo de procesos, pues en las últimas décadas —especialmente durante el pontificado de Juan Pablo II— las beatificaciones y las canonizaciones se han disparado, lo que le ha restado credibilidad al proceso.

Los prodigios de Jesús de Nazaret

Como ya hemos señalado, si desde la óptica católica los milagros son interpretados como señales de Dios, no podemos olvidar que la Biblia está plagada de pasajes extraordinarios como el paso del mar Rojo, que se narra en el Libro del Éxodo.^[2] Cuando salen a colación este tipo de relatos, existe controversia entre los seguidores de la literalidad del mensaje y los defensores de que estos textos son cuentos piadosos.

Pero, sin duda, los milagros más conocidos de la Biblia los protagoniza Jesús de Nazaret. Si atendemos a lo que se describe en el Nuevo Testamento, Jesús fue capaz de obrar toda clase de prodigios, desde resucitar o curar,

hasta dominar la naturaleza o multiplicar alimentos. Más que interpretar estos milagros como episodios aislados, los teólogos suelen considerar estas facultades mágicas como la prueba palpable de lo que el Hijo de Dios había venido a anunciar, como refuerzo de su misión divina, de ese mensaje de salvación que predicó durante su vida pública. Por tanto, no interpretan a Jesús como un dotado psíquico, sino como un Mesías que cura a los enfermos y multiplica el pan para significar su mensaje de redención.

Curaciones extraordinarias

Cuenta el Evangelio según San Marcos: «Llegado el atardecer, puesto ya el sol, le llevaron todos los enfermos y endemoniados y toda la ciudad se reunió a la puerta; curó a muchos pacientes de diversas enfermedades y echó muchos demonios».[3] Como se desprende del relato, Jesús tenía fama de sanador y, a su llegada a las distintas poblaciones que visitó, eran muchos los enfermos que se acercaban a él para obtener un remedio a sus dolencias. En otro pasaje del Evangelio según San Marcos leemos: «Vino a él un leproso, rogándole; e hincada la rodilla, le dijo: “Si quieres, puedes limpiarme”. Y Jesús, teniendo misericordia de él, extendió la mano y le tocó, y le dijo: “Quiero, sé limpio”. Y así que él hubo hablado, al instante la lepra se fue de aquel, y quedó limpio».[4] Igualmente, sanó a un parálítico al que le ordenó: «Levántate, toma tu camilla y anda».[5] Y así se citan numerosos casos, como el de una mujer que llevaba doce años sangrando. Había consultado a muchos especialistas pero ninguno había podido acabar con aquella extraña dolencia. Un día, viendo a Jesús, se acercó a él y tocó el borde de su túnica. Según nos cuentan los Evangelios, en ese mismo instante quedó sanada.[6]

Una de las curaciones más conocidas que se le atribuyen es la de un ciego. «Presentaron a Jesús un ciego y le pidieron que le tocara. Jesús tomó de la mano al ciego y lo condujo fuera de la aldea. Allí le untó los ojos con saliva, le puso las manos encima y le preguntó: “¿Ves algo?””. El ciego abrió los ojos y dijo: “Veo a la gente. Son como árboles que andan”. Jesús le puso otra vez las manos sobre los ojos, y entonces el ciego vio perfectamente. Estaba curado; podía ver ya con toda claridad. Después Jesús le mandó a

casa, encargándole que ni siquiera entrase en la aldea.»[7] En palabras de Isabela Herranz, «es indudable que esta práctica de Jesús de recurrir a medios físicos para sanar concuerda con la de los magos reales de su época, tal como los conocemos por los papiros y la literatura posterior: se solía creer que tanto la saliva como la acción de escupir tenían poderes mágicos y Jesús no se diferencia en esto de otros magos».[8] Hay especialistas que piensan que Jesús pudo ser iniciado en este tipo de misterios durante alguna estancia desconocida en Egipto.

Debemos añadir, además, que Jesús, atendiendo a lo reflejado en los Evangelios, también practicaba exorcismos. San Lucas relata: «Y sucedió a continuación que iba por ciudades y pueblos, proclamando y anunciando la Buena Nueva del Reino de Dios; le acompañaban los Doce, y algunas mujeres que habían sido curadas de espíritus malignos y enfermedades: María, llamada Magdalena, de la que habían salido siete demonios, Juana, mujer de Cusa, un administrador de Herodes, Susana y otras muchas que les servían con sus bienes».[9] A Jesús no solo se le atribuye la capacidad de exorcizar; también se creía —y se sigue creyendo— que con solo invocar su nombre se alejaban los malos espíritus. En los Hechos de los Apóstoles podemos leer: «Tentaron así mismo ciertos judíos exorcistas que andaban girando de una parte a otra, el invocar sobre los endemoniados el nombre del Señor Jesús, diciendo: “Os conjuro por aquel Jesús, a quien Pablo predica”».[10]

Resurrección de muertos

Entre los milagros más impactantes que se relacionan con la figura de Jesús de Nazaret está el de devolver la vida a los difuntos. Cuenta san Marcos: «Todavía estaba hablando Jesús, cuando llegaron unos de casa del jefe de la sinagoga a decirle al padre de la niña: “Tu hija ha muerto. ¿Para qué molestar más al Maestro?”. Pero Jesús, sin hacer caso de ellos, le dijo al jefe de la sinagoga: “No tengas miedo; cree solamente”. Y no dejó que lo acompañaran más que Pedro, Santiago y Juan, el hermano de Santiago. Al llegar a la casa del jefe de la sinagoga y ver el alboroto y la gente que lloraba y gritaba, entró

y les dijo: “¿Por qué hacen tanto ruido y lloran de esa manera? La niña no está muerta, sino dormida”. La gente se rio de Jesús, pero él los hizo salir a todos, y tomando al padre, a la madre y a los que lo acompañaban, entró adonde estaba la niña. La tomó de la mano y le dijo: “Talitá, cum” [significa: “Muchacha, a ti te digo, levántate”]. Al momento, la muchacha, que tenía doce años, se levantó y echó a andar. Y la gente se quedó muy admirada. Pero Jesús ordenó severamente que no se lo contaran a nadie, y luego mandó que dieran de comer a la niña».[11]

Igualmente, san Lucas comenta que estando a la entrada de la ciudad de Naín se encontraron con un cortejo fúnebre. Jesús se compadeció de la madre del fallecido y le dijo: «No llores». A continuación, se acercó al cadáver y dijo: «Joven, a ti te hablo, levántate». El difunto recobró la vida, según el evangelista, ante la atónita mirada de todos los presentes.[12]

¿Y quién no ha oído hablar de la resurrección de Lázaro? San Juan[13] nos explica que este era un gran amigo del Maestro, el mayor de tres hermanos de Betania muy cercanos a Jesús, en cuya casa pasaban algunas temporadas. Lázaro cayó enfermo y a pesar de que mandaron recado del suceso a Jesús, el Mesías no apareció en Betania hasta que su amigo llevaba cuatro días muerto y enterrado en el sepulcro de la vivienda familiar. Al llegar, una de las hermanas le dijo: «Si hubieras estado aquí mi hermano no hubiera muerto». A lo que Jesús repuso: «Tu hermano resucitará. Yo soy la resurrección y la vida. ¿Crees tú esto?». La hermana respondió afirmativamente, y fueron al sepulcro, donde Jesús lloró por su amigo muerto. Además, pidió que retiraran la piedra del sepulcro, a lo que le recomendaron que sería mejor no hacerlo porque el cadáver ya olía, pues después de cuatro días, el cuerpo ya se debía encontrar en estado de descomposición. Pero Jesús, según los Evangelios, replicó: «¿No te he dicho que si crees verás la gloria de Dios?». Cuando quitaron la piedra, Jesús oró y poco después gritó: «Lázaro, sal fuera». Y el difunto se levantó.

Dominar la naturaleza

Una tarde de mucho viento, en las inmediaciones del lago de Genesaret, Jesús

iba a bordo de una barca en compañía de los apóstoles. Algunos de sus seguidores temían que la embarcación naufragase, pero el Maestro se levantó, increpó a los vientos y sobrevino una gran calma.[14]

Esta facultad de dominar la naturaleza también se aprecia en otros pasajes de la Biblia, como cuando caminó sobre las aguas: «Después de esto, Jesús hizo que sus discípulos subieran a la barca, para que cruzaran el lago antes que él y llegaran al otro lado mientras él despedía a la gente. Cuando la hubo despedido, Jesús subió a un cerro, para orar a solas. Al llegar la noche, estaba allí él solo, mientras la barca ya iba bastante lejos de tierra firme. Las olas azotaban la barca, porque tenían el viento en contra. A la madrugada, Jesús fue hacia ellos caminando sobre el agua. Cuando los discípulos lo vieron andar sobre el agua, se asustaron, y gritaron llenos de miedo: “¡Es un fantasma!”. Pero Jesús les habló, diciéndoles: “¡Calma! ¡Soy yo: no tengáis miedo!”. Entonces Pedro le respondió: “Señor, si eres tú, ordena que yo vaya hasta ti sobre el agua”. “Ven”, dijo Jesús. Pedro entonces bajó de la barca y comenzó a caminar sobre el agua en dirección a Jesús. Pero al notar la fuerza del viento, tuvo miedo; y como comenzaba a hundirse, gritó: “¡Sálvame, Señor!”. Al momento, Jesús lo tomó de la mano y le dijo: “¡Qué poca fe tienes! ¿Por qué dudaste?”. En cuanto subieron a la barca, se calmó el viento. Entonces los que estaban en la barca se pusieron de rodillas delante de Jesús, y le dijeron: “¡En verdad tú eres el Hijo de Dios!”».[15]

En otra ocasión, Jesús proporcionó a sus discípulos una pesca milagrosa. Pedro y Andrés habían salido a pescar y volvieron, de madrugada, sin una sola pieza. El Maestro les indicó el lugar exacto en el que debían volver a intentarlo: volvieron con las redes repletas.[16] En relación a los alimentos, sin duda el milagro más conocido de Jesús es la multiplicación de los panes y los peces. Según este pasaje bíblico, más de cinco mil personas le seguían y no tenían comida para ellos. Un muchacho portaba cinco panes y dos peces; Jesús los bendijo y empezó a repartir: todos quedaron saciados.[17] Tampoco podemos dejar de comentar la transformación del agua en vino en las bodas de Caná. Leemos en el Evangelio según San Juan: «Y al tercer día se celebraron unas bodas en Caná de Galilea; y estaba allí la madre de Jesús. Y también fueron invitados a las bodas Jesús y sus discípulos. Y faltando el

vino, la madre de Jesús le dijo: “No tienen vino”. Y Jesús le dijo: “¿Qué tengo yo que ver contigo, mujer? Aún no ha llegado mi hora”. Su madre dijo a los que servían: “Haced todo lo que él os diga”. Y había allí seis tinajas de piedra para agua, conforme al rito de la purificación de los judíos, en cada una de ellas cabían dos o tres cántaros. Jesús les dijo: “Llenad estas tinajas de agua”. Y las llenaron hasta arriba. Entonces les dijo: “Sacad ahora y llevadlo al maestresala”. Y se lo llevaron. Y cuando el maestresala probó el agua hecha vino, sin saber él de dónde era (aunque sí lo sabían los sirvientes que habían sacado el agua), el maestresala llamó al novio y le dijo: “Todo hombre sirve primero el buen vino, y cuando están satisfechos, entonces el inferior; pero tú has guardado el buen vino hasta ahora”. Este principio de milagros hizo Jesús en Caná de Galilea, y manifestó su gloria; y sus discípulos creyeron en él».[18]

Existen otras facultades que se atribuyen a Jesús de Nazaret, como hacerse invisible. Lo da a entender san Juan en su Evangelio. En el versículo 39 del capítulo 10 dice: «Procuraron otra vez prenderle, pero él se escapó de sus manos». Igualmente, san Mateo nos habla de su capacidad para conocer los pensamientos de los demás: «Y Jesús, sabiendo los pensamientos de ellos, les dijo: “Todo reino dividido contra sí mismo es assolado; y toda ciudad o casa dividida contra sí misma no permanecerá”».[19]

Los Evangelios atribuyen a Jesús unos doscientos milagros aproximadamente. San Juan añade un misterioso pasaje a su Evangelio: «Muchas otras señales hizo Jesús en presencia de sus discípulos que no están escritas en este libro; y estas fueron escritas para que creáis que Jesús es el Mesías, Hijo de Dios, y para que creyendo tengáis vida en su nombre».



Cuadro de la milagrosa misa del padre Cabañuelas pintado por Francisco de Zurbarán, sacristía del monasterio de Santa María de Guadalupe, Cáceres.

La milagrosa misa del padre Cabañuelas

Cuando hablamos de milagros bíblicos son muchos los que los interpretan como leyendas piadosas destinadas a evangelizar, especialmente a los iletrados. Pero ¿qué ocurre cuando existen pruebas del milagro? La experiencia me dice que al principio causan gran revuelo y son ampliamente divulgados. Después, con el tiempo, caen en el olvido y son pocos los que los

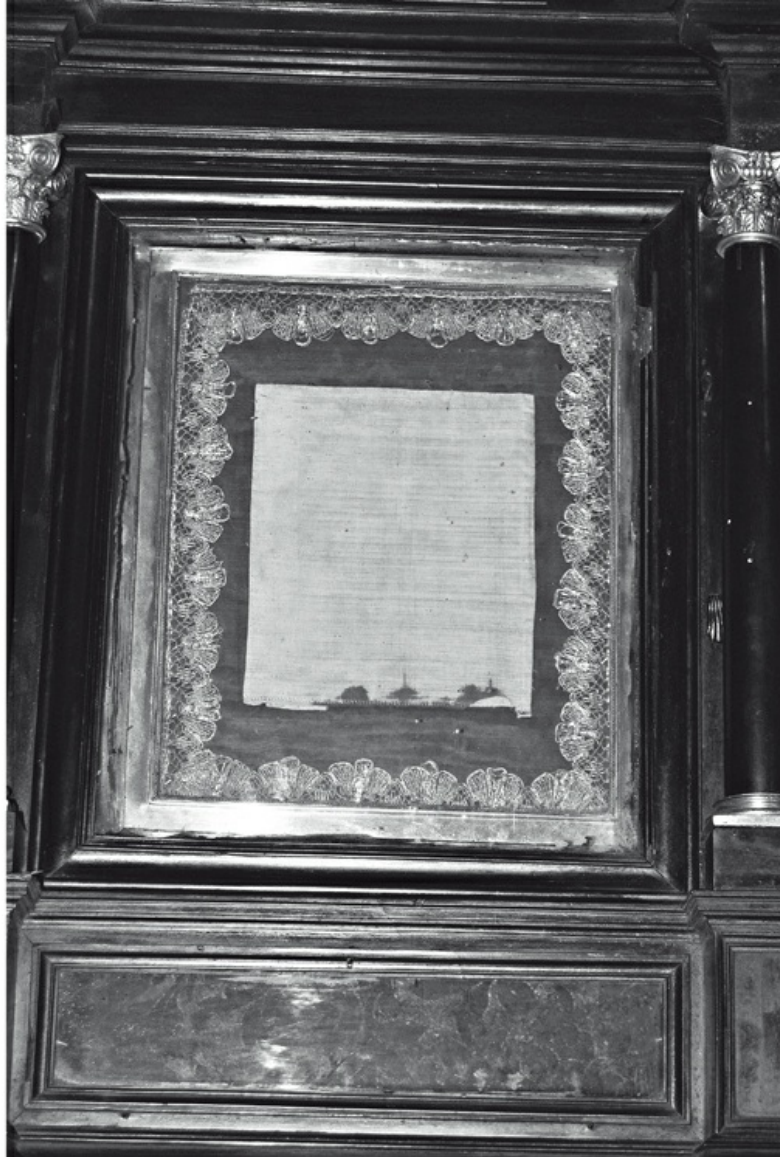
recuerdan. En esto pienso siempre que estoy en el relicario de la Virgen de Guadalupe de Extremadura. Pocos saben que allí se guarda una tela con manchas de sangre que es la prueba de un milagro eucarístico que tuvo lugar en el monasterio guadalupense.

El venerable padre Cabañuelas era un monje jerónimo del monasterio de Guadalupe, cuyo nombre religioso era fray Pedro de Valladolid. Vivía en el monasterio de la patrona extremeña y era una persona de gran devoción, especialmente, según cuentan, en la eucaristía, sacramento sobre el que pasaba muchas horas meditando. En 1420, cuando el padre Cabañuelas tenía alrededor de cincuenta años, vivió un milagro que él mismo dejó por escrito.

Cuentan las crónicas que a veces le asaltaban dudas de que realmente el cuerpo de Jesús pudiera hacerse presente en el vino y la hostia consagrada. Él atribuía estas preguntas al demonio, que trataba de tentarle en los momentos más inoportunos, como en las eucaristías. En el documento donde redactó su vivencia, que fue encontrado después de su muerte, se puede leer: «A un fraile de esta casa, dicen que le sucedió que un sábado, celebrando la santa misa, después que consagró el cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo, vio una cosa como nube, que cubrió la piedra del altar y el cáliz, de manera que no veía otra cosa, sino un poco de la cruz que estaba detrás de la piedra, lo cual le inculcó gran temor, y rogó al Señor con muchas lágrimas, que le tuviera piedad y le manifestara qué cosa era eso y que lo librara de tan gran peligro. Estando muy atribulado y espantado, poco a poco se fue quitando aquella nube, y cuando se quitó no halló la hostia consagrada, y vio el plato que estaba sobre el cáliz quitado, y al ver el cáliz lo vio vacío. Al ver esto, comenzó a llorar fuertemente, demandando misericordia a Dios y encomendándose devotamente a la Virgen María. Estando así afligido, vio venir la hostia consagrada, puesta en un plato muy resplandeciente, y se colocó derecho en la boca del cáliz, entonces comenzó a salir de ella gotas de sangre, que caían en tanta cantidad en el cáliz que se llenó como antes estaba. Una vez que el cáliz se llenó, puso el plato encima del cáliz y la hostia sobre el ara como antes se encontraba. El fraile, que aún estaba espantado y llorando, oyó una voz que le dijo: “Acaba tu oficio, y sea en ti en secreto lo que viste”».

Recuerdo de aquel milagro es el corporal manchado de sangre procedente de aquella hostia que, según el padre Cabañuelas, comenzó a sangrar. Este trozo de tela fue declarado auténtico por la Iglesia ya en el siglo XVII. Hoy día puede contemplarse, como hemos apuntado, en el relicario del monasterio de Santa María de Guadalupe. Se tiene constancia de que también ha sido expuesto en otros lugares, como en el congreso eucarístico que se celebró en Toledo en 1926.

El padre Cabañuelas se hizo muy famoso en su tiempo gracias a este milagro. Fue nombrado prior del monasterio y le visitaron personalidades tan relevantes de la época como los reyes de Castilla, Juan II y María de Aragón, junto a su hijo, el futuro rey Enrique IV. Tan impresionados quedaron con el fraile que la reina le solicitó que fuera su consejero espiritual. Antes de morir, María de Aragón pidió ser enterrada en Guadalupe y cerca de los restos del padre Cabañuelas.



Corporal manchado de sangre de la milagrosa misa del padre Cabañuelas, relicario de santa María de Guadalupe, monasterio de Guadalupe (Cáceres).

En la sacristía del monasterio de Guadalupe, considerada la «capilla sixtina» de Extremadura por su extraordinaria belleza, encontramos un lienzo de Francisco de Zurbarán donde se inmortaliza aquella milagrosa eucaristía del padre Cabañuelas.

Milagros eucarísticos

Desde la concepción cristiana, se tiene la creencia de que en la celebración de la eucaristía se produce el milagro de la transubstanciación. Esta doctrina aparece ya en el Concilio de Trento y hace referencia a que durante la consagración del pan y del vino, estos alimentos se transforman en el cuerpo y la sangre de Jesús de Nazaret. Aunque no lo apreciemos físicamente, el catecismo de la Iglesia afirma que en ese pan y en ese vino está presente Cristo de manera real y substancial.

Pero más allá de esta doctrina, existen muchas tradiciones que nos hablan de hechos prodigiosos relacionados con hostias; tantas que resultaría imposible enumerarlas. Por citar algunas, una de las más famosas la protagonizó santa Clara de Asís. Según la leyenda, ocurrió en 1240, cuando un ejército sarraceno llegó hasta el convento de San Damián, en las cercanías de la ciudad italiana de Asís. Allí estaba la santa, que habría sido capaz de lograr que estos huyeran mostrándoles una hostia consagrada.[20] Por citar también un caso parecido al del padre Cabañuelas, sería el que tuvo lugar, según la tradición, en Iborra (Lleida). En el siglo XI, en este municipio catalán había un párroco, Bernat Oliver, que tuvo dudas sobre la transubstanciación. Durante la celebración de una misa, el vino que vertió sobre un cáliz se convirtió en sangre, según la tradición, y se derramó sobre el mantel del altar. San Ermengol, obispo de aquella zona, fue hasta el pueblo para constatar el milagro, y gracias a él llegó a oídos del papa Sergio IV, quien certificó el prodigio. El mantel con sangre del milagro fue colocado en un relicario en la iglesia de Sant Cugat, en Iborra. Todavía se conserva a día de hoy esta reliquia, que estuvo a punto de ser destruida durante la guerra civil española.[21] Todos los años, el segundo domingo de Pascua y el día 16 de agosto, celebran en el santuario de Santa María de Iborra la fiesta de la Santa Duda para conmemorar este milagro.[22]

Milagros de sangre

Aparecen, también, en la tradición católica, milagros relacionados con la sangre de mártires y santos. Y es que durante la Edad Media existía la costumbre de recoger en ampollas sangre de los cuerpos de personas

consideradas santas. El líquido se secó con el paso del tiempo, pero a veces estas reliquias producen, según la creencia católica, fenómenos como la licuefacción, el burbujeo o incluso la producción de una especie de espuma.

Cada 27 de julio, aniversario de la muerte de san Pantaleón, se licua sangre solidificada de este santo que se conserva desde hace 14 siglos y se custodia en el monasterio madrileño de la Encarnación, en una ampolla de cristal y plata bañada en oro. El caso más conocido es el de la sangre de san Jenaro, patrono de Nápoles, que fue martirizado en el mismo año que san Pantaleón: el 305. Su sangre se guarda en Nápoles y dicen que pasa a estado líquido tres veces al año: el 19 de septiembre, el primer sábado de mayo y el 16 de diciembre. La licuefacción de la sangre de san Jenaro fue documentada por primera vez en 1389, cuando un viajero escribió sobre el fenómeno.

Pero ¿realmente se produce este fenómeno? ¿Es sangre de los santos lo que contienen esos viales prodigiosos? Se dan opiniones enfrentadas al respecto. En 1724 la Iglesia realizó un estudio a la sangre de san Pantaleón y aseguraron que no había fraude alguno. Por otro lado, hay autores que han señalado, por ejemplo, que la sangre de san Pantaleón podría ser la receta de un alquimista, pues en un libro del siglo XVI que se conserva en el monasterio madrileño del Escorial, *Tesoro de los remedios secretos*, de Evónimo Filiatro, se habla de una sustancia denominada «óleo santo». Al parecer, este óleo se elaboraría con sangre humana, y una de sus reacciones sería variar de estado dependiendo de las fases de la Luna. Con todo, esta explicación no casaría con la reliquia que nos ocupa, ya que, según la tradición, se mantiene intacta a excepción del día 27 de julio.

Algunos científicos han intentado reproducir el fenómeno de la sangre de san Jenaro. Uno de ellos es Luigi Garlaschelli, quien en compañía de otros estudiosos consiguió reproducir, a comienzos de los 90, la licuefacción de la supuesta sangre de este santo. Su estudio fue publicado en *Nature*. Emplearon una sustancia gelatinosa para crear la sangre, y para que consiguiera licuarse usaron cloruro férrico y lo agitaron. Cuando el movimiento cesó, la sustancia se solidificó.

Existe mucha superstición en cuanto a estas piezas, pues la licuefacción no es idéntica todos los años. Así, para los napolitanos, la falta de

licuefacción o que esta se obre con demasiada rapidez significaría que algo malo va a ocurrir. Con respecto a la de san Pantaleón, dicen que estuvo licuada durante la primera guerra mundial y que también se comportó de manera extraña en los momentos previos a la guerra civil española.

El milagro del arroz de Olivenza

Hace sesenta y nueve años se produjo en Olivenza (Badajoz) un prodigio que todavía muchos recuerdan. He tenido la oportunidad de entrevistar a dos testigos directos de este milagro, investigado y aprobado por la Iglesia.

El suceso se produjo en plena posguerra, una época de nuestra historia en la que muchos españoles pasaron hambre. En palabras de Fernanda Blasco, testigo del milagro: «Había un hambre y unas necesidades muy grandes. El párroco que teníamos, don Luis Zambrano Blanco, que también la Iglesia lo ha declarado venerable, tenía en la casa parroquial a niñas y niños a los que daba de comer a diario, porque era una de las necesidades prioritarias que había en el pueblo». Pero los domingos, además, llevaban comida a las casas de los más necesitados. «Se salía a repartir comida a un sitio que llamábamos “la casa de todos”, que era una nave grande donde vivían muchas familias. Estaban separados por unas puertas viejas y unas cortinas, sin intimididad apenas. También llevábamos alimentos a un antiguo cuartel de caballería donde vivían más familias, en lo que antes se usaba de caballerizas. A estos dos lugares y a las casas de todos los necesitados que se podía les llevábamos comida los domingos», en palabras de Fernanda Blasco.

Para poder realizar esta labor, comenta la testigo, había cuatro grupos formados por personas de la parroquia, que cada semana, por turnos, se encargaban de aportar alimentos para poder elaborar la comida. Explica Fernanda que «cuando le tocaba a un grupo esa semana, había una responsable que se encargaba de hablar con el resto y se ponían de acuerdo para entregar cosas para la comida. Por ejemplo, si decidían poner garbanzos, una mandaba las legumbres, otra la chacina, otra el pan, otra naranjas, etc. Y así los cuatro grupos se turnaban cada mes». Pero el 23 de enero de 1949, uno

de los grupos se olvidó de entregar los alimentos.

«Beato, tus pobres sin comida»

Fernanda, que tenía veinticinco años aquel lejano día de 1949, recuerda, a sus noventa y cuatro, lo que ocurrió: «Resulta que aquel domingo nadie mandó nada. Aquel grupo se olvidó. La cocinera de la casa parroquial, Leandra Rebollo, encargada de hacer la comida, como estaba viendo que pasaba el tiempo y que no tenía nada para los pobres, tenía una angustia tremenda». Leandra era natural de Ribera del Fresno, municipio del que también era oriundo Juan Macías, beato al que la cocinera tenía mucha devoción.

En aquellas circunstancias tan desalentadoras, Leandra puso al fuego la única comida que tenía aquel domingo: tres tazas de arroz. Al tiempo que lo hacía, se acordó de Juan Macías, quien se había caracterizado por ayudar a los más necesitados. Entonces pronunció esa frase, mitad palabras y mitad suspiros, que tan famosa se haría después del milagro: «Ay, beato. Tus pobres sin comida».

Mientras se cocinaba el poco arroz que tenía, Leandra se marchó a hacer otras cosas. Cuando volvió se dio cuenta de que algo extraño estaba ocurriendo. «Ella puso el arroz en un puchero pequeño y se fue a hacer otras cosas mientras se cocía el arroz. Cuando volvió se llevó la gran sorpresa de que la cantidad de arroz que había echado en el recipiente era imposible que hubiera llegado hasta donde estaba. Se encontraba al borde, pero sin salirse del puchero», comenta Fernanda Blasco. La cocinera se apresuró a comentarles lo ocurrido a la madre del sacerdote y a los encargados de los niños. Entre todos decidieron avisar al párroco.

Francisco González, otro de los testigos del milagro, corrobora la misma versión. Hace pocos meses, me aseguraba en una entrevista: «La cocinera se dirigió a la madre del párroco y le dijo esta que echara el arroz en una olla pequeña, porque por lo menos para una familia sí que había. Cuando volvió estaba el arroz a punto de rebosar de la olla».

«Telefonaron al hogar de Nazaret, donde nos reuníamos los domingos después de misa. Yo estaba allí, junto con otras cinco o seis personas más.

Nos fuimos con el sacerdote a la casa parroquial. Llegamos y vimos el arroz al borde del puchero y el párroco pidió una fuente; la llenó y con un cucharón empezó a servir a los niños. Cuando quedó vacío el puchero, nosotros, que estábamos allí alrededor, vimos cómo del fondo de la olla empezaban a brotar unos granos de arroz duros otra vez, como un arroz recién echado. Y seguían el rato normal de la cocción hasta que llegaban al borde, y así una y otra vez», asegura Fernanda.

Muchas personas fueron testigos de aquel prodigio. Exponen que del fondo del puchero nacían granos nuevos, que se iban cocinando solos, sin intervención humana. Las personas a las que he entrevistado que vivieron aquellos instantes comentan que llevaron ollas grandes que iban llenando de arroz, para repartirlo entre los más necesitados de Olivenza. Una y otra vez el arroz llegaba hasta el borde del puchero y volvían a llenar nuevas cazuelas. Era el párroco quien iba trasvasando el arroz desde el puchero hasta otros recipientes que se sacaban a la calle y se llevaban a los pobres.

Francisco González incluso llegó a probar el milagroso arroz. Me asegura que estaba delicioso. «Estuve allí presente. Empezó a la una y terminó a las cinco de la tarde. Yo iba a cumplir los dieciocho y estuve allí desde el principio porque iba a darle de comer a unos niños que el párroco tenía en su casa. Llegué antes que don Luis, incluso, yo fui la segunda o tercera persona que lo vio y me mantuve allí hasta el final», explica Francisco.

Hay que añadir, además, que la comida se estaba cocinando con carbón vegetal. La cocinera Leandra Rebollo puso al principio una cantidad pequeña de carbón, basada en el tamaño del recipiente en el que introdujo las tres tazas de arroz. Sin embargo, del puchero estuvo saliendo comida unas cuatro horas y en todo ese tiempo no volvió a añadirse carbón vegetal. Todo se cocinó con el que se había puesto en un principio. Tampoco se añadió agua, sal ni ningún otro elemento al puchero. Lo que iba saliendo de la olla estaba delicioso, según los testigos, sin ninguna clase de intervención humana.

«Cuando quedaba el puchero bajo, otra vez brotaban granos y nosotros viéndolo todo el rato. Y salían a la calle a repartir, otra vez volvían y ya teníamos allí otra olla preparada. Hubo que pedir otra cazuela a una vecina porque ya no teníamos más cacharros. Así estuvo desde la una hasta las cinco

de la tarde, cuando llegaron diciendo que no había más sitios donde llevar arroz. Entonces el párroco dijo: “Pues ya basta”, y se quitó la olla del fuego», explica Fernanda Blasco.

Durante las cuatro horas que estuvo brotando arroz del fondo del puchero, fueron muchas las personas que se acercaron hasta la casa parroquial para ser testigos del milagro. Una vez que el párroco había apartado la olla del fuego, recogieron restos del arroz que quedaba en el fondo y lo guardaron como reliquia del hecho prodigioso.

El milagro del arroz, a examen

El párroco de Olivenza se apresuró a comunicar lo ocurrido al obispado de Badajoz. Aunque fue un proceso que duró varios años, el obispado formó un tribunal para investigar lo ocurrido aquel 23 de enero de 1949. Los granos de arroz que se guardaron tras el milagro fueron analizados en Badajoz, Valencia y Roma. «Dijeron que era un arroz normal, que era imposible que se multiplicara de esa manera, que solo Dios podía hacer una cosa así», expone Fernanda Blasco. Por su parte, Francisco González explica: «Participé en los interrogatorios y tuve que ir dos veces al obispado. Había un canónigo que era el abogado del diablo, que intentaba ver si decíamos mentiras. El arroz fue analizado y resulta que era totalmente natural».

Según un análisis llevado a cabo por Giovanni Petrocini, director del Instituto de Química de Perusa, y por el profesor Angelo Bianchi, director del Instituto Universitario del Cultivo del Cereal en Roma, aquel arroz, tras varias horas de cocción, debía estar muy blanco, hecho una pasta, pero no medio crudo como manifestaron los testigos que era el arroz cuando brotaba del fondo de la olla y como eran los granos que fueron analizados y que se extrajeron del fondo del puchero.

Más de una veintena de testigos, entre ellos Fernanda y Francisco, fueron interrogados por un tribunal eclesiástico que se constituyó en Badajoz. En palabras de Fernanda: «Tuvimos que jurar que no nos comunicábamos las preguntas que nos hicieran, una cosa muy seria y rigurosa. Gracias a este milagro canonizaron a san Juan Macías».

Cuando el milagro llegó a oídos del papa Pío XII, el propio pontífice lo quiso investigar y puso en marcha dos comisiones. Requisaron la olla y muestras del arroz que fueron analizadas, además de los interrogatorios a más de una veintena de testigos. Las personas interrogadas no incurrieron en contradicciones, motivo por el que las autoridades eclesiásticas llegaron a la conclusión de que no mentían. Así, veinticinco años después de que se produjera el milagro, la Iglesia aprobó el suceso prodigioso y san Juan Macías fue canonizado por Pablo VI apoyándose en este hecho extraordinario.

En la actualidad, se conserva la cocina en la que se produjo el milagro. En Olivenza son muchos los que no olvidan aquel suceso extraordinario y lo siguen transmitiendo de generación en generación; tanto a través de celebraciones o charlas en la catequesis, como incluso con frases de uso cotidiano en el pueblo. Según Fernanda, «cuando alguna cosa aumenta o da mucho de sí, solemos decir: “Uy, ¡esto es como el arroz de don Luis!”».

Los prodigios de san Juan Macías

Juan Macías nació en Ribera del Fresno en 1585. A los ocho años, según él mismo contó, se le apareció san Juan Bautista en forma de niño, personaje que le acompañó durante toda su vida, guiándole y dándole consejos. Tuvo fama de santidad desde pequeño, pues estando en su pueblo natal, un día que cuidaba a sus ovejas se encontró con un pastor que lloraba junto a un pozo. Uno de sus cerdos había caído al agua. Juan Macías oró y el animal subió milagrosamente hasta la superficie. Este enclave es conocido desde entonces como el «Pocito de Juan Macías».

En 1622 dejó la vida de ganadero y agricultor que había desarrollado en Extremadura y Andalucía, y ya en América ingresó en el monasterio de Santo Domingo, en Lima (Perú), donde durante dos décadas ejerció como portero. Dicen los contemporáneos de su época que vivía con grandes penitencias y dedicado a la oración. Su celda era la más humilde del monasterio, y compaginaba su labor de portero con la ayuda a los más necesitados. Su fama de santidad pronto se extendió por toda la ciudad.

Salía a repartir comida a los más necesitados y ya por entonces se tenía la creencia de que cuando el fraile bendecía la comida, aunque hubiese poca cantidad, siempre llegaba para todos. También se dice que una vez que necesitaba telas para confeccionar ropa a los más desfavorecidos, un comerciante no quiso colaborar con él y, como si de un castigo se tratase, su tienda perdió toda su clientela. Cuando decidió rectificar y colaborar con fray Juan Macías, volvió a tener el negocio lleno de gente.

Cuentan, igualmente, que una noche hubo un terremoto muy violento en Lima. Todos los monjes huyeron hacia el exterior, sin embargo, fray Juan Macías, que estaba orando en una capilla, se quedó en su interior porque oyó una voz que le decía: «Fray Juan, ¿adónde vas? Regresa y estate tranquilo que aquí estoy yo para protegerte». El fraile no tuvo dudas de que era la Virgen María. Obedeció sus órdenes y no sufrió ningún percance durante el terremoto.

Entre los milagros más llamativos de fray Juan Macías está el don de la levitación. Aseguran que uno de los hermanos del monasterio entró un día a oscuras en la capilla y se golpeó con algo en el techo: era el pie de Juan Macías, que estaba en pleno vuelo místico. Se le atribuye, igualmente, el don de la bilocación. Dicen que podía estar en la portería del monasterio y a la vez viendo la misa que estaba desarrollándose en la capilla. También, aseguran, obró curaciones extraordinarias, como devolver la salud a una niña que había sido atropellada o salvar la vida de un niño negro llamado Antón.

De san Juan Macías, igual que como ya hemos visto que ocurría con Mariana de Santa Clara, se cuenta que ayudaba a las ánimas del purgatorio, que se le aparecían con asiduidad. Murió en Lima en 1645 y su cuerpo está momificado.

Fue beatificado en 1645 por el papa Gregorio XVI a raíz del milagro que aseguran que obró en el fraile Francisco Domínguez. Este hombre padecía una hernia inguinal que se complicó cuando levantó un baúl mientras limpiaba su celda. Los médicos dijeron que no podía hacerse nada por salvar su vida, pero el prior del convento facilitó al fraile un retrato de Juan Macías, para que le pidiera ayuda en unos momentos tan difíciles. Cuentan que el enfermo cayó en un profundo sueño y cuando despertó estaba curado. El

arroz de Olivenza fue el otro milagro que le llevó a la canonización.

Otros milagros en los que se multiplica la comida

Aunque el milagro del arroz de Olivenza es único en su género en cuanto a la investigación y a su aprobación por parte de la Iglesia, existen otros hechos prodigiosos cuya característica común es la multiplicación de alimentos. De hecho, ya hemos reflejado anteriormente los milagros de este tipo que obró Jesús de Nazaret según nos cuentan los Evangelios. Pero existen otros más desconocidos que guardan estrecha relación con la comida.

En la obra *Vida de san Aiberto* se cuenta que un tal conde Arnoul estaba afectado por una grave dolencia que los médicos no podían remediar. Fue al eremitorio de san Aiberto a confesarse, y después le pidió al santo que le diese algo con que aliviar la sed. San Aiberto respondió que solo tenía agua que sacaba de un pozo. Tras bendecirla, se la sirvió al conde, pero esta se había convertido en un vino que tuvo el efecto de sanar al conde.

En esta misma línea, de santa Brígida de Kildare se cuenta que una vez fue visitada por varios obispos y no tenía nada que ofrecerles de beber. Mandó que fuesen a ordeñar una vaca que ya había sido ordeñada dos veces aquel día, «pero que a la orden de santa Brígida proveyó leche abundantemente, tanta que llenó tres grandes cántaros» tal y como se narra en la obra *Vidas de Santas*, de monseñor Guérin. En Bélgica todavía se hacen romerías en honor de esta santa, para que proteja la fecundidad de las vacas.

En *Vida de santa Clara* se cuenta: «Sucedió que la comunidad que presidía santa Clara se encontró una vez sin nada que repartir entre las cincuenta religiosas que la componían, salvo un pan. Santa Clara mandó partir el pan en dos mitades y dar de limosna uno de los trozos a los frailes mendicantes. Llegada la hora de comer, las religiosas se sentaron en sus sitios habituales y santa Clara, levantando la mitad del pan, lo bendijo y lo partió. Después se repartió el trozo de pan entre las monjas, del cual comieron todas con general satisfacción y declararon no haber tenido nunca mejor comida».

Otro caso parecido es el que se le atribuye a san Francisco de Paula. Dicen que iba por el santo camino de Sicilia cuando sustentó milagrosamente

a nueve personas durante tres días con un pedacito de pan que había quedado al fondo de la alforja de uno de los viajeros. En los documentos que fueron redactados con motivo de su canonización, también cuentan que hizo lo mismo con cuarenta soldados, contando solo con dos pequeños panes y un cuartillo de vino.

No podemos olvidarnos, igualmente, del madrileño san Isidro. Asegura la tradición que una noche repartió su cena entre muchos pobres y forasteros, y llegó a alimentarlos a todos con muy poca cantidad. En *Vida de san Isidro* también se dice que «un día de invierno, con la tierra cubierta de nieve, le enviaron a un molino con un saco de trigo para moler. En el camino vio a una bandada de pájaros posada en los árboles. Abrió el saco y repartió el trigo con las aves. Unos vecinos que acertaron a pasar por allí y que llevaban la misma dirección, se burlaron de aquel acto. Todos juntos prosiguieron hacia su destino. Llegados allá, Isidro puso sobre el suelo el saco vacío; sin embargo, cuando llegó el molinero lo encontró lleno y fueron necesarios dos sacos para recoger toda la harina».

Son muchos los santos a los que se atribuye la capacidad de actuar sobre los alimentos. Entre los más conocidos también están santa Teresa de Ávila (quien aseguran que multiplicó la harina de uno de sus conventos) o san Vicente Ferrer, quien, al parecer, sustentó a un gran número de personas con un solo pan y un poco de vino.

Un milagro actual: la curación de Celina

Cuando hablamos de milagros casi siempre solemos referirnos a casos muy antiguos. Por eso no quisiera terminar este apartado de nuestro libro sin reflejar que estos hechos siguen manifestándose hoy día. Hace un par de años conocí a Celina, religiosa a la que entrevisté por su extraordinaria vivencia.

En el año 2001 a Celina Sánchez del Río, religiosa de la comunidad de hermanas del Ángel de la Guarda que estaba destinada por aquel entonces en Palencia, le diagnosticaron un cáncer maxilofacial. «Me operaron tres veces y en todas ellas dio la biopsia que yo tenía ese tipo de cáncer. Además, a raíz de las operaciones se me hacía un orificio cada vez mayor en el paladar»,

explica Celina. En el transcurso de aquellas intervenciones, la comunidad la trasladó a Madrid, motivo por el que su doctora le recomendó que en cuanto llegara a su nuevo destino se pusiera en manos de un oncólogo para que le pusiera un tratamiento.

Celina asegura: «Estando en Madrid me vio un médico y él me hizo una biopsia y me dijo que no tenía cáncer. Además, se había cerrado el orificio del paladar. Dijo que se cerró casi espontáneamente». A raíz de este suceso, a priori inexplicable, el arzobispado de Madrid constituyó un tribunal del que formaron parte tanto médicos como teólogos. Su cometido: estudiar a fondo el caso de Celina. «Fue un trabajo minucioso de cuatro años de duración, donde se expusieron todas las pruebas y testificamos todos los implicados. Doctores, enfermeras, gente conocida que me vio el agujero del paladar y yo. Cuando lo aprobaron, después de cuatro años, pasó a estudiarse lo ocurrido en Roma, donde más doctores y teólogos se hicieron cargo del caso y al final, por unanimidad, decidieron que aquello no podía explicarse científicamente», en palabras de la religiosa, quien también asegura que les hacían preguntas como: «¿Se ha rezado mucho? ¿A quién se ha rezado?». Las respuestas a estos interrogantes han propiciado una beatificación.

El prodigio de la oración

La religiosa atribuye su curación al fundador de la orden a la que pertenece, el padre Luis Antonio Ormières. Este sacerdote fue beatificado el 22 de abril de 2017 gracias al milagro que se obró en el cuerpo de Celina. «Yo me siento curada por la oración. En el primer momento en el que se me dijo que tenía cáncer, todas las hermanas, la congregación, los alumnos, familiares y conocidos hemos dicho: “Vamos a pedir mucho, vamos a rezar para que se obre un milagro y continuemos con el proceso de beatificación del padre fundador”. Para que se produzca una beatificación se necesita un milagro. Y el milagro se produjo en mí», expone Celina.

A medida que iba escuchando el relato de Celina formulé esa pregunta que me gusta hacer a todas las personas que han vivido una experiencia tan a contracorriente: ¿Qué se siente cuando alguien es destinatario de una

bendición tan grande? La religiosa me respondió: «Me pregunté: “¿Por qué a mí?”; y eso no tiene respuesta. Y al curarme sobre todo me pregunto: “¿Para qué a mí?”. Pienso que porque mi vida tiene que responder a ese milagro». Celina viaja por toda España para contar su extraordinaria vivencia a los niños que estudian en los colegios de la orden a la que pertenece. Ocupa todo su tiempo en una actividad que ella misma resume en palabras sencillas: «Hacer el bien».

Los santos y sus enigmas

Como hemos comentado al inicio de este capítulo, existen distintos tipos de prodigios protagonizados por personas santas. Muchos de ellos se manifiestan en sus propios cuerpos, tanto en vida como después de muertos. Otros, sin embargo, son milagros que se perciben a distancia y se asocian con el religioso al que el fiel haya implorado en busca del favor divino. En diversas ocasiones, estos santos condensan en sí mismos muchos de los fenómenos que se enumeran a continuación.

Visiones y éxtasis

El éxtasis, del latín *exstasis* (estar fuera de uno mismo) es una experiencia en la que el vidente tiene visiones y permanece, durante todo el trance, ajeno a la realidad, completamente inmóvil e insensible a estímulos exteriores. Se trata de una experiencia inefable, difícil de explicar por parte de quien la protagoniza. Santa Teresa de Jesús, una de las muchas santas que vivieron estos episodios de arrobamiento místico, contaba en su *Libro de la Vida*: «Me ha sucedido alguna vez encontrarme de tal modo fuera de mí que ignoraba si la gloria de que se me había llenado era una realidad o un sueño». Las visiones que tienen durante el arrobamiento pueden ser de naturaleza divina o todo lo contrario, ya que hay religiosos que en estos trances defienden haber presenciado escenas infernales.

Sin duda, la denominada transverberación del corazón de Teresa de Ávila

es uno de los éxtasis más famosos de la historia. Se trata de una visión que tuvo la santa a los cuarenta y siete años de edad. Vio a un ángel que le clavó en el corazón «un dardo de oro con punta inflamada». Mientras contemplaba esta escena, santa Teresa experimentó un intenso dolor en el corazón, un problema que la acompañó después a lo largo de toda la vida. Lo más llamativo es que su corazón, que se conserva incorrupto, presenta una fisura horizontal. Los defensores del milagro ven en esta lesión la prueba de que, realmente, un ángel atravesó con un dardo el corazón de la santa. Otros expertos, sin embargo, opinan que es la señal de un posible infarto de miocardio que pudo haber sufrido en el transcurso de aquel éxtasis. Hay que añadir, además, que profesionales como Esteban García Albea, jefe del servicio de neurología del Hospital Universitario Príncipe de Asturias de Alcalá de Henares (Madrid), piensan que santa Teresa pudo haber padecido la llamada epilepsia extática, que se caracteriza por episodios que se inician y terminan de forma brusca, que son recurrentes y que generan en el enfermo sentimiento de paz, placer, bienestar y plenitud. Por otro lado, también se ha aludido al cornezuelo de centeno para explicar los arrobamientos místicos.

Su nombre científico es *claviceps purpurea*, pero se le denomina comúnmente cornezuelo del centeno porque el hongo forma una especie de cuerno oscuro en la espiga de este cereal, y también puede aparecer en el trigo, la avena o la cebada. Este hongo produce sustancias alcaloides que causan efectos neurológicos parecidos a los que surgen tras una ingesta de LSD. Durante la Edad Media se consumía mucho pan elaborado con centeno que a menudo estaba contaminado con este hongo. Tanto es así que dio origen a una enfermedad que se denominó «fuego de san Antonio» o «fuego del infierno». Entre los síntomas habituales: alucinaciones, convulsiones, espasmos o psicosis. Muchos santos practicaban el ayuno, apenas comían y cuando lo hacían, según aparece en diversas crónicas antiguas, se alimentaban con trozos de pan duro. Es por eso que hay estudiosos que consideran que este hongo es el causante de los éxtasis místicos.

Santa Rosa de Lima e Hildegarda de Bingen

Otra ilustre religiosa que vivió numerosos raptos y arrobamientos de este tipo fue santa Rosa de Lima, de quien también se decía que ejercía un poder especial sobre las flores, que olían más a su paso y que se inclinaban ante ella. Además, se mortificaba constantemente con penitencias tan extremas como llevar una corona de espinas y un cilicio, o como dormir sobre piedras y cristales rotos. Aunque los éxtasis suelen durar poco tiempo, en el caso de santa Rosa de Lima estos episodios tenían, según afirmaron sus contemporáneos, una gran duración. En sus visiones contemplaba a Catalina de Siena —a quien profesaba una gran admiración—, a la Virgen María y hasta al mismísimo Jesucristo, que le habría pedido, según ella, que fuera su esposa. Manifestaban los testigos de sus éxtasis que su cara irradiaba luz cuando caía en estos trances, característica que para profesionales como el neurólogo Charles Feré estaría relacionada con la histeria pues, al parecer, se ha llegado a observar este tipo de luminiscencias en mujeres con síntomas de este tipo. Como en otros muchos santos, en santa Rosa de Lima también se condensan otros prodigios, como predecir la fecha de su muerte, el 16 de agosto de 1617, y otros milagros que relataremos más adelante.

Tampoco podemos dejar de hablar de Hildegarda de Bingen. Desde los tres años comenzó a tener visiones supuestamente de índole divina, episodios que siguió protagonizando a lo largo de toda su vida. Tan famosos fueron sus éxtasis que recibió la orden de escribir todo cuanto había visto y oído. Con ayuda de algunas religiosas y de su secretario, el monje Volmar, compuso algunas obras en las que describió y pintó las escenas que había contemplado durante sus arrobamientos. Por ejemplo, en *Scivias, conoce los caminos*, Hildegarda de Bingen habló de la creación, del paraíso, del mundo de los ángeles e incluso de visiones proféticas sobre la venida del anticristo, el juicio final y una nueva Tierra. Lo más impactante es que en muchas de sus explicaciones se intuyen términos que pertenecen a la física moderna, como disertaciones sobre el origen de la gravedad o los sistemas planetarios. La visionaria explicó que estaba totalmente consciente cuando observaba estas escenas, y que percibía una luz en la que aparecían las imágenes al tiempo que escuchaba una voz que le iba explicando todo lo que veía. ¡Como si fuera una presentación de diapositivas en pleno siglo XII!

Basado en lo oído en sus visiones compuso obras musicales cargadas de misterio[23] y también escribió sobre aromaterapia y propiedades curativas de plantas y animales. Igualmente, reflejó en sus escritos la existencia de una misteriosa «lengua ignota» que le fue revelada durante sus visiones y que, según ella, encerraba el conocimiento de todas las cosas. Murió en 1179 y, según cuentan, coincidiendo con su fallecimiento se produjeron extraños fenómenos luminosos en el cielo. En el año 2012 el papa Benedicto XVI declaró su culto litúrgico.

Otro santo al que citaremos a menudo en este capítulo es, sin duda, al padre Pío, quien condensa en su persona casi todos los tipos de milagros que pueden manifestarse en una persona con halo de santidad. Cuenta David Ordaz en su obra *Los milagros. Entre la religión y la parapsicología*, que un tal doctor Sanguinetti entró a la iglesia de San Giovanni Rotondo de Foggia (Italia) el 20 de enero de 1936. Estaba en compañía de dos amigos y cuando se encontraban en la capilla, dispuestos a orar, apareció cerca del altar mayor el padre Pío. Les dijo, al parecer: «Os ruego que vengáis conmigo. Un alma está a punto de comparecer ante el tribunal de Dios». El padre Pío les reveló el nombre de la persona que acababa de morir: Jorge V, rey de Inglaterra. Y es que esta es otra de las facultades que se les suelen atribuir a los santos: el don de la clarividencia o, en palabras más sencillas, conocer hechos que se producen en lugares lejanos o adivinar el futuro.

Los papas y sus visiones

En el Museo Naval de Madrid se conserva un lienzo que muestra una famosa visión protagonizada por el papa Pío V. Cuentan las crónicas que la tarde del 7 de octubre de 1576 el pontífice estaba revisando las cuentas de las arcas vaticanas en compañía de un tesorero cuando se levantó y se dirigió a una ventana. Pío V tenía la mirada ensimismada en dirección a Lepanto cuando, asegura la tradición, se puso a llorar y le comunicó al tesorero: «Las armas cristianas acaban de lograr la victoria». Se trataba de la famosa batalla de Lepanto, en la que se enfrentaron los católicos liderados por don Juan de Austria contra el imperio otomano. Al parecer, el pontífice conoció la noticia

dos semanas antes de que los mensajeros llegaran con la buena nueva.

Hace pocos meses salió a la luz una supuesta visión del papa Juan Pablo II: «Veo a la Iglesia del tercer milenio afligida por una plaga mortal, se llama islamismo. Invadirá Europa. He visto a las hordas venir, de Occidente a Oriente: desde Marruecos a Libia, desde Egipto a los países orientales». Según lo publicado en prensa,[\[24\]](#) testigo de esta confesión fue monseñor Mauro Longhi, del Opus Dei. Longhi reveló esta visión en el transcurso de una conferencia donde habló de su estrecha relación con el papa polaco, compartiendo multitud de anécdotas que vivió en su compañía. La más impactante se remonta a marzo de 1993, cuando asegura Longhi que Juan Pablo II quiso compartirle una visión mística. En palabras de Mauro Longhi: «Entonces Wojtyła cambió el tono y la voz y haciéndome partícipe de una de sus visiones nocturnas, me dijo: “Recuérdaselo a quienes encontrarás en la Iglesia del tercer milenio. Veo a la Iglesia afligida por una plaga mortal. Más profunda y dolorosa que las de este milenio”, refiriéndose a las plagas del comunismo y el totalitarismo nazi. “Se llama islamismo. Invadirán Europa. He visto a las hordas venir, de Occidente a Oriente”, y me describe uno a uno los países: “Desde Marruecos a Libia, a Egipto, y así hasta la parte oriental”. El Santo Padre añade: “Invadirán Europa. Europa será un sótano lleno de antiguallas, penumbra y telarañas. Recuerdos de familia. Vosotros, la Iglesia del tercer milenio, deberéis contener la invasión. Pero no con las armas, las armas no bastarán, sino con vuestra fe vivida íntegramente”».

En la misma ponencia, Longhi aseguró que este tipo de visiones eran, al parecer, habituales en el papa polaco. No dudó en asegurar que Wojtyła tenía «el don de la visión» desde que celebró su primera misa en 1946. Según explicó, se lo confesó el cardenal Andrzej Deskur, el mejor amigo del papa Juan Pablo II, con quien compartió seminario en Cracovia. «Habla con Dios encarnado, Jesús, ve su rostro y también el rostro de su madre», aseguró Longhi durante su intervención.

Levitaciones

La levitación es un fenómeno estrechamente ligado a los éxtasis místicos.

Según la casuística recogida, las personas que se encuentran en mitad de uno de estos arrobamientos pueden realizar vuelos místicos. Es decir, en ese estado de trance comienzan a elevarse del suelo de forma involuntaria. Se trata de un acto instantáneo que parece sobrevenir después de largas prácticas ascéticas y suele ir acompañado de enajenación de los sentidos, debilitación de la respiración, rigidez muscular o temblores, tal y como explica Isabela Herranz en su libro *Magos, médiums y santos: vidas prodigiosas y experiencias singulares del espíritu*. Además, hay que señalar que los protagonistas de estas levitaciones se elevan en la misma posición en la que se encuentren durante el éxtasis, ya sea de rodillas o tumbados, y se mantiene esta posición a lo largo de toda la experiencia. También hay quien asegura que hay santos que dan un grito antes de realizar el vuelo místico; en concreto, atribuyen esta circunstancia a san José de Cupertino y a san Pedro de Alcántara.

En muchas ocasiones, los santos no son conscientes de que están protagonizando estos fenómenos. Santa Teresa escribió: «Me parecía, cuando intentaba resistirme, como si una gran fuerza bajo mis pies me levantara. No puedo compararlo con nada semejante, pero era mucho más violento que las otras visitas espirituales y por tanto, me sentía hecha añicos». Las levitaciones de Teresa de Ávila fueron contempladas por algunas personas con las que compartió su vida conventual. Tal es el caso de la hermana Ana de la Encarnación, quien manifestó que había sido testigo de una levitación de santa Teresa cuando esta se encontraba rezando. Ella trataba de silenciar estos episodios por temor a la Inquisición. Incluso se resistía a que se produjeran, asegurando que, en ocasiones, se agarraba con fuerza «al pasamanos de la comunión» con el fin de no elevarse en mitad de una iglesia y ante multitud de fieles.

Hay otros muchos santos a los que se les atribuye el don de la levitación. Ya hemos citado al extremeño san Juan Macías y a santa Teresa de Ávila, pero podemos hablar de otros como la beata Catarina Emerich, santo Tomás de Aquino, santa Inés o san Ignacio de Loyola, de quien dicen que no solo se elevaba, sino que además se iluminaba mientras lo hacía. San Francisco de Asís también fue protagonista de numerosos fenómenos de levitación, según

manifestó su biógrafo, el hermano Leo. De hecho, asegura que se elevaba tanto que apenas podían distinguir su figura.

San José de Cupertino, que vivió en el siglo XVII, tiene atribuidas decenas y decenas de levitaciones, ante testigos tan ilustres como el papa Urbano VII. Algunas conllevaron, incluso, la conversión al catolicismo de personas de otras confesiones, como el duque Federico von Braunschweig, quien dicen que se hizo católico tras contemplar un vuelo místico de este santo en mitad de una misa.

El don de la bilocación

Entre los enigmas de los santos, sin duda uno de los más llamativos es el fenómeno de la bilocación, esto es, la capacidad de estar en dos sitios a la vez o de viajar a lugares muy lejanos sin llegar a abandonar la clausura en la que muchos de estos personajes religiosos pasaron su vida. El caso más conocido es el de sor María Jesús de Ágreda,[\[25\]](#) quien en el siglo XVII, al parecer, se bilocó y viajó hasta América sin haber salido del convento soriano en el que pasó la mayor parte de su existencia. Una señora que coincide en características con esta religiosa fue vista en territorios de Nuevo México, Arizona y Texas evangelizando a los indígenas. Cuentan que convirtió al catolicismo a decenas de miles de nativos, presentándose ante ellos en centenares de ocasiones.

Otro que aseguran que tuvo esta facultad fue san Martín de Porres o «fray escoba» como era conocido cariñosamente en el convento peruano en el que prestaba sus servicios. Martín de Porres nació en 1579 en Lima (Perú), hijo de un español y de una indígena, por lo que tenía rasgos negroides. A los veintitrés años ingresó en el convento dominico del Santo Rosario de Lima, donde fue admitido para ayudar en la limpieza y en la enfermería, a pesar de que siempre soñó con ser misionero en lejanos territorios orientales. Y aunque murió a los sesenta años, al parecer sin llegar a salir del convento, sí que viajó a otros lugares mediante el don de la bilocación. En las comisiones de investigación que la Iglesia inició con el fin de esclarecer estos fenómenos, fueron muchos los testigos que declararon ser conocedores de

estos episodios de la vida del santo quien, según sus testimonios, fue visto evangelizando en enclaves tan distantes de Perú como China, Filipinas o Japón. Allí no faltaron las declaraciones de diversos nativos que manifestaron haber visto a un fraile mulato enseñando catecismo.

Sin ir tan lejos, sus compañeros de convento manifestaron que era capaz de entrar en sus celdas aunque la puerta estuviera cerrada con llave; lo hacía, dijeron, cuando los frailes estaban enfermos. Su hermana también explicó que san Martín de Porres apareció en una reunión familiar donde su intervención fue crucial para acabar con una discusión; el fraile se quedó a pasar la noche con su familia y se marchó al convento al día siguiente. Tiempo después, cuando su hermana relató a otro fraile la oportuna intervención de su hermano, le dijeron que aquel día él no había salido del convento porque había muchos enfermos que requerían de su asistencia. Debido a esta clase de episodios, y a otros como levitar, realizar curaciones milagrosas o multiplicar alimentos, el papa Juan XXIII lo canonizó en 1962.

También podemos citar un caso español, el de la fundadora de la Casa Madre de las Misioneras de la Caridad y la Providencia, en Hellín (Albacete), la madre María Luisa Zancajo de la Mata. Según Manuel Soria, autor de *Soy testigo*, esta religiosa era capaz de bilocarse, y además tenía estigmas y materializaba objetos tales como medallas; en un museo de la Casa que fundó, se pueden ver las ropas quemadas por, según dicen, las llamas de fuego que le salían por la boca. Por si esto fuera poco, aseguran, igualmente, que a pesar de ser paralítica, desaparecía porque, según afirmaba, la raptaban y visitaba el cielo.

Ayuno místico

Se trata de una de las facultades más impactantes que se les atribuyen a los santos. Algunos de ellos son capaces de sobrevivir sin apenas ingerir alimentos, a veces consumiendo tan solo hostias consagradas. Estas prácticas tan extremas vienen realizándose desde los albores del cristianismo y se han mantenido hasta tiempos recientes. Podemos citar casos tan impactantes como el de Teresa Neumann, quien aseguraba que en 1927 tuvo una visión en

la que se le comunicó que su cuerpo ya no necesitaba alimentos. A raíz de aquella experiencia, Neumann dejó de comer y de beber. Aunque era laica, la Iglesia —en concreto el obispado de Regensburg— investigó su caso. Cuatro monjas juramentadas la vigilaron constantemente en el transcurso de dos semanas; incluso medían la cantidad de agua que empleaba para lavarse los dientes. No encontraron rastro de fraude. Según cuentan, Teresa Neumann vivió treinta y cinco años ingiriendo tan solo hostias, vino consagrado en la eucaristía y tres centímetros cúbicos de agua por día. Hay investigadores que opinan que Neumann podría haber padecido anorexia nerviosa.[26]

Han practicado, igualmente, este ayuno místico las beatas Domenica del Paradiso e Isabel von Reute, Ana Catalina Emmerich o santa Catalina de Génova, quien dejaba de comer en cuaresmas y advientos. Dicen que solo bebía un poco de agua mezclada con vinagre y sal. Como se observa, casi todos los casos de anorexia mística están protagonizados por mujeres.

Halo de santidad

Es muy común representar a los santos luciendo un disco o aro encima de sus cabezas. Se trata de la denominada aureola (del latín *aureus*, dorado), que aparece alrededor del cráneo de los santos en representaciones artísticas a lo largo de toda la historia del cristianismo. Al principio se reservaba esta cualidad solo a la figura de Jesús, aunque más tarde se extendió a la Virgen y a otros personajes importantes de la Iglesia, especialmente a partir del siglo V. Aunque muchos piensan que se trata de un simple adorno, lo cierto es que esta representación podría tener una base real. En la Biblia encontramos pruebas de esta teoría en pasajes como la llegada de Moisés portando las tablas de la Ley; cuentan que su cara brillaba.[27] Y lo mismo se asegura en la Biblia sobre la transfiguración de Jesús en el monte Tabor.[28]

De san Francisco de Sales y san Ignacio de Loyola se dice que emanaban un extraño resplandor mientras rezaban y oficiaban misa. San Antonio de Padua, por su parte, fue capaz de provocar una conversión gracias a esta facultad prodigiosa. Según cuenta José María Eça de Queiroz en su *Diccionario de milagros*, «san Antonio reprendió a Ancelino, tirano de

Padua, por sus desvaríos. Todos esperaban que el tirano mandase ejecutarlo inmediatamente, pero cuál no fue la sorpresa de los presentes cuando vieron correr a Ancelino hacia el hombre de Dios, caer a sus pies y prometerle enmendarse. Ancelino contó después que había visto el rostro de san Antonio relucir con semejante brillo que no podía soportar la visión de tan vivo fulgor, y que al mismo tiempo había sentido que se le aplacaba el ánimo».

En el caso de san Epifanio, parece ser que esta extraña característica le acompañó desde su nacimiento. Cuenta monseñor Guérin en *Vidas de los santos* que fue llamado Epifanio «porque al ponerlo en la cuna por primera vez se vio que del rostro del infante irradiaba una viva luz. Dicen también que los rayos luminosos que su cuerpo esparcía después de muerto daban testimonio de la gloria en que había entrado su alma». Algo parecido sucedió con santa Oringa, pues según la tradición murió con el rostro iluminado por un extraño resplandor.

San Francisco de Paula, igualmente, aseguran que en una ocasión en la que estaba rezando junto a un altar, muchos fieles pudieron ver cómo su rostro estaba envuelto en una luz brillante y portando tres coronas de fuego alrededor de la cabeza; esta información se recoge en la investigación que se llevó a cabo para su canonización. Durante el proceso de estudio de la vida de san Francisco Javier, también por su canonización en el siglo XVII, se aportaron testimonios de personas que veían llamas brillantes alrededor de su rostro cuando este estaba rezando.

Podríamos citar infinidad de casos, como los de san Arsenio y san Andrés, entre otros, pero voy a concluir citando el caso de san Felipe Neri. Según recogió el padre Antonio Galonio en su obra *Vida de San Felipe Neri*, «durante la misa, cuando Felipe Neri tomaba el cáliz en sus manos, se le iluminaba la cara, abrasada de fuego celestial; en el instante de la elevación, tenía tal arrebatado de éxtasis que no podía bajar los brazos. Algunas veces se quedaba suspendido en el aire; durante la oración se veían salir chispas por sus ojos, tal era el intenso ardor en que se consumía su alma».

Isabela Herranz en su magnífica obra *Magos, médiums y santos: vidas prodigiosas y experiencias singulares del espíritu*, asegura que «en la literatura médica son conocidos los halos neuropáticos» y cita un caso

descrito por el neurólogo francés Charles Feré, quien, en sus *Annales des Sciences Psychiques*, habla de dos pacientes (ambas mujeres) que presentaban estas emanaciones, singular fenómeno que también se ha observado en la sudoración y en las úlceras de algunas personas, y hasta en el aliento de enfermos que están próximos a la muerte.

Hipertemia o fiebre mística

Hay santos cuya temperatura corporal es muy superior a la de un ser humano sano. Se trata de ese «fuego interno» al que aluden muchos religiosos, esas «llamas de amor divino», tal y como las han denominado en muchas ocasiones, que consumen al místico en sus momentos de éxtasis. Hablamos de casos tan extremos como los de santa Catalina de Génova, que se exponía al frío del invierno con el fin de aliviar aquel calor que sentía. Y, sin duda, otro de los casos más conocidos es el de un santo que aglutina muchos de los prodigios que estamos comentando a lo largo de este capítulo; se ha constatado que durante toda su vida san Pío de Pietrelcina sufrió estas fiebres extremas. La primera vez sucedió cuando era joven y estaba cumpliendo con el servicio militar. Cuentan que reventó el termómetro cuando fueron a comprobar su temperatura corporal. En ocasiones en las que se ha podido medir, ha arrojado datos de 45 o 48 grados, esta última cifra la registraron profesionales del hospital de Nápoles.

También sufrieron hipertemia, esto es, una elevada temperatura corporal, santa Teresa de Ávila o san Felipe Neri, que según su biógrafo, el padre Bacci, a veces tenía que estar en la cama durante varios días debido a ese ardor que aseguraba que sentía. Hay que señalar que, cuando falleció, en la autopsia se comprobó que tenía dos costillas rotas que se proyectaban hacia fuera y le presionaban zonas como el pecho; esta realidad podía influir en esos episodios de dolor y de fuego interno que sentía el religioso.

Estigmatizados

El fenómeno de los estigmas nació con san Francisco de Asís. Tal y como

cuenta Tomás de Celano, su biógrafo y testigo de los hechos: «La parte central de manos y pies aparecía atravesada por enormes clavos cuya cabeza quedaba como hundida, penetrando la palma de las extremidades superiores y el dorso superior de las inferiores; tanto en uno como en otro caso, los hierros eran redondos y macizos en su principio y se afilaban en la saliente punta, curvada como si se hubiera remachado a martillazos... Resultaba estremecedor contemplar en manos y pies lo que no era simplemente la perforación acusada por unos clavos, sino la mismísima presencia de estos formados por la propia carne, aunque negros y duros como el verdadero hierro. Pero no solían inspirar ningún horror a quienes los contemplaban, sino que, por el contrario, conferían más bien al cadáver una especial gracia y belleza, semejante a los rombos negros sobre el blanco de un pavimento de mármol». Al parecer, lució estas marcas desde mediados de 1224 hasta su muerte en 1226, unos estigmas que surgieron, según cuentan las crónicas, tras un largo periodo de ayuno mientras oraba en el monte Alvernia; allí se le apareció un ángel que representaba a Cristo en la cruz y que le lanzó varios rayos luminosos para imprimirle los estigmas. Como curiosidad, también se piensa que san Pablo pudo ser un estigmatizado, a raíz de una frase que aparece en su *Epístola a los Gálatas*, donde dice: «Llevo sobre mi cuerpo las señales de Jesús».[29]



Lourdes Gómez fotografiando una obra en la que se aprecian los estigmas de san Francisco de Asís. Iglesia de San Francisco, Évora (Portugal). Fotografía de Yohanan Díaz Vargas.

Llama la atención, según el investigador Moisés Garrido, que surja este fenómeno en el siglo XIII, precisamente cuando los artistas medievales abogan por representar a Cristo crucificado y en escenas muy sangrientas. Hay que señalar, igualmente, que la Iglesia muestra cautela ante los estigmatizados, pues hay que tener en cuenta que no todos son religiosos; cuando se ha canonizado a estigmatizados (unos 60 de 400 casos conocidos) no se le ha otorgado demasiada importancia a este detalle a lo largo del proceso de investigación de la vida del santo en cuestión. Con todo, descartando la posibilidad de fraude, hay científicos que afirman que es posible que se produzcan estas señales de manera psicósomática;^[30] la sugestión, afirman, desempeñaría un papel fundamental en la formación de las heridas. Como dice Moisés Garrido en *Credo quia absurdum. La religión, la iglesia y los fenómenos místicos a examen*, «en la actualidad existe una explicación psicósomática para el fenómeno de la estigmatización. Lo que ayer era milagro, hoy está contemplado y estudiado perfectamente por la ciencia médica, en concreto por la psicodermatología».

El término *stigma* viene del griego y estaba referido a las marcas grabadas con fuego que se imprimían en la antigüedad a los esclavos. En el caso de los fenómenos que nos ocupan, esta palabra se usa para referirse a las marcas de la Pasión de Cristo que lucen en su cuerpo algunas personas, entre ellas santa Verónica Giuliani o santa Gemma Galgani. En la mayoría de las ocasiones, estos estigmas aparecen en manos, pies y costado, aunque también se han dado casos en los que han aparecido en la frente. Además, suelen estar ligados a fechas importantes para los católicos, especialmente Semana Santa.

En España se han dado casos como el de la monja sor Juana de Jesús María, una religiosa que vivió en el siglo XVII y cuyos estigmas fueron estudiados por el arzobispado de Burgos. En el informe que realizaron acerca de estas heridas se decía: «Se observa un círculo que, con un diámetro superior al ancho de un dedo, cede bajo la presión del tacto como si fuera una hinchazón y forma entonces una especie de surco bastante profundo que parece alcanzar la zona del hueso».[31]

Otro caso famoso es el de Ana Catalina Emmerich, a la que le aparecieron las señales de la Pasión cuando tenía treinta y ocho años. Un sacerdote llamado padre Manesse escribió sobre su caso: «El gran vicariado de Münster enviaba desde hacía años a unos delegados que, auxiliados por uno o dos médicos, comprobaban el estado de las llagas y el fluir de la sangre que solía producirse los viernes por la mañana desde las siete a mediodía, haciéndoles levantar cada vez la correspondiente acta». Ningún médico logró cicatrizar estas heridas, que lució hasta su muerte en 1823. Cuentan que pocas semanas después de su muerte y ante el rumor de que su cuerpo había sido robado, exhumaron el cadáver y lo encontraron intacto y con los estigmas frescos.

La estigmatizada más espectacular fue Teresa Newman, que nació el Viernes Santo de 1898. Le surgieron los estigmas en 1926, y afirmaba que estas heridas surgían cuando tenía visiones de Cristo. Además de estigmas en el costado, pies y manos, unos meses más tarde le aparecieron arañazos sangrantes en la cabeza. Al parecer, las heridas sangraban especialmente en Viernes Santo.

Tampoco podemos dejar de citar el caso del padre Pío, quien comenzó a sentir dolores relacionados con la Pasión en 1913, a raíz, cuentan, de

reflexionar mucho sobre la crucifixión de Jesús de Nazaret. El 2 de septiembre de 1918, fiesta de las llagas de san Francisco de Asís, estas le aparecieron en el cuerpo ante algunos monjes que le acompañaban. Aunque aseguran que san Pío de Pietrelcina trataba de ocultar estas señales, al final la noticia trascendió y fue reconocido por muchos médicos que certificaron la realidad de sus estigmas, que le acompañaron durante cincuenta años sin llegar a gangrenarse. Este fenómeno es solo uno más de los muchos que se manifestaban en la persona de este santo, que era capaz desde desprender un intenso olor a violetas hasta realizar profecías, bilocarse u obrar curaciones milagrosas.

Cuerpos incorruptos

Hay cuerpos de santos que se mantienen incorruptibles, fenómeno que desde un punto de vista religioso guarda relación con la santidad de estas personas. Los cuerpos incorruptos se caracterizan por, según algunos testigos, tener una fragancia persistente que emana del cuerpo, ausencia de rígor mortis y de putrefacción, emisión de sangre mucho después de la muerte y mantenimiento de la temperatura. Igualmente, existen cuerpos de santos que, al parecer, exudan una sustancia oleosa; es el caso de san Chárbel Makhlouf, de quien dicen, además, que su cadáver fue hallado gracias a extraños sueños y a la aparición de luminarias en el lugar del enterramiento, fenómeno que también se constata en algunos casos de apariciones marianas.^[32] También podríamos citar otros ejemplos como el de santa Catalina de Bolonia, cuyo cadáver incorrupto sangró por la nariz a los tres meses del fallecimiento, o Nicolás de Tolentino, cuyo cuerpo, cuarenta años después del fallecimiento, estaba incorrupto y, según cuentan, con sangre fresca en el brazo derecho.

Santa Teresa de Lisieux, sor Juana de la Cruz o santa Teresa de Ávila son algunas santas cuyos cuerpos se encuentran incorruptos. Existen muchos más casos como el de sor Ángela de la Cruz, conocida en Sevilla como la «madre de los pobres». He tenido la oportunidad de contemplar su cuerpo en el convento sevillano en el que se rinde culto a esta santa, a la que se le atribuyen muchas curaciones milagrosas. Murió el 2 de marzo de 1932 en

olor de santidad, y a los pocos días de su fallecimiento un grupo de médicos certificó que el cadáver no daba señales de descomposición y que conservaba la flexibilidad de sus miembros en vez de presentar rigidez cadavérica.



Fieles rezando ante el cuerpo de sor Ángela de la Cruz.

En relación al fenómeno del olor de santidad asociado a los cuerpos incorruptos cabe señalar que el papa Gregorio Magno ya habló de esta cuestión en sus *Diálogos*. Se trata de un prodigio que se conoce desde antiguo y reside en la propiedad de algunos cuerpos santos de desprender olor a rosas, a violetas o a otra fragancia agradable, tanto en presencia del cuerpo como cuando un devoto está orando y pide su ayuda, según han manifestado muchos fieles. Es el caso del padre Pío o de santa Rosa de Lima, cuyos cuerpos están incorruptos. La medicina ha tratado de explicar este olor

aludiendo a enfermedades nerviosas o a órganos del cuerpo que huelen de manera distinta, afirman, según la enfermedad de la que estén afectados.

San Pedro de Alcántara y sus misterios

No quisiera concluir este capítulo sin profundizar en los enigmas de un santo cuya vida he podido estudiar en profundidad. Este religioso extremeño, que vivió en el siglo XVI, concentró en su persona muchos prodigios apenas divulgados hoy día. Por ejemplo, pocos saben que construyó en el corazón de Extremadura el monasterio más pequeño que existe en el mundo.

El conocido como monasterio del Palancar fue fundado por san Pedro de Alcántara cerca de Pedroso de Acim, en la provincia de Cáceres. El terreno en el que se ubica esta casa religiosa fue cedido al santo por parte de dos discípulos suyos, Rodrigo de Chaves y su mujer, Francisca, que hicieron cesión y escritura pública de entrega a fray Pedro de la morada y huerta «para todos los días de su vida». Cuando uno tiene la oportunidad de visitar el monasterio del Palancar se da cuenta de la pobreza y humildad que caracterizó la vida de este santo. Lo que más sorprende son las dimensiones de su celda, un pequeño hueco debajo de una escalera. En este sentido, se ha hecho famosa la frase que escribiera una gran amiga suya, santa Teresa de Ávila: «Paréceme fueron cuarenta años los que me dijo que había dormido solo hora y media entre noche y día... Lo que dormía era sentado y la cabeza arimada a un maderillo que tenía hincado en la pared. Echado, aunque quisiera, no podía, porque su celda, como se sabe, no era más larga de cuatro pies y medio». En palabras del padre Badajoz, quien también se ocupó de analizar estas penitencias que se impuso a sí mismo fray Pedro, su celda «era de vara y media en largo y una vara en ancho, adonde era imposible extenderse de ninguna suerte aunque fuese en pie, porque estaba debajo de una escalera y así era de baja».

La higuera santa

Además de las reducidas dimensiones del convento, y especialmente de su celda, en el Palancar también existe una tradición asociada a los prodigios del santo. Se trata de una higuera que plantó san Pedro en la huerta del monasterio, árbol considerado santo al que se le atribuyen numerosos milagros. Dicen que fray Pedro usaba un bastón de higuera que siempre llevaba en todos sus viajes. Cuentan que le acompañó en sus visitas a Roma y que de este trozo de madera fue capaz de consolidar una higuera en el Palancar, árbol cuyo fruto, según los testigos, era diferente en tamaño, color y sabor al de otras higueras que fueron trasplantadas en otros lugares a raíz de la original. En el proceso de investigación llevado a cabo por la Iglesia para elevar a los altares a Pedro de Alcántara, se recogen testimonios como el de María Sánchez, de ochenta años, quien refirió la estrecha amistad que mantuvo fray Pedro con su abuela Lucía Martín, afirmando, entre otras cosas, «que el santo traía un báculo en la mano que decían sus padres de esta testigo y su abuela era de higuera, el cual estaba seco, y esta testigo lo tuvo en sus manos y a causa de estar tan seco no pesaba nada y después de allí a poco tiempo, que lo que pasó esta testigo no tiene noticia, habiéndose ido fray Pedro a vivir a otra parte, les oyó decir a sus padres que al tiempo que estaba de partida para irse de dicho convento de Nuestra Señora, en la huerta de aquel, por no haber higuera, plantó el dicho báculo que de continuo traía en la mano y de él había nacido una higuera, de la que hoy día se produce fruto y sus higos se los dan a los enfermos con los que sanan de muchas enfermedades y calenturas».



Celda de san Pedro de Alcántara en el monasterio del Palancar, en la provincia de Cáceres.

Por su parte, Cristóbal Martínez, vecino del Pedroso, manifestó «que sabe por público y notorio en esta tierra y que hasta los niños lo saben y dicen... que una higuera que está en la huerta del convento del Palancar es de un bordón de palo de higuera que el dicho padre fray Pedro traía en su mano, el cual lo posó en la tierra, se hizo la higuera que hoy en día está allí y por esto se llama la higuera santa; y muchas personas llevan sus higos para sus enfermedades, comiéndolos con devoción y fe han sanado de ellas». También existe el testimonio del doctor Gutiérrez de Trejo y Mendoza, vecino de Plasencia y destinado en Casas de Millán, quien dijo que en el Palancar existía «una higuera muy grande y populosa la cual es tradición muy acertada y cierta en toda esta comarca y tierra, que nació dicha higuera de un báculo que el santo fray Pedro trajo en su mano en que se arrimaba y sustentaba su cuerpo flaco y con el que fue y vino de Roma y que le hincó en la tierra y milagrosamente echó ramas y tuvo frutos... que a causa de este milagro la llaman la higuera santa y que este testigo hizo traer dos posturas de la dicha higuera y aunque prendieron en la tierra y dan fruto, no son como los higos de la higuera santa, habiendo podido probar ambos». Como se observa, tales

eran las propiedades curativas que se le atribuían a los higos de la higuera de san Pedro, que muchos fieles se los proporcionaban a los enfermos o guardaban frutos secos así como ramas y hojas a modo de reliquia.

El franciscano Juan de la Trinidad narró, en su momento, algunos prodigios acaecidos en Garrovillas en 1628 y en Valencia de Alcántara en 1635; ejemplos como el de Juan Martín de Serradilla, quien en 1604 probó sus higos y sanó de unas tercianas. Sor Francisca de las Llagas, monja de San Antonio en Trujillo (Cáceres), dio testimonio de la curación de una sobrina suya, María de Boroa, en 1610, a raíz de probar este fruto. Por su parte, sor Ana María de Vega, monja de la Concepción de Coria, refirió que ella misma y otras dos vecinas de Coria (Cáceres) se curaron de tisis por el mismo método. Este tipo de informaciones se recogieron durante la investigación llevada a cabo por la Iglesia para elevar a los altares a Pedro de Alcántara.

En compañía de Jesús y diversos santos

Se asegura de san Pedro de Alcántara que tenía numerosas visiones de índole divina. Se conservan testimonios como el de Juan Arroyo, alcalde de Casas de Millán, quien asegura que yendo el santo a Coria «a ver a unas mujeres beatas, llegando a la puerta de la casa de una de ellas, el padre entró con la capa quitada y descubierta la cabeza. Le preguntaron por qué en tiempo de aguas y nieves él llevaba la capa quitada, y que antes de que esto dijese las beatas habían visto a Cristo que venía con fray Pedro a su derecha y a san Francisco a su izquierda, respondiendo este que no podía cubrirse en presencia de Dios». Otra testigo de excepción de estos episodios habría sido santa Teresa de Jesús, quien aseguró que le vio, en diversas ocasiones, acompañado de san Francisco y de san Antonio, e incluso va más allá, diciendo que Jesús le servía la comida. Ocurrió, al parecer, en el convite que la santa ofreció en honor a fray Pedro en el monasterio de la Encarnación de Ávila.

Cabe señalar, en cuanto a la estrecha relación que mantuvo fray Pedro con esta santa, que también protagonizó numerosos fenómenos paranormales, que al parecer san Pedro de Alcántara no solo influyó en esta santa tan

destacada en la historia de la Iglesia. Cuentan que es muy probable que fray Pedro influyera en los escritos de fray Luis de Granada. Según manifestó en su momento la monja trujillana sor Francisca de las Llagas, ella oyó contar «a sor Ana María cómo por particular revelación de nuestro Señor había escrito el dicho padre fray Pedro de Alcántara una carta al padre fray Luis de Granada que era voluntad de nuestro Señor que se ocupara en escribir los libros de oración y meditación, porque con ellos había de hacer mucho fruto espiritual a su Iglesia».

Alimentos y curaciones

De san Pedro de Alcántara se cuentan numerosas anécdotas que dan fe de su predilección hacia los más necesitados. Aseguran, por ejemplo, que viajando desde Coria (Cáceres) al Palancar, a la altura del municipio de Torrejoncillo, socorrió a dos mujeres a las que halló hambrientas y sedientas. Este les dijo que fueran junto a una retama cercana, y que allí encontrarían pan, como así fue. Dicen, igualmente, que socorrió a los conventos en los que habitó en épocas de intensas lluvias y nieves, tiempo en el que los frailes quedaban aislados y no podían salir en busca de provisiones. Cuentan que conventos solitarios y alejados de la población como el de Nuestra Señora de los Ángeles, la Viciosa, el Rosario, o el ya citado del Palancar, recibieron prodigiosos suministros que eran materializados gracias a san Pedro de Alcántara.

Igualmente, tenemos noticia de casos como el de María Núñez, quien en 1615 aseguró que conoció al santo y cuenta que un vecino suyo tenía una hija de cuatro años que estaba ciega. El padre había probado todo tipo de remedios en busca de una cura para su hija, pero el milagro lo realizó fray Pedro, que le dio su bendición y tocó con su mano los ojos de la niña diciendo: «Dios te sana», momento en el que la niña recobró la vista.

Arrobamientos y vuelos místicos

Dentro del rosario de manifestaciones paranormales que se le atribuyen al

santo extremeño podemos contar las levitaciones que dicen que protagonizaba. Según el testigo Juan del Arroyo, «fray Pedro solía subir a un calvario que está en el convento del Pedroso, donde estaba en oración y cuando el padre sentía la gente, para que no le vieses, hecho un ovillo y encogido como él estaba sobre sus mismas rodillas, como arrebatado se entraba dentro del convento, por el aire, sin perder la postura que tenía ni poner los pies en el suelo». María López del Corral, de Arenas de San Pedro, declaró «que lo que sabe es que conoció muy bien al santo padre fray Pedro y oyó su misa estando el santo en la enfermería, que estando diciendo misa se suspendía y daba gemidos». Y lo mismo afirmaba Juan Godínez, «que conoció al santo estar en la enfermería, le vio muchas veces decir misa, en la cual se elevaba de forma que parecía que estaba arrobado y causaba en los oyentes grandísima devoción». Magdalena Arias, otra vecina de Arenas de San Pedro, expuso «que oyó decir mucho tiempo atrás y comúnmente se decía entonces y dice ahora que cuando el dicho santo Pedro estaba en oración se arrebataba y levantaba todo el cuerpo de la tierra y decían que los ángeles le levantaban».

Caminando sobre las aguas

No podemos dejar de comentar su supuesta capacidad de caminar sobre las aguas. El conde Morata es el testigo que narró este milagro de san Pedro de Alcántara: «Viniendo fray Pedro desde Coria hasta Galisteo, llegando al río Alagón y Jerte, que van juntos desde la venta de la barranca una legua de dicha villa, yendo los dos ríos muy caudalosos y crecidos de tal manera que había llevado la barca y no se podían vadear, fray Pedro venía leyendo y rezando un libro junto a un compañero y mucha gente vio que como fray Pedro iba leyendo se entró en el río, y le dieron voces para decirle que no pasara, que se ahogaría, y el padre se fue andando hasta la otra orilla, como si hubiera ido por tierra y su compañero se había quedado en la otra parte del río y fray Pedro dijo a todos que no dijeran nada de lo que habían visto».[33]

En el Proceso de Plasencia, donde aparece información recogida en 1615 a fin de investigar la santidad de fray Pedro, se dice: «Habiendo venido el

dicho santo fray Pedro desde el convento de la Viciosa a esta ciudad de Trujillo, estando en ella llovió tanto que el río Almonte, que está en el paso y camino desde la ciudad a dicho convento, creció de manera que no se podía por ningún caso vadear, no dando arriba de la rodilla cuando él lo pasó para venir de esta ciudad y que volviendo a su convento al pasar el río sin reparar en lo que había crecido, entendiendo que estaba como cuando él lo había pasado, se entró por él y lo pasó de la otra parte y que preguntándole los religiosos cómo había sido aquello y por dónde había pasado, si había ido al puente de Jaraicejo, respondió que no, sino por el vado le había pasado y que no le daba el agua más que en la rodilla, como antes».

Dominando la naturaleza

Como ya hemos visto en el caso de la higuera santa, a san Pedro de Alcántara se le consideraba capaz de dominar muchos aspectos de la naturaleza. Según señalaron en su momento Gaspar Gómez de Ovalle, sacerdote de Plasencia, y Sebastián Pérez, de Torrejoncillo, «en una ocasión pública donde concurrió mucha gente celebrando el padre fray Pedro de Alcántara misa en el campo donde estaba puesto el altar y adornado como convenía, se levantó a deshora una terrible borrasca con un viento muy furioso y temiendo los que allí estaban algún suceso malo por la gran tempestad que había, el dicho padre fray Pedro lo aseguró diciendo que no temiesen que no haría daño la borrasca y así sucedió, que dijo su misa sin que el aire, ni agua, ni otra cosa ofendiese ni perturbase aquel lugar durante dicha tempestad».[34] También dicen que no le mojaba el agua ni la nieve, y se cuentan episodios como el de una ocasión en la que viajando desde Alcántara a la Zarza, en compañía de un tal fray Juan de Neira, se armó una gran tempestad con fuertes vientos y lluvias. Aunque el otro fraile se alarmó y quería deshacer el camino andado en busca de cobijo, cuentan que fray Pedro le dijo: «Pasemos, hijo, adelante, que el Señor lo remediará»; añaden que aunque llovía mucho, veían caer el agua a uno y otro lado de ellos, pero no se mojaban.

Mortificaciones

Entre las penitencias y mortificaciones que san Pedro de Alcántara infligía a su cuerpo podríamos citar, por ejemplo, el meterse en estanques de agua helada en el más crudo invierno. Después, salía del agua y dejaba que su vestimenta se secase sobre su cuerpo. Además, como ya hemos citado, diversos testigos aseguran que dormía cada noche poco más de una hora, y que lo hacía sentado o de rodillas. En cuanto a su comida, aseguran que apenas se alimentaba; comía un poco de pan y agua. En sus viajes, dicen que nunca llevaba víveres con los que alimentarse, pues aseguraba que ponía su confianza en la bondad de Dios. Cuando le servían gustosos manjares, con el fin de mortificar su cuerpo, les ponía encima agua o ceniza. Según el padre Moles, «en el manjar que comía echaba muchas veces ceniza, aunque su comida más ordinaria era pan y agua solamente. Y entre suma abstinencia, nunca comió sino un poco de pan mojado en agua fría». Por su padre, Ana de Loáisá, monja clarisa de Plasencia, cuenta que «convidado a comer en casa de su hermano, estando ella presente, entre otras cosas le pusieron un guisado que a él le pareció que olía bien y tomando un jarro de agua fría que tenía allí junto a sí echó buena parte de ella en dicho guisado, y diciendo el dicho su hermano de esta testigo, por qué hacía aquello, respondió que lo hacía porque tenía muchas especias». En palabras del sacerdote placentino Gaspar Gómez, «comía unos mendrugos de pan duro mojados en agua y, si había legumbre cocida comía, pero le quitaba la esencia que tiene con agua y ceniza». Todos estos testimonios y muchos más aparecen recogidos en la obra *San Pedro de Alcántara, estudio documentado y crítico de su vida*, de Arcángel Barrado.

Signos en el cielo

En 1615, el sacerdote Gil González de Velázquez aseguró que su padre le comentó que «habían dicho por cosa cierta que estando en Ávila estuvo un cometa en el cielo todo el tiempo que residió dicho santo en la ciudad de Ávila, tan clara que se veía muy bien con el sol, y después que se partió nunca más la vieron». Igualmente, según cuenta fray José García Santos en su obra *Teresa de Jesús y Pedro de Alcántara*, «la tradición dice que cada vez

que se presentaba en Ávila un cometa revoloteaba sobre su espléndida calva».

A san Pedro de Alcántara le encontró la muerte en Arenas de San Pedro, en casa de un médico que le acogió en su propia casa a fin de darle el mejor tratamiento. Los testigos de Arenas que testificaron en los procesos de beatificación y canonización del santo manifestaron que conocía la fecha y hora de su muerte. En concreto, Andrés Arias, en 1615, aseguró que «oyó decir a su padre que en compañía de Francisco Arias, clérigo cura que había ido a visitar a dicho santo, que él le había dicho que no tuviese cuidado porque él no había de morir hasta cierta hora que le parece dijo había de ser como a las cuatro o a las seis de la mañana y que, puntualmente, había muerto a la hora que había dicho».

El santo falleció el 18 de octubre de 1562. Personas que pudieron ver su cuerpo sin vida afirmaron que tenía los ojos abiertos y que aparecieron «llamaradas en el cielo en el momento decisivo de la separación del alma del cuerpo, y quedó prendida la última visión celeste que tuvieron los ojos del santo». El día de su entierro llovió mucho, pero, igual que en vida del santo, dicen que milagrosamente cesó la lluvia para que todos los vecinos del pueblo y de municipios aledaños pudieran acompañar a este hombre que dedicó su vida a los más necesitados. Igualmente, aseguran que las velas que iban acompañando al cadáver no llegaron a consumirse ni a apagarse durante todo el sepelio. Pocos años después de su muerte, se exhumaron sus restos y comprobaron que, a excepción del pico de la nariz, su cuerpo estaba intacto.

4

LAS ÁNIMAS: LOS FANTASMAS DE LA IGLESIA

Julio Roca Muntañola, en su excelente *Diccionario de Parapsicología*, define el término *fantasma* con estas palabras: «Es una materialización de nuestra propia mente, generalmente excitada o sobreexcitada por alguna causa anormal. No es una aparición espectral. El fantasma muchas veces resulta que es la visita del doble etérico (o cuerpo astral) de algún conocido que tiene la facultad de desdoblarse, consciente o inconscientemente». En cuanto al concepto de *espíritu*, el mismo autor nos explica que puede tratarse de «las almas de aquellos que han vivido sobre la tierra, y que han dejado su envoltura corporal». Y si nos vamos a la definición de *aparición*, Roca Muntañola dice que es «una imagen alucinatoria de una persona viva o muerta». Aunque, como se constata en estas definiciones, el mundo de los fantasmas y de los aparecidos está asociado al ámbito de la parapsicología, si nos desplazamos al sentido más religioso de este fenómeno podremos descubrir que en el universo cristiano se cree en la existencia de personas cuyas almas, después de su muerte, pueden vagar por nuestro mundo sin haber alcanzado la gloria de subir al cielo, o que tienen la facultad de volver a la Tierra y realizar visitas. Vamos a ocuparnos en este capítulo de los fantasmas de la Iglesia.

LAS ALMAS EN PENA Y EL PURGATORIO

Velar por la salvación de los que han fallecido y sacar a las almas del purgatorio es una constante en muchas tradiciones de todo el mundo. Aunque pueda parecer cosa del pasado, a día de hoy se siguen celebrando ritos para interceder ante Dios por los que ya no están, y he tenido la oportunidad de participar en algunos, a fin de poder escribir sobre ellos y que su existencia no se olvide a pesar del paso del tiempo.

«El purgatorio no es un elemento de las entrañas de la Tierra, no es un fuego exterior, sino interno. Es el fuego que purifica las almas en el camino de la plena unión con Dios.» Con estas palabras el papa Benedicto XVI descartaba, en el año 2011, la existencia del purgatorio como espacio físico. Surgía entonces la polémica en cuanto a ese lugar en el que, según la teología católica, van a parar las personas que han muerto con pecados pendientes de absolución. Se ha considerado, tradicionalmente, que estos fallecidos pasaban un tiempo en el purgatorio para purificarse antes de ir al cielo y, también, que las plegarias, las misas y las indulgencias podían contribuir a acortar ese periodo. Es por eso que los creyentes, históricamente, han ofrecido eucaristías, limosnas y oraciones para que sus familiares no pasen por ese trance.

La palabra *ánima* significa en latín «alma» y es como se denomina a estos espíritus que sufren el purgatorio antes de ir al cielo, aunque, además, se hace extensible, en líneas generales, a todas las almas de los fallecidos. Tal y como nos cuenta el investigador José María Domínguez Moreno, «van a ser las cofradías, concretamente las de las ánimas, las que hagan que las almas de los fallecidos se equiparen. El alma concreta perderá su sentido y se convertirá en una parte integrante del conjunto de ánimas que conforman todas las almas de los fallecidos sin importar el estado de la persona a la que perteneció. Todas las almas serán iguales desde el preciso instante en que la cofradía o hermandad de ánimas compre las oraciones, las honras y los oficios que las más pobres y olvidadas necesitan para también lograr la salvación».[1] Así, en el municipio cacereño de Ahigal existía una hermandad de ánimas fundada a principios del siglo XIX. En el acta de constitución de dicha hermandad, rescatada por José María Domínguez

Moreno, encontramos los motivos que justifican su creación, entre ellos: aliviar «los tormentos que sufren las almas en la penosa cárcel del purgatorio».

Tradiciones

La novena de ánimas

Aunque estas hermandades puedan parecer cosa del pasado, todavía existen en Extremadura personas que velan por las ánimas. He podido visitar lugares en los que aún se conservan este tipo de tradiciones; uno de ellos es Pasarón de la Vera, en Cáceres. Una tarde de otoño, minutos antes de que el sol desapareciera hasta el nuevo amanecer, me uní a un grupo de mujeres reunidas en las inmediaciones de la Iglesia del Salvador, en dicho municipio. Durante nueve días, coincidiendo con la celebración de Todos los Santos, recorren las calles y esquinas del pueblo para rezar por las ánimas. Saturna Mateos, de ochenta y cuatro años, una de las devotas, ha conocido este rito desde la infancia: «Esto lo hemos conocido de muchos años, recuerdo que cuando era pequeña, las personas mayores eran las encargadas de seguir con la tradición. Luego, se perdió durante un tiempo, pero más tarde volvió a renacer», me explicaba.



Pedidoras de ánimas en Pasarón de la Vera.

Para realizar la novena de ánimas estas mujeres caminan por el municipio tocando una «esquilita», una campana, en cada esquina. «No se puede hablar con nadie, aunque te digan algo no puedes contestar. Y siempre vas rezando, un Padrenuestro de esquina a esquina del pueblo», asegura Saturna. Si algún vecino se encuentra con esta singular procesión, no puede hablar con ninguna de las presentes, solo mostrar sus respetos, dar un beso a la esquilita, si así lo desea, y continuar su camino en el más absoluto silencio.

El ritual comienza con el toque de la esquila. A continuación, se pronuncia la siguiente frase: «Haced bien, por las benditas ánimas del purgatorio, por el amor de Dios». Después, vuelven a tocar la esquila y continúan rezando un Padrenuestro, un Avemaría y el Gloria al Padre. Cierran el inicio diciendo: «Que las ánimas benditas nos acompañen

siempre». Y siguen su recorrido por Pasarón. «Es una tradición muy bonita, tenemos mucha fe en las ánimas benditas y queremos que no se pierda.» Ese es el deseo de Saturna.

Pasarón de la Vera no es el único pueblo en el que sobrevive esta tradición. Uno de los más ligados a este rito es Tornavacas, en el cacereño Valle del Jerte. Desde hace más de dos siglos todos los días se toca la esquila de ánimas. Muchas de las mujeres que realizan el toque lo hacen por promesa y todas por devoción, con la intención, igual que en Pasarón, de que esta costumbre no caiga en el olvido.

Tampoco debemos olvidar el sombrío tañer de la «esquila de Las Mestas». José María Domínguez explica que «en las Mestas, por riguroso turno, uno de los mayordomos del Cristo, todas las noches del año, tocaba una esquila por las calles salmodiando una lúgubre cantinela que pide las oraciones y el recuerdo para las benditas almas del purgatorio».

La Carvochá y la hoguera de ánimas en Las Hurdes

Son pocos los lugares en los que se mantiene viva la esencia de unos rituales sacralizados por la Iglesia pero que encuentran su origen en el mundo pagano. La comarca extremeña de Las Hurdes es uno de los enclaves en los que perviven estas costumbres. En el corazón de esta región mágica de Extremadura se celebra cada año la fiesta de la Carvochá, últimamente casi siempre tiene lugar en la era de trillar de la alquería de Mesegal. *Carvochá* viene del término *carvochi*, que significa castaña asada, y es una fiesta en honor a los antepasados del lugar.



Encendido de la hoguera de ánimas en la fiesta de la Carvochá en las Hurdes.

Las Hurdes es una comarca muy proclive a conservar este tipo de ritos ancestrales. Lejos del silencio y del recogimiento que se vive en los toques de ánimas que se dan en otros enclaves, el recuerdo a las ánimas asociado a la Carvochá también incluye cantos y danzas alrededor de la conocida como hoguera de ánimas. Este fuego no se enciende de cualquier manera, se hace a través de un conjuro. «Se trata de una ceremonia para conjurar los males del año venidero. Antiguamente se consideraba que comenzaba el año en estas fechas, por eso se conjuraba sobre la hoguera de ánimas hecha con el “tuerdo” de la hoguera del año anterior y se encendía con unos ingredientes muy concretos», en palabras de Félix Barroso, uno de los mayores expertos en tradiciones hurdanas. Un trozo de encina del pasado año (tuerdo), un trozo de

pan, castañas, pelos de cabra y... «un chorro de vino sacado de la parra vieja le mandamos a las ánimas, que no vuelvan a mi puerta. Por las ánimas benditas, recemos un Padrenuestro»; así concluye el encendido. Quizá llame la atención aquello de «que no vuelvan a mi puerta». Hay que explicar que esta forma singular de prender la hoguera entronca con la creencia de que pueda servir para alimentar a las ánimas que podrían presentarse durante la fiesta, para que estén contentas y no se aparezcan en otras ocasiones. El fuego sirve, de manera simbólica, para ahuyentar los males del año venidero y para purificar a todos los presentes. Después, también se produce la bendición del pan de ánimas, y de las castañas y alimentos que se van a asar más tarde en el fuego.

Raíces celtas

La fecha elegida para la celebración de la fiesta no es casual, y es que la tradición guarda una estrecha relación con la celebración del *Samhain* céltico. Este festejo pagano fue uno de los más importantes de la España prerromana, y lo que se conmemoraba, como señalábamos antes, era el nuevo año. Terminaba el verano y comenzaba el invierno. Los celtas tenían una visión cíclica de la vida y esto queda patente en esta fiesta que, simbólicamente, representaba el inicio de la muerte, que termina en un posterior renacer con la llegada de la primavera y del buen tiempo. Tan particular momento del año, cuando los días comienzan a ser más cortos y las noches más largas, se consideraba un momento mágico en el que nuestro mundo podía conectar con el más allá, lo que propiciaba el contacto con los difuntos.

Este contacto era tan real como que los fallecidos podían beber y comer con los todavía habitantes de la Tierra. Y eso es algo que, como indicábamos, también se mantiene vivo en la tradición hurdana, de ahí que se alimente con comida la hoguera de ánimas, que se tiren castañas al aire o que se dejen platos de comida junto al fuego. «En Aceitunilla por tales fechas se queda la mesa sin recoger y el suelo sin barrer, ya que existe la convicción de que las ánimas están de visita. No ha de extrañarnos tampoco que en Martinlandrán y La Huetre permanezca fresca la costumbre de rezar por las ánimas benditas el

día de la matanza, cuando todos los familiares en torno a la mesa responden a las plegarias que dirige el cabeza de familia», apunta Domínguez Moreno. Por todo ello, en la Carvochá es necesario comer, beber y festejar al máximo para que las ánimas estén contentas «a fin de que queden conformes y no se aparezcan el resto del año», recuerda Félix Barroso. Esta creencia no se circunscribe únicamente a Las Hurdes; se trata de un sentimiento universal que se manifiesta, especialmente, en el Día de Muertos de los mexicanos, cuando se hacen altares y se sirven todo tipo de ofrendas en la creencia de que ese día sus antepasados los visitan y abandonan el otro mundo para estar unas horas junto a ellos.

Volviendo a Las Hurdes, no cabe duda de que el más allá está muy presente en las tradiciones del pueblo hurdano. Así lo atestiguan muchos transmitidos en los «seranos», unas tertulias que se celebraban junto al fuego en los meses de invierno antes de que «la luz eléctrica ahuyentara a las brujas», tal y como me han manifestado muchos lugareños. Entre las leyendas de ánimas que recorren Las Hurdes se encuentra aquella que narró Gregorio Martín Domínguez, más conocido como «tío Goyo», a Julio Camarena, investigador de cuentos de tradición oral, y a Félix Barroso. Les contaba tío Goyo la historia de una mujer de Las Mestas que había perdido recientemente a su marido, quien se había portado mal con ella. Le tocaba a la viuda salir aquella semana con la «esquila de ánimas» y se negó por el mal recuerdo que tenía del difunto. Estando dormida aquella noche escuchó el tañer de la esquila, «y se levantó de seguida y fue a ansomalsi a la puerta, y por poco se muere del susto. Es que —¿sabe usted?— vio que la esquila andaba sola por el aire, que diba repicandu sola, y detrás venían unos cuantus en procesión de ánimas, con las sotanas blancas y las velas en las manos, que eran ánimas que andaban penando», relataba el tío Goyo. La mujer no pudo menos que santiguarse y rezar: «Ánimas que vais penando, por estos santos desiertos, encomendarme a mi marido, que tres días lleva muerto». Según tío Goyo, «fue encomendá al su marido y de seguida desaparece la procesión de las ánimas, y la esquila se quedó aposá en un poyo que había allí a la su puerta». Como se observa, la leyenda guarda un gran parecido con la de la Santa Compañía en Galicia o las procesiones de muertos que se dan en

México. Durante un viaje al país azteca, personal que trabaja en el complejo arqueológico de Teotihuacán me contaba que allí han sido varios los trabajadores que, en mitad de la noche, han podido contemplar «una procesión de muertos. Pero solo se ven las lucecitas que portan y se escuchan los ruidos que hacen. Suelen desaparecer cuando llegan a las cercanías de la Pirámide de la Luna».

He encontrado, a lo largo de mi trayectoria, muchos testimonios de personas que creen en las ánimas del purgatorio. Sin ir más lejos, mi tía Juana Romero me aseguraba en el transcurso de la elaboración de este libro que «las ánimas te conceden muchos deseos si les realizas peticiones. Por ejemplo, son muy buenas para cuando necesitas levantarte temprano. Tú les pides a las ánimas benditas que te despierten a una determinada hora y lo hacen, ya sea a través de un ruido o de cualquier cosa. Te levantas a la hora que les pediste».

Versos para las ánimas

Uno de los momentos más especiales de la Carvochá hurdana es el recital de romances en honor a las ánimas. Son pocos los que conocen estas coplas transmitidas durante siglos en la comarca hurdana por tradición oral. «Se iba por las calles del pueblo pidiendo por las ánimas, e iban también los tamborileros. Se tocaban las campanas de las ermitas y cada uno entregaba lo que buenamente podía: castañas, centeno, etc. Eso servía para comprar velas y este tipo de cosas para los difuntos», apunta Félix Barroso. Es lo que se conoce como «el petitorio de ánimas». Durante la celebración de uno de estos rituales escuché a un grupo de mujeres de Nuñomoral (Cáceres) recitar algunas canciones que se entonaban antiguamente durante el petitorio de ánimas: «A las viudas les pedimos limosna por caridad para que sus mariditos alcancen la eternidad. Ánimas son, ánimas son, y si vos compadecéis, ánimas tendréis también. A los viudos les pedimos limosna por compasión para que las espositas reciban el perdón de Dios. Ánimas son, ánimas son, y si vos compadecéis, ánimas también tendréis. Los casados y casadas no dejéis de dar limosna, para que los vuestros padres tengan derecho

a la Gloria. Ánimas son, ánimas son, y si vos compadecéis, ánimas también tendréis. Para que salgan del limbo los niñitos inocentes dadle limosna a las ánimas y el Aquel será clemente. Ánimas son, ánimas son, y si vos compadecéis, ánimas también tendréis. Padres que tuvisteis hijos muertos en la mocedad dadle limosna a las ánimas y ellas os lo pagarán. Ánimas son, ánimas son, y si vos compadecéis, ánimas también tendréis. A los que cierren la puerta con la tranca y el trancón vayan derechos al infierno...».

Pablo Sánchez, de la alquería de Las Erías, es uno de los pocos hurdanos que conocen estos centenarios versos que se encuentran entre las más arraigadas creencias del lugar: «Las ánimas a tu puerta llegan con gran devoción, dale limosna si puedes, no la traigas con perdón. Dásela bien, que si tú la favoreces, ánimas tendréis también. Padres y madres tendréis metidos en aquellas penas dadle limosnas que salgan a gozar la Gloria eterna. Dásela bien, que si tú la favoreces, ánimas tendréis también».

El «animeru» de la ceniza

Existe, igualmente, la figura del «animeru» de la ceniza, que en el contexto de la Carvochá se encarga de hacer una cruz con los restos de la hoguera de ánimas en la frente de todos los asistentes. Este detalle es solo un ejemplo del sincretismo que se produce en esta tradición que mezcla aspectos paganos y religiosos.

Apariciones de ánimas a santos

Hasta ahora hemos contemplado el fenómeno de las ánimas de la Iglesia como una creencia que se palpa en fiestas y en la existencia de cofradías dedicadas a cuidar de las almas en pena del purgatorio; pero, además de estas ánimas, existen relatos de fantasmas que o bien están protagonizados por algún miembro de la Iglesia o son los santos los que reciben estas visitas paranormales; ya hemos comentado anteriormente el caso de la monja sor Mariana de Santa Clara o del muleño Pedro de Jesús, pero existen otros ejemplos parecidos.

Pustet de Ratisbona, en *Vida y escritos de Enrique Susón*,^[2] llamado *Amandus*, cuenta que «solían ir almas, con aspecto de ángeles, a disertar con Enrique Susón en lo relativo al cielo y el infierno. En una de esas, se le apareció el alma de Eckhart (un dominico alemán), que le dijo: “Estoy en el cielo, con una alegría infinita y una inmensa gloria, a semejanza del propio Dios”. Enrique le preguntó qué vida debía seguirse en la Tierra para alcanzar tan suprema aventura. Y el alma de Eckhart respondió: “Renunciar a uno mismo y confiar en Dios plenamente. Recibir todo de manos de Dios y no atribuir nada al hombre, excepto como mensajero del Señor. Ser paciente y amar a quien nos persigue y ofende. Trabajar por ser perfecto como perfecto es el Padre del Cielo”».

Otra historia muy curiosa de apariciones de santos la narra monseñor Guérin en su libro *Vidas de los santos*, donde asegura que los espíritus de santo Domingo y santo Tomás de Aquino se aparecieron para socorrer a san Andrés Avelino. Narra que «san Andrés Avelino iba en un caballo de alquiler para visitar al príncipe Stigliano; fue despedido de la montura, cayó sobre una piedra puntiaguda y se hirió; y como se le había quedado el pie enganchado en el estribo, el caballo asustado, había salido a la carrera arrastrando consigo al eclesiástico por un pedregal. Los espíritus de santo Domingo y santo Tomás de Aquino acudieron en su auxilio, le lavaron la cara cubierta de sangre, le curaron las heridas y lo ayudaron a montar a caballo nuevamente».

En otras ocasiones, los santos se aparecen para anunciar que alguien va a morir. Según recoge José María Eça de Queiroz en su *Diccionario de milagros*, el *Antiguo Breviario de Tours* cuenta que «san Leoncio vivía en Mentenay, donde era abad de un monasterio. Ya en la madurez de la vida, se hallaba tumbado en el baptisterio sobre su estrecho jergón cuando se le aparecieron los espíritus de san Hilario, san Martín y san Agnano, que le dijeron: “Dentro de tres días vendremos para llevarte con nosotros al paraíso”. Regresaron al tercer día y dijeron: “Todo está dispuesto; date prisa y ven a la fiesta”. San Leoncio pidió una demora de tres días para que su cadáver fuera amortajado con una túnica que le habían prometido. Le concedieron la espera, y despachó inmediatamente a un sobrino suyo con la misión de comunicarle a una noble señora que el padre Leoncio estaba a

punto de partir de este mundo y reclamaba su mortaja. “No la he terminado”, respondió la dama, “pero el buen padre Leoncio aún goza de perfecta salud y cuenta con una larga vida por delante. Decidle que se le entregará dentro de tres días”. Tres días después llegó la mortaja, murió el buen abad y volvieron los mismos tres santos a buscar su alma para conducirla al paraíso».

Otro que también se apareció después de fallecido fue un santo que ya hemos citado en nuestro libro: san Felipe Neri; en el proceso de canonización de este religioso se reflejaron episodios como el de Drusilla Fantini, quien aseguró haberse caído desde gran altura, fracturándose la cabeza. «Al instante se apareció el espíritu de san Felipe para consolarla, curarla y vendarla», se asegura.

Por último, hay ocasiones, según reflejan las crónicas, en las que los santos se aparecen con el fin de dar indicaciones sobre sus cuerpos terrenos. Así en *Historia Eclesiástica*, de Nicéforo Calixto, se cuenta que el espíritu de san Bernabé se apareció a Antemio, obispo de Chipre, y le reveló el sitio donde encontraría su cuerpo. En España existe el caso de san Fructuoso, obispo de Tarragona, quien después de su martirio dicen que se apareció a sus hermanos para pedirles que reunieran sus cenizas, para que todas fueran conservadas en el mismo lugar.

Fray Pedro de Villacreces, el religioso que se aparece

Como periodista, he rescatado este tipo de episodios en algunos de mis trabajos periodísticos. Uno de esos encuentros fascinantes lo descubrí en el municipio vallisoletano de Peñafiel.

Sobre las ruinas del que fuera uno de los edificios religiosos más longevos del municipio, el convento de San Francisco, hoy día se alza una bodega. Peñafiel, localidad ubicada en las tierras bañadas por el río Duero en Valladolid, es el lugar idóneo para la crianza de uno de los vinos más afamados de España: el Ribera del Duero. Y allí, el enólogo Javier García Díez, *Cote*, decidió construir su negocio. El terreno elegido fue el solar que antaño ocupaba el antiguo convento de San Francisco. Pertenecía a su familia

desde la desamortización de Mendizábal, cuando fue vendido en subasta pública durante unas fiestas de Peñafiel. «Las tierras pasan a mi abuelo y nosotros las compramos en torno al año 1996. Cuando terminé enología, mi socio y yo decidimos montar una bodega y el sitio elegido fue este», me comentaba Javier en el transcurso de una entrevista.

Durante sus estudios, que transcurrieron en Madrid, García Díez se interesó por la historia de la finca familiar, y acudió en diversas ocasiones a la sede de la orden franciscana para buscar documentación del antiguo convento. Fue este un lugar de gran importancia histórica dentro de la orden por ser sede principal dentro de una extensa zona, y aunque no se conoce con exactitud la fecha exacta de su fundación se cree que se levantó en torno al año 1291. A pesar de decaer su importancia social y religiosa, el convento se mantuvo en pie hasta principios de 1800. Tras la guerra de la independencia española y la desamortización del terreno, empieza a deshacerse su arquitectura y a reutilizarse los materiales del lugar en otras construcciones. «Algunas de las columnas que hay en los soportales de Peñafiel son de aquí y con las piedras hicieron muchas casas», señala Javier García Díez.

La orden fundada por san Francisco de Asís, al que ya hemos aludido cuando hablábamos de sus estigmas, llevaba impresa la huella de una vida religiosa marcada por la austeridad, al igual que hiciera su fundador. Pero con el paso de los años muchos enclaves de la orden fueron perdiendo esa ausencia de grandes lujos. A medida que transcurrió el tiempo y Peñafiel se convirtió en un enclave político importante, el convento de la localidad comenzó a tener poder económico. Fortunato Escribano de la Torre recoge en su obra *Peñafiel, notas históricas* este extremo: «[El convento] fue de los primeros que se fundaron en España, porque de él hace mención en la ya citada Crónica que del rey don Alfonso XI, el Justiciero, escribió Juan Núñez de Villaizán, donde refiere que don Juan Manuel, hijo del infante don Manuel, había ido a oír misa al monasterio de San Francisco, que es fuera de Peñafiel. Y en la Crónica que este infante dejó escrita de su mano, consta que instituyó en su testamento una manda a este Monasterio, consistente en crecida cantidad, y además una cierta limosna anual, en penitencia de haber extraído de él y quitado la vida a cierto hidalgo que se había acogido al

sagrado asilo». También explica que el hidalgo al que don Juan Manuel apuñaló respondía al nombre de Nuño Velaste, aunque se desconocen los motivos de lo ocurrido.

En este ambiente de ganancias y riquezas apareció en el convento fray Pedro de Villacreces, un franciscano que se había alejado del poderío económico de la orden y que predicaba una vuelta a las antiguas costumbres de austeridad.

Este fraile franciscano nacido a mediados del siglo XIV fue el fundador de una rama teológica conocida como la Observancia Franciscana de Pedro de Villacreces. Tanto él como sus seguidores eran reformistas de la regla franciscana a través de puntales como la austeridad y la penitencia. Entre sus mandatos estaban el amor a la pobreza, el rechazo a lo económico y las donaciones obligatorias a los más desfavorecidos. Fray Pedro de Villacreces fue profesor de teología en la Universidad de Salamanca pero abandonó esa vida para hacerse eremita. Tras predicar por distintos puntos de Castilla fundó su ermita de Santa María de la Salceda cerca de Tendilla (Guadalajara), lugar que se convirtió en centro de aplicación de su estricta disciplina. Hasta allí llegaron franciscanos de todas partes para conocer sus enseñanzas, y uno de sus discípulos más importantes fue san Pedro Regalado, patrón de Valladolid. Villacreces falleció en octubre de 1422 en el convento de San Francisco en Peñafiel, donde fue enterrado.



Javier García Díez, *Cote*, con una imagen de fray Pedro de Villacreces.

«Murió en extrañas circunstancias porque se cree que le envenenaron. Vino a hacer una especie de concilio de la provincia eclesiástica de la Concepción y al segundo día de estar aquí le entraron unas fiebres y se murió. Fue enterrado en el altar mayor del convento», me comentaba el enólogo. Por su parte, Escribano de la Torre explica en sus escritos que «el venerable padre Villacreces murió en 1442. Se halló en el Concilio Constanciense, donde le concedió Martino V varios privilegios para su reforma [...]. Sus reliquias

estaban depositadas junto al altar mayor de este convento, en la pared del Evangelio, a dos metros de altura, donde se veía su lucillo con una efigie del Venerable, de alto relieve y piedra de mármol». No he podido encontrar crónicas que hablen de un posible envenenamiento, pero la muerte del padre Villacreces puede ser el detalle clave que explica las apariciones que han tenido lugar en la bodega.

Un visitante desconocido

Corría el invierno del año 1999 cuando la empresa que Cote había ideado en su mente estaba convirtiéndose en realidad. Aunque no estaban terminadas las obras, el enólogo ya trabajaba en el lugar. Y una de esas frías tardes, cuando se hizo de noche, decidió quedarse en el despacho a redactar una carta que debía enviar a una revista. «Cerré la puerta de la calle, que es la única que hay. Y me quedé un rato observando este cuadro», me explicaba.

El retrato no era otro que el de fray Pedro de Villacreces, el antiguo reformador de la orden franciscana. Tras pasar un rato ensimismado en la imagen y en los pensamientos que fluían por su mente, Javier García siguió escribiendo. «De repente, sentí como si hubiera algo o alguien. Y miré hacia la ventana y vi pasar a una persona por delante, cruzándose de un lado a otro», me aseveró. Ante lo imposible de lo ocurrido, el enólogo quiso darle una explicación racional: «Me quedé pensando y me dije: “¿Mi padre?”. Quise usar la lógica así que salí y dije: “¡Eh!” Pero ya no había nadie y era imposible que le hubiera dado tiempo a irse». Se acercó a la puerta de salida, comprobó que estaba cerrada y llamó a su padre por teléfono preguntándole dónde estaba. Cuando le contestó que tomando algo en un hotel fue consciente de que la persona que había pasado ante su ventanal no había sido él, aunque tampoco quiso contarle lo ocurrido.

«Yo vi perfectamente que era una persona la que pasaba. Y aun así quise explicar objetivamente lo que había visto. Entonces pensé que lo que me había pasado era lo mismo que dicen muchas personas de que si observas mucho tiempo algo y después miras a una pared blanca, puedes ver en ella lo que habías estado observando antes. Como yo estaba cansado y había estado

mucho tiempo mirando este cuadro pues igual la mente me había jugado una mala pasada», pensó. Lo que no esperaba aquella noche era presenciar la misma escena una segunda vez.

«Me siento otra vez después de todo esto y de repente vuelve a pasar. Hizo lo mismo, cruzó para el otro lado. Pero cuando estaba cruzando se paró, me miró fijamente y después continuó hacia delante», me contaba el enólogo mientras dibujaba con sus manos la trayectoria de la aparición. Esta vez tuvo la oportunidad de observar con mayor detalle a aquel visitante desconocido, al que describe como una persona de poca altura, achaparrada, y que vestía de color marrón oscuro o negro. En cierto modo le recordaba a su abuelo Teófilo, que había pasado toda su vida en el lugar, pero cuando miró con detenimiento el retrato de fray Pedro de Villacreces vio en él al paseante nocturno.



Cote frente a la ventana por la que supuestamente se apareció fray Pedro de Villacreces.

«Iba en dirección a la parte donde están las barricadas. Así que abrí la puerta, entré y noté que había algo o alguien en ese lugar. Ahí fue cuando me asusté y no quise seguir avanzando. Apagué todo, me fui y no se lo conté a nadie», me expuso con el aplomo y la seguridad que le caracterizan. Él señala que en ninguna de las dos ocasiones en las que presenció la aparición sintió miedo alguno. Más bien habla de que aquel visitante le daba «buen rollo». No comentó lo ocurrido con nadie hasta que una empleada de la bodega fue la siguiente en observar lo imposible.

Otras apariciones

Esta empleada —que prefiere mantener su nombre en el anonimato— ha trabajado durante varios años en el laboratorio de la bodega convento de San Francisco. A la hora de comer, todos se marchaban del negocio y solo se quedaba ella entre aquellas paredes. Almorzaba en su puesto de trabajo y permanecía sola hasta las cuatro de la tarde, hora en la que retomaban la labor el resto de los empleados. El microondas en el que calentaba la comida está ubicado en el propio laboratorio, junto a una ventana que da al mismo patio que la del despacho de Javier García. Una jornada de la primavera del año 2004, a la hora de la comida, la trabajadora se encontraba lavándose las manos de espaldas al patio cuando observó una sombra que cruzaba ante la ventana y se dirigía al interior de la bodega.

«Pensé que alguno de los compañeros había vuelto antes y entonces salí al patio», me aseguró en una conversación que mantuvimos vía telefónica. Preguntó en voz alta para saber quién podría haber llegado al negocio, pero no obtuvo respuesta. Al ver que se encontraba completamente sola se dijo que quizá había sido la sombra de algún animal, como los gatos que a menudo pasean por los tejados del lugar, aunque, como ella misma indica, «se escuchan sus pisadas sobre las tejas, y yo ese día no escuché absolutamente nada». Cuando el resto de los empleados regresaron al trabajo, la encontraron en el exterior, preguntándose aún por lo ocurrido. «Era como

si supiera que aquello no era normal, que había algo raro», indica la testigo. Javier, por su parte, recuerda que cuando él llegó para retomar la tarea se encontró a la empleada fuera del edificio. Asegura que al verla intuyó que cabía la posibilidad de que hubiera vivido algo parecido a lo que le había ocurrido a él. Ella no le contó lo sucedido delante de otros compañeros; esperó hasta que estuvieron a solas para relatarle el insólito suceso. «Me vas a decir que estoy loca, pero te lo juro que estaba comiendo donde el microondas y algo se ha cruzado delante del cristal. Estaba todo cerrado y estaba yo sola.» Así rememora Javier las palabras que pronunciara aquella tarde su compañera. El enólogo le narró a la empleada su experiencia y le mostró el retrato de fray Pedro de Villacreces. Y entonces ella se dio cuenta de que quizá ambos habían visto lo mismo.

Otra de las personas que el dueño cree que han podido presenciar el fenómeno fue una de las trabajadoras en prácticas que han pasado por allí. «La mandé a por una cosa a la nave de envejecimiento y al volver me dijo: “Oye, hay un señor dentro de la nave, creo que ha salido por la puerta de fuera”.» Ella no sabía que esas puertas están trabadas y no se pueden abrir, pero el enólogo no quiso explicárselo y le dijo que sería su padre o alguien que estuviese por allí, aunque no pudo evitar pensar que, seguramente, el personaje que había visto era quizá el mismo que él y la encargada del laboratorio habían visto con anterioridad.

Huesos y desapariciones en el convento

Aunque las visiones del paseante desconocido se han repetido en varias ocasiones, el enólogo asegura que él nunca ha vuelto a verlo. Y en relación a otros fenómenos extraños que puedan haberse producido en la bodega, solo argumenta la desaparición de objetos de poco valor que a veces no encuentra. «Cuñas de madera, por ejemplo. Yo siempre las dejo colocadas y cuando voy a cogerlas no hay. Pregunto a los empleados y me dicen que ellos no las han cogido. Y así con este tipo de objetos que no cuestan nada, pero todo siempre en esta zona, en la nave de envejecimiento», me explicaba durante la visita que realicé a la bodega. Ese sector en el que se ha dado la fenomenología

paranormal coincide con el lugar en el que estaban ubicadas las antiguas caballerizas del convento. Hoy día es el rincón destinado al envejecimiento del vino.

Durante la reforma del terreno y la construcción de las instalaciones pudieron encontrar huesos humanos en la zona donde se alzaba el claustro del antiguo edificio religioso. Era habitual que los franciscanos se enterraran alrededor de estas estancias, por lo que no les extrañó encontrar restos de hasta 47 individuos.

Los de fray Pedro de Villacreces, concretamente, fueron sepultados en el altar mayor, pero con los vaivenes históricos de episodios como la Guerra de la Independencia española, se perdió el rastro de los mismos. Lo que sí permanece muy nítido en el imaginario del lugar es el recuerdo al franciscano que quiso volver a los antiguos valores de la orden. Y más allá de la relación que pueda tener con las insólitas apariciones que se han presenciado en la bodega, el enólogo no alberga miedo alguno al recuerdo de aquella noche de invierno. «Yo solo cuento lo que a mí me ha pasado. Y sinceramente no me transmitió miedo. Y quizá eso explique el buen rollo que hay en la bodega. Es más, tenemos mucha suerte en muchas cosas», me decía, relacionando la buena estrella con el desubicado paseante. Y es que el misterio de algunos momentos puede irradiar su magia a lo largo del tiempo. Como una impronta imborrable. Como un recuerdo, positivo en este caso, de que hay escenas que se sienten hondo aunque no se puedan comprender.

5

MANIFESTACIONES DIABÓLICAS

Es una de las creencias más arraigadas del catolicismo: existe Dios, pero también el diablo. De hecho, ha sido considerado como uno de los pilares sobre los que se asienta la religión cristiana. A este personaje se le atribuyen todos los males; es el encargado de tentar a los hombres y de apartar al ser humano del camino de Dios, según se ha divulgado desde hace siglos en obras de contenido eclesiástico. Aunque hubo una época de nuestra historia en la que el demonio era un personaje cercano, real, que podía interactuar con cualquiera, sin importar el lugar o el momento, hoy día, en una sociedad secularizada, la figura del diablo es una especie de fantasía recurrente en el cine, pero puesta en duda por muchos. Sin embargo, todavía existen fiestas, testimonios y sacerdotes cuyas vidas están marcadas por la existencia del maligno.

QUIÉN ES EL DIABLO

Tal y como afirma Francisco J. Flores Arroyuelo en *El diablo y los españoles*, «la difusión de la figura del diablo como tentador y causante de las equivocaciones de los hombres está íntimamente ligada a la propagación de la idea reparadora y salvadora». Desde esa óptica, los predicadores de la Iglesia, a lo largo de la historia, han difundido la idea de que el bien está

representado por Dios y el mal estaría representado por el diablo. Esas fuerzas opuestas que aparecen en todas las culturas del mundo son personificadas en esta concepción católica. Así, durante toda la Edad Media, los frailes predicadores difundieron la idea de que existía un siniestro personaje que vagaba por el mundo desarrollando una labor de tentación y de perdición, hasta tal punto que dejó de ser un ente abstracto, para convertirse en «alguien» que igual que cualquier otra persona, existía sobre la Tierra y cualquiera podía encontrarse con él. Por tanto, el diablo acompañaría al hombre en su vida cotidiana y podría provocar episodios como los protagonizados por sor Mariana de Santa Clara, de quien ya hablamos con anterioridad.[1]

Además, la literatura ayudó a la difusión de esta idea. «Alfonso X el Sabio, el infante don Juan Manuel, Berceo, el recopilador del *Libro de los Exemplos*, pueblan sus libros doctrinarios de avisos y ejemplos en los que el diablo hace caer al hombre en el pecado. Otros, como el papa Luna en su *Libro de las consolaciones de la vida humana, tratado sobre los conocimientos que ha de poseer el hombre para alcanzar el estado virtuoso*, recuerdan, apoyados en cientos de citas teológicas, la tesis cristiana de lo que es y de lo que representa el diablo, así como toda la doctrina justifica su existencia», aclara Flores Arroyuelo en su obra.

Pero ¿quién es el diablo? En obras que fueron muy difundidas en España, como el *Speculum Laicorum*, se advertía de que el diablo pecó contra Dios; por este motivo, fue expulsado al infierno y ocupa su tiempo en hacer que los hombres caigan en sus engaños. Este tipo de obras no solo adoctrinaban acerca de la existencia del maligno, pues también daban consejos sobre cómo librarse de él. Uno de los métodos más efectivos, según se creía, era hacer la señal de la Cruz. Cuando se habla de Satanás se alude a la historia del ángel caído que renunció a Dios y se convirtió en su mayor enemigo. En palabras de Manuel Jesús Palma, autor de *La estirpe de Fausto. Los pactos con el diablo a lo largo de la historia*, «previa expulsión del paraíso, el diablo era llamado Lucifer (el portador de la luz), y era uno de los ángeles fieles a Dios. De hecho, se dice que era el mejor y más perfecto de ellos. Sin embargo, su soberbia le hizo caer, y el orgullo de intentar compararse con su creador

precipitó su caída a los infiernos, pasando entonces a ser conocido como satanás [...]. De hecho, el término satanás proviene del hebreo antiguo y significa “adversario”».

El diablo, un espíritu con muchos disfraces

Mucho se ha especulado sobre el aspecto del diablo, y la opinión más generalizada a lo largo de la historia de la Iglesia es que este siniestro personaje puede manifestarse de cualquier forma. La razón es sencilla: el demonio es un espíritu. En el Evangelio según san Lucas, aparece este concepto en el momento en el que se narra la aparición de Cristo a los discípulos: «Sobresaltados y despavoridos, creían ver un espíritu. Y les dijo: “¿Por qué estáis conturbados? ¿Por qué se levanta ese vaivén de pensamientos en vuestros corazones? Ved mis manos y mis pies, que yo mismo soy; palpadme y ved que un espíritu no tiene carne y hueso, como veis que yo tengo”».[2] Por tanto, en palabras de Jesús, los espíritus no tenían un cuerpo físico, motivo por el que podían aparecerse, según se creía, bajo cualquier aspecto. Incluso bajo la forma de un objeto. Según algunos estudiosos, este es el motivo por el que existía la costumbre de bendecir los alimentos, como precaución contra el diablo. Realmente, estamos rodeados de tradiciones que encuentran su razón de ser en la existencia de este personaje. Un ejemplo son las gárgolas que adornan las portadas de muchas catedrales y similares edificios religiosos. Estos seres monstruosos, dragones y animales fantásticos, se situaron en estos espacios para advertir al demonio de que allí se ubicaba un lugar sagrado al que él no tenía acceso.

Consultando obras antiguas a este respecto, encontramos descabelladas teorías sobre el aspecto del demonio. Así, en el *Malleus Maleficarum* puede leerse: «Toma un cuerpo aéreo, y en algunos aspectos es terrestre, en cuanto una propiedad terrestre, al condensarse; y esto se explica como sigue: el aire no puede tomar forma definida por sí mismo, salvo la forma de otro cuerpo en el cual él está encerrado. Y en este caso no se encuentra rodeado por sus propios límites, sino por otros diferentes; y una parte del aire continúa en la

siguiente. Por esto no puede llegar a tomar forma simplemente un cuerpo aéreo. Sabed, además, que el aire es de todas maneras la materia más cambiante y fluida y una prueba de esto es que cuando alguien ha tratado de cortar o perforar el cuerpo falso de un demonio con una espada, no ha podido porque las dos partes del aire se unen otra vez».

Hay otros autores antiguos, como Pierre de Loyer, que pensaban que el diablo utilizaba cadáveres para habitarlos. Esto entroncaría con los relatos en los que el demonio aparece convertido en formas monstruosas, pero no olvidemos que los libros de temática religiosa están llenos de pasajes en los que el maligno toma formas amables y es capaz de encandilar a cualquiera. En este sentido, es interesante aludir a las supuestas relaciones sexuales que el demonio podía mantener, según se creía, con algunas personas. Hablamos de los denominados demonios íncubos y súcubos. Según el demonólogo fray Martín de Castañega, citado por Flores Arroyuelo, «íncubos se llaman cuando tomando cuerpo y oficio de varón participan con las mujeres; súcubos se dice cuando por el contrario, tomando cuerpo y oficio de mujer, participan con los hombres. En los cuales actos ningún deleite recibe el demonio, porque no tiene ni naturaleza que pueda sentir cosa corporal ni deleite carnal». Los autores del *Malleus Maleficarum* contemplan la posibilidad de que el demonio pueda fecundar con su semen a la mujer; para fundamentar esta opinión se apoyaron en pasajes de la Biblia como este del Génesis: «En aquel entonces había gigantes en la tierra (y también después), cuando los hijos de Dios se unieron a las hijas de los hombres, y ellas les daban hijos».

[3]

El pacto diabólico

Otro aspecto muy recurrente de la demonología es la existencia de un pacto mediante el cual hay personas que se comprometen a servir al diablo. Según los autores cristianos que desarrollaron este concepto durante la Edad Media, había fieles que renegaban de Dios en virtud de un pacto formal con el demonio con el fin de lograr maravillas y gracias que no eran capaces de conseguir de otro modo. Qué duda cabe de que esta creencia sirvió para que

la Inquisición condenara a muchas personas, atribuyéndoles estos pactos que no podían comprobar de manera fehaciente.

Esto del pacto, según los demonólogos, era una especie de sacramento a la inversa, de bautismo para con el diablo, pues mediante este proceso entregaban su alma al maligno. También existía la creencia de que el demonio, cuando una persona formalizaba un pacto con él, exigía a sus acólitos que tomaran un nuevo nombre. ¿Y cómo se sellaba el pacto? En los libros de demonología se cita desde la firma física de un contrato hasta una prenda, algún objeto material o un poco de sangre.

La marca del diablo

«Si alguno adora la bestia y su imagen y recibe su marca sobre su frente o sobre su mano, también este beberá del vino de la cólera de Dios...»^[4] Estas palabras aparecen en el Apocalipsis, texto bíblico que sirvió como fundamento a esta creencia que tan extendida estuvo entre los inquisidores. Aquel que siguiera al diablo tendría una marca que le caracterizaría como adorador de satanás. Esto era muy peligroso porque cualquier mancha cutánea o parte insensible del cuerpo de una persona podía servir para que fuera condenada por el Santo Oficio. Y es que el carácter esencial de la marca diabólica era su total falta de sensibilidad y gran variedad de formas como la pata de un sapo, de una liebre, etc. Podía estar situada en cualquier parte del cuerpo, aunque los inquisidores prestaban especial atención a lengua, ojos, nariz y genitales.

A pesar de que cualquiera podía ser relacionado con el demonio, las mujeres corrían un especial peligro porque se las consideraba cercanas al diablo. En palabras del franciscano Gerónimo Planes, citado por Flores Arroyuelo, las mujeres son «el instrumento más eficaz que el demonio ha tenido, y tiene, para engañar a los hombres». Tertuliano, por su parte, considera a las mujeres «la puerta del infierno, manifestadora del árbol vedado, primera transgresora de la divina ley». Como se observa, esta persecución contra la mujer ponía a cualquier fémina en peligro de ser asociada con el demonio, especialmente las ancianas. El demonólogo español

fray Martín de Castañega, en su *Tratado de las supersticiones y hechicerías*, afirma que «son de las mujeres viejas y pobres, que de las mozas y ricas, porque como después de viejas los hombres no hacen caso dellas, tienen recurso al demonio, que cumple sus apetitos, en especial si cuando mozas fueron inclinadas y dadas al vicio de la carne».

La expulsión de los demonios

En la Europa medieval las enfermedades mentales pertenecían al dominio de la religión. Su curación solo podía ser lograda por los sacerdotes; en este tiempo, los enfermos mentales pasaron a considerarse poseídos. Para su curación debían ponerse en manos de religiosos que pudieran expulsar al diablo del organismo humano. Esta creencia ha estado arraigada a lo largo de toda la historia del cristianismo e incluso en otras culturas en las que la existencia de espíritus negativos, gnomos, duendes, etc., entroncaba con la consideración de que podían poseer a una persona y era, por ende, necesario realizar rituales de expulsión.

Muchos son los tipos de actos de limpieza de los malos espíritus, aunque, desde la óptica cristiana, el que se ha considerado más efectivo y el que se ha perpetuado a lo largo de los siglos es el acto de la palabra. Los exorcistas, los encargados de producir estas expulsiones, daban órdenes a estos espíritus con el fin de liberar las almas de los posesos. Antaño se divulgó la idea, igualmente, de que era importante conocer el nombre del espíritu. Los demonólogos antiguos creían que cada espíritu maligno tenía un nombre; si el exorcista lograba descubrir el nombre de ese demonio podía liberar a la persona poseída.

Esta facultad de determinadas personas de poder practicar exorcismos no nace con el cristianismo. El pueblo judío creía que había quienes nacían con el don de poder sacar los demonios del cuerpo. Uno de aquellos exorcistas, como vimos en capítulos anteriores, fue Jesús de Nazaret.

Jesús, el exorcista

San Marcos nos cuenta uno de los exorcismos practicados por Jesús: «Vinieron al otro lado del mar, a la región de los gadarenos. Y cuando salió él de la barca, enseguida vino a su encuentro, de los sepulcros, un hombre con un espíritu inmundo, que tenía su morada en los sepulcros, y nadie podía atarle, ni aun con cadenas. Porque muchas veces había sido atado con grillos y cadenas, mas las cadenas habían sido hechas pedazos por él, y desmenuzados los grillos; y nadie le podía dominar. Y siempre, de día y de noche, andaba dando voces en los montes y en los sepulcros, e hiriéndose con piedras. Cuando vio, pues, a Jesús de lejos, corrió, y se arrodilló ante él. Y clamando a gran voz, dijo: “¿Qué tienes conmigo, Jesús, Hijo del Dios Altísimo? Te conjuro por Dios que no me atormentes”. Porque le decía: “Sal de este hombre, espíritu inmundo”. Y le preguntó: “¿Cómo te llamas?”. Y respondió diciendo: “Legión me llamo; porque somos muchos”. Y le rogaba mucho que no los enviase fuera de aquella región. Estaba allí cerca del monte un gran hato de cerdos paciendo. Y le rogaron todos los demonios, diciendo: “Envíanos a los cerdos para que entremos en ellos”. Y luego Jesús les dio permiso. Y saliendo aquellos espíritus inmundos, entraron en los cerdos, los cuales eran como dos mil; y el hato se precipitó en el mar por un despeñadero, y en el mar se ahogaron. Y los que apacentaban los cerdos huyeron, y dieron aviso en la ciudad y en los campos. Y salieron a ver qué era aquello que había sucedido. Vienen a Jesús, y ven al que había sido atormentado del demonio, y que había tenido la legión, sentado, vestido y en su juicio cabal; y tuvieron miedo. Y les contaron los que lo habían visto, cómo le había acontecido al que había tenido el demonio, y lo de los cerdos. Y comenzaron a rogarle que se fuera de sus contornos. Al entrar él en la barca, el que había estado endemoniado le rogaba que le dejase estar con él. Mas Jesús no se lo permitió, sino que le dijo: “Vete a tu casa, a los tuyos, y cuéntales cuán grandes cosas el Señor ha hecho contigo, y cómo ha tenido misericordia de ti”».[5]

En este tipo de pasajes se presenta a Jesús de Nazaret como un experto exorcista, conocedor de las más diversas técnicas de expulsión de demonios. En otro capítulo, san Marcos cuenta: «Y respondiendo uno de la compañía, dijo: “Maestro, traje a ti mi hijo, que tiene un espíritu mudo, el cual, donde

quiera que le toma, le despedaza; y echa espumarajos, y cruje los dientes, y se va secando: y dije a tus discípulos que le echasen fuera, y no pudieron”. Y respondiendo él, les dijo: “¡Oh generación infiel! ¿Hasta cuándo estaré con vosotros? ¿Hasta cuándo os tengo de sufrir? Traédmelo”. Y se lo trajeron: y como le vio, luego el espíritu le desgarraba; y cayendo en tierra, se revolcaba, echando espumarajos. Y Jesús preguntó a su padre: “¿Cuánto tiempo ha que le aconteció esto?”. Y él dijo: “Desde niño. Y muchas veces le echa en el fuego y en aguas, para matarle; mas, si puedes algo, ayúdanos, teniendo misericordia de nosotros”. Y Jesús le dijo: “Si puedes creer, al que cree todo es posible”. Y luego el padre del muchacho dijo clamando: “Creo, ayuda mi incredulidad”. Y como Jesús vio que la multitud se agolpaba, reprendió al espíritu inmundo, diciéndole: “Espíritu mudo y sordo, yo te mando, sal de él, y no entres más en él”. Entonces el espíritu clamando y desgarrándole mucho, salió; y él quedó como muerto, de modo que muchos decían: “Está muerto”. Mas Jesús, tomándole de la mano, lo enderezó y se levantó. Y como él entró en casa, sus discípulos le preguntaron aparte: “¿Por qué nosotros no pudimos echarle fuera?”. Y les dijo: “Este género con nada puede salir, sino con oración y ayuno”. Y habiendo salido de allí, caminaron por Galilea; y no quería que nadie lo supiese».[6]

En estos pasajes se pone de manifiesto la característica principal que, a lo largo de toda la historia del cristianismo, se ha otorgado al exorcista: una indubitable confianza y fe en Dios. Con todo, en los tratados de demonología de la Edad Media ya se aconseja a los encargados de expulsar demonios consultar con expertos para distinguir entre las personas que padecen una enfermedad mental y los auténticos endemoniados. Entre las atribuciones que se les hacía a estos últimos está desde el rechazo de la cruz y cualquier otro elemento eclesiástico hasta la denominada xenoglosia, la capacidad de hablar idiomas desconocidos para el poseído.

Antaño se tenía la creencia de que el exorcismo debía realizarse en iglesia o lugar sagrado y ante testigos que, en ningún momento, podían dirigirse al demonio ni hacerle pregunta alguna. Creían, igualmente, que el mejor día para realizar estas expulsiones era en fechas señaladas como la Navidad, la Asunción de la Virgen... o cualquier lunes, porque consideraban que era el

segundo día de la creación y la jornada en la que Lucifer cayó al infierno.

Hasta ahora hemos hablado de tradiciones muy antiguas, de autores que con sus escritos, pueriles en muchas ocasiones, han ayudado a configurar esa concepción del diablo que pervive entre los católicos. Podría parecer que todas estas historias sobreviven hoy día a modo de leyendas, pero nada más lejos de la realidad. Y una de las pruebas es la existencia de los sacerdotes exorcistas.

Exorcismos en el siglo XXI

Durante la investigación que llevé a cabo para elaborar este libro tuve la oportunidad de conocer a varios exorcistas. Algunos con una dilatada experiencia en este campo y otros nombrados hace apenas un año. Gracias a la documentación antigua a la que tuve acceso, así como a las entrevistas con estos sacerdotes, he podido hacerme una idea de las herramientas de las que la Iglesia se sirve hoy día para luchar contra el demonio.

Una misión nada fácil

Antonio María Rejano Caballero es párroco de la localidad extremeña de Jerez de los Caballeros y exorcista que lleva ostentando este cargo poco más de un año. Según me explicó durante la entrevista que mantuvimos, se convirtió en exorcista por nombramiento del obispo de su diócesis. «Esto se debe realizar por nombramiento episcopal. Y luego uno necesita formarse. Yo participé en un curso de formación en Roma para poder desempeñar este trabajo. No es nada fácil llevar a cabo esta misión dentro de la Iglesia.» El sacerdote confiesa, como otros con los que he hablado, que rara vez uno tiene la oportunidad de decidir si quiere ejercer este cargo o no. Siempre surgen dudas: «No es fácil entregarse a un cargo así, pero como tenemos promesa de obediencia, si el obispo nos pide un favor o una misión, uno dice que sí. Siempre y cuando pueda. Yo, antes de ser nombrado por el obispo, ya participé con el anterior exorcista, como colaborador. A partir de ahí se inició

todo», asegura.

El padre Antonio María comparte conmigo los recuerdos que tiene de la formación que recibió en Roma. Explica que «en el curso que se realiza hay expertos que te explican todo lo que ellos han ido viviendo. Es verdad que nosotros, muchas veces, lo único que tenemos en mente con respecto al tema del exorcismo y de la posesión diabólica, es el cine. Y no tiene nada que ver. Esto no quiere decir que no se den situaciones parecidas a las que ahí aparecen, en las películas, pero bueno, muchas veces es muy puntual el caso que el cine nos presenta».

Recuerda su primer exorcismo como un momento de gran responsabilidad: «Considero que es de esos momentos críticos, clave en la vida de un sacerdote. Es desde ahí desde donde uno tiene que vivir este ministerio de la Iglesia, desde la cercanía con la persona. Tú puedes hablar perfectamente con la persona antes del exorcismo, y también después. Durante el exorcismo hay que pedirle mucha fuerza a Dios, para poder vivir ese momento con la intensidad que merece y con la oración que se requiere. Además, no está uno solo, tienes a un grupo de personas alrededor, que rezan contigo para que esa persona pueda salir de esa situación lo antes posible».

Cuando pregunté al exorcista por las características del poseído, señala que la fundamental es «un rechazo a todo lo religioso, aunque no siempre es así. El demonio también es sabio e intenta engañar a la persona que tiene delante. Pero, fundamentalmente, es un rechazo a todo lo religioso, todo lo relacionado con Dios. No pueden ver imágenes de Jesucristo ni de la Virgen, porque les causan rechazo. Sienten frío. Y también hay situaciones de pánico, incluso. Con todo, hay algunas personas que, en estado de posesión, pueden entrar en una iglesia, pero se sienten raras, están deseando salir».

El ritual del exorcismo

Según me explicó el párroco de Jerez de los Caballeros, el exorcismo es un ritual que tiene sus pasos marcados, desde la aspersion del agua bendita hasta encomendarse a los santos y a la palabra de Dios, así como el pronunciamiento de las oraciones específicas que existen para este rito. «Son

oraciones que tienen una fuerza muy grande en las expresiones de esa presencia de Dios. Durante el exorcismo, hay momentos más virulentos por parte de la persona que está siendo exorcizada e incluso situaciones en las que te das cuenta de cómo ese mal quiere salir y se descubre perfectamente que esa persona puede ser poseída o estar en situaciones de posesión en su vida», expone. Para tener la seguridad de que alguien está poseído por el demonio, el exorcista asegura que se requiere «que la persona que vaya a realizar este ritual lleve un informe psicológico, psiquiátrico, de un especialista. Para descartar que sea una enfermedad mental. En algunas ocasiones, en lugar de realizar el rito del exorcismo, se realizan oraciones de liberación, que te pueden dar pistas de si esa persona está poseída o no». Con respecto al número de exorcismos que viene realizando, explica que no son muchos: «Sí tienes entrevistas con gente que quiere presentar sus casos, pero cuando les dices que tienen que traer un informe psicológico, empiezan a tener dudas. Porque, primero, no nos podemos reír del Señor; y a lo mejor es el diablo quien se está riendo de nosotros. En un año, en el tiempo que llevo nombrado, han sido cuatro o cinco exorcismos, y entrevistas más del doble. Puedo decir que hay personas que han quedado limpias, con lo cual están muy agradecidas».

El exorcista también me explicó que, aunque se dan todo tipo de casos, el perfil más abundante entre quienes le solicitan ayuda son personas entre los treinta y los cuarenta y cinco años. «Unas veces son ellos los que tienen la iniciativa. Otras veces, la familia», asegura. Impresiona escuchar al padre Antonio María porque un tema que podríamos considerar cosa del pasado en pleno siglo XXI, está presente, sin embargo, en muchos fieles que siguen acudiendo a los exorcistas en busca de ayuda. «La presencia del demonio está, y cada vez más, en nuestra sociedad. Hoy por hoy el mal existe. Queremos ser hombres y mujeres de bien, pero el mal está en nuestro mundo. Ese mal está propiciado por el demonio. Es algo de lo que no nos gusta hablar, pero en esta sociedad descreída, totalmente secularizada, creo que es importante que nos demos cuenta de que ese mal está ahí y de que eso está influenciando de manera muy seria nuestra sociedad actual. Desde la gente más joven a la gente más mayor. No tienen miedo de realizar prácticas

satánicas, magia negra, satanismo, etc. Gente con madurez, no solo joven, realizando ritos satánicos, o algo tan simple como pueda ser una tabla ouija, todo esto puede perjudicar de manera muy concreta a la persona. Está dañándole interiormente. Porque de quien te estás llenando no es de sabiduría. Te estás llenando del mal. Te estás llenando del demonio», aclara.

A solas con el padre Fortea

Le conocí en la capilla del Hospital Universitario Príncipe de Asturias de Alcalá de Henares (Madrid). Estaba celebrando una eucaristía en la que disertó, durante la predicación, de los signos que nos hablan del fin del mundo. Al concluir la misa, el periodista Yohanan Díaz Vargas y yo tuvimos la oportunidad de estar a solas con José Antonio Fortea, uno de los exorcistas más conocidos no solo de España, sino a nivel mundial.

El sacerdote, que igual que Antonio María Rejano reconoce que le ha tocado ejercer un ministerio nada fácil, se mostró un tanto preocupado por el futuro incierto de esta labor exorcista. En sus propias palabras, «en Europa ha habido unos años que se han nombrado muchos exorcistas, pero yo ahora veo un gran problema y es que, antes o después, alguno de los que no han seguido con los exorcismos, indudablemente si no siguen con los exorcismos acaban yendo al psiquiatra, y algún psiquiatra va a aconsejar que ponga una demanda judicial. Entonces, antes o después, habrá algún juicio contra algún exorcista, y por supuesto, el juez se va a limitar a pedir la opinión de dos o tres psiquiatras más; y, por supuesto, ningún psiquiatra va a defender el exorcismo. Hay psiquiatras que sí que lo defenderían, pero públicamente no lo van a hacer. Entonces, yo creo que sí, después de una, dos o tres condenas judiciales en varios países se van a poner medidas de precaución sobre el exorcismo por parte de las autoridades eclesiológicas, que en la práctica supondrá que van a desaparecer».

El padre Fortea nos compartió, igualmente, el caso de un exorcista conocido suyo: «He hablado del futuro, porque ahora mismo no estamos teniendo problemas. Pero voy a exponer un caso concreto. Un sacerdote que conozco muy bien hizo el exorcismo de una chica. Por supuesto, ella

consintió el exorcismo, los padres también y no hubo problema. Pero después, una tía suya consideró que eso era inaceptable. Y como los exorcismos habían empezado antes de que tuviera dieciocho años, lo denunció ante los tribunales. No la apoyaron ni los padres ni la posesa, pero el caso fue admitido a trámite. Después el juez, viendo todas las circunstancias, consideró que no se había vulnerado la ley en nada, y el sacerdote fue absuelto sin ningún cargo. Pero otro juez puede limitarse a decir que vengan tres psiquiatras para preguntarles: “¿Creen ustedes que le han hecho bien los exorcismos?”. Y van a decir que no. Entonces no importa que tú hayas liberado a cien o a mil, el juez te va a juzgar por los informes de unas personas que no creen en los exorcismos».



Lourdes Gómez entrevistando al exorcista José Antonio Fortea.

El padre Fortea parece que habla desde el interior. Antes de nuestra entrevista, toma una actitud de recogimiento, repliega la mirada hacia sí mismo y nos confiesa que nunca estuvo en su mente convertirse en exorcista. «La ley canónica lo deja claro: solo ejercerá el exorcismo el sacerdote que tenga permiso para ello de su obispo. La mayor parte de los exorcistas tampoco quisieron ser exorcistas. Yo mismo nunca pretendí ser exorcista, ni se lo pedí a mi obispo, ni estuvo en mis ideas. Cuando fui metido en esto por mi tesina de la licenciatura, no era mi intención seguir. Pero sí que hay algunos casos en los que la voluntad de Dios es muy clara. Dios llama a algunos sacerdotes a ejercer este campo como a otros les llama a atender a los enfermos y a otros a los pobres. Hay sacerdotes que claramente Dios les ha dado unas circunstancias, unas cualidades personales que después de toda una vida uno dice: “Sí, era la voluntad de Dios que este sacerdote se dedicara al exorcismo”. El ejemplo del padre Gabriele Amorth es muy claro. En mi caso, no se me pasó por la cabeza ni una sola vez cuando estaba en el seminario. A mí me encargó un obispo que hiciera la tesina de licenciatura sobre el tema del exorcismo y me acuerdo que le dije que no, y le di una serie de razones [...]. Pero me lo mandó. Y después me vinieron los casos. Durante mucho tiempo yo pensé que eso iba a ser solo una temporada, unos meses en todo caso. Después, cuando ya vi que cada vez venían más casos y que había pasado mucho tiempo sí que vi que era un ministerio. Y entonces yo creí que era mejor que no siguiera. Dije ya he hecho muchos, ya he publicado un libro, mi cupo en este campo ya está cubierto [...]. Pero el mismo día que tomé esa decisión me llamó una madre, para hablarme de su hija, y yo no me sentí con fuerzas para decirle que no. Y seguí.»

El concepto del mal

Con todo, el padre Fortea reconoce que del mal no solo es responsable la figura del demonio. «Para mí eran personas concretas que tenían espíritus concretos. No lo veía como algo épico, grandioso a nivel cósmico. Con los años sí que empecé a comprender que el exorcismo tenía una faceta debilitadora de todo el poder de las tinieblas. Pero, al mismo tiempo que

reconozco esa faceta, que allí donde se hace un exorcismo se debilita el poder del infierno, en todas partes, un poquito, al mismo tiempo también tiene una influencia muy importante todo el bien que se hace en la Iglesia. El que ayuda a leprosos en una isla de Filipinas o el que ayuda a refugiados en un campo en África..., todo eso es una lucha contra el mal. Porque el mal no es solo el demonio; yo incluso diría que el mal extraordinario demoníaco es solo una parte pequeñísima del mal. Alguien tiene que dedicarse a sacar esos espíritus malignos, pero de la mayor parte del mal somos nosotros los responsables. Aunque no hubiera demonios. Y los grandes males terribles, los dictadores que privan a las personas de la libertad que Dios les ha dado, la opresión de los pueblos, ese mal inmenso es fruto de los hombres. Eso no se arregla con un exorcismo.»

Para discernir sobre si una persona estaba o no endemoniada, cuando ejercía como exorcista, el padre Fortea asegura que «primero lo que hacía siempre era hablar con la persona, para ver cómo era su situación mental y qué le pasaba, a ver si era razonable o no, y después oraba por ellos. Y había algunas personas que no sentían nada. Y otras personas de pronto sí que sentían algo malo, un dolor o ganas de vomitar, o como un anillo de hierro que les apretaba la cabeza o un cosquilleo por todo el cuerpo, es variado. Esto es influencia demoníaca. Otras personas tenían posesión. Caían al suelo, se ponían a gritar, a blasfemar, de un modo muy violento. Eso ya es posesión».

Cuando un espíritu ocupa el cuerpo de una persona, según el padre Fortea, se manifiesta adaptándose a la cultura del poseso: «Las características son iguales en todo el mundo pero teñido de todo el estilo propio de ese ambiente concreto en el que se esté. Por ejemplo, cuando había posesiones en el mundo azteca, antes de la llegada de los españoles, entraban en trance, se ponían furiosos, atacaban a otros, es decir, lo mismo de siempre, pero todo lo que decían se teñía de la mitología, de las creencias, de los aspectos de la brujería del lugar donde están, y les va a hablar un lenguaje comprensible para ellos. En una Europa cristiana el demonio va a hablar con el bagaje del cristianismo». Y añade: «Aunque la gente piensa que los demonios hablan la más alta teología, latín, alemán y demás, no suele ser así. Algún caso he conocido, pero no es lo normal. Lo normal es que, incluso los auténticos

casos de trance en los que ya no es el individuo, el espíritu habla a través de los esquemas mentales y el vocabulario de la persona en la que está. He conocido excepciones, pero muy pocas. Alguien dirá, “esta es la prueba de que no es una posesión”. Bien, reconozco que no es un argumento nada a favor, que los espíritus suelen hablar con las categorías de la persona en la que están. Ahora bien, aunque eso no es un punto a favor, sin embargo sí que la persona queda liberada. Y hay casos que clarísimamente debería ser esquizofrenia, pero si quedan liberados es que no era esquizofrenia. Hay casos que los he seguido más de diez años, incluso alguno más de quince, y nunca más han vuelto a tener un problema, por eso sé que era un espíritu, no un trastorno límite de la personalidad, por ejemplo».

El fervor religioso juega malas pasadas

Interrogué al padre Fortea acerca de si el fervor religioso de algunos fieles puede derivar en falsas posesiones: «Sí. Todas las posibilidades de patología se pueden dar. Hay personas que pueden estar convencidas de tener un demonio dentro y en realidad no lo tienen. Hay personas que creen tener todos los signos de la posesión. Le notan moverse en su interior, hablan a través de él, etc. Pero no tienen un espíritu. Ahí está el especialista, exorcista con experiencia, para decir “no”. Sí, veo que se cae al suelo, grita, pero no veo que sea posesión, es un trastorno histriónico de la personalidad, él mismo no está mintiendo, está creyendo que hay una posesión».

Aunque existe un ritual pormenorizado que hay que seguir a la hora de realizar un exorcismo, José Antonio Fortea asegura que el exorcista también puede decidir cómo llevar a cabo ese rito: «Los apóstoles recibieron el encargo de expulsar demonios y ellos lo hacían sin ningún ritual. Hacían lo que habían visto a Jesús, que era que les daba órdenes. Después, poco a poco, se fue creando un ritual. No es obligatorio seguirlo, lo que sí es necesario es que el exorcista tenga permiso de su obispo. Pero después, él puede realizarlo como crea conveniente. De hecho, el propio ritual antiguo especificaba que una vez que se acaba el rito, uno puede empezar de nuevo y repetirlo, realizarlo las veces que crea conveniente, repetir las partes que vea que más

atormentan al demonio o hacer lo que crea conveniente».

Tipos de seres malignos

Aunque hemos hablado de posesiones llevadas a cabo por espíritus demoníacos, durante nuestra entrevista, mientras paseábamos por una de las plantas del hospital donde Fortea lleva a cabo su ministerio, me explicó que también hay posesiones protagonizadas por personas fallecidas: «Es cierto que también hay almas humanas condenadas en el infierno. Y una cosa bastante sorprendente es que a veces sí que en el entorno del exorcismo se han dado casos en que han aparecido almas que están en los estratos inferiores del purgatorio. Esta es una experiencia de muchos exorcistas en el mundo. Sé que no encaja mucho en los esquemas que yo mismo tenía al principio, pero sí, a veces la entidad que se manifiesta a través de un poseso que ha hecho espiritismo y que empieza a llamar a almas, es que entró un alma que está en los estratos más inferiores del purgatorio, está lindando ya con el infierno y Dios lo permitió para que dicha alma, a través de las muchas oraciones del exorcismo, pudiera acelerar un proceso de ascensión hacia Dios, de curación, que sin esas oraciones podía haber durado siglos. Hay almas del purgatorio que al final han comprendido, se han puesto a rezar y han salido de esos cuerpos».

¿Cómo es la fenomenología que se observa en el transcurso de un exorcismo? Según el experto, «hay casos en que cuando empiezan las oraciones hay muchísima violencia, agresividad, intenta atacar, grita, etc. Pero nada extraordinario como aparece en las películas, no le cambia el color de la cara, de los ojos, ni nada por el estilo. Con respecto a la levitación, algún caso me han dicho que ha habido; yo no lo he visto. Cuando estuve en Roma con el padre Gabriele Amorth, las personas de su equipo me dijeron que solo lo habían visto una vez». Con todo, asegura que uno de los detalles más llamativos es la mirada: «Hay casos en que la mirada es muy impresionante. Y uno sí que tiene una convicción absoluta de que ahí está el diablo, o un demonio muy importante, y que te está transmitiendo ese odio. Como me intento concentrar en Dios, en la oración, no presto mucha

atención. Pero he conocido incluso psiquiatras que de pronto todo el pelo de su cuerpo se les ha erizado ante una de esas miradas. Hay casos terribles y tremendos porque hay un misterio de maldad espectacular. La palabra terrible se aplica muy bien a esas manifestaciones de ese ser verdaderamente réprobo y lleno de odio».

José Antonio Fortea ahora no ejerce como exorcista, nos cuenta que el obispo le ha encargado otros asuntos. A pesar de ello, explica que la mejor forma de combatir al demonio es adorando a Dios. «Cuando hacía exorcismos yo me relajaba y me ponía a adorar a Dios, no me centraba en el demonio, creo que el mejor modo de combatirlo es la adoración a Dios, y sentía la convicción de que mi trabajo tenía mucho provecho. Dios es el todopoderoso, el demonio siempre está pululando, tentando, pero el poder del demonio es menor de lo que la gente se piensa.»

Cuando le pregunto si existe el demonio dice: «Yo creo en la existencia del diablo, primero porque como católico creo en la palabra de Dios, en lo que dice, y después, por lo que he visto, hay muchas cosas en este mundo que me hacen pensar que existe tanto el bien (Dios con sus milagros, los santos con sus fenómenos místicos), como el mal. He visto las dos cosas».

Aunque no practique hoy día exorcismos, siempre está al acecho. Antes de marcharnos, reza sobre nosotros y nos impone sus manos, en esa búsqueda del demonio que puede habitar, según su concepción, en cualquier ser humano.

El manuscrito de Villafranca y el bebé endemoniado

En 1999 apareció, por casualidad, en Villafranca de los Barros (Badajoz) un manuscrito que hablaba de unos sucesos sobrenaturales que habían tenido lugar en el municipio durante el siglo XVII. Fue Pilar Casado, archivera de la Junta de Extremadura, quien había hallado el documento mientras catalogaba papeles dispersos por el ayuntamiento del pueblo. Pero aquella carpeta llamó su atención. Sobre ella aparecían unas anotaciones que habían sido hechas a finales del siglo XIX: «Fenómenos paranormales».

Según me contaba hace pocos meses Juan José Sánchez González, investigador del pueblo y uno de los autores de las obras *Milagro de la Coronada* y *Campanadas en noche de luna clara*, en aquellas páginas se recogían dos sucesos muy extraños. El primero de ellos había tenido lugar la noche del 22 de agosto de 1665, cuando «las personas que hacían la ronda nocturna, vigilando la población, escucharon campanadas aisladas procedentes de la ermita de la Virgen de la Coronada. Registraron la ermita, fueron a comprobarlo, pidieron las llaves al ermitaño..., pero allí no había nadie. Habían tocado solas. Es lo que se desprende de los testimonios de estos testigos que declararon a nivel oficial», en palabras del escritor.

Aquel misterioso tañer de campanas se produjo aproximadamente un mes antes del fallecimiento del rey Felipe IV, por lo que aquellas campanadas se tomaron como un presagio de la muerte del monarca. Aquello podría haber sido considerado como un hecho aislado, pero años más tarde tendría lugar otro suceso que acabó por poner a Villafranca de los Barros en el punto de mira de la Corte.

Una niña de tres meses habla latín

En el manuscrito que apareció en el municipio en los años noventa se recogían las declaraciones de todos los testigos del pueblo que aseguraban haber presenciado lo imposible: un presunto acto del demonio, que había propiciado que una niña de apenas tres meses hablara en latín. Según narra el documento, la niña Antonia Batista, en presencia de su madre y del médico del municipio, había pronunciado, con solo unos meses, las siguientes palabras: *domus austriaca comteret captu tuum*. Aquellas palabras se interpretaron como «casa de Austria te aplasta la cabeza, la casa de Austria enloquece tu cabeza o la casa de Austria enloquece».

El suceso llegó a oídos de la Corte y se inició una investigación oficial en 1671. Les interesaba conocer qué había dicho exactamente la niña Antonia Batista, pues parecía haber expresado un temor latente de la época: que la Casa de Austria enloquecía. Cuando la niña pronunció aquellas palabras, Carlos II tenía diez años. Él sería el último monarca de la Casa de Austria,

con él se extinguiría este linaje real. Según diversos historiadores, Carlos II era conocido como «el Hechizado» por su carácter enfermizo y, quizá, por su locura.

En el archivo parroquial de Villafranca de los Barros, según mostraron el periodista Iker Jiménez y su equipo en el programa de televisión *Cuarto Milenio*, consta la partida de nacimiento de la niña Antonia Batista, un bebé que, según declaró su madre en el transcurso de la investigación oficial que se llevó a cabo en el siglo XVII, había llorado cuando estaba en el vientre materno, signo que siempre ha sido interpretado como anuncio de las facultades paranormales que iba a desarrollar aquella persona.

Según me contó el investigador local Juan José Sánchez González, los que declararon ante el escribano público explicaron «que la niña empezó a ponerse colorada, congestionada, y después pronunció esa serie de palabras en latín. En aquella corte tan supersticiosa lo interpretaron como algo que tenía significado para el futuro del reino. Tampoco podemos olvidar la época en la que se enmarcan estos hechos: el final de la guerra de restauración contra Portugal, el final de una larga guerra que había arrasado Extremadura y la había dejado en la miseria, así que todo este tipo de creencias estaban muy en boga».

No se conoce el desenlace de esta historia que muchos relacionaron con la presencia del demonio. No sabemos si la niña Antonia Batista fue condenada o si su familia logró huir antes de que hubiera consecuencias mayores. Ojalá algún día, colectivos que están haciendo trabajos tan interesantes como la Asociación de Amigos del Museo de Villafranca de los Barros,[\[7\]](#) encuentre otro documento donde podamos conocer la suerte de Antonia, el bebé que predijo la caída de los Austrias.

Fiestas relacionadas con el diablo

Cada año, los vecinos del municipio pacense de Valverde de Leganés asisten a la llegada de unos diablos que invaden el pueblo por una noche. Se trata de una de esas fiestas de nuestra geografía que entroncan con la creencia en el

diablo, que sigue realizándose en la actualidad y que hunde sus raíces en ritos ancestrales.

La denominada fuga de la diablo de Valverde de Leganés está considerada como una fiesta de Interés Turístico Regional. Cada 24 de agosto se escapa una diablo que durante todo el año permanece encadenada bajo el yugo del patrón del pueblo, san Bartolomé, cuya onomástica se celebra durante dicha jornada. La diablo aparece por las calles del pueblo esa noche, luciendo rostro cadavérico, una túnica negra y acompañada por una corte de diablos que persiguen y aterrorizan a todos los asistentes a la fiesta. Tanto temor causa su aparición que en el pueblo pervive una frase que suele decirse a los niños cuando se portan mal: «Que viene la diablo».

Existen incógnitas sobre los orígenes de la fiesta, aunque una de las opiniones más extendidas es que se relaciona con la propia vida del patrón del municipio, san Bartolomé, uno de los primeros predicadores de la Iglesia. Según la tradición, el santo fue tentado a menudo por el diablo, e incluso luchó con él en una gran batalla en la que san Bartolomé resultó vencedor. De ahí que cada 24 de agosto se celebre esta fiesta, quizá para conmemorar esta leyenda relacionada con el santo.

Lo que se celebra, en realidad, en Valverde de Leganés, es una representación de la lucha entre el bien y el mal. Aunque durante unas horas las diablos campan a sus anchas por el pueblo y llevan a cabo acciones como quemar muñecos de trapo en una hoguera situada junto a la iglesia, al final aparecen los espíritus del bien, que capturan a la gran diablo y la encierran en el templo, condenada nuevamente a los pies de san Bartolomé.



San Bartolomé aplastando al diablo, imagen presente en una iglesia de Jerez de los Caballeros.

Esta fiesta no es única en su género. En Jerez de los Caballeros (Badajoz) se celebra la salida del diablo, una fiesta de orígenes antiquísimos. Se enmarca, igual que en el caso de Valverde de Leganés, en la víspera de la fiesta de San Bartolomé. Se trata de una festividad muy enfocada a los niños. La celebración comienza con un repique de campanas y una lluvia de caramelos; a continuación, una persona ataviada de diablo se asoma a un balcón de la torre para anunciar a los niños que está a punto de salir a su encuentro. Los pequeños portan cruces de madera para protegerse del maligno, que por un día escapa de las cadenas de san Bartolomé y recorre las calles del municipio. A estos actos se añade otro momento singular de la fiesta: la quema del rabo del diablo. Cuando cae la noche, disponen hileras de

pasto que tienen la forma de cola o rabo del diablo, y también ponen dos monigotes que representan a un diablo y a una diablo. Ambas figuras arden esa noche, junto con el rabo del diablo. Se trata de una especie de ritual para alejar lo malo y atraer el bien hacia todos los vecinos del pueblo.



San Bartolomé encadenando al diablo, imagen de una iglesia de Jerez de los Caballeros, donde se celebra una fiesta en la que el diablo recorre las calles, antes de ser detenido por el santo en el día de su fiesta.

Encuentros con el maligno

Hemos hablado de las características del diablo, de las posesiones demoníacas, de fiestas en las que pulula este siniestro personaje, pero no podemos dejar de citar la existencia de personas que manifiestan haberse

encontrado cara a cara con el demonio.

En la alquería hurdana de Aceitunilla conocí a la que durante mucho tiempo fue la persona más longeva de aquellos pagos. Clementina, que desgraciadamente falleció el año pasado, me contó una tarde, mientras nos resguardábamos del calor a la sombra de una construcción de pizarra propia de la comarca, lo que le aconteció una noche a las afueras del pueblo. «Vi una *jogar* (una hoguera) de lumbre que dije: “Ay, Dios mío, va a salir la sierra ardiendo”. Y cuando llego aquí, a Valle Montoso, me decía el pensamiento: “Reza, reza el Padrenuestro, que es cosa mala esto”.» La hurdana interpretó aquella luminaria como el preludio de otra insólita escena que estaba a punto de contemplar: «Había allí dos, con dos cuernos *asina*, y con ojos que brillaban que parecían cristales. Yo dije: “Dios mío”. Y tenía que pasar, y el uno ahí y el otro aquí, y yo pasar por *asina*. Cogí una bolsa que tenía, me cogí a ella y salí a la uña corriendo, pero cuando vine a salir a la prensa la mía ropa se podía partir». Clementina afirmó que vio a unos seres negros, con cuernos y ojos brillantes. Me explicaba aquel día que ella creía que no le había pasado nada porque era una buena cristiana. «Si no me habrían fastidiado», aseguró.

Un caso parecido al de Clementina ocurrió en el municipio cacereño de Garganta la Olla en 1948. Fue, principalmente, el periodista y ufólogo Juan José Benítez en su maravillosa obra *La punta del iceberg* quien dio a conocer este suceso. Una noche de aquella época, José Pancho, agricultor de Garganta la Olla, se encontraba cuidando sus cabras en la finca La Casilla cuando comenzó a llover con fuerza. José Pancho tuvo que resguardarse en una choza, donde hizo una hoguera para calentarse. En esas estaba cuando escuchó unos ruidos extraños en el exterior. Como un murmullo de personas recitando algo que parecía ser: «¡Qué frío!». Pancho pensó que sería alguna persona extraviada, así que abrió la puerta de la cabaña y se topó con una señora enlutada, ataviada con una especie de túnica que parecía de religiosa, así que pensó que sería una monja que iba camino del monasterio de Yuste. La invitó a pasar y a sentarse junto al fuego, aunque le extrañaba que cubriera su cara con una capucha, hasta el punto de que no podía ver su rostro prácticamente; tampoco pronunciaba palabra alguna.

Cuando llevaban unos minutos juntos al fuego y José se dispuso a azuzar la lumbre, pudo ver que el hábito de la religiosa se levantaba unos centímetros. En ese momento se percató de que no tenía piernas: vio unas pezuñas donde debería haber pies. José Pancho, de la impresión, gritó: «¡Jesús!», momento en el que ella se levantó de un salto y salió corriendo, perdiéndose a gran velocidad y dejando tras de sí el característico sonido del golpeteo de unas pezuñas sobre el suelo. Juan José Benítez pudo corroborar la historia con el sobrino del testigo, Ciriaco Basilio Pancho, quien le aseguró: «Mi tío, que era un hombre de probada valentía, regresó al pueblo y, desde entonces, se colgó varias cruces al cuello».

No podemos olvidar que a lo largo de la historia, la figura que más íntimamente ha estado relacionada con el diablo es la del cabrón, presente según nuestra literatura en todos los aquelarres. Según un inquisidor francés, Pierre de Lancre, que se encargó de entrevistar a varias mujeres acusadas de brujería, «unos dicen que es como un gran tronco de árbol oscuro sin brazos y sin pies, sentado en una cátedra con alguna forma de rostro de hombre grande y horrible. Otros dicen que es un gran cabrón, con dos cuernos hacia delante y dos hacia atrás, de los cuales los delanteros se enlazan hacia arriba como las pelucas de una mujer. Pero lo común es que tenga solamente tres cuernos y que tenga una especie de linterna en el central con la cual acostumbra a iluminar el Sabbat y dar fuego y luz. También se le ve una especie de gorro o sombrero por debajo de sus cuernos. Y tiene hacia delante su miembro estirado y pendiente, y lo muestra siempre de la longitud de un codo, y una gran cola por detrás, y una especie de rostro por encima, del que no sale ninguna palabra, solo le sirve para darlo a besar a aquellos que le parece buenamente, honrando a ciertos brujos o brujas más que a otros».[8]

Son historias del bien y del mal, pasajes de un personaje diabólico que puebla las pesadillas de grandes y mayores, y cuya existencia constituye la antítesis de ese Dios de bondad en el que creen millones de católicos en todo el planeta.

6

FÁTIMA, EL ALTAR DEL MUNDO

Fátima, finales de octubre de 2017. Hace mucho frío en esta comarca portuguesa, ha caído la noche, pero las calles no están vacías. Junto con el periodista mexicano Yohanan Díaz Vargas, avanzo hacia el santuario de Nuestra Señora. Antes de poder contemplar la explanada del santuario, sentimos un rumor de pasos, de voces que entonan una misma letanía, un mismo rezo. De pronto, ante nuestras atónitas miradas, nos encontramos con una imagen difícil de olvidar: miles de personas, alumbradas por cientos de velas que, desde lejos, parece que avanzan solas por la explanada; caminan en procesión para honrar a la Virgen de Fátima, a su inmaculado corazón y al rosario que tan asociado está a esta advocación mariana. Es justo en ese instante cuando me doy cuenta del verdadero significado de los hechos que allí ocurrieron en el año 1917. Se trata de la fe de millones de personas que, cuando están reunidas en pensamiento y oración, al unísono, en ceremonias como aquella procesión nocturna, liberan una suerte de energía que es capaz de irradiar a todos los que observamos desde fuera este fenómeno religioso. La energía que se respira en Fátima en instantes como este es lo que me lleva a pensar que quizá las apariciones marianas siempre piden la construcción de una capilla porque quién sabe si algo o alguien que nos supera y que todavía no logramos comprender necesita esta energía que generan los fieles en enclaves como Fátima. Es solo una reflexión personal, pero entronca con los muchos misterios de este lugar en el que hace cien años unos niños dijeron

haber visto a la Virgen.

CRÓNICA DE UN DÍA HISTÓRICO: EL CENTENARIO DE FÁTIMA

Cuando sonó el despertador sentí que solo habían pasado cinco minutos desde que me había quedado dormida. Todavía era noche cerrada, pero nuestro día comenzaba antes de que llegase el alba. Era una jornada especial y debíamos partir hacia el llamado «altar del mundo», ese espacio en el que hace cien años tuvo lugar la aparición mariana más importante de las últimas décadas.

Los compañeros David Cuevas y Jesús Ortega me acompañaban en este viaje, una cita ineludible para cualquier interesado en los enigmas de la Iglesia. Nos dirigíamos hacia un enclave testigo de sucesos que han hecho correr ríos de tinta que se extienden hasta la actualidad: Fátima. En el centro de Portugal, en el concello de Ourém, esta población de poco más de 10.000 habitantes iba a albergar, coincidiendo con el 13 de mayo, a cientos de miles de fieles cuyo deseo era estar cerca del papa Francisco. Durante el año del centenario han acudido al principal templo portugués unos ocho millones de peregrinos.

El Santo Padre —cuarto líder de la Iglesia en visitar Fátima— tenía una misión especial aquella jornada: canonizar a Jacinta y Francisco Marto, los dos pastorcitos videntes que murieron poco después de las apariciones de 1917.

Teníamos por delante cuatro horas de viaje y debíamos buscar uno de los puntos de acceso al país luso. Debido al dispositivo de seguridad organizado por la Guardia Nacional Republicana con motivo de la visita papal, solo había nueve pasos abiertos en toda la frontera. Entramos por el que enlaza Badajoz con Caia y Elvas, ya en Portugal. Tras pasar el pertinente control de documentación, pusimos rumbo al centro del misterio.

En Fátima se respiraba el fervor religioso. Los campos aledaños a la localidad se habían convertido en un océano de tiendas de campaña, caravanas, vehículos y autobuses llegados desde toda Europa. Los peregrinos

lucían camisetas o banderas en las que exhibían su país de procedencia. Leíamos nombres como Angola, Brasil, Filipinas o Argentina, la patria del papa Francisco.

Tomamos un atajo para llegar hasta el santuario. Para ello tuvimos que atravesar una zona de campo, rodeada de árboles que nos trasladaron, irremediabilmente, al paisaje original en el que se produjeron las apariciones de Fátima. Una zona agreste, como aquella, fue testigo de la llegada de una entidad que tres niños identificaron como la Virgen María el 13 de mayo de 1917. En el lugar en el que sucedieron los primeros encuentros, en la actualidad se alza la capilla de las Apariciones. Lejos de ser ese enclave aislado que era hace cien años, hoy día es visitado por multitud de fieles, tanto de manera presencial como a través de internet. Las misas desde esta capilla son retransmitidas en directo a través del canal de Youtube «Santuário de Fátima Oficial».[1] La primera capilla de las Apariciones fue construida en 1921. Un año más tarde, fue dinamitada por desconocidos y tuvo que ser reconstruida. El pedestal de la imagen de la Virgen de Fátima se alza en el sitio donde se asentaba la pequeña encina sobre la que los niños veían a la Señora.



Lourdes Gómez en el santuario de la Virgen de Fátima. Fotografía de Yohanan Díaz Vargas.

Cuando llegamos a las inmediaciones del santuario nos encontramos con miles de personas. Algunas recostadas bajo la sombra de un árbol; otras sentadas en bancos, en sillas portátiles o en el suelo. No mostraban signos de cansancio. Transmitían, de hecho, mucha paz. Todas seguían atentamente las pantallas gigantes que retransmitían la misa que estaba teniendo lugar a escasos metros de donde se encontraban. Afortunadamente, soplabo el viento, y eso hacía más llevaderas las cuatro horas de duración de la homilía del papa Francisco.

Con un viaje de apenas veinticuatro horas, el pontífice conmemoraba el Centenario de las Apariciones de Fátima, cumpliendo con ritos como la oración en la capilla de las Apariciones o la bendición de las velas que los fieles depositan en uno de los mayores centros marianos del mundo.

Los allí congregados atendieron con fervor a la misa del papa, ya que la mayoría eran ciudadanos lusos y Francisco pronunció la homilía en portugués. Sonreían ante referencias que aludían, sin duda, a la visión de los tres pastorcitos; por ejemplo, durante su plegaria Francisco se identificó a sí mismo como «el obispo vestido de blanco», el que tiene presente «a todos aquellos que, vestidos con la blancura bautismal, quieren vivir en Dios y recitan los misterios de Cristo para obtener la paz». Hacía referencia al tercer secreto de Fátima, un misterio que vamos a analizar en las siguientes páginas.

El eje central de la celebración fue la canonización de Jacinta y Francisco Marto. Los dos videntes de Fátima son los primeros niños que se convierten en santos por un milagro y no por un martirio. Durante su tercera visita a Fátima, el 13 de mayo del 2000, Juan Pablo II beatificó a los dos hermanos en una misa en la que estuvo presente Lucía dos Santos, la tercera vidente de Fátima. El proceso vivió no pocas dificultades, ya que el caso no encajaba en los esquemas clásicos. Hasta aquel momento, solo existían niños santos que lo eran por haber sido martirizados. Sin embargo, estos niños habían fallecido a consecuencia de la gripe española. Su caso era nuevo y se encontró con la

oposición de quienes los consideraban demasiado jóvenes para alcanzar la santidad. El proceso de beatificación fue iniciado el 30 de abril de 1952 y culminó el 13 de mayo de 1989, cuando Juan Pablo II reconoció «las virtudes heroicas» de Jacinta y Francisco, considerándolos como «venerables». Lo hizo en el santuario, en una misa multitudinaria donde no faltaron fenómenos extraños.

Durante el centenario de las apariciones pudimos hablar con una testigo, Elsa María, que manifestó haber observado lo que denominó «un milagro del sol» durante la referida beatificación; aunque, como vamos a ver a lo largo del capítulo, el milagro del sol más importante se produjo en octubre de 1917 en Fátima, en el mismo lugar se han dado otros casos. «Cuando el Santo Padre vino a la beatificación de los pastorcitos estaba yo aquí y apareció un aura en el sol y duró hasta las tres de la tarde. Yo lo presencié. Fue una cosa increíble. Yo creo que fue un milagro, fue a la misma hora que el Santo Padre los beatificó. Toda la gente estaba emocionada. Era un aura, como un arcoíris alrededor del sol», afirma la testigo.

Desde luego, la beatificación de los niños videntes de Fátima reavivó el fervor que los fieles experimentan en el lugar. La decisión de la Iglesia vino a confirmar, de manera definitiva, las apariciones de Fátima y a poner de manifiesto que los niños también podían ser ejemplo de vida cristiana. Este hecho, además, propició que toda la cristiandad tuviera dos nuevos venerables a los que orar y hacer peticiones, un poder de intercesión que ha llevado a Jacinta y a Francisco a la canonización.

Este segundo proceso se inició el 14 de febrero de 2004. El papa Francisco decidió, finalmente, canonizarlos, por un milagro personificado en Lucas Maeda de Oliveira, un niño brasileño que, en marzo de 2016, cuando contaba seis años de edad, se cayó por una ventana y se golpeó la cabeza contra el suelo. A consecuencia del accidente, ocurrido mientras jugaba con su hermana Eduarda en la habitación de su abuelo, sufrió un traumatismo craneal grave y pérdida de masa encefálica. Lucas llegó en estado de coma al hospital, un centro médico que no estaba especializado en tratar lesiones de la envergadura de las que él padecía. Le sometieron a una operación cuyo pronóstico era de muerte muy probable o de estado vegetativo porque, en

caso de superarla, los daños neurológicos serían importantes.

Los padres del pequeño, Joao Batista y Lucila Yurie, pidieron a las carmelitas de Campo Mourao, la ciudad del Estado brasileño de Paraná en la que viven, que rezaran por su hijo. Según ha explicado el padre de Lucas, «una de ellas fue a buscar las reliquias de Francisco y Jacinta que tenían junto al sagrario y sintió el impulso de pedirles: “Pastorcillos, salvad a este niño, que es un pequeño como vosotros”. Empezamos a rezarles toda la familia y dos días después Lucas se sintió bien, comenzó a hablar y preguntó por su hermanita». Los médicos, al parecer, no salían de su asombro. Lucas no tiene ninguna secuela del accidente y hoy día tiene una salud de hierro.

Como ya hemos explicado a lo largo del libro, para que la Iglesia acepte un milagro en el marco de un proceso de canonización, este tiene que ser «extraordinario, repentino y duradero». El expediente médico de Lucas fue enviado a la Congregación para las Causas de los Santos, en Roma. Desde dicha congregación consultaron a seis expertos médicos sobre la extraordinaria recuperación de Lucas. Los profesionales dieron su opinión favorable al milagro y, paralelamente, los teólogos y cardenales de esta rama de la Iglesia consideraron probado el hecho de que los padres y las carmelitas pidieron, concretamente a los pastorcillos de Fátima, la curación del menor. Por todo ello, el papa Francisco aprobó el milagro el día 23 de marzo de 2017. Lucas estuvo presente el 13 de mayo en Fátima durante la misa de canonización de Jacinta y Francisco. Pudo abrazar al papa y sus padres participaron en el ofertorio de la eucaristía. Como curiosidad, señalar que en la misa estuvieron también presentes reliquias de los dos pastorcillos, en concreto un mechón de pelo de Jacinta y un trozo de hueso de Francisco.

En busca del milagro

Muchos de los fieles que acuden hasta el santuario de Nuestra Señora de Fátima lo hacen con la esperanza de sanar de alguna enfermedad. Durante el centenario de las apariciones, en Fátima, tuvimos la posibilidad de hablar con algunas de estas personas; las hay que procesionan de rodillas alrededor de la

capilla de las Apariciones; otras, sin embargo, dejan flores en las tumbas de Jacinta, Francisco y Lucía. Uno de los casos que más me impresionaron fue el de un hombre que, acompañado de un sacerdote y de un familiar, se dirigía al interior del santuario. El joven, que estaba en silla de ruedas y que, además, era ciego, cuando escuchó que éramos periodistas y que estábamos entablado una conversación con el cura que empujaba su silla de ruedas, trató de decirnos algo. Con mucho esfuerzo, porque apenas tenía la capacidad de hablar, pronunció estas palabras: «Ver y andar». Quería decirnos que aquel día esperaba recobrar la vista y que sus piernas fueran capaces de dar pasos.

Cerca de la capilla de las Apariciones hay una pira donde los devotos arrojan los millones de velas que compran, objetos que se consumen en apenas unos segundos. Algunas de estas ofrendas de cera tienen la forma clásica de un cirio, pero las hay que se confeccionan a manera de exvoto, unas piezas que tienen mucho éxito entre los fieles. Nos contaban los comerciantes de Fátima que existen artesanos especializados en esta clase de objetos, a los que dan la forma de todos los órganos del cuerpo humano, y también elaboran exvotos que representan a niños o a bebés. Dependiendo del problema de salud que tenga el comprador, adquiere unos u otros. Cerca de la pira pude hablar con una señora que tenía un exvoto de cera con forma de hígado. Me contó que su cuñado había superado un cáncer de hígado y venía a dar gracias a la Virgen por lo que consideraba un milagro. Quienes ofrecen figuras de cera con formas infantiles piden curaciones para niños o, también, realizan esta ofrenda a la Virgen de Fátima para que las ayude a ser madres.

Aquel día, durante el centenario de Fátima, Jesús Ortega, David Cuevas y yo nos dimos cuenta de la realidad que envuelve este espacio que para unos es un negocio y para millones de fieles de todo el mundo un altar donde encontrar consuelo y alivio espiritual para sus tribulaciones. De lo que no existe duda es de que en Fátima y sus alrededores todo, absolutamente todo, gira en torno a la aparición mariana más importante del siglo XX.

Tres pastorcitos y varias apariciones

La historia de esta aparición mariana se enmarca en Cova de Iría, uno de los más de treinta pueblos que englobaba, por entonces, Fátima y que, a lo largo de este siglo y debido a aquel suceso, ha multiplicado su población de manera espectacular. Es interesante señalar que en la comarca en la que se enmarca este municipio, hay una gran tradición de apariciones marianas[2] siglos antes de la visión de los pastorcitos.

Los protagonistas de nuestra historia fueron tres niños, Lucía dos Santos, que tenía diez años por aquel entonces, y sus primos Jacinta y Francisco Marto, de siete y nueve años respectivamente. Aunque a los tres se les considera videntes de la aparición, hay que aclarar que Lucía fue la principal protagonista, la que vivió todos los fenómenos, pues había detalles que sus primos, según se desprende de su relato, no podían percibir. Además, la temprana muerte de Jacinta y Francisco impidió que pudiera estudiarse en profundidad su participación en los hechos. Parece ser que ninguno de los tres vio lo mismo. De los interrogatorios se desprende que Lucía podía ver a la Señora, escucharla y hablar con ella; Jacinta la vio y la escuchó pero no entendió demasiado de la conversación; Francisco, por su parte, vio a la Señora pero no hablaba, según él no movía los labios.

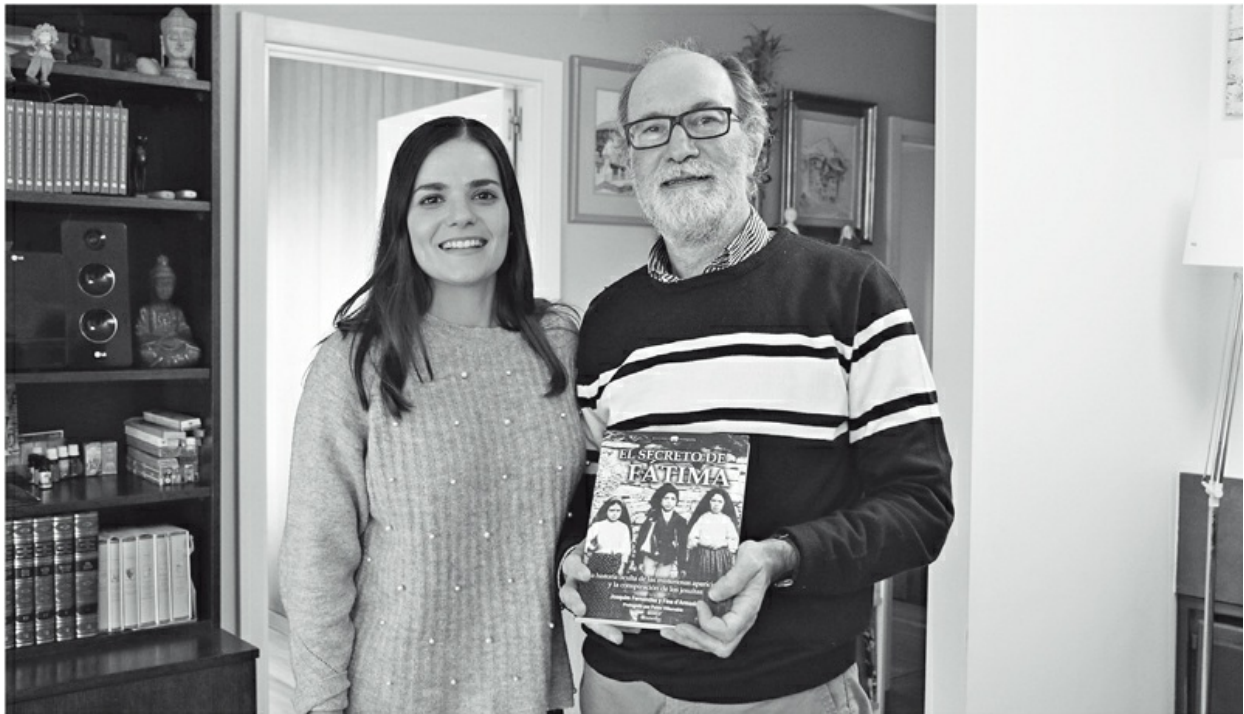
El 13 de mayo de 1917, Lucía, Francisco y Jacinta estaban cuidando sus rebaños en Cova de Iría cuando, según Lucía, vieron una especie de relámpago y, después, «sobre una encina a una señora vestida de blanco, más brillante que el sol, esparciendo una luz muy clara e intensa». Según las memorias de Lucía, la Señora les dijo que vendría los días 13 de los seis meses siguientes. Cuando Lucía preguntó de dónde era, esta dijo: «Soy del cielo», añadiendo: «Vengo a pedir que vengáis aquí seis meses: el día 13 a esta misma hora. Después diré quién soy yo y lo que quiero». También es interesante señalar que Lucía le pregunta si ella y sus primos irán al cielo, a lo que esta Señora responde que sí; sin embargo, al preguntar Lucía por una amiga llamada Amelia que ya había fallecido, le comunica que la niña está en el purgatorio. La Señora, antes de desaparecer, les pidió que rezaran el rosario todos los días «para alcanzar la paz del mundo y el fin de la guerra».

Aunque todos tenemos grabada en la memoria la imagen de la Virgen de Fátima, su aspecto físico no se corresponde con las primeras descripciones que hacen los niños. En su obra *Intervenção extraterrestre em Fátima*, Joaquim Fernandes y Fina D'Armada recogen las declaraciones originales de los menores, donde hablan de una «Señora luminosa» sin cabello, que mide aproximadamente 1,20 metros, que luce un traje a la altura de las rodillas, que lleva una especie de manto acolchado y tiene una bola, una especie de esfera, en sus manos. A medida que fue pasando el tiempo, Lucía fue cambiando esta descripción, acomodándola a la óptica católica. La esfera pasó a ser el Inmaculado Corazón de María.

En palabras del historiador Joaquim Fernandes en el transcurso de una entrevista que mantuvimos en Oporto: «Fue una gran sorpresa cuando mi colega, la historiadora Fina D'Armada, tuvo la posibilidad de entrar, por primera vez facultad concedida a un historiador no religioso, a consultar los primeros interrogatorios parroquiales de 1917 que empezaron a ser hechos por el párroco de Fátima Manuel Marques Ferreira en los últimos días de mayo de ese mismo año. Pasados quince días, el párroco de Fátima hacía el primer interrogatorio oficial a Lucía y a sus primos. Y lo que vimos es exactamente ese conjunto de documentos que son importantísimos desde el punto de vista del rigor histórico, porque los documentos de los años veinte, treinta, los documentos tardíos, las memorias tardías de la hermana Lucía, tienen muy poco valor histórico comparados con los interrogatorios oficiales de 1917. Es muy importante porque la memoria, la educación, la instrucción que Lucía recibió en los conventos hicieron que tuvieran en ella mucha influencia los confesores jesuitas que día a día influenciaron todo el discurso que ella iba a transmitir posteriormente en sus memorias, escritas más de diez años después. Todo se transformó en la cabeza de Lucía, su manera de ver los fenómenos, mucha más información desde el punto de vista de la doctrina religiosa; porque en 1917 no sabía absolutamente nada del culto mariano, de los dogmas católicos, apenas conocía unos pasajes de la vida de la Virgen María que la madre de Lucía les contaba... [...] En las primeras informaciones, Lucía la describe como una niña, una Señora muy bonita, de muy baja estatura, como de 1,20 de estatura y el vestido no le llegaba a los

pies, sino a la altura de las rodillas. Para las autoridades religiosas se trataba de una descripción heterodoxa [...]».

El 13 de junio de 1917 tuvo lugar la segunda aparición. Aunque muchos adultos, incluida la madre de Lucía, no creían a los menores y les pedían que dejaran de mentir, aquel día, junto a los pastorcitos, en el lugar se congregaron unas cincuenta personas que rezaban el rosario al unísono. Habían llegado, según Lucía, de poblaciones cercanas como Tomar, Carrascos o Boleiros. Después de ver esa misteriosa luz que llamaban «relámpago» se apareció la Señora para pedirles que continuaran rezando el rosario. Según la vidente, esta fue la aparición en la que la Señora comunicó que Jacinta y Francisco irían en breve al cielo, pero que ella se tenía que quedar más tiempo porque «Jesús quiere servirse de ti para que me hagas conocer y amar. Quiere establecer en el mundo la devoción a mi immaculado corazón».



Lourdes Gómez y Joaquim Fernandes en el transcurso de una entrevista en Oporto (Portugal). Fotografía de Yohanán Díaz Vargas.

En aquellas semanas los videntes empezaron a vivir muchas situaciones de presión, por parte de sus familiares, de todos los vecinos, y de los párrocos con los que habían hablado. En concreto, les habían advertido que estas apariciones podrían ser un engaño del demonio; por este motivo, según Lucía, tenía dudas sobre si acudir a ver a la Señora el día 13 de julio. Aunque les había comunicado a Francisco y a Jacinta su decisión de no presentarse a la cita, Lucía explica en sus memorias: «Al llegar la hora en la que debía partir, me sentí de repente impulsada a ir, por una fuerza extraña y que no me era fácil resistir». Aquella jornada, al parecer, se congregaron en el lugar de las apariciones unas cuatro mil personas. Tras el consabido rayo de luz, apareció la Señora, que les anunció que en octubre, además de decir quién era, haría «un milagro que lo verán todos, para que crean en las apariciones». Es, precisamente, en esta aparición cuando tienen la visión del infierno, considerada como uno de los mensajes secretos de Fátima.

La cuarta aparición tuvo lugar el 19 de agosto. No se produjo el día 13 porque el administrador del concejo de Vila Nova Ourem, Arturo D'Oliveira Santos, encierra a los niños en un calabozo municipal. Aquel fenómeno, la gran cantidad de gente que acudía en busca de los pastorcitos..., a las autoridades municipales y eclesiásticas la situación se les estaba yendo de las manos. Según cuentan, parece ser que incluso amenazaron a los menores con introducirlos en un caldero de aceite hirviendo si no decían la verdad, aunque ellos se mantuvieron firmes en su relato. Con todo, aunque los niños no estuvieron el día 13 de agosto de 1917 en Cova de Iría, las miles de personas allí congregadas manifestaron que habían observado extrañas luces y resplandores junto a la encina de la aparición, escuchando, igualmente, misteriosas explosiones.

El día 15 de agosto los menores estaban de vuelta en Fátima. El 19 de agosto estando los pastorcitos en un enclave conocido como Valinhos, la Señora se les manifiesta y les vuelve a recordar la promesa de hacer obrar un milagro multitudinario el 13 de octubre. Igualmente, les comunica que ese día la acompañarán San José, el Niño Jesús, Nuestra Señora del Rosario y Nuestra Señora de los Dolores. Haciendo un inciso, siempre me ha parecido realmente impactante esta afirmación en boca de esta entidad. Cada

advocación mariana es una representación que se supone que alude a una misma persona: la Virgen María. Por eso es llamativo que la Señora hable de distintas Vírgenes si todas son una misma persona. Desde mi punto de vista, estas líneas constituyen una de las partes del relato de Lucía dos Santos donde más se aprecia la ingenuidad de una historia con trazos infantiles.

Continuando con el relato de la aparición, según manifestó Lucía, la Señora dijo que con el dinero que la gente estaba dejando como ofrenda debían hacerse dos andas para que las llevaran ellos tres y otros niños. Antes de desaparecer, les instó a seguir realizando sacrificios «por los pecadores, pues van muchas almas al infierno por no haber quien se sacrifique y pida por ellas».

Sacrificios y mortificaciones

En cuanto a los sacrificios, Lucía cuenta en sus memorias pasajes realmente impactantes y poco divulgados. «Pasados algunos días, íbamos con las ovejas por un camino, donde encontré un trozo de cuerda de carro. La cogía y jugando la até a uno de mis brazos. No tardé en notar que la cuerda me lastimaba; dije entonces a mis primos: “Oíd, esto hace daño. Podíamos atarla a la cintura y ofrecer a Dios este sacrificio”. Las pobres criaturas aceptaron mi idea, y tratamos enseguida de dividirla para los tres. Las aristas de una piedra, a la que pegábamos con otra, fueron nuestra navaja. Fuese por el grosor o aspereza de la cuerda, fuese porque a veces la apretábamos mucho, este instrumento nos hacía, a veces, sufrir horriblemente. Jacinta dejaba en ocasiones caer algunas lágrimas debido al daño que le causaba; yo le decía entonces que se la quitase, pero ella me respondía: “¡No! Quiero ofrecer este sacrificio a Nuestro Señor en reparación y por la conversión de los pecadores”.»

Esto no es todo. Además de practicar esta tortura, idearon otras que también les hicieran sentir mucho dolor. Lucía cuenta en sus memorias que, un día, Jacinta cogió sin querer una ortiga «con la que se produjo picor. Al sentir el dolor, las apretó más con las manos, y nos dijo: “Mira, mirad, otra cosa con la que nos podemos mortificar”. Desde entonces quedamos con la

costumbre de darnos, de vez en cuando, con las ortigas un golpe en las piernas, para ofrecer a Dios también aquel sacrificio». Igualmente, tomaron la costumbre de entregar su comida a gente pobre. Así, en pleno verano, con altas temperaturas y casi todo el día expuestos al sol porque debían cuidar los rebaños, los tres pastorcitos apenas ingerían nada de comida ni agua. ¿Pudieron todas estas mortificaciones influir en sus visiones?

Llegó el 13 de septiembre y en Cova de Iría se habían congregado unas treinta mil personas a la espera de la aparición de la Señora. Tras el surgimiento de ese misterioso relámpago, precursor de la llegada de la Señora, la vieron los niños sobre la encina y les recomendó que no durmieran con la cuerda con la que se mortificaban. Lucía afirma que dijo: «Dios está contento con vuestros sacrificios, pero no quiere que durmáis con la cuerda. Ponéosla solamente durante el día». En el transcurso de esta aparición fue cuando la Señora expuso que una parte del dinero que la gente estaba dejando debía ser destinado a las andas sobre las que tenían que poner a la Virgen del Rosario, y la otra parte a la construcción de una capilla. Ante las preguntas de Lucía sobre algunas personas enfermas, la Señora manifestó que a algunos los curaría y a otros no, porque «Nuestro Señor no se fía de ellos».

La sexta aparición, la más ansiada para los fieles de la época porque la Señora había prometido obrar un milagro multitudinario, tuvo lugar el 13 de octubre de 1917. Era mediodía y en Cova de Iría caía una lluvia torrencial. Tras el famoso relámpago vieron de nuevo a la Señora, que dijo a Lucía: «Quiero decirte que hagan aquí una capilla en mi honor, que soy Nuestra Señora del Rosario, que continuéis rezando el rosario todos los días. La guerra va a terminar y los soldados volverán pronto a sus casas». Esta Señora también pidió que la gente se arrepintiera de sus pecados. Al parecer, después de la breve conversación, abrió las manos y la Señora se elevó, proyectando luz que emanaba de sí misma.

El milagro del sol

A pesar de que llovía mucho, en unos minutos la cortina de agua desapareció, las nubes se apartaron y se produjo el denominado «milagro del sol». Los

70.000 testigos congregados en Cova de Iría vieron una especie de globo luminoso que lanzaba rayos de luz multicolores, que realizaba extraños movimientos, aproximándose incluso a pocos metros del suelo. El fenómeno duró unos diez minutos y fue observado en un radio de unos cuarenta kilómetros aproximadamente. Entre las miles de personas que pudieron observar este fenómeno había tanto creyentes como ateos. En palabras de uno de aquellos testigos, el ingeniero agrónomo Mario Godinho,[3] observaron «un disco magnético de cristal sin pulir, iluminado desde detrás, irisado en la periferia y que mantenía un movimiento rotatorio».

El 13 de octubre se produjeron un conjunto de «fenómenos físicos, exteriores a los testigos, exteriores a las setenta mil personas que se encontraban allí, muchos de los cuales nos fue posible recoger en la época, testigos de primera mano. Hicimos una recopilación de testimonios, 28 testigos que nos dieron su testimonio de primera mano, que nos dijeron el lugar exacto en el que se encontraban cuando sintieron la sensación del calor, de que se secaba la ropa, sensación de sonidos en la cabeza; también hubo personas que sufrieron efectos fisiológicos, algunas se sintieron curadas de manera instantánea, etc. Además, estudiamos la trayectoria del objeto que imitaba al sol, porque no era el sol. Por lo tanto, tenemos un conjunto de datos objetivos que van mucho más allá de los testigos y de su subjetividad», en palabras de Joaquim Fernandes.

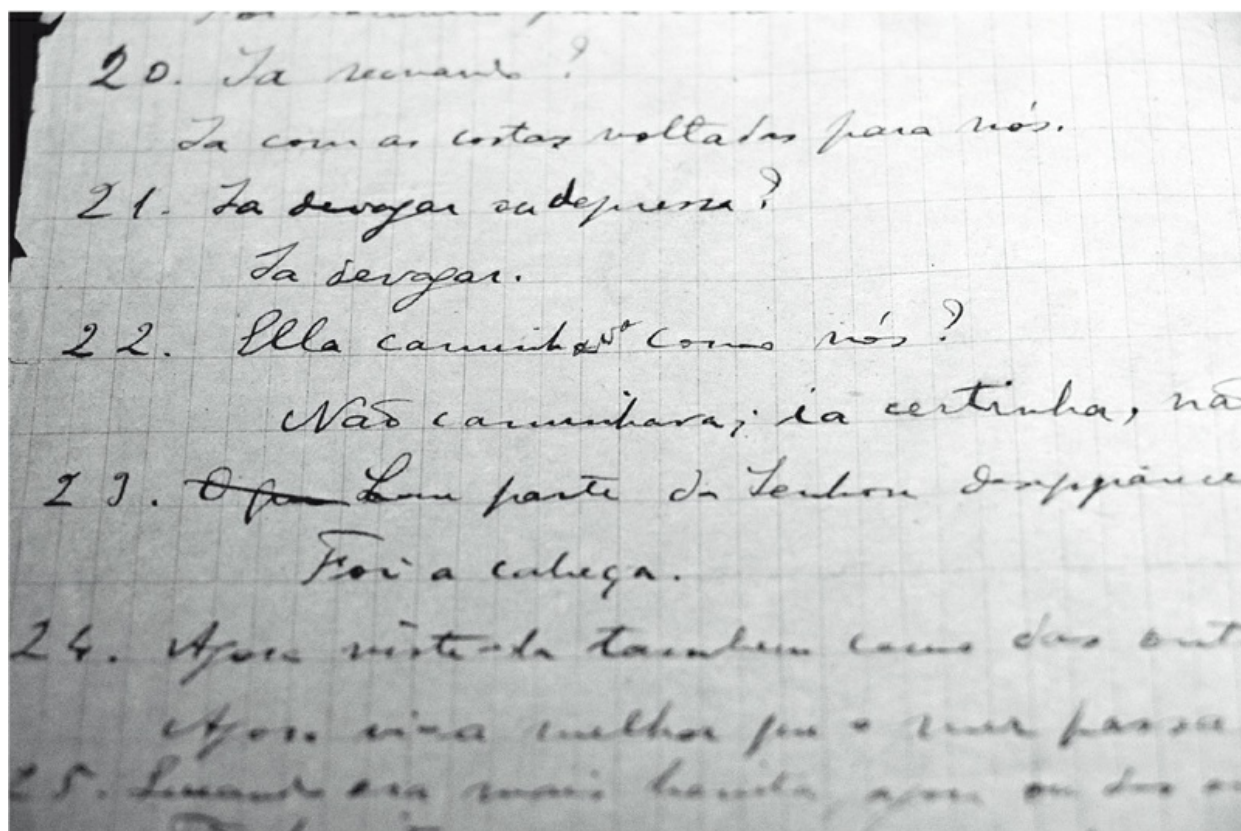
Además de los fenómenos ya citados, entre los que destacan esas curaciones extraordinarias y el secado de la ropa de los allí presentes en cuestión de segundos, se habla también de personas que vieron caer una especie de copos de nieve, o pétalos de flores que, cuando iban a tocar el suelo, desaparecían. Este fenómeno, también conocido como «cabellos de ángel» o «hilos de la Virgen», se ha manifestado igualmente en el contexto de otras apariciones marianas o incluso asociado a avistamientos ovni.

El 13 de octubre de 1917, tanto creyentes como ateos pudieron ser testigos de la aparición de este objeto que ocupó los titulares de los periódicos de la época, y ni siquiera los estudiosos más críticos de los acontecimientos de Fátima niegan que ese día ocurrió algo inexplicable en Cova de Iría.

Por último, no podemos dejar de señalar que todas las personas que estuvieron presentes durante las apariciones no pudieron ver a la Señora, pero sí describir efectos como escuchar un extraño zumbido de abejas (descripción tan común, por otra parte, en muchos testigos de objetos volantes no identificados), observar extrañas nubes luminosas y ser conscientes de que Lucía parecía ajena completamente a la realidad durante las apariciones. De hecho, algunos testigos aseguraban que parecía transfigurarse: «El rostro de la niña se embellecía, se ruborizaba y sus labios se hacían más delgados».[4]

Lucía, según los interrogatorios a los que fue sometida, no recordaba algunas de las cosas que decía durante las apariciones, como si se encontrara en una especie de éxtasis o arrobamiento místico. Parecía perder la noción del espacio-tiempo cuando aparecía esa columna de luz troncocónica que ellos describían como el relámpago que anunciaba que la Señora estaba a punto de aparecer. Con respecto a esta luz, Lucía escribió: «Los relámpagos tampoco eran propiamente relámpagos, sino el reflejo de una luz que se aproximaba. Por ver esta luz es por lo que decíamos a veces que veíamos venir a Nuestra Señora; pero a Nuestra Señora propiamente solo la distinguíamos en esa luz cuando estaba ya sobre la encina. El no sabernos explicar o el querer evitar preguntas fue lo que dio lugar a que algunas veces dijéramos que la veíamos venir; otras que no. Cuando decíamos que la veíamos venir, nos referíamos a que veíamos aproximarse esa luz que al final era Ella. Y cuando decíamos que no la veíamos venir, nos referíamos a que a Nuestra Señora solo la veíamos propiamente cuando estaba ya sobre la encina».

Al parecer, Jacinta habría tenido visiones de la Señora en otras ocasiones. Lucía escribe en sus memorias: «Jacinta, cuando fue a los hospitales de Vila Nova de Ourem y de Lisboa, sabía que no iba para sanar, sino para sufrir. Mucho antes de que nadie hablase de su ingreso en el hospital de Vila Nova de Ourem me dijo un día: “Nuestra Señora quiere que yo vaya a dos hospitales; pero no es para curarme, es para sufrir más por amor a Nuestro Señor y por los pecadores”. Las palabras exactas de Nuestra Señora, en estas apariciones a ella sola, no las sé, porque nunca las pregunté. Me limitaba a escuchar solo estas frases sueltas que ella me decía».



Notas de un interrogatorio realizado a los pastorcitos por parte del padre Nunes Formigao. Las notas se exhiben en un pequeño museo situado junto a la tumba del padre Manuel Nunes Formigao en Fátima.

Son muchos los fenómenos, los pasajes interesantes que rodean las apariciones de Fátima y que sería imposible reflejar en un solo libro, mucho menos en un capítulo. Francisco murió el 4 de abril de 1919 y Jacinta murió el 20 de febrero de 1920. El 12 de septiembre de 1935, cuando trasladaron sus restos desde Vila Nova de Ourem a Fátima, al abrir el ataúd comprobaron que el cuerpo de Jacinta estaba incorrupto. A Jacinta se le atribuyeron distintas visiones de la Virgen, profecías (la Señora le habría comunicado el día y hora de su muerte), curaciones milagrosas y hasta bilocaciones. La temprana desaparición de los dos niños impidió que conociéramos en profundidad más detalles de cómo vivieron la aparición de la Señora y, como vamos a describir a continuación, del ángel que los instruyó en la doctrina católica.

Las apariciones del ángel que «preparó» a los videntes

Hay muchos investigadores que piensan que los tres pastorcitos fueron «preparados» por una misteriosa entidad para ver las apariciones de la Señora de mayo a octubre de 1917. En sus memorias, escritas bastante tiempo después de los hechos que se narran, Lucía habla de un ángel. Cuando tenía siete años, según ella misma afirma, le encargaron cuidar el rebaño de su familia. En 1915, y en compañía de otras niñas, la vidente explica que un día, «al llegar el mediodía, comimos nuestra merienda, y después invité a mis compañeras a que rezasen conmigo el Rosario, a lo que ellas se unieron con gusto. Apenas habíamos comenzado cuando, delante de nuestros ojos, vimos, como suspendida en el aire, sobre el arbolado, una figura como si fuera una estatua de nieve que los rayos del sol volvían como transparente [...]. Continuamos nuestro rezo, siempre con los ojos fijos en dicha figura que, en cuanto terminamos, desapareció». Lucía continúa explicando, en sus memorias,^[5] que ante el interrogatorio que le hizo su familia, dijo que lo que había visto «parecía una persona envuelta en una sábana» y que «no se le conocían ojos ni manos».

En 1916, un año después, Jacinta y Francisco empiezan a guardar rebaños, como Lucía. Ahí es cuando empieza a forjarse la amistad entre los tres, pues pasaban todo el día juntos. Ese año, un día que estaban en el campo trabajando, Lucía habla de una nueva aparición del ángel: «Hacía poco tiempo que jugábamos, cuando un viento fuerte sacudió los árboles y nos hizo levantar la vista para ver lo que pasaba, pues el día estaba sereno. Vemos, entonces que, desde el olivar, se dirige hacia nosotros la figura de la que ya hablé. Jacinta y Francisco aún no la habían visto, ni yo les había hablado de ella. A medida que se aproximaba, íbamos divisando sus facciones: un joven de unos catorce o quince años, más blanco que la nieve, el sol lo hacía transparente, como si fuera de cristal, y de una gran belleza. Al llegar junto a nosotros dijo: “¡No temáis! Soy el Ángel de la Paz. Rezad conmigo”. Y arrodillándose en tierra, dobló la frente hasta el suelo y nos hizo repetir por tres veces estas palabras: “¡Dios mío! Yo creo, adoro, espero y os

amo. Os pido perdón por los que no creen, no adoran, no esperan y no os aman”. Después, levantándose, dijo: “Rezad así. Los corazones de Jesús y de María están atentos a la voz de vuestras súplicas”». Lucía afirma que las palabras de esta entidad «se grabaron de tal forma en nuestras mentes» que pasaban muchas horas repitiéndolas.

La vidente asegura, igualmente, en sus memorias que tiempo después este ángel se les volvió a aparecer, en esta ocasión junto a un pozo: «De repente vimos junto a nosotros la misma figura o ángel, como me parece que era, y dijo: “¿Qué hacéis? Rezad, rezad mucho. Los santísimos corazones de Jesús y de María tienen sobre vosotros designios de misericordia. Ofreced constantemente al Altísimo oraciones y sacrificios”». Lucía añade que el ángel, al preguntar ellos qué tipo de sacrificios tenían que hacer, respondió: «En todo lo que podáis, ofreced a Dios un sacrificio como acto de reparación por los pecados con que Él es ofendido y como súplica por la conversión de los pecadores. Atraed así sobre vuestra patria la paz. Yo soy el ángel de su guarda, el ángel de Portugal. Sobre todo, aceptad y soportad con sumisión el sufrimiento que el Señor os envíe».

Lucía narra otra aparición del ángel en un olivar llamado Pregueira, donde estaban rezando la oración que aquella entidad les enseñó. En eso estaban cuando «vimos que sobre nosotros brillaba una luz desconocida. Nos levantamos para ver lo que pasaba y vimos al ángel, que tenía en la mano izquierda un cáliz, sobre el cual había suspendida una hostia, de la que caían una gotas de sangre dentro del cáliz. El ángel dejó suspendido en el aire el cáliz, se arrodilló junto a nosotros, y nos hizo repetir tres veces: “Santísima Trinidad, Padre, Hijo, Espíritu Santo, os ofrezco el preciosísimo Cuerpo, Sangre, Alma y Divinidad de Nuestro Señor Jesucristo, presente en todos los sagrarios de la tierra, en reparación de los ultrajes, sacrilegios e indiferencias con que Él mismo es ofendido. Y por los méritos infinitos de su santísimo corazón y del inmaculado corazón de María, os pido la conversión de los pobres pecadores”». Lucía sigue explicando que el ángel les administró la primera comunión. Fue la tercera y última aparición de esta misteriosa entidad.

A algunos expertos les parece llamativo que Lucía hablara de este ángel

tanto tiempo después. Tal y como afirman Joaquim Fernandes y Fina D'Armada en *El secreto de Fátima. La historia oculta de las misteriosas apariciones y la conspiración de los Jesuitas*, «es importante recordar que Lucía escribió, con sus propias manos, sus diálogos con la Señora del cielo en 1922. Y en ningún lugar menciona a los “ángeles”. En 1924, fue sometida a un interrogatorio oficial muy riguroso por parte de las autoridades eclesiásticas. Durante el mismo, también omitió cualquier referencia a los “ángeles”».

En 1982 apareció un libro de notas del sacerdote José Ferreira de Lacerda, director del periódico *O Mensageiro*, que tuvo la oportunidad de entrevistar a Lucía en 1917, y cuyo artículo se publicó el 15 de noviembre de ese mismo año. En este cuaderno, el entrevistador apuntó la pregunta: «¿Qué hicieron después de ver a la Señora?». La respuesta que anotó fue: «Ellos vinieron aunque ella no se lo contó a nadie. Ella había visto algo el otro año, se lo contó a su madre y ella le regañó. La primera vez que ella vio algo fue en un lugar llamado Estrumeiras».

Hay otros autores que hablaron de las apariciones previas, y algunos creyeron, en esta época, que podía tratarse de la Señora que se había aparecido en Cova de Iría, pero en los interrogatorios realizados por el canónigo Manuel Nunes Formigao, al preguntar el sacerdote a Lucía si en 1916 habían visto a la Señora, esta afirmó: «No se me apareció el año pasado, ni nunca antes de mayo de este año; eso no puede decirlo nadie». Y dio más datos sobre dónde había visto a la entidad: en Cabeço, en Estrumeiras, al pie de Cova de Iría, y que se aparecía en una encina y en otros árboles diferentes.

Lucía dos Santos afirmaba que había visto al ángel en compañía de Francisco y Jacinta, pero previamente también junto a otras personas como Joao Marto, Manuel Pereira Carvalho, Teresa de Jesús Matías, Rosa Matías o María Justino. Los dos primeros afirmaron que no pudieron ver a la entidad; Teresa de Jesús Matías, en una carta que su esposo envió a Manuel Eládio Laxe, autor de *Las dos caras de Fátima*, afirmaba que lo que vieron es que «de una enorme encina, parecían caer piedras»; María Justino falleció antes de que nadie pudiera preguntarle por este tema. También hay que añadir el testimonio de Carolina Carreira, quien afirmó haber visto, en compañía de

otra niña y en la zona de Cova de Iría, encima de una encina, a un ser de pequeña estatura, cabello rubio y de gran belleza. De hecho, la familia de Carolina pidió a Lucía que preguntara a la Señora si se le había aparecido a alguien más en Cova de Iría, y la Señora contestó que no había sido ella, sino un ángel.

Sea como fuere, lo cierto es que este ángel se ha hecho tan famoso que se trata de otro de los atractivos religiosos de Fátima. Cuando fui de visita, hace pocos meses, en compañía del periodista Yohanan Díaz Vargas, estuvimos en Loca do Cabeço, donde tuvo lugar la última aparición del ángel. Nos impresionó ver la cantidad de personas que había alrededor de unas rocas donde se alza la representación del ángel y de los tres pastorcitos rezando a sus pies. Los presentes recitaban el rosario y me di cuenta de que esta entidad se ha convertido con el paso del tiempo en otra imagen muy venerada en Fátima.



Loca do Cabeço, donde se produjeron las apariciones del ángel.

Aquella tarde también estuvimos en Aljustrel, donde visitamos la casa de Jacinta y Francisco. En este enclave murió Francisco Marto en 1919; pudimos ver la cama en la que falleció, así como la habitación en la que nacieron los dos hermanos. También nos hizo ilusión poder ver la pared de rocas donde se tomó la fotografía más famosa de los tres pastorcitos videntes. En este sentido, es importante señalar que Fátima, además del santuario, posee otros rincones que albergan retales de esta historia fascinante, como la mencionada Loca do Cabeço y Aljustrel. También me atrevo a recomendar el Museo de Arte Sacro y Etnología, que alberga como reliquia el gorrito de color negro que luce Francisco Marto en la famosa fotografía de los tres videntes publicada en el diario *O Século* el 15 de octubre de 1917. E, igualmente, es muy interesante visitar la tumba del padre Manuel Nunes Formigao, donde encontramos numerosas fotografías antiguas relacionadas con la aparición de Fátima; notas manuscritas con el interrogatorio que el padre realizó a Lucía, Jacinta y Francisco en septiembre de 1917; un fragmento de hueso de Francisco, un pañuelo de Lucía y un trozo de la camisa de Jacinta.

Los espiritistas que predijeron la aparición de Fátima

Pocos saben que las apariciones de Fátima fueron noticia antes de que sucedieran. El año pasado, en compañía del periodista mexicano Yohanan Díaz Vargas, viajé a Oporto para entrevistarme con Joaquim Fernandes, profesor de Historia en la Universidad Fernando Pessoa de Oporto y gran ufólogo del país luso. En aquella fantástica tarde que compartimos con Joaquim, estuvimos hablando de este extremo tan desconocido. Según la exhaustiva investigación que realizaron en su momento Joaquim Fernandes y Fina D'Armada,[6] al menos cuatro de los periódicos más importantes de Portugal reflejaron unos misteriosos anuncios que decían que algo iba a

ocurrir el 13 de mayo de 1917. Se trataba, según el estudio de estos autores, del trabajo de dos grupos de psíquicos de Lisboa y Oporto que, en el transcurso de sus sesiones de espiritismo, habían recibido la información de que un hecho de importancia histórica sucedería ese día. Estos colectivos quedaron tan impresionados por el mensaje que decidieron dejar constancia previa en los periódicos con el fin de probar más tarde la veracidad de sus sesiones.

«Es una revelación absolutamente sorprendente, porque por los cánones actuales de la ciencia no es posible explicar racionalmente cómo un grupo de personas en Lisboa y en Oporto, reunidas en una sesión espiritista buscando la comunicación con otras entidades invisibles, han podido apuntar la fecha exacta, 13 de mayo de 1917, en una sesión realizada el 7 de febrero de ese mismo año. Por lo tanto, con bastante antelación. Ese mensaje hecho en Lisboa el 7 de febrero de 1917 ha sido después publicado como prueba para una certificación futura en caso de que el 13 de mayo ocurriera algún hecho extraordinario, como después se comprobó. Ese grupo tuvo la preocupación de publicar en el gran periódico nacional *Diário de Notícias* la indicación de los espíritus reunidos durante una sesión, que les comunicaron que el día 13 de mayo de ese mismo año sería una fecha importante para toda la humanidad y relacionaban la importancia de esa fecha con la Primera Guerra Mundial», en palabras de Joaquim Fernandes durante nuestra conversación. El ufólogo añadía que el mismo caso se dio «en Oporto en una sesión realizada el día 11 de mayo de 1917 publicada también en un gran periódico de Oporto, en el *Jornal de Notícias*, por un grupo de espíritas de la ciudad que también incidieron en la importancia que iba a tener esa fecha para todos los buenos espíritas de todo el mundo, relacionando las buenas noticias también con la guerra».

En *El secreto de Fátima. La historia oculta de las misteriosas apariciones y la conspiración de los jesuitas*, Joaquim Fernandes y Fina D'Armada se hacen eco del folleto «Um raio de luz sobre Fátima», publicado en 1974 por un tal Filipe Furtado de Mendonça. En este librito se narra aquella sesión espiritista del 7 de febrero en Lisboa, donde estuvo presente un médium conocido de la época, Carlos Calderón. El mensaje en cuestión se

había recibido a través del método de la escritura automática, había sido redactado al revés, y en el folleto aparece el facsímil de este mensaje. Decía lo siguiente:

«No os compete ser jueces. A aquel que os ha de juzgar a vosotros no le gustarían vuestros prejuicios. Tened fe y sed pacientes. No es nuestra costumbre predecir el futuro. Los arcanos del futuro son impenetrables, aunque, en ocasiones, Dios permite que se desplace ligeramente una esquina del velo que lo cubre. Tened confianza en nuestra profecía. El día 13 de mayo será un día de gran gozo para los buenos espíritus de todo el mundo. Tened fe y sed buenos. *Ego sum charitas* («Yo soy amor»). Siempre tendréis a vuestros amigos a vuestro lado, los cuales guiarán vuestros pasos y os ayudarán en vuestro trabajo. *Ego sum charitas*. La brillante luz de la Estrella de la Mañana iluminará el camino».

El mensaje lo firma una supuesta entidad que se denomina a sí misma como «Stella Matutina», dato muy curioso si tenemos en cuenta que uno de los cariñosos nombres por los que se conoce, también, a la Virgen María es como Estrella de la Mañana. El grupo de espiritistas conservó el texto y decidieron publicar un anuncio en el *Diário de Noticias*. Así, en la edición del 10 de marzo de 1917 de este periódico encontramos un anuncio cuyo titular es: «135917» (la fecha 13 de mayo de 1917) y el siguiente texto: «No olvides el día feliz en que terminará nuestro martirio. La guerra que nos hacen terminar».

Con respecto a las comunicaciones recibidas en Oporto, los periódicos *Jornal de Notícias*, *Liberdade* y *O Primeiro de Janeiro* publicaron, precisamente el día 13 de mayo de 1917, un mensaje que había sido recibido dos días antes. «Estaba firmado por un psíquico llamado António, residente en Oporto. La esencia de la predicción era: “El día 13 de este mes sucederá un evento, relacionado con la guerra, que impresionará enormemente a toda la gente”», aseguran Fernandes y D’Armada. Tanto impactó el anuncio, ya en su momento, que un conocido periodista del momento, Guedes de Oliveira, escribió en profundidad sobre el mismo, dedicándole un artículo extenso y un hueco en la primera página. Guedes de Oliveira ignoraba que estaba siendo el primer periodista que escribía sobre uno de los asuntos más fascinantes de la

historia.

El misterio de los mensajes

Creo que si Fátima ha cobrado las dimensiones que tiene hoy día ha sido, en gran parte, por los secretos que habría comunicado la Señora en el transcurso de las apariciones. Al parecer, fue el 13 de junio, durante la segunda aparición, cuando la Señora les cuenta un secreto que les prohíbe revelar. Las dos primeras partes del secreto fueron redactadas por Lucía en 1941. Hablaba de la visión del infierno que tuvieron los dos pastores y de la predicción del fin de la Primera Guerra Mundial, la revolución bolchevique y el comunismo. Pedía, igualmente, la consagración de Rusia al inmaculado corazón de María. Aunque hay disparidad de opiniones, podríamos decir que este secreto revelado en junio se circunscribía al anuncio de la muerte prematura de Jacinta y Francisco, y a la devoción al inmaculado corazón de María a través de la visión que tuvieron de un corazón rodeado de espinas, que parecían estar clavadas. En palabras de Lucía, «comprendimos que era el inmaculado corazón de María, ultrajado por los pecados de la humanidad, que quería reparación».

En cuanto a la visión del infierno, Lucía escribió: «Al decir estas palabras abrió de nuevo las manos como en los dos meses anteriores. El reflejo que esparcían me pareció que penetraba en la tierra, vimos como un mar de fuego, y sumergidos en él a los demonios y a las almas, como si fuesen brasas transparentes y negras o bronceadas. En forma humana, que flotaban en el incendio lanzadas por las llamas o que de ellas mismas salían, juntamente con nubes de humo que por todas partes se esparcían como acontece con las chispas y centellas en los grandes incendios sin peso ni equilibrio, entre gritos y gemidos de dolor y desesperación que horrorizaban y hacían estremecer de pavor. Los demonios, se distinguían por sus formas horribles y asquerosas de animales espantosos y desconocidos, pero transparentes como negros carbones hechos brasas». Tras aquella visión, al parecer la Señora les dijo: «Habéis visto el infierno, adonde van las almas de los pobres pecadores, para

salvarlos, quiere Dios establecer en el mundo la devoción a mi inmaculado Corazón. Si hacen lo que yo digo se salvarán muchas almas y tendrán paz. La guerra va a terminar, pero si no dejan de ofender a Dios comenzará otra peor [...]. Para impedirlo, vengo a pedir la consagración de Rusia a mi corazón inmaculado, la comunión reparadora en los primeros sábados. Si atienden a mi petición, Rusia se convertirá y tendrá paz; si no, propagará sus errores por el mundo, promoviendo guerras y persecuciones a la Iglesia; los buenos serán martirizados, el Santo Padre tendrá mucho que sufrir, varias naciones serán destruidas. Por fin, mi inmaculado corazón triunfará. El Santo Padre me consagrará a Rusia, que se convertirá, y se concederá al mundo algún tiempo de paz. En Portugal se conservará siempre la fe. Esto no lo digáis a nadie. A Francisco sí, podéis decírselo».

En resumen, este sería el contenido de las primeras partes del mensaje. Como hemos indicado, fueron escritas por Lucía en 1941, después de una visión que, según ella, tuvo lugar en diciembre de 1927 en el convento de Tui, en Pontevedra. Escuchó, según ella, estas palabras por boca de Jesús: «Hija mía, escribe lo que te piden; y todo lo que te reveló la santísima Virgen en la aparición en que habló de esta devoción, escríbelo también; en cuanto al resto del secreto, continúa en silencio». También hay un dato muy curioso. Lucía confesó en 1946 que comunicó esta visión a su confesor, quien le ordenó que escribiese el secreto, exceptuando la tercera parte. Poco después, según Lucía, tuvo otro confesor, que le ordenó quemar lo que había redactado y escribirlo de nuevo. ¿Por qué habrían ordenado una cosa así? ¿Qué había escrito Lucía para que tuviese que ser quemado? En cuanto a ese nuevo documento que escribió la vidente mariana, se desconoce su paradero.

Los dos confesores a los que alude Lucía, el padre José Bernardo Gonçalves (quien ordenó quemar el secreto) y el padre José da Silva Aparício, eran jesuitas, y según numerosos expertos, fueron la gran influencia de la vidente a la hora de confeccionar sus cartas, sus memorias y los secretos. Al parecer, en los escritos de Lucía se observa una gran influencia de las enseñanzas de los jesuitas, tal y como defienden en profundidad Joaquim Fernandes y Fina D'Armada en *El secreto de Fátima. La historia oculta de las misteriosas apariciones y la conspiración de los Jesuitas*. El

mensaje de Fátima fue cambiando a lo largo del tiempo; no podemos dejar de otorgar importancia al hecho de que obligaran a Lucía a quemar la primera redacción. Además, el secreto fue aumentando con el paso de los años, puesto que al principio la vidente defendía que solo eran «unas palabritas» y después se transformó en un gran secreto dividido en tres partes. También es importante señalar que aunque los mensajes están considerados como proféticos, se trata de un extremo que no se puede demostrar, puesto que fueron dados a conocer mucho tiempo después. No diríamos lo mismo si estos mensajes hubieran sido puestos por escrito en 1917. Y si me lo permiten, a modo de reflexión personal, me cuesta pensar que si la Virgen se apareció para denunciar lo que ocurría en Rusia en un siglo tan cruento como el XX, ignorara otros problemas tan graves como el holocausto nazi o, más tarde, el vietnamita, entre otros horrores que asolaron el mundo en estas fechas.

Con respecto al tercer secreto, en 1943, Lucía enfermaba gravemente, motivo por el que el obispo de Leiría le ordenó escribir la otra parte del secreto. Pero Lucía manifestaba reticencia a hacerlo, aunque finalmente accedió el 3 de enero de 1944. El día 9 de enero de 1944 envió una carta al obispo comunicándole que la orden estaba cumplida. El secreto fue remitido al obispo, que al parecer nunca lo leyó; permaneció en un sobre lacrado en manos de este obispado portugués durante catorce años, hasta que fue remitido al Vaticano. El secreto no podía ser revelado, según indicaciones de Lucía, antes de 1960. Pero el papa Juan XXIII leyó el contenido del secreto y dicen que exclamó: «No quiero ser profeta de calamidades», motivo por el que continuó oculto hasta el mes de mayo del año 2000.

Fue el papa Juan Pablo II quien decidió revelar ese secreto a raíz de un hecho que marcó su vida: el atentado que sufrió en la plaza de San Pedro del Vaticano el 13 de mayo de 1981, precisamente el día en que se celebra la Virgen de Fátima. Fue perpetrado por el terrorista turco Alí Agca, quien disparó al pontífice, poniendo en grave peligro su vida. El autor de los disparos pudo ser detenido gracias a una monja que, además, se llamaba Lucía. Durante el juicio, Alí Agca hizo un comentario que puso en alerta a todos los católicos: dijo que el atentado estaba vinculado con el secreto de

Fátima y, tiempo después, afirmaría que se sintió como el instrumento de un plan que le sobrepasaba, como «el ejecutor de una profecía».

El papa Juan Pablo II, quien visitó a Alí Agca en prisión y quien pudo haber hablado con el turco de esta relación del atentado con Fátima, siempre pensó que esta advocación mariana había desviado la trayectoria de la bala para salvar su vida. Tanto es así que cuando se recuperó de sus lesiones acudió a Fátima a dar gracias a la Virgen y ofreció una de las balas disparadas por Alí Agca, que actualmente se encuentra colocada en la corona de la Virgen de Fátima que se venera en la capilla de las Apariciones.

Al parecer, durante su estancia en el hospital fue cuando Juan Pablo II tuvo acceso a la tercera parte del secreto. Durante la ceremonia de beatificación de Francisco y Jacinta, que tuvo lugar el 13 de mayo del año 2000 en Fátima, y en presencia del pontífice y de Lucía, el cardenal Angelo Sodano, por aquel entonces secretario del Estado Vaticano, reveló el secreto que había escrito Lucía:



Virgen de Fátima, imagen que contiene la bala que Alí Agca disparó contra Juan Pablo II.
Capilla de las Apariciones en el santuario de Fátima.

«Después de las dos partes que ya he expuesto, hemos visto al lado izquierdo de Nuestra Señora, un poco más en lo alto, a un ángel con una espada de fuego en su mano izquierda, centelleando emitía llamas que parecía iban a incendiar el mundo, pero se apagaban al contacto con el esplendor que Nuestra Señora irradiaba con su mano derecha dirigida hacia él; el ángel, señalando la Tierra con su mano derecha, dijo con fuerte voz: “¡Penitencia, penitencia, penitencia!”. Y vimos en una inmensa luz que es Dios, algo semejante a como se ven las personas en un espejo cuando pasan ante él, a un obispo vestido de blanco; hemos tenido el presentimiento de que fuera el Santo Padre. También otros obispos, sacerdotes, religiosos y religiosas subir a una escabrosa montaña, en cuya cima había una gran cruz de troncos toscos, como si fueran de alcornoque con la corteza; el Santo Padre, antes de llegar a ella, atravesó una gran ciudad en medio de ruinas y medio tembloroso, con andar vacilante, apesadumbrado de dolor y pena, rezando por las almas de los cadáveres que se encontraba por el camino; llegado a la cima del monte, postrado de rodillas a los pies de la gran cruz, fue muerto por un grupo de soldados que le dispararon varios tiros y flechas, y así mismo fueron muriendo unos tras otros los obispos, sacerdotes, religiosos y religiosas, y diversas personas. Seglares, caballeros y señoras de varias clases y posiciones. Bajo los dos brazos de la cruz había dos ángeles, cada uno con una jarra de cristal en la mano, en los cuales recogían la sangre de los mártires y regaban con ella las almas que se acercaban a Dios».

Para Juan Pablo II, este mensaje aludía a su intento de asesinato en 1981, un mensaje que, como se observa, no se trata de «palabritas», sino de una visión. Pero lejos de servir para cerrar el capítulo de una aparición mariana marcada por los horrores del siglo XX y por el mesianismo propio de aquellos días, la revelación de estas palabras avivó la polémica. Para algunos, el contenido del mensaje es falso y el secreto aún permanecería oculto. Estas opiniones contradictorias siguen de plena actualidad hoy día. Es más, durante la redacción de este libro me llegó una información que está comenzando a circular entre algunos sectores católicos. Según dicen estos rumores sin contrastar, que me llegaron a través de una fuente de la Iglesia, al parecer

existirían unas cartas escritas por Lucía a Juan Pablo II donde la vidente mariana habla de señales relacionadas con el fin de los tiempos, unas señales que ya habrían comenzado a manifestarse y que algunos pugnan por hacer públicas a través de la publicación de estos escritos nunca divulgados. Tendremos que esperar para saber más sobre esta parte de unos sucesos que, aunque tuvieron lugar en 1917, todavía proyectan su influencia sobre los católicos del siglo XXI, unos fieles que siguen considerando Fátima el altar del mundo.

7

LUCES POPULARES, LAS LUMINARIAS DEL FIRMAMENTO CRISTIANO

«Todos aquellos santuarios, enclaves geográficos y blasones cuyas tradiciones, raíces toponímicas o escudos heráldicos alberguen luces y estrellas solitarias —o en pequeñas formaciones— conmemoran, por lo general, antiguos episodios ufológicos.» Esta frase del libro *La España extraña*, de Javier Sierra y Jesús Callejo, sirvió para acuñar un concepto que a día de hoy engloba aquellas apariciones de luces extrañas en el cielo que van asociadas, entre otras cuestiones, al ámbito religioso.

Existen, por ejemplo, infinidad de imágenes religiosas que guardan relación con la aparición de misteriosas luces, como veremos a continuación; y, de hecho, también tallas que aparecen gracias a estos extraordinarios eventos en los cielos, como es el caso de la Virgen de Montserrat, la Virgen de Medjugorje o el sepulcro del apóstol Santiago. Y no solo luces, también cruces, como la que observó Constantino. Según cuenta su biógrafo Eusebio Pánfilo, el emperador Constantino el Grande vio en el cielo una gran cruz rodeada con las letras *In hoc signo vinces* («Con este signo vencerás»); fue justo antes de la batalla que tuvo lugar en el puente Milvio el 28 de octubre del 312 y que hizo que la persecución que sufrían los cristianos diera un vuelco. Este es quizá el caso más antiguo, pero se han dado episodios parecidos como la cruz que vio don Pelayo en la batalla de Covadonga.

NUMEROSOS TESTIMONIOS

Luces de la Reconquista, los santos de las batallas

Sin duda, la época de la Reconquista en España es uno de los periodos históricos en los que más se han registrado extraños eventos en los cielos que fueron asociados con intervenciones divinas en el contexto de guerras y batallas. Entre el 722 y 1492 se produjeron en la península ibérica numerosos enfrentamientos entre árabes y cristianos con el fin de hacerse con territorios en poder del enemigo. En este contexto, las crónicas antiguas recogen episodios de signos en el cielo que los cristianos interpretaron como la ayuda de Dios, la Virgen y los santos en aquellos trances en los que tanta sangre se estaba derramando tanto en uno como en otro bando.

Uno de estos casos dio origen a la estrella que aparece en el escudo de Cuenca. En enero de 1177, cuando el rey Alfonso VIII se encontraba en esta ciudad castellana luchando contra la ocupación árabe, dice la leyenda que fue visitado por la Virgen, que se presentó en forma de luminaria. Este signo celeste fue contemplado en tantas ocasiones por las tropas cristianas que cuando se hicieron con la plaza impusieron el nombre de Nuestra Señora de la Luz como patrona de la ciudad y pusieron en el escudo de Cuenca una estrella flotando sobre un cáliz, simbología que pude observar en muchas calles de esta población cuando la visité en el verano de 2016.

Virgen de Tentudía

En Extremadura se conservan tradiciones parecidas a las de Cuenca. En 1247, en el marco de estos enfrentamientos entre árabes y cristianos, apareció una luminaria en el punto más elevado de la provincia de Badajoz, cerca de Calera de León. Pelayo Pérez, capitán de las tropas cristianas, viendo que llegaba la noche y no conseguía la tan ansiada victoria, hincó la rodilla en el suelo e imploró esta súplica a la Virgen: «Santa María, detén tu día». Según escribió Alfonso X el Sabio en sus *Cantigas de Santa María*, el sol se detuvo en el horizonte hasta que los cristianos obtuvieron la victoria. Otras versiones

de la leyenda dicen que las palabras que pronunció fueron otras: «¡Tente un día!». Y también se dice que no fue el sol el que se detuvo en el cielo, sino una luz de gigantescas dimensiones que se posó en un árbol cercano al lugar de la batalla. Sea como fuere, la tradición asegura que una luz descendió del cielo iluminando la escena y provocando la huida de los enemigos de los cristianos. En el lugar del milagro ordenaron levantar una ermita en honor a la Virgen, a quien le atribuyeron este milagro. Con el paso del tiempo y a raíz de la deformación lingüística, esta Virgen que sigue siendo muy venerada hoy día, recibió el nombre de «Virgen de Tentudía».[1]

Virgen de la Luz

Algo parecido ocurrió en Arroyo de la Luz, en Cáceres. Según cuenta Pascual Madoz en su *Diccionario geográfico-estadístico-histórico de España*, hablando del templo en el que se venera a esta imagen, «la ermita se halla en un lugar llamado de Los Moros, donde había una enorme encina denominada de La Bandera. Se asegura que moros y cristianos tuvieron allí una fuerte pelea en abril de 1229, que se apareció entonces una luz sobre la encina de La Bandera y alumbró a los cristianos para derrotar a sus contrarios, causándoles una horrible mortandad». Al parecer, era la figura de una Señora que iluminaba a los cristianos y cegaba a los musulmanes, lo que permitió la victoria cristiana. Así nació el culto a Nuestra Señora de la Luz, patrona del municipio.

La ermita de la Virgen de la Luz se encuentra enclavada en una comarca donde he podido recoger numerosos testimonios ufológicos[2] así como leyendas que también citan fenómenos lumínicos extraños. Un ejemplo es la historia del denominado Olivo de las Ánimas, en Ceclavín. Alrededor de este árbol, según cuenta la tradición, se aparecen luminarias, luces que los lugareños piensan que se trata de ánimas.

Vírgenes y santos de la Reconquista

En ocasiones, más allá de los fenómenos lumínicos, encontramos relatos en

los que se da la aparición de Señoras y de misteriosos caballeros que intervienen en las batallas. Cuando visité el castillo de Trujillo (Cáceres), preciosa población de paisaje medieval en la que se han rodado algunos capítulos de la exitosa serie *Juego de Tronos*, descubrí una leyenda que también aludía a una aparición que se produjo en esta fortaleza el 25 de enero de 1232, cuando Fernando III el Santo reconquistó la plaza de Trujillo. Según la tradición, lo hizo gracias a una intervención sobrenatural. Cuentan que la Virgen con su Hijo en brazos se apareció sobre las murallas del castillo para dar la victoria a los cristianos. Desde ese momento todo el ejército aclamó a la Virgen con el título de «la Victoria» y esta advocación se convirtió en patrona de la Reconquista y de este municipio cacereño.



Lourdes Gómez fotografiando a la Virgen de la Victoria del castillo de Trujillo. Fotografía de Yohanan Díaz Vargas.

Pero qué duda cabe de que las apariciones más famosas de este periodo histórico se atribuyen al apóstol Santiago, quien a raíz de las mismas comenzó a ser conocido como «Santiago Matamoros». La primera de estas intervenciones se sitúa, según la tradición, en Clavijo (La Rioja), en mayo del

año 844. Según la leyenda, en el contexto de una batalla se apareció Santiago montando un caballo blanco y emitiendo extraños resplandores; la visión habría provocado tal pánico en los árabes que huyeron y regalaron la victoria a las huestes cristianas. Asegura también la tradición que la contienda se inició porque Ramiro I de Asturias se negó a entregar a un centenar de doncellas a los árabes, tributo que asegura este relato cristiano que los musulmanes exigían. En la primera parte de la contienda los cristianos iban perdiendo y se batieron en retirada, instantes en los que cuentan que Ramiro tuvo un sueño en el que se le apareció el apóstol para anunciarle su presencia en la batalla.[3]

Muchos han sido los historiadores que han tratado de rastrear los orígenes y la veracidad de esta leyenda, que dio origen a esa famosa arenga tan empleada por los españoles tanto en la Reconquista como en el descubrimiento de América: ¡Santiago y cierra, España! Aunque lo cierto es que, más allá del relato legendario, es prácticamente imposible determinar en qué grado se trata de una realidad o de una fantasía, y para la gran mayoría de autores se trata de una leyenda sin ninguna base de realidad; la razón principal que esgrimen es que la primera redacción sobre este hecho prodigioso aparece a mediados del siglo XIII, mucho tiempo después de que hubiera tenido lugar, dato muy sospechoso si tenemos en cuenta el gran impacto que tuvo en las huestes cristianas, por lo que es plausible pensar que, de haber ocurrido realmente, tendría que haberse recogido por escrito mucho antes.

De lo que no hay duda es de la influencia que ha tenido esta supuesta aparición de Santiago en muchos otros enfrentamientos posteriores. Así, durante toda la Reconquista se multiplicaron las apariciones de Santiago en batallas. Hay que señalar, igualmente, que existen otros santos a los que también se les ha situado en el contexto de batallas, como san Jorge, san Isidoro de Sevilla, san Andrés Corsini, san Felipe apóstol o san Juan evangelista.

Llum de Manresa

Muchas de estas luminarias se presentan en las cercanías de enclaves religiosos. Existen ejemplos tan notables como la denominada *Llum de Manresa* («Luz de Manresa»). Hace referencia a un milagro que se produjo en esta población catalana el 21 de febrero de 1345, un fenómeno que sigue conmemorándose cada año con una fiesta que alude a ese milagro de la Luz. Tuvo lugar en la iglesia del Carmen de la localidad, donde una misteriosa luz procedente de Montserrat atravesó una vidriera del templo y, al parecer, se dividió primero en dos, luego en tres luces, para más tarde volver a reagruparse, fenómeno que estuvo acompañado por un misterioso tañer de las campanas del templo, sin que nadie las tocara. La luz fue contemplada por muchos fieles y, gracias a su aparición, se revocó la excomunión que pesaba sobre Manresa debido a una confrontación entre el municipio y el obispado por el paso de una acequia de agua.

En palabras del notario Pere de Pulcrosolano, que dejó constancia escrita del fenómeno, «después de la salida del sol, vieron en la capilla de dicho altar una llama o signo claro y refulgente que parecía una estrella; que salió de dicha capilla y ascendió suavemente y sin precipitarse hasta el envés de dicha capilla; que fueron de prisa dichas personas a avisar a los monjes; que se tocó la campana mayor de dicha iglesia y los frailes cantaron la Salve Regina; que allí vieron el prodigio y cantaron los versos; que aquella llama o signo claro y luminoso se apareció en dicha iglesia y bajó pausadamente hasta la capilla de la Santísima Trinidad; y después salió de dicha capilla y subió hasta la nave principal de la iglesia; y después salió de allí y subió a la capilla de la Santa Cruz y San Salvador; y desde entonces no vieron más el signo, llama o prodigio».

Los santitos de Magacela

Muy cerca de donde resido se encuentra la población de Magacela (Badajoz), donde encontramos otra leyenda que alude a la aparición de luminarias y ha dado lugar, igual que la *Llum de Manresa*, a una fiesta que sigue perpetuándose año tras año. Según la tradición, cada 2 de enero, sobre las doce de la noche, al parecer, salen dos luces de las aguas de la llamada

«laguna de los Santos» y se dirigen hasta un lugar próximo en el que pasan un rato, para después volver al punto de origen y sumergirse en las aguas. Se tiene la creencia de que son los espíritus de san Aquila y santa Priscila, que habrían llegado hasta Magacela y allí habrían sido martirizados por predicar el Evangelio. Sus cuerpos habrían sido enterrados donde hoy se encuentra la referida laguna.

San Aquila y santa Priscila son mencionados en el Nuevo Testamento. Posiblemente de origen judío y tejedores, fabricantes de tiendas, habrían vivido en Roma hasta su marcha a Corinto como consecuencia de la expulsión de los judíos decretada por el emperador Claudio. La tradición los sitúa junto a san Pablo, como colaboradores suyos, predicando el Evangelio en distintos lugares como los ya citados y Éfeso. El Martirologio Romano afirma que murieron en Asia Menor, pero, según otras tradiciones, fueron martirizados en Roma.

La relación del matrimonio santo con Magacela la establece el prior del municipio fray Diego Becerra de Valcárcel en una obra que publica en 1684. Gracias a este libro se populariza el fenómeno de las luces de Magacela a finales del siglo XVII. En la obra, el prior recoge los relatos de los vecinos de la zona que hablan de una extraña luz que surca el cielo de Magacela al amparo de la noche. Y cita, en concreto, una localización exacta: la de la leyenda, la laguna que está en la falda de la sierra. Habla de una luz resplandeciente, que se mueve en forma de círculos en el entorno de aquel lago «[...] y se consume, o desaparece en un sitio continuo, llamado el Texar, y otras veces sale de la laguna, y pasa el camino á baxo de la Hermita de Nuestra Señora de los Remedios, hasta una piedra larga, y angosta, que está con él con unos caracteres antiguos, y buelve al texar, donde se consume». Al parecer, hasta una decena de testigos certificaron ante notario haber observado la extraña luminaria.



Lourdes Gómez en la laguna de los santitos, en Magacela (Badajoz). Fotografía de A. J. Gómez Martín.

Fue dicho prior, como decíamos, el primero que relaciona en fuente escrita las luminarias con san Aquila y santa Priscila. Y él es quien desempeña un papel importante en esta historia al ser el promotor de la desecación de la laguna para descubrir las reliquias de los santos. Según escribió él mismo, se encontraron durante los trabajos algunas piedras en forma de acueducto y alguna losa, pero cuando estaban a punto de hallar los restos de los santos, confiesa el prior que se desató una gran tormenta que volvió a inundar la laguna. Él interpretó el hecho como una señal del cielo, como un aviso para que desistiera de la tarea emprendida. Aquella noche, según explica, volvió a pasearse la luminaria por el municipio. Aunque decidió abandonar la búsqueda, el prior centró sus esfuerzos en erigir una ermita para el culto a san Aquila y santa Priscila, los santitos que se convirtieron gracias a esta leyenda en los patronos del pueblo.

La aparición de estas luces ya tendría una tradición a lo largo de los siglos. Hay que destacar que en torno al municipio se han encontrado pinturas que reflejan soles, astros, en lugares como el abrigo de la Peña del Águila y

dólmenes, construcciones megalíticas, que presentan las mismas inscripciones. Son manifestaciones artísticas que nos hacen pensar que quizá el fenómeno que se ha perpetuado como fiesta cristiana puede tener un recorrido anterior, una historia previa.

Dice Eloy Martos, autor de la obra *Cuentos y leyendas tradicionales (Teoría, textos y didáctica)*, que «cuento, mito y leyenda son formas intercambiables, es decir, un mismo asunto ha sido desarrollado en varias de estas formas, si bien esto no ocurre nunca a la vez, sino en distintos momentos o fases de una diacronía, que hace que lo que aquí parece como un mito, más adelante fragüe como un cuento, y en otro lugar/tiempo, como una tradición local. También los temas se “agiorganizan” y no es raro ver tradiciones en clave religiosa que ahora toman otros derroteros, por ejemplo, ufológicos, ello se explica fácilmente en tradiciones que hablan de apariciones celestes o fenómenos similares», aludiendo, en una nota, a la leyenda que nos ocupa.

Hoy día, el fenómeno tiene una interpretación cristiana. Cada 8 de julio se celebra en Magacela una fiesta que, dada la leyenda, tiene un origen enigmático y que, además, ha sido interpretado a la luz de la cultura de los testigos. Para el prior se trataba de santos y de un asunto religioso porque estaba contemplándolo desde su propia óptica, pero si conserváramos testimonios de personas de otra época hablando del mismo hecho, muy posiblemente obtendríamos interpretaciones opuestas. Es más, hoy día existen testigos que en los últimos años afirman haber observado las luminarias en el entorno de la laguna. Y son testigos que interpretan la aparición de las luces como una muestra más del fenómeno ovni, de la aparición de objetos volantes no identificados en el cielo, que, si bien vienen recogiendo avistamientos en todas las épocas, se popularizó en nuestra cultura a partir del 24 de junio de 1947, cuando el piloto civil Kenneth Arnold afirmó haber visto nueve objetos inusuales junto al monte Rainier, en Washington.

Investigadores como John Keel, Jerome Clark y, sobre todo, el reconocido ufólogo Jacques Vallée en obras fundamentales como *Pasaporte a Magonia*, ofrecieron por primera vez una visión distinta de la problemática

ovni, relacionándola precisamente con casos como la leyenda de los santitos. Ellos tuvieron en cuenta por primera vez factores subjetivos, parafísicos, culturales, absurdos, oníricos, etc., a la hora de interpretar los relatos de los testigos. Y gracias a la aplicación de estos parámetros se observa una sospechosa analogía entre antiguas apariciones recogidas por el folclore popular, relacionadas con hadas, duendes, elfos y demás seres elementales, y también con los mismos fenómenos desde una visión cristiana que nos habla de ángeles, demonios y criaturas extrañas. Es decir, estaríamos hablando en todos los casos de un mismo fenómeno pero clasificado en etiquetas distintas según la época y la cultura, formación, inclinación, de los testigos. El fenómeno sería el mismo pero va cambiando de nombre y de interpretación según la época.

No podemos dejar de comentar que Extremadura es un punto caliente en lo que al fenómeno ovni se refiere. Existen muchos testimonios de avistamientos en distintas comarcas de la región, tanto casos antiguos como recientes. En Las Hurdes ha existido una gran incidencia de estos hechos, y algunos de los casos han ocurrido en parajes cercanos a ríos o embalses. Recuerdo el mítico caso de la Luz de Rivera Oveja o el testimonio que me compartió de primera mano Ricarda Iglesias, hurdana que observó una especie de «cancho volador» que se sumergió en las aguas y desapareció.

Lo mismo se ha constatado en comarcas como la de Cuatro Lugares, donde en el año 2012 pude recoger algunos casos relacionados con ovnis que desaparecían a través de cauces de agua. En 1986, por ejemplo, José Benito Gómez observó, según me contaba, una luz en la cola de un pantano de la comarca, luminaria que empezó a ascender y que se dirigió a su posición haciendo vivir al testigo uno de los momentos más impactantes que recuerda. Otro extremeño de la comarca, Isidoro González, me contó cómo tras una noche en la que fue perseguido por una luz, que incluso provocó efectos electromagnéticos en su vehículo, esta desapareció por un arroyo situado cerca de donde se encontraba el testigo.[4]

Algunos estudiosos piensan que Extremadura es un punto ufológico caliente precisamente por la gran abundancia de pantanos y embalses que posee, que en muchas ocasiones son los entornos en los que se han recogido

avistamientos de luces extrañas que salen, entran o sobrevuelan las aguas.

La luz de san Antonio

En Extremadura también he podido investigar casos en los que se observa una relación entre santos y luces populares. Un ejemplo es san Antonio en Las Hurdes. El 13 de junio de 2016, durante la fiesta del santo en la población de Aceitunilla, vecinos de la alquería pudieron observar, de madrugada, un extraño resplandor en el monte. Había decenas de personas en la verbena que se estaba celebrando en una de las calles del lugar, y sobre las dos y media de la madrugada, algunos empezaron a decir: «¿Qué es aquel resplandor que sale de entre los pinos? Porque hay quien pensaba que podía ser un incendio», me explicaba uno de los testigos cuando fui a investigar el suceso. Y añade que el resplandor era «como la iluminación de un helicóptero. O como una estrella, pero mucho más grande. Emitía luz blanca entre los pinos. Como si algo se hubiera posado ahí. Al principio apareció lentamente y después empezó a coger un poquito de altura». En el lugar donde se ubicaba la extraña luminaria discurre una pista forestal, pero según me comentaron en el pueblo, están acostumbrados a ver los faros de los coches que circulan por dicha senda y aquello, al parecer, no se asemejaba a una luz emitida por vehículo alguno. Además, no se mantuvo fija sobre una misma trayectoria, sino que «se movía entre los pinos y luego se escurrió, se escapó, hacia la parte de Nuñomoral», en palabras de los testigos.

Aunque hubo personas que se negaron a hablar de lo ocurrido, otras aseguraban que ocurrió, que se trataba de «una luz muy formidable» o «una luz que brillaba como un espejo»; y algunos vecinos, además, tienen la valentía de reconocer que no es la primera vez que pasa. Aseguran que por estas fechas san Antonio realizaba milagros, como la aparición de luces, entre otros fenómenos.

Clementina Domínguez Alonso, quien fuera la persona más longeva de Aceitunilla, me decía: «Sé lo del resplandor. Aquí han pasado muchas cosas. Hace unos años yo pude ver lo mismo. Yo veía una luz en la sierra y yo me decía a mí misma: “¡Ay, san Antonio bendito!, ¿cómo estará esa luz ahí?”.

Me pasó tres veces. En el mismo monte vi el mismo resplandor que dicen que ha ocurrido ahora».

Tras investigar el suceso, enmarqué estas luminarias en el contexto de las denominadas luces populares, pues para todos los lugareños se trataba de las manifestaciones de un personaje muy especial en la comarca, san Antonio de Padua, sacerdote franciscano, gran predicador de origen portugués y doctor de la Iglesia, que falleció el 13 de junio de 1231 en la localidad italiana de Padua. En Las Hurdes, en concreto, está considerado como protector de los montes y del ganado. Antes de la cristianización del lugar, presumiblemente existía el culto a una divinidad protectora de animales y bosques que hoy día se identifica con san Antonio.

En la recomendable revista *Folklore* de la Fundación Joaquín Díaz, el estudioso e investigador Félix Barroso se hacía eco del culto a san Antonio «en las Jurdes y en zonas aledañas», asegurando que «ya de por sí el día de la festividad, 13 de junio, cae de lleno dentro del ciclo solsticial de verano y, sin lugar a dudas, es, junto con san Juan, la efeméride más significativa del calendario de los pueblos de acusado matiz ganadero». En esta comarca extremeña perviven costumbres que dan fe de su pasado pastoril. En todas las familias hay antepasados pastores y en los orígenes de estas tierras hubo de darse una importante cultura ganadera. En la actualidad, san Antonio de Padua goza, como decíamos, de un gran predicamento en estas tierras, tanto por su faceta religiosa como por aspectos más heterodoxos. «En la memoria colectiva se le tiene como un personaje ataviado de blanquísimos ropajes y que se hace acompañar por un perro también blanco. Es el que vela por los caminantes que se pierden en la noche, evitando que se despeñen por los barrancos o caigan al río. A veces, este ser luminoso levita sobre el suelo o cruza los arroyos y gargantas sin mojarse los pies», expone Barroso. En Las Hurdes se invoca a san Antonio como eficaz remedio contra toda suerte de peligros y espantos. Me contaban vecinos de Aceitunilla: «Si aparece una tormenta, si se pierde algún niño o algún ganado, o si sales de viaje, para que no te suceda nada malo en el camino, se echa el responso.»[\[5\]](#)

Luces e intervenciones divinas en la conquista de América

Tras el descubrimiento del continente americano, todo el rosario de fenómenos que se producen durante la Reconquista de la península ibérica se trasladan allende los mares. En el transcurso de mis viajes por países como México, Colombia o Perú, he podido constatar la similitud que existe entre las luces populares latinoamericanas y las apariciones de santos que se dieron durante la conquista de América, fenómenos que no solo fueron recogidos por los españoles; también por los indígenas, como veremos a continuación.

Apariciones en México

Si atendemos a los relatos de los cronistas de Indias, el apóstol Santiago también se apareció en América para ayudar a los cristianos. En esta ocasión, pasó a denominarse «Santiago mataindios» e, igual que en las tallas españolas, comenzó a representársele montado a caballo y aplastando cabezas de árabes y de indígenas. Según asegura Bernal Díaz del Castillo en su *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, «todos los soldados poníamos gran ánimo para pelear. Y esto, nuestro Señor Jesucristo y Nuestra Señora la Virgen Santa María nos lo ponía, y Señor Santiago, que ciertamente nos ayudaba».

Una de las apariciones que se le atribuyen a Santiago en la conquista de México fue su aparición en la matanza del Templo Mayor. Ocurrió en 1520, durante la fiesta que los aztecas realizan en honor de Huitzilopochtli. Al parecer, habiéndose ausentado Hernán Cortés de Tenochtitlán, dejó al mando a Pedro de Alvarado, quien en el momento cumbre de la fiesta ordenó asesinar a los indígenas que participaban en esta celebración. Según cuentan las crónicas, en el fragor de la batalla se apareció Santiago apóstol, como «un caballero muy grande y vestido de blanco, en un caballo blanco, con espada en la mano, peleaba sin ser herido y su caballo con la boca, pies y manos, hacía tanto mal, como el caballero con su espada» según narra fray Juan de Torquemada. En palabras del cronista López de Gomara «el caballo mataba tantos con la boca y con los pies y manos como el caballero (Santiago) con la

espada».

Algo similar sucedió el 25 de julio de 1531 en el territorio mexicano de Querétaro, donde se dice que antes de la batalla contra los indígenas apareció en el cielo una cruz luminosa acompañada del apóstol Santiago a caballo, lo que provocó que los chichimecas se rindieran y se convirtieran al cristianismo.

Como curiosidad, no solo pedían ayuda a Santiago los españoles. Cuenta Diego Muñoz Camargo en *Historia de Tlaxcala*: «Los tlaxcaltecas, nuestros amigos, viéndose en el mayor aprieto de la guerra y matanza, llamaban y apellidaban a Santiago, diciendo a grandes voces: “¡Santiago!”. Y de allí les quedó que, hoy en día, hallándose en algún trabajo los de Tlaxcala, llaman al Señor Santiago».

El extremeño Hernán Cortés, artífice de la conquista del territorio mexicano, también vivió fenómenos prodigiosos que, al parecer, facilitaron la rendición de los indígenas. Según Bernal Díaz del Castillo, Moctezuma, líder del imperio mexica, se enfadaba con sus guerreros porque, según expone el cronista, no entendía cómo un puñado de castellanos podía asustarlos. En palabras del cronista: «Bien le pagó la Virgen su solicitud de promover su culto, pues visiblemente le protegió en su empresa y le libró de muchos peligros. Por eso sin duda, preguntando en cierta ocasión Moctezuma a sus guerreros cómo no habían podido vencer a unos pocos castellanos, siendo ellos tantos, le respondieron que no aprovechaban sus flechas ni buen pelear, porque una Gran Tecleciguata de Castilla venía delante de ellos y les ponía temor».

Otro de los casos que llaman la atención durante la conquista de México lo narra el cronista fray Antonio de Tello, hablando de la conquista de la zona de Jalisco. En el contexto de una batalla en la que tenían mucho miedo debido a su inferioridad numérica, los españoles, capitaneados por Hernán Cortés, se encomendaron a la Virgen y al apóstol Santiago. Cortés portaba siempre un estandarte de la Virgen, una pieza cuyos restos he podido observar en el Museo Nacional de Historia, situado en el castillo de Chapultepec, en Ciudad de México. Asegura fray Antonio de Tello que en aquellos momentos, rezando antes de la batalla, ese estandarte de la Virgen

empezó a lanzar destellos, resplandores muy extraños y les infundió gran valor y fuerza. Lo curioso es que, al parecer, consiguieron vencer porque los indígenas también observaron aquellos fenómenos lumínicos; se aterrorizaron y abandonaron el campo de batalla.

Fray Antonio de Tello, en su *Crónica Miscelánea de Jalisco*, también nos presenta un prodigio que acaeció durante la conquista del valle mexicano de Banderas. Hablando de la entrada de las huestes de Cortés en 1522 a esta región del extremo oeste de México, dice que este se llegó a desmayar al ver el crecido número de enemigos que les salía al paso y propuso a sus soldados la retirada, pero al final decidieron plantar cara a sus contrarios. «El capitán mandó sacar los estandartes reales y los enarboló y fuera de esto otro de damasco blanco y carmesí con una cruz en el reverso y una letra por orla que decía así: “En esta vencí y el que me trajere, con ella vencerá”, y por la otra parte estaba la imagen de la Concepción Limpísima de Nuestra Señora y con otra letra que decía: “María, Mater Dei, ora pro nobis”, y al descubrirla y levantarla en alto, hincados de rodillas, con lágrimas y devoción le suplicaron los afligidos españoles les librase de tantos enemigos y al instante se llenó el estandarte de resplandores y causó al ejército valor y valentía, y fueron marchando al son de las cajas y clarines y, llegando cerca del pueblo, los enemigos se repartieron por medio de dos bandas, la una se puso hacia la banda de la sierra y la otra hacia la mar que estaba cerca y los cogieron en medio...» Los cristianos siguieron avanzando hacia el enemigo, a los que seguían mostrando aquellos prodigios: «En esta ocasión el estandarte de Nuestra Señora se llenó de más resplandores y así como lo vieron los indios se juntaron y postrados, trajeron sus banderillas arrastrando y las pusieron a los pies del padre fray Juan de Villadiego, santísimo sacerdote y anciano que tenía en las manos el estandarte de la cruz, a cuya mano siniestra iba el capitán Francisco Cortés con toda su caballería. Treinta capitanes, caciques y señores de aquellas provincias se rindieron a la cruz e imagen, por haberse llenado de resplandores sin otra arma alguna... Este suceso fue sábado del año 1517». Como recuerdo de aquella victoria, denominaron al territorio recién conquistado «valle de Banderas».

Apariciones en Guatemala

Fray Antonio de Remesal, en su *Historia general de las Indias occidentales y particular de la gobernación de Chiapa y Guatemala*, nos habla de una aparición del apóstol Santiago que dio nombre a la ciudad de Santiago de los Caballeros, que fue fundada en 1524 por Pedro de Alvarado. Así, cuenta el cronista que «entendieron los indios que aquella imagen (la del apóstol Santiago) era el dios de los españoles, y como lo veían armado a caballo con espada ensangrentada en alto y hombres muertos en el campo, le tenían por dios muy valiente y que por servirle lo eran también tanto los españoles, y de aquí venía el rendírseles con facilidad y desmayar en las batallas al primer encuentro [...]. Dedicada, pues, la ciudad y templo al glorioso apóstol Santiago, prometen de celebrar su día como cristianos, y como caballeros; como cristianos con vísperas y misa, y como caballeros, con toros, juegos de cañas, y otros placeres». Después de ese episodio, el emperador Carlos V concedió a Pedro de Alvarado el hábito con la cruz roja de la orden militar de Santiago.

Apariciones en Chile

El conquistador Pedro de Valdivia, oriundo del municipio pacense de Villanueva de la Serena, fue uno de los muchos conquistadores extremeños que observaron extraños prodigios durante la conquista de América, y lo dejó por escrito tanto en sus cartas como en los textos elaborados por los cronistas que los acompañaban. En el transcurso de la conquista de Chile, empresa que lideró Valdivia a partir de 1540, se dieron, según los castellanos, insólitas apariciones que inclinaron la balanza de la victoria hacia la corona española. Uno de esos sucesos tuvo lugar durante la batalla que dio origen a la fundación de Santiago de Chile.

En el capítulo X de la obra *Crónica del Reino de Chile*, de Pedro Mariño de Lobera, podemos leer: «Estando, pues, la falla en su mayor furia al tiempo que los indios iban acometiendo con mayores bríos para beber la sangre a los cristianos; cuando se iban abalanzando a ellos para ejecutar su coraje con

denuedo; cuando tenían ya la suya sobre el hito y a toda priesa iban blandiendo las lanzas y levantando los brazos para descargarlas con ímpetu en los cristianos; cuando con el aspirar de la victoria iban triunfando con estrépito y alaridos, veis aquí, cuando de repente (caso memorable) todos los bárbaros a una vuelven furiosamente las espaldas y dan a correr como gamos por el campo raso a ruin el postrero, desapareciendo súbitamente a huir todos del que súbitamente se les había aparecido, dejando a los cristianos suspensos, y yo ahora hasta el capítulo siguiente».

Lo que dice el cronista es que cuando los indígenas tenían la batalla resuelta y a los castellanos acorralados, de repente abandonan la lucha y corren despavoridos. ¿Qué pudo haber ocurrido para que se retiraran cuando estaba asegurada la victoria? Según continúa relatando Pedro Mariño de Lobera[6] fue tan insólita la acción de los indígenas que los castellanos decidieron llevar a cabo una investigación. En palabras de Mariño de Lobera, «habiendo todos respirado un rato del cansancio de la refriega mandó el general traer ante sí algunos de los indios que en ella habían sido presos, y los examinó haciendo escrutinio de las causas porque habían tan repentinamente desamparado el campo. A lo que respondieron que estando en su mayor coraje y certidumbre de su victoria, vieron venir por el aire un cristiano en un caballo blanco con la espada en la mano desenvainada, amenazando al bando índico, y haciendo tan grande estrago en él, tanto que se quedaron todos pasmados y despavoridos; dejando caer las armas de las manos no fueron señores de sí, ni tuvieron sentido para otra cosa más de dar a huir desatinados sin ver por dónde, por haber visto cosa llamada en su lengua “pesimando”, que quiere decir nunca vista. Y preguntándoles el general cuál de aquellos españoles que allí están era el que habían visto en el aire, clavaron ellos los ojos en todos los presentes mirándoles con grande atención a todos, y en particular a los más lúcidos y señalados, [...] y habiéndolos mirado muy despacio en particular a cada uno se sonrieron los bárbaros como haciendo burla de todos ellos respecto de aquel que habían visto, y así lo dijeron por palabras expresas certificando que era hombre muy superior a todos ellos y que había hecho más que todos ellos juntos. Oyendo tales palabras y viendo tales ademanes, reconocieron los cristianos ser el glorioso Santiago el que

había de socorro, y para certificarse más en ello [...] bárbaros de los de la batalla tomando [...] a cada uno de por sí, lo cual hizo el general con gran recato y diligencia, y halló ser todos contestes en lo que se ha dicho, sin haber indio que discrepase, por lo cual tuvieron por cierta resolución haber sido el glorioso apóstol. Coligiáse también por los efectos, pues habiendo sido los bárbaros más de veinte mil, y tan esforzados y briosos, y los cristianos tan pocos que para cada uno había más de doscientos contrarios, con todo eso no murió ningún cristiano, estando el campo tinto en sangre de los enemigos. Y con esta resolución tornaron de nuevo a dar gracias a Dios, y su santo apóstol que con tan benigno p... nos había amparado al punto de la necesidad más urgente, y, así lo llamaron todos por muy particular abogado suyo y Patrón del pueblo, conformándose los votos sin excepción en que el pueblo, cuya [...] intentaba tuviese el apellido de este glorioso apóstol; con cuya [...] pusieron luego mano en la obra a los doce días del mes de febrero de mil y quinientos y cuarenta y uno».

Un misterioso caballero surgido de entre las nubes, según este relato, atemorizó a los indígenas, provocó que sus armas se cayeran de las manos de forma inexplicable y permitió que los de Valdivia salieran indemnes de un hostil encuentro en el que, claramente, estaban en inferioridad numérica. Los españoles dieron por hecho, tras interrogar a los vencidos, que se trataba del apóstol Santiago, motivo por el que bautizaron la capital con el nombre de Santiago de Chile.

También se tiene noticia de que seis meses después de la fundación de Santiago de Chile se produjo otro hecho milagroso. En otro enfrentamiento con los indígenas había 32 caballeros cristianos, pero cuando el cacique de los indígenas enviaba a sus hombres a contar cuántos quedaban en medio de una ciudad derruida, estos manifestaban que había 33, motivo por el que pensaron que junto a los caballeros cristianos se encontraba el apóstol Santiago. Mariño de Lobera también describe cómo se apareció una Señora para ayudarlos en otra contienda, y a causa de este hecho construyeron una iglesia bajo la advocación de la Virgen del Socorro, nombre que se perpetuó gracias a este tipo de relatos.

Los prodigios no terminaron ahí; es más, acompañaron a Pedro de

Valdivia en una de las regiones más inhóspitas del territorio chileno: la Araucanía. En una carta a sus apoderados en la Corte, fechada el 15 de octubre de 1550,^[7] el conquistador expone: «Informar asimismo de la buena tierra que esta, de buen temple, fructífera e abundosa e de sementera es de mucha madera e todo lo demás que menester e se requiere para ser poblada e perpetuada de nosotros, e con razón, porque parece tenerla nuestro Dios de su mano y servirse de nosotros en la conquista e perpetuación della, pues dicen los indios naturales que el día que llegaron a vista deste fuerte cayó entre ellos un hombre viejo, vestido de blanco en un caballo blanco e que les dijo: “Huid todos, que os matarán estos cristianos” e así huyeron; e tres días antes, al pasar del río grande para acá, dijeron haber caído del cielo una señora muy hermosa en medio dellos, también vestida de blanco, e que les dijo: “No vais a pelear con esos cristianos, que son valientes e os matarán”; e ida de allí tan buena visión, vino el diablo su patrón e les dijo que se juntasen muchos e viniesen a nosotros, que, en viendo tantos, nos caeríamos muertos de miedo, e que también él venía; y con esto llegaron a vista de nuestro fuerte. Llamaron a nuestros caballos hueques, y a nosotros ingas, que quiere decir ovejas de inga. Hasta hoy no han hecho más juntas para contra nosotros».

Pedro de Valdivia narra, tanto a sus contactos en la Corte como al propio emperador Carlos V en otras cartas, la aparición a los indígenas de un hombre vestido de blanco, con un caballo del mismo color, que los animó a no pelear contra los recién llegados; de la aparición de alguna suerte de objeto caído del cielo en el que viajaba una Señora, también luciendo ropajes blancos, que les ofreció el mismo consejo; y, más tarde, de la aparición de otro ser, que Valdivia identifica con «el diablo», que les dijo todo lo contrario. Este relato es muy interesante porque nos muestra esos prodigios contradictorios, como si existiera una inteligencia ajena al ser humano que tratara de influir sobre el devenir de nuestra especie. Cabe destacar que este tipo de hechos se recogen en relatos bélicos de todas las épocas. Según la mentalidad de cada cronista percibimos una interpretación distinta. Hay algunos autores que hablan de la aparición de hadas, y otros —refiriéndose al mismo tipo de encuentros— de la intervención divina de la Virgen María o de santos como el apóstol Santiago. Sea como fuere, está claro que las

luminarias y los enigmáticos seres que aparecen en estos relatos históricos son una prueba de que el fenómeno ovni —englobado bajo el nombre de *luces populares*— parece inteligente y lleva siglos presentándose ante el ser humano.

Apariciones en Perú

Durante la conquista del Perú también se produjeron situaciones similares a todas las reflejadas a lo largo de este capítulo, muchas de ellas relatadas por el inca. Por su parte, el cronista Antonio de Herrera y Tordesillas asegura que de muchas derrotas los libró la intercesión de la Virgen, «a la cual continuamente invocaban para su ayuda, porque esta Madre de Misericordia, Reina del Cielo, es cierto y así lo tienen castellanos e indios por indubitado, que en semejantes conflictos apareció muchas veces su bendita imagen y que della han recibido incomparables beneficios...». Por su parte, el inca Garcilaso, en sus *Comentarios reales*, alude a los ataques de un gobernante indígena contra los castellanos que se encontraban en Lima y Cuzco: «Venida la noche que el inca señaló, salieron los indios apercebidos de sus armas con grandes fieros y amenazas de vengar las injurias pasadas con degollar los españoles. Los cuales, avisados de sus criados, los indios domésticos [que les servían de espías] de la venida de los enemigos, estaban armados de sus armas y con gran devoción llamando a Cristo Nuestro Señor y a la Virgen María, su Madre y al Apóstol Santiago que les socorriesen en aquella necesidad y afrenta. Estando ya los indios para arremeter con los cristianos, se les apareció en el aire Nuestra Señora con el Niño Jesús en brazos, con grandísimo resplandor y hermosura, y se puso delante de ellos. Los infieles, mirando aquella maravilla, quedaron pasmados: sentían con que se les quitó la vista de los ojos que no sabían dónde los españoles saliesen a ellos. Quedaron tan amedrentados que en muchos días no osaron salir de sus cuarteles. Esta noche fue la décima séptima que los indios tuvieron apretados a los españoles, que no les dejaban salir de la plaza, ni ellos osaban estar sino en escuadrón de día y de noche».

La visión de los vencidos. Moctezuma y sus oscuros presagios

Podríamos pensar que estos prodigios solo se recogen en crónicas castellanas y que son una licencia tomada por los cronistas para otorgar un carácter divino y sobrenatural a las gestas españolas. Sin embargo, mi sorpresa fue mayúscula cuando tuve la oportunidad de viajar a México y adquirir material, consultar documentación, sobre los textos escritos por la figura del «otro»: por los indígenas vencidos.

En estas relaciones indígenas alusivas a la conquista aparecen todo tipo de hechos milagrosos que les anunciaron, según estas crónicas, que algo importante estaba a punto de ocurrir. Esos relatos recogen hechos acaecidos poco antes de la llegada de los españoles al golfo de México. Entre las personas que recogieron esos hechos están los informantes indígenas de Sahagún, cuyo testimonio aparece al comienzo del libro XII del *Códice Florentino*. Igualmente, recoge la misma información la *Historia de Tlaxcala*, de Diego Muñoz Camargo, emparentado con la nobleza indígena de dicho señorío y que refleja en sus escritos la opinión de los indios tlaxcaltecas, aliados de Hernán Cortés. Ambas fuentes narran una serie de presagios y prodigios funestos que afirmaron ver los mexicas, en especial Moctezuma, desde unos diez años antes de la llegada de los españoles.

Primer presagio funesto

Según los informantes de Sahagún, «diez años antes de venir los españoles primeramente se mostró un funesto presagio en el cielo. Una como espiga de fuego, una como llama de fuego, una como aurora: se mostraba como si estuviera goteando, como si estuviera punzando en el cielo. Ancha de asiento, angosta de vértice. Bien al medio del cielo, bien al centro del cielo llegaba, bien al cielo estaba alcanzando. Y de este modo se veía: allá en el oriente se mostraba: de este modo llegaba a la medianoche. Se manifestaba: estaba aún en el amanecer; hasta entonces la hacía desaparecer el Sol. Y en el tiempo en que estaba apareciendo: por un año venía a mostrarse. Comenzó en el año 12-

Casa. Pues cuando se mostraba había alboroto general: se daban palmadas en los labios las gentes; había un gran azoro; hacían interminables comentarios».

Por su parte, Muñoz Camargo habla de la aparición de una «columna de fuego muy flamígera, muy encendida, de mucha claridad y resplandor, con unas centellas que centelleaban en tanta espesura que parecía polvoreaba centellas, de tal manera, que la claridad que de ellas salía, hacía tan gran resplandor, que parecía la aurora de la mañana. La cual columna parecía estar clavada en el cielo, teniendo su principio desde el suelo de la tierra de donde comenzaba de gran anchor, de suerte que desde el pie iba adelgazando, haciendo punta que llegaba a tocar el cielo en figura piramidal. La cual aparecía a la parte del mediodía y de medianoche para abajo hasta que amanecía, y era de día claro que con la fuerza del sol y su resplandor y rayos era vencida. La cual señal duró un año, comenzando desde el principio del año que nuestra cuenta castellana, acaeció el año de 1517. Y cuando esta abusión y prodigio se veía, hacían los naturales grandes extremos de dolor, dando grandes gritos, voces y alaridos en señal de gran espanto y dándose palmadas en las bocas, como lo suelen hacer. Todos estos llantos y tristeza iban acompañados de sacrificios de sangre y de cuerpos humanos como solían hacer en viéndose en alguna calamidad y tribulación, así como era el tiempo y la ocasión que se les ofrecía, así crecían los géneros de sacrificios y supersticiones».

Segundo presagio funesto

En palabras de Sahagún, «que sucedió aquí en México: por su propia cuenta se abrasó en llamas, se prendió en fuego: nadie tal vez le puso fuego, sino por su espontánea acción ardió la casa de Huitzilopochtli. Se llamaba su sitio divino, el sitio denominado Tlacateccan [casa de mando]. Se mostró: ya arden las columnas. De adentro salen acá las llamas de fuego, las lenguas de fuego, las llamaradas de fuego. Rápidamente en extremo acabó el fuego todo el maderamen de la casa. Al momento hubo vocerío estruendoso; dicen: “¡Mexicanos, venid de prisa: se apagará! ¡Traed vuestros cántaros!...”. Pero cuando le echaban agua, cuando intentaban apagarla, solo se enardecía

flameando más. No pudo apagarse: del todo ardió».

Tercer presagio funesto

Los informantes de Sahagún cuentan: «Fue herido por un rayo un templo. Solo de paja era: en donde se llama Tzummulco [uno de los edificios del templo mayor de Tenochtitlán]. El templo de Xiuhtecuhtli. No llovía recio, solo lloviznaba levemente. Así, se tuvo por presagio; decían de este modo: “No más fue golpe de Sol”. Tampoco se oyó el trueno».

Cuarto presagio funesto

«Cuando había aún Sol, cayó un fuego. En tres partes dividido: salió de donde el Sol se mete: iba derecho viendo adonde sale el Sol: como si fuera brasa, iba cayendo en lluvia de chispas. Larga se tendió su cauda; lejos llegó su cola. Y cuando visto fue, hubo gran alboroto: como si estuvieran tocando cascabeles», es el relato de este presagio que hace Sahagún.

Dice Muñoz Camargo: «Siendo de día y habiendo sol, salieron cometas del cielo por el aire y de tres en tres por la parte de Occidente “que corrían hasta Oriente”, con toda fuerza y violencia, que iban desechando y desapareciendo de sí brasas de fuego o centellas por donde corrían hasta el Oriente, y llevaban tan grandes colas, que tomaban muy gran distancia su largor y grandeza; y al tiempo que estas señales se vieron, hubo alboroto, y asimismo muy gran ruido y gritería y alarido de gentes».

Quinto presagio funesto

En palabras de Sahagún, quien habló con informantes indígenas: «Hirvió el agua: el viento la hizo alborotarse hirviendo. Como si hirviera en furia, como si en pedazos se rompiera al revolverse. Fue su impulso muy lejos, se levantó muy alto. Llegó a los fundamentos de las casas: y derruidas las casas, se anegaron en agua. Eso fue en la laguna que está junto a nosotros».

Sexto presagio funesto

Sahagún explicó que el sexto presagio funesto tenía que ver con el llanto de una mujer: «Muchas veces se oía: una mujer lloraba; iba gritando por la noche; andaba dando grandes gritos: “¡Hijitos míos, pues ya tenemos que irnos lejos!”. Y a veces decía: “Hijitos míos, ¿adónde os llevaré?”».

Séptimo presagio funesto

«Muchas veces se atrapaba, se cogía algo en las redes. Los que trabajaban en el agua cogieron cierto pájaro ceniciento como si fuera grulla. Luego lo llevaron a mostrar a Moctezuma, en la Casa de lo Negro [casa del estudio mágico]. Había llegado el Sol a su apogeo: era el mediodía. Había uno como espejo en la cabeza del pájaro, como rodaja de huso, en espiral y en rejuego: era como si estuviera perforado en su medianía. Allí se veía el cielo: las estrellas, el Mastelejo. Y Moctezuma lo tuyo a muy mal presagio, cuando vio las estrellas y el Mastelejo. Pero cuando vio por segunda vez la cabeza del pájaro, nuevamente vio allá en lontananza; como si algunas personas vinieran de prisa; bien estiradas; dando empellones. Se hacían la guerra unos a otros y los traían a cuestras unos como venados. Al momento llamó a sus magos, a sus sabios. Les dijo: “¿No sabéis: qué es lo que he visto? ¡Unas como personas que están en pie y agitándose!”. Pero ellos, queriendo dar la respuesta, se pusieron a ver: desapareció. Nada vieron», en palabras de Sahagún.

Octavo presagio funesto

En el *Códice Florentino* aparece: «Muchas veces se mostraban a la gente hombres deformes, personas monstruosas. De dos cabezas pero un solo cuerpo. Las llevaban a la Casa de lo Negro; se las mostraban a Moctezuma. Cuando las había visto luego desaparecían».

Y, aunque tradicionalmente son ocho los presagios, añade Muñoz Camargo: «Sin estas señales, hubo otras en esta provincia de Tlaxcala antes

de la venida de los españoles, muy poco antes. La primera señal fue que cada mañana se veía una claridad que salía de las partes de Oriente, tres horas antes que el sol saliese, la cual claridad era a manera de una niebla blanca muy clara, la cual subía hasta el cielo, y no sabiéndose qué pudiera ser ponía gran espanto y admiración».

Presagio de la caída de Tenochtitlán

Dicen los informantes de Sahagún: «Y se vino a aparecer una como grande llama. Cuando anocheció llovía, era cual rocío la lluvia. En este tiempo se mostró aquel fuego. Se dejó ver, apareció cual si viniera del cielo. Era como un remolino; se movía haciendo giros, andaba haciendo espirales. Iba como echando chispas, cual si restallaran brasas. Unas grandes, otras chicas, otras como leve chispa. Como si un tubo de metal estuviera al fuego, muchos ruidos hacía, retumbaba, chisporroteaba. Rodeó la muralla cercana al agua y en Coyoacazco [en la oreja del adivino. Topónimo de un sitio de la ciudad] fue a parar. Desde allí fue luego a medio lago, allá fue a terminar. Nadie hizo alarde de miedo, nadie chistó una palabra».

Estos relatos indígenas demuestran que ellos también vivieron prodigios, no solo los castellanos. Hablemos de apariciones de santos o vírgenes, o de presagios funestos, todos estos relatos aluden a un mismo enigma que a día de hoy continúa desafiándonos.

A MODO DE CONCLUSIÓN

En el momento en el que escribo estas líneas España se encuentra inmersa en una sequía meteorológica importante. Si continúa la escasez de precipitaciones, el próximo año habrá problemas graves en la agricultura de regadío y muchos pueblos no tendrán agua potable, habrá que abastecer a la población mediante camiones cisterna. Ante esta situación, autoridades nacionales y autonómicas están planeando medidas de ahorro de agua para tratar de paliar los inconvenientes que pueden darse en los próximos meses si continúa sin llover. En estos días, en los que tanto se está hablando de la sequía, veo a la gente mirar al cielo con preocupación, consultar el tiempo en aplicaciones de sus teléfonos móviles... y también echar mano de la fe en busca de una solución al problema.

Hace pocos días me desplazé hasta la ermita de Nuestra Señora de Botoa, en Badajoz, una advocación que muchos piensan que atrae la lluvia gracias a las rogativas que se realizan en su honor. La cofradía de Nuestra Señora de Botoa tiene contabilizadas todas las salidas de la Virgen desde su ermita hasta la ciudad de Badajoz con el fin de erradicar periodos de sequía. Han sido muchas, a lo largo de los siglos; en algunas ocasiones, según me contó su hermano mayor, Gonzalo Robles, han tenido que volver rápidamente a la ermita porque ha comenzado a llover con fuerza.

Desde hace unos meses la hermandad viene celebrando misas en las que se realiza una petición especial: *Ad petendam pluviam*. Piden por la lluvia.

Asisto, emocionada, a una de estas celebraciones, donde las lavanderas de la Virgen de Botoa entonan cánticos en los que imploran agua para los

campos.

En aquel instante, escuchando aquella canción, me di cuenta de que estos misterios de la Iglesia no son detalles propios de una sola religión, sino una característica mágica inherente al ser humano. A esa especie que siempre ha mirado al cielo, a las paredes de una cueva, al tronco de un árbol o a la redondez de una piedra en busca de la divinidad. Mientras sigan perviviendo estos ritos continuará esa búsqueda ancestral de lo sagrado.

En mi biblioteca, en Puebla de Alcollarín, *25 de febrero de 2018*

BIBLIOGRAFÍA

- ÁGREDA, María de Jesús de, *Mística Ciudad de Dios. Vida de la Virgen María*, MM. Concepcionistas de Ágrede, 1992.
- Alfonso X rey de Castilla, *Cantigas de Santa María*, Biblioteca Digital Hispánica.
- ALONSO FERNÁNDEZ, Francisco, *Estigmas, levitaciones y éxtasis. De sor Magdalena a El Palmar de Troya*, Temas de Hoy, 1993.
- ÁLVAREZ ÁLVAREZ, Arturo, *Cien personajes en Guadalupe*, 1995.
- ATIENZA, Juan G., *Guía de los recintos sagrados españoles*, Colección Guías de la España Insólita, Arín, 1986.
- BARRADO MANZANO, Arcángel, *San Pedro de Alcántara. Estudio documentado y crítico de su vida*, OFM, San Antonio, 1995.
- BENÍTEZ, Juan José, *El misterio de la Virgen de Guadalupe, sensacionales descubrimientos en los ojos de la Virgen mexicana*, Planeta, 1982.
- , *La punta del iceberg*, Planeta, 1983.
- CÁDIZ RODRÍGUEZ, Julián, «El paisano desconocido, Juan González García», en *Pax et Emerita*, revista de teología y humanidades de la archidiócesis de Mérida, Badajoz. Separata volumen II, 2015.
- CALLEJO, Jesús y SIERRA, Javier, *La España extraña*, Booket, 2015.
- CARVAJAL, fray Gaspar de, *Descubrimiento del río de las Amazonas*, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes.
- CASAS, Bartolomé de las, *Brevísima relación de la destrucción de las Indias*, Ediciones Sarpe, 1985.

- CHÁVEZ, Eduardo, *Aquí se narra, Nican mopohua, el inmenso amor de Dios*, Instituto Superior de Estudios Guadalupeños, Postulación de la Causa de Canonización de san Juan Diego, 2009.
- CHÁVEZ, Eduardo; TENTLE, Ana Cecilia; RODRÍGUEZ, Nydia Mirna; CASTILLO, Laura, y OJEDA Fernando, *Guadalupe*, Índice Editores, 2016.
- COLÓN, Cristóbal, *Diario. Relaciones de viajes*, Ediciones Sarpe, 1985.
- , *Viajes y testamento*, Edición No Venal, 1986.
- Congreso mariano guadalupense, Actas y Estudios*, Ediciones Guadalupe, 2004.
- Congreso mariano hispano-americano de Sevilla*, volumen II, 1930.
- CORTÉS, Hernán, *Cartas de la conquista de México*, Ediciones Sarpe, 1985.
- CORTIJO, Esteban, «Para que vuelvas a Guadalupe», en *Cuadernos Populares*, n.º 21, Editora Regional Extremeña, 1988.
- Crónica oficial del congreso mariano hispano-americano de Sevilla*, mayo de 1929.
- DELGADO, Manuel, «Culto y profanación de la Santa Duda de Ivorra (La Segarra, Lleida)», en *Revista de Dialectología y Tradiciones Populares*.
- DÍAZ DEL CASTILLO, Bernal, *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, Colección Austral, Espasa Calpe, 1975.
- DOMÍNGUEZ MORENO, José María, «La Leyenda de la Virgen de Guadalupe. I: La traslación», en Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes.
- EÇA DE QUEIROZ, José María, *Diccionario de milagros*, Rey Lear, 2011.
- ÉCIJA, fray Diego de, *Libro de la invención de Santa María de Guadalupe*, Cáceres, 1953.
- ESLAVA GALÁN, Juan, *Templarios, griaes, vírgenes negras y otros enigmas de la historia*, Booket, 2013.
- FERNANDES, Joaquim, y D'ARMADA, Fina, *El secreto de Fátima. La historia oculta de las misteriosas apariciones y la conspiración de los jesuitas*, Nowtilus, 2007.
- , *Intervenção extraterrestre em Fátima*, Bertrand, 1981.
- FERNÁNDEZ DE OVIEDO, Gonzalo, *Historia General y natural de las Indias, Islas y Tierra Firme del Mar Océano*, en Biblioteca Virtual Miguel de

- Cervantes.
- FLORES ARROYUELO, Francisco J., *El diablo y los españoles*, Universidad de Murcia, 1976.
- FREIXEDO, Salvador, *Las apariciones marianas*, Biblioteca Básica de Espacio y Tiempo, 1991.
- GARCÍA SANTOS, fray José, *Teresa de Jesús y Pedro de Alcántara*, 2015.
- GARCÍA, fray Sebastián, *Guadalupe de Extremadura en América*, OFM, Comunidad franciscana de Guadalupe, 1990.
- GARRIDO, Felipe (comp.), *Crónica de los prodigios de la naturaleza*, Asociación Nacional de Libreros, A. C., Día Nacional del Libro, México, 1990.
- GARRIDO, Moisés, *Credo quia absurdum. La religión, la iglesia y los fenómenos místicos a examen*, Círculo Rojo, 2014.
- , *El negocio de la Virgen. Tramas políticas y económicas de milagros y curaciones*, Nowtilus, 2004.
- GÓMEZ MARTÍN, Lourdes, «¿Está en León el Santo Grial?», en *Más Allá*, «Reliquias. Los objetos “de poder” del cristianismo», Monográfico n.º 72.
- , «La Sábana Santa y la Virgen de Guadalupe, semejanzas entre dos reliquias únicas», en *Enigmas*, n.º 245.
- , «Territorio OVNI», en *Más Allá*, n.º 276.
- , *Las Hurdes. Frontera con lo desconocido*, Colección La Biblioteca del Misterio, Ediciones Oblicuas, 2017.
- GONZÁLEZ CASTAÑO, Juan y MUÑOZ CLARES, Manuel, *Historia del Real Monasterio de la Encarnación de religiosas clarisas de la ciudad de Mula (Murcia)*, Real Monasterio de la Encarnación y Real Academia Alfonso X el Sabio, 1993.
- GÓRNY, Gazegorz y ROSIKON, Janusz, *Testigos del Misterio. Investigaciones sobre las reliquias de Cristo*, Rosikon press, 2014.
- HERRANZ, Isabela, *Magos, médiums y santos: vidas prodigiosas y experiencias singulares del espíritu*, Ediciones Arcopress, 2015.
- HUYNEN, Jacques, *El enigma de las Vírgenes negras*, Plaza & Janés, 1977.
- JESÚS, Santa Teresa de, *Libro de la Vida*, San Pablo, 2007.

- JIMÉNEZ, Iker, *Los niños y el misterio*, Cuarto Milenio, Colección *El País*, 2008.
- KONDOR, Luis (comp.), *Memorias de la hermana Lucía*, Secretariado dos Pastorinhos, Fátima, Portugal, 2006.
- LEÓN PORTILLA, Miguel (introducción, selección y notas), *La visión de los vencidos. Relaciones indígenas de la conquista*, Universidad Nacional Autónoma de México, 2013.
- MADOZ, Pascual, *Diccionario geográfico-estadístico-histórico de España*, Biblioteca Virtual de Andalucía.
- MARIÑO DE LOBERA, Pedro, *Crónica del Reino de Chile*, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes.
- MARTOS, Eloy, *Cuentos y leyendas tradicionales (Teoría, textos y didáctica)*, Universidad de Castilla La Mancha, 2007.
- MONTES BARDO, Joaquín, «Iconografía de Nuestra Señora de Guadalupe, Extremadura», en *Boletín del Seminario de Estudios de Arte y Arqueología*.
- MUÑOZ CAMARGO, Diego, *Historia de Tlaxcala*, Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes.
- MUÑOZ DE SAN PEDRO, Miguel, *Coria y el mantel de la sagrada cena*, obra cultural de la Caja de Ahorros y Monte de Piedad de Cáceres, 1961.
- MUÑOZ SANZ, Agustín, *Los hospitales docentes de Guadalupe: la respuesta hospitalaria a la epidemia de bubas del Renacimiento*, Editora Regional de Extremadura, 2008.
- OJEDA LLANES, Fernando, *Decodificando el Tepeyac*, IVE Press, 2007.
- , *La tilma guadalupana revela sus secretos*, Miguel Ángel Porrúa, 2005.
- , *La Virgen de Guadalupe y la Sábana Santa. Una investigación de sus analogías*, Instituto Superior de Estudios Guadalupanos, 2015.
- , *Las constelaciones en la Imagen de la Virgen de Guadalupe*, Instituto Superior de Estudios Guadalupanos, 2012.
- , *Música en la Imagen Guadalupana*, Instituto Superior de Estudios Guadalupanos, 2015 (cuarta edición).
- ORDAZ, David, *Los milagros. Entre la religión y la parapsicología*,

- Bruguera, 1975.
- PALMA ROLDÁN, Manuel Jesús, *La estirpe de Fausto. Los pactos con el diablo a lo largo de la historia*, Almuzara, 2017.
- PÉREZ HERNÁNDEZ, Matías, *Estudio de los restos de fray Pedro Botía, vidente de El Niño de Mula*, 2009.
- PIÑERO, Antonio y GÓMEZ SEGURA, Eugenio, *La verdadera historia de la Pasión, según la investigación y el estudio histórico*, Edaf, 2008.
- PORTER, Carmen, *La Iglesia y sus demonios*, Edaf, 2006.
- , *Misterios de la Iglesia*, Edaf, 2006.
- REMESAL, fray Antonio de, *Historia general de las Indias occidentales y particular de la gobernación de Chiapa y Guatemala*, Biblioteca Digital Hispánica.
- ROCA MUNTAÑOLA, Julio, *Diccionario de Parapsicología*, Alas, 1979.
- RUBIO, fray Germán, *Historia de Ntra. Sra. de Guadalupe o sea: Apuntes históricos sobre el origen, desarrollo y vicisitudes del santuario y santa casa de Guadalupe*, 1926.
- SAN JOSÉ, fray Francisco de, *Historia Universal de la Primitiva y Milagrosa Imagen de Nuestra Señora de Guadalupe...*, Biblioteca Digital Hispánica.
- Santa Biblia*, Ediciones Paulinas, 1989.
- SIERRA, Javier, *La Dama Azul*, Planeta, 2008.
- TALAVERA, fray Gabriel de, *Historia de Nuestra Señora de Guadalupe: consagrada a la soberana magestad de la Reyna de los Ángeles, milagrosa patrona de este santuario*, Biblioteca Virtual de Patrimonio Bibliográfico.
- TELLO, fray Antonio de, *Crónica Miscelánea de la Sta. Provincia de Jalisco*, Porrúa México, 1997.
- TORRES SEVILLA, Margarita y ORTEGA DEL RÍO, José Miguel, *Los Reyes del Grial*, Reino de Cordelia, 2014.
- VALLÉE, Jacques, *Pasaporte a Magonia*, Colección Realismo Fantástico, Plaza & Janés, 1976.
- VARGAS UGARTE, Rubén, *Historia del culto de María en Iberoamérica y de sus imágenes y santuarios más celebrados*, Instituto Histórico del Perú y

- Academia Peruana de la Lengua, volúmenes I y II, 1956 (tercera edición).
- VEGA, Inca Garcilaso de la, *Comentarios reales*, Biblioteca Castro, 2016.
- VIÑAYO, Antonio, *Colegiata de san Isidoro*, Everest, 1998.
- VORÁGINE, Santiago de la, *Leyenda Dorada*, Alianza Editorial, 2016.
- VV.AA., *Actas del IV Congreso Internacional sobre los franciscanos en el Nuevo Mundo (siglo XVIII)*, Cholula-Puebla, 22-27, julio de 1991, Deimos, 1993.
- VV.AA., *Más Allá*, «Jesús de Nazaret», Monográfico n.º 7.
- VV.AA., *Más Allá*, «La Sábana Santa y otras reliquias de Jesús», Monográfico n.º 59.
- VV.AA. *Más Allá*, «Reliquias. Los objetos “de poder” del cristianismo», Monográfico n.º 72.

Fuentes

- Libro I de bautismos*, Archivo del monasterio de Santa María de Guadalupe (Cáceres).
- Libro de Milagros*, Archivo del monasterio de Santa María de Guadalupe (Cáceres).
- Códice 12*, Archivo del monasterio de Santa María de Guadalupe (Cáceres).
- Historia de Nuestra Señora de Guadalupe*, vol. I, Archivo del monasterio de Santa María de Guadalupe (Cáceres).
- Revista *Folklore*, Fundación Joaquín Díaz.

NOTAS

1. RELIQUIAS, OBJETOS DE PODER

[1]. Para más información, recomiendo los libros *En busca de la Edad de Oro*, de Javier Sierra, y *Los enigmas de Piri Reis y otros navegantes*, de José Juan Montejo.

[2]. Existe un excelente artículo de Isabela Herranz titulado «Las reliquias de Mahoma» en el Monográfico n.º 72 de la revista *Más Allá*.

[3]. Muy recomendables todos los trabajos de Antonio Piñero. Se puede acceder a ellos a través de su página web <www.antoniopinero.com>.

[4]. Traducción obtenida de *Los Reyes del Grial*, de Margarita Torres y José Miguel Ortega del Río, Editorial Reino de Cordelia.

[5]. *Ibídem.*

[6]. Es en España, precisamente, donde se inicia, en el siglo VII, en época visigoda, la legitimación de los reyes bárbaros a través de su consagración, en presencia de reliquias relacionadas con Cristo.

[7]. Expertos como Jorge Manuel Rodríguez Almenar explican que *grial* significaba «copa para el vino» en el romance peninsular.

[8]. Este libro, *Coria y el mantel de la sagrada cena*, de Miguel Muñoz de San Pedro, puede descargarse gratis en la Biblioteca Virtual Extremeña: <<http://bibliotecavirtualextremena.blogspot.com.es/2017/06/coria-y-el-mantel-de-la-sagrada-cena.html?m=1>>.

[9]. Evangelio según San Juan 20, 6-7.

[10]. Para el lector que quiera conocer más detalles sobre la presencia de flores en la síndone recomiendo la lectura del libro *La Virgen de Guadalupe y la Sábana Santa. Una investigación de sus analogías*, de Fernando Ojeda Llanes.

[11]. <<https://www.infobae.com/america/mundo/2017/07/17/la-impactante-revelacion-sobre-la-sabana-santa/>>.

[12]. <<https://www.am.com.mx/2017/07/18/mundo/detallan-nuevo-descubrimiento-en-sabana-santa-366204>>.

[13]. <<http://www.periodistadigital.com/ciencia/ser-humano/2017/07/17/la-escalofriante-revelacion-sobre-la-sabana-santa-tras-analizarla-con-nuevas-tecnicas.shtml>>.

[14].

<http://www.noticiacristiana.com/ciencia_tecnologia/descubrimientos/2017/07/prueban-sabana-turin-sangre-jesus.html>.

2. EL MISTERIO DE LA VIRGEN DE GUADALUPE

[1]. Se puede leer de manera gratuita en la biblioteca virtual de la Editora Regional de Extremadura: <<http://editoraregional.gobex.es/bibliotecavirtual/21/Cuadernos-Populares-21.html>>.

[2]. La capilla se llama ermita del Vaquero y ha pervivido hasta nuestros días. Para saber más, en este podcast de mi sección *Extremadura Infinita*, de RNE: <https://www.ivoox.com/ermita-del-vaquero-su-virgen-de-audios-mp3_rf_12875390_1.html>.

[3]. Artículo «La leyenda de la Virgen de Guadalupe», de José María Domínguez Moreno: <<http://www.cervantesvirtual.com/obra-visor/la-leyenda-de-la-virgen-de-guadalupe-i-la-traslacion/html/>>.

[4]. Capítulo 1 del Cantar de los Cantares: Primer Canto, La Hermosura de la Amada 1, 5-1, 6.

[5]. Extraído de la obra de Cristóbal Colón, *Diario. Relaciones de viajes*, publicada por la editorial Sarpe.

[6]. Más información en: <https://www.ivoox.com/importancia-medicina-guadalupe-audios-mp3_rf_21500308_1.html>.

[7]. Relato de Gabriel Xuárez, de Cuautitlán, de ciento diez años de edad, recogido en la obra *El Acontecimiento Guadalupano en Cuautitlán, México*, donde aparece parte de los testimonios de las Informaciones Jurídicas de 1666: «[...] y que se le había aparecido a un indio llamado Juan Diego natural y vecino de este dicho pueblo, del barrio de Tlayácac, que está junto de el de este testigo. [...] Como este testigo ha ido una y muchas veces a pedirle remedio y al dicho indio Juan, para que como de su pueblo, interceda por él. [...] Respecto de que el dicho Juan Diego era de él, y a quien se le había aparecido, porque esto fue muy público y notorio porque en el tianguis y feria pública se pregonó con muchas trompetas y atabales. [...] Y después que se le apareció al dicho Juan Diego la Virgen de Guadalupe, y dejó su pueblo, casas y tierras, dejándoselas a su tío suyo, porque ya su mujer era muerta; se fue a vivir a una casita que se le hizo pegada a la dicha ermita [...]».

[8]. Para más información, recomiendo el artículo «El paisano desconocido: Juan González García», escrito por Julián Cádiz y publicado en el año 2015 en *Pax et Emerita*, revista de teología y humanidades de la archidiócesis de Mérida, Badajoz, en el volumen 11.

[9]. Página web de Fernando Ojeda Llanes, donde se pueden consultar todos sus trabajos:
<<http://www.fernandoojeda.com>>.

[10]. Extracto del libro *La Virgen de Guadalupe y la Sábana Santa. Una investigación de sus analogías*, de Fernando Ojeda Llanes.

[11]. Puedes escuchar la música original en la página web de Fernando Ojeda:
<<http://fernandoojeda.com/audios/>>.

[12]. <<http://basilica.mxv.mx/web1/-home/envivo.html>>.

[13]. <<http://www.virgendeguadalupe.org.mx/sagrado-original.html>>.

[14]. A comienzos de siglo XVII escribió *Relación autógrafa del viaje que Fr. Pedro del Puerto, profeso del Monasterio de San Jerónimo de Sevilla hizo a las Indias, desde 1612 hasta 1623 para tratar asuntos del Monasterio de Guadalupe*. Archivo del monasterio de Guadalupe, Legajo 60.

[15]. Carta de Martín Enríquez, virrey de Nueva España, a Felipe II, 23 de septiembre de 1575. Archivo General de Indias. También aparece la carta en un artículo de Arturo Álvarez en la revista *Guadalupe*, 674-675, p. 68, nota 7.

[16]. En el archivo del monasterio de Guadalupe, en el Libro I de Actas Capitulares (1499-1538) aparece la siguiente referencia: «El prior y todos concertaron se quitasen y se pusieren en las puertas de la hospedería real, adonde se hiciese un chapitel suntuoso según convenía a las dichas armas a su entrada y se encanchase la dicha puerta. Eso mesmo concertaron y consintieron todos, que en el lugar que las dichas armas estaban se pusiera una Imagen de nuestra señora con su hijo en los brazos, la cual estuviese sicut mulier amicta sole et luna sub pedibus ejus». A. M. G. Códice 75: Libro I de Actas Capitulares (1499-1538) fol. 3 vto.

[17]. Apocalipsis 12, 1-5.

[18]. En el archivo del monasterio de Guadalupe, en el código 12, *Historia de Nuestra Señora de Guadalupe*, vol. 1. cap. 14-15, fol. 189, se dice: «Se bajó del testero del coro, donde estaba colocada, la Imagen de Nuestra Señora de la Concepción».

[19]. Esta nota esta extraída del código 112, Libro de recibo y gasto que tiene la fábrica, adornos y lucimiento de la iglesia de Nuestra Señora Santa María de Guadalupe, desde el día 8 de noviembre de 1742, fol. 34. r.

3. EL MUNDO DE LOS MILAGROS

[1]. «Jehovah habló a Moisés y a Aarón diciendo: "cuando el faraón os responda y diga: 'mostrad señales', tú dirás a Aarón: 'toma tu vara y arrójala delante del faraón, y ella se transformará en una serpiente'". Fueron, pues, Moisés y Aarón al faraón, e hicieron como Jehovah les había mandado: Aarón echó su vara delante del faraón y de sus servidores, y se convirtió en una serpiente. El faraón también llamó a los sabios y a los hechiceros, y también ellos, los magos de Egipto, hicieron lo mismo con sus encantamientos. Cada uno echó su vara, las cuales se convirtieron en serpientes; pero la vara de Aarón se tragó las varas de ellos. Y el corazón del faraón se endureció, y no los escuchó, tal como Jehovah había dicho». Éxodo 7, 8-13.

[2]. «Y el ángel de Dios, que iba delante del campamento de Israel, se apartó e iba en pos de ellos; y asimismo la columna de nube que iba delante de ellos se apartó y se puso a sus espaldas, e iba entre el campamento de los egipcios y el campamento de Israel; y era nube y tinieblas para aquellos, y alumbraba a Israel de noche, y en toda aquella noche nunca se acercaron los unos a los otros. Y extendió Moisés su mano sobre el mar, e hizo Jehová que el mar se retirase por medio de un recio viento oriental toda aquella noche; y secó el mar por en medio y las aguas quedaron divididas. Entonces los hijos de Israel entraron por en medio del mar en seco, teniendo las aguas como muro a su derecha y a su izquierda.» Éxodo 14, 19-22.

[3]. Evangelio según San Marcos 1, 32-34.

[4]. *Ibídem*, 1, 40-42.

[5]. «Entró de nuevo en Cafarnaúm; al poco tiempo había corrido la voz de que estaba en casa. Se agolparon tantos que ni siquiera ante la puerta había ya sitio, y él les anunciaba la Palabra. Y le vienen a traer a un parálítico llevado entre cuatro. Al no poder presentárselo a causa de la multitud, abrieron el techo encima de donde él estaba y, a través de la abertura que hicieron, descolgaron la camilla donde yacía el parálítico. Viendo Jesús la fe de ellos, dice al parálítico: "Hijo, tus pecados te son perdonados". Estaban allí sentados algunos escribas que pensaban en sus corazones: "¿Por qué este habla así? Está blasfemando. ¿Quién puede perdonar pecados, sino Dios solo?". Pero, al instante, conociendo Jesús en su espíritu lo que ellos pensaban en su interior, les dice: "¿Por qué pensáis así en vuestros corazones? ¿Qué es más fácil, decir al parálítico: 'Tus pecados te son perdonados', o decir: 'Levántate, toma tu camilla y anda?'". Pues para que sepáis que el Hijo del hombre tiene en la tierra poder de perdonar pecados —dice al parálítico—: "A ti te digo, levántate, toma tu camilla y vete a tu casa". Se levantó y, al instante, tomando la camilla, salió a la vista de todos, de modo que quedaban todos asombrados y glorificaban a Dios, diciendo: "Jamás vimos cosa parecida".» *Ibíd.*, 2, 1-12.

[6]. «Fue, pues, con él; y le seguía una gran multitud, y le apretaban. Pero una mujer que desde hacía doce años padecía de flujo de sangre, y había sufrido mucho de muchos médicos, y gastado todo lo que tenía, y nada había aprovechado, antes le iba peor, cuando oyó hablar de Jesús, vino por detrás entre la multitud, y tocó su manto. Porque decía: "Si tocare tan solamente su manto, seré salva". Y enseguida la fuente de su sangre se secó; y sintió en el cuerpo que estaba sana de aquel azote. Luego Jesús, conociendo en sí mismo el poder que había salido de él, volviéndose a la multitud, dijo: "¿Quién ha tocado mis vestidos?". Sus discípulos le dijeron: "Ves que la multitud te aprieta, y dices: '¿Quién me ha tocado?'". Pero él miraba alrededor para ver quién había hecho esto. Entonces la mujer, temiendo y temblando, sabiendo lo que en ella había sido hecho, vino y se postró delante de él, y le dijo toda la verdad. Y él le dijo: "Hija, tu fe te ha hecho salva; ve en paz, y queda sana de tu azote".» Evangelio según San Marcos 5, 24-34.

[7]. *Ibídem*, 8, 22-26.

[8]. Esta información aparece recogida en el artículo «Jesús, mago e iniciado», publicado por Isabela Herranz en el Monográfico n.º 7 de la revista *Más Allá*, titulado «Jesús de Nazaret».

[9]. Evangelio según San Lucas 8, 1-3.

[10]. Hechos de los Apóstoles 19, 13.

[11]. Evangelio según San Marcos 5, 35-42.

[12]. «Jesús se dirigió poco después a un pueblo llamado Naím, y con él iban sus discípulos y un buen número de personas. Cuando llegó a la puerta del pueblo, sacaban a enterrar a un muerto: era el hijo único de su madre, que era viuda, y mucha gente del pueblo la acompañaba. Al verla, el Señor se compadeció de ella y le dijo: "No llores". Después se acercó y tocó el féretro. Los que lo llevaban se detuvieron. Dijo Jesús entonces: "Joven, yo te lo mando, levántate". Se incorporó el muerto inmediatamente y se puso a hablar. Y Jesús se lo entregó a su madre. Un santo temor se apoderó de todos y alababan a Dios, diciendo: "Es un gran profeta el que nos ha llegado. Dios ha visitado a su pueblo".» Evangelio según San Lucas 7, 11-16.

[13]. Evangelio según San Juan 11, 1-44.

[14]. «De pronto, se levantó un gran temporal y las olas se estrellaban contra la barca, que se iba llenando de agua. Mientras tanto Jesús dormía en la popa sobre un cojín. Lo despertaron diciendo: "Maestro, ¿no te importa que nos hundamos?". Él entonces se despertó. Se encaró con el viento y dijo al mar: "Cállate, cálmate". El viento se apaciguó y siguió una gran calma. Después les dijo: "¿Por qué sois tan miedosos? ¿Todavía no tenéis fe?". Pero ellos estaban muy asustados por lo ocurrido y se preguntaban unos a otros: "¿Quién es este, que hasta el viento y el mar le obedecen?".» Evangelio según San Marcos 4, 37-41.

[15]. Evangelio según San Mateo 14, 22-23.

[16]. «Díjoles Simón Pedro: "Voy a pescar". Los otros le dijeron: "Vamos también nosotros contigo". Salieron y entraron en la barca, y en aquella noche no pescaron nada. Llegada la mañana, se hallaba Jesús en la playa; pero los discípulos no se dieron cuenta de que era Jesús. Díjoles Jesús: "Muchachos, ¿no tenéis a la mano nada que comer?". Le respondieron: "No". Él les dijo: "Echad la red a la derecha de la barca y hallaréis". La echaron, pues, y ya no podían arrastrar la red por la muchedumbre de los peces.» Evangelio según San Juan 21, 3-6.

[17]. «Después de esto, se fue Jesús a la otra ribera del mar de Galilea, el de Tiberíades, y mucha gente le seguía porque veían las señales que realizaba en los enfermos. Subió Jesús al monte y se sentó allí en compañía de sus discípulos. Estaba próxima la Pascua, la fiesta de los judíos. Al levantar Jesús los ojos y ver que venía hacia él mucha gente, dice a Felipe: "¿Dónde vamos a comprar panes para que coman estos?". Se lo decía para probarle, porque él sabía lo que iba a hacer. Felipe le contestó: "Doscientos denarios de pan no bastan para que cada uno tome un poco". Le dice uno de sus discípulos, Andrés, el hermano de Simón Pedro: "Aquí hay un muchacho que tiene cinco panes de cebada y dos peces; pero ¿qué es eso para tantos?". Dijo Jesús: "Haced que se recueste la gente". Había en el lugar mucha hierba. Se recostaron, pues, los hombres en número de unos cinco mil. Tomó entonces Jesús los panes y, después de dar gracias, los repartió entre los que estaban recostados y lo mismo los peces, todo lo que quisieron. Cuando se saciaron, dice a sus discípulos: "Recoged los trozos sobrantes para que nada se pierda". Los recogieron, pues, y llenaron doce canastos con los trozos de los cinco panes de cebada que sobraron a los que habían comido. Al ver la gente la señal que había realizado, decía: "Este es verdaderamente el profeta que iba a venir al mundo". Dándose cuenta Jesús de que intentaban venir a tomarle por la fuerza para hacerle rey, huyó de nuevo al monte él solo.» Evangelio según San Juan 6, 1-15.

[18]. *Ibídem*, 2, 1-11.

[19]. Evangelio según San Mateo 12, 25.

[20]. Tal y como cuenta Tomás de Celano en *Leyenda de Santa Clara Virgen*, «ella, con corazón impávido, comanda que la conduzcan, enferma como está, a la puerta y que la pongan al frente de los enemigos. Precedida por la cajita de plata cubierta de marfil en la que era custodiado con suma devoción el cuerpo del santo de santos, postrada en oración ante el Señor, en lágrimas habló a su Cristo: "¿He aquí, mi Señor, que tú acaso quieres entregar en las manos de los paganos a tus siervas indefensas que yo he hecho crecer por tu amor? Protege, te ruego, Señor, estas siervas que yo ahora, sola, no puedo salvar". Inmediatamente una voz como de niño resonó a sus oídos desde el tabernáculo: "¡Yo te custodiaré siempre!". "Mi Señor —añadió—, protege también, si así gustas, esta ciudad que por tu amor nos sostiene." Y Cristo a ella: "Tendrá que soportar dificultades pero será defendida por mi protección". Entonces la Virgen, alzando el rostro bañado en lágrimas conforta a las hermanas en llantos: "Les doy garantía, hijas, que no sufrirán algún mal; tengan solo fe en Cristo". Todos se paralizaron. La audacia de estos fue cambiada por el temor; y abandonando con rapidez los muros que habían escalado, fueron dispersados por la fuerza de aquella que rezaba. Inmediatamente, Clara advirtió con severidad a aquellas que habían escuchado la voz de la que anteriormente se ha hablado, diciéndoles: "Estad bien atentas, hijas queridísimas, de manifestar aquella voz a alguien mientras yo viva"».

[21]. Para más información sobre este milagro eucarístico, recomiendo encarecidamente este artículo de Manuel Delgado, de la Universidad de Barcelona, publicado en la *Revista de Dialectología y Tradiciones Populares*: <<http://rdtp.revistas.csic.es/index.php/rdtp/article/viewFile/485/488>>.

[22]. No quiero dejar de recomendar esta página web donde aparecen recogidos milagros eucarísticos que se han producido en todo el mundo. Como se observa, España e Italia son los países donde se dan más tradiciones de este tipo: <http://therealpresence.org/eucharst/mir/span_mir.htm>.

[23]. Están recopiladas en la obra *Sinfonía de la armonía de revelaciones divinas*.

[24]. <<https://infovaticana.com/2017/11/20/la-vision-juan-pablo-ii-islam-invadir-europa/>>.

En este vídeo aparece la conferencia completa de monseñor Mauro Longhi: <<https://www.youtube.com/watch?v=gyDTvJhal9g>>.

[25]. Recomiendo la obra *La Dama Azul*, de Javier Sierra, para conocer la vida de esta religiosa tan fascinante. Igualmente, es interesante acercarse al libro *Mística Ciudad de Dios*, revelado a la propia sor María Jesús de Ágreda en el transcurso de sus numerosas visiones.

[26]. Uno de ellos es Scott Rogo, autor de *Miracles: A Parascientific Inquiry into Wondrous Phenomena*.

[27]. «Moisés se quedó allí con el Señor cuarenta días y cuarenta noches, sin comer ni beber. Allí escribió sobre las tablas las palabras de la alianza, es decir, los diez mandamientos. Después bajó Moisés del monte Sinaí llevando las dos tablas de la ley; pero al bajar del monte no se dio cuenta de que su cara resplandecía por haber hablado con el Señor. Cuando Aarón y todos los israelitas vieron que la cara de Moisés resplandecía, sintieron miedo y no se acercaron a él.» Éxodo 34, 28-30.

[28]. «Seis días después, Jesús tomó a Pedro, a Jacobo y a Juan su hermano, y los llevó aparte a un monte alto; y se transfiguró delante de ellos, y resplandeció su rostro como el sol, y sus vestidos se hicieron blancos como la luz.» Evangelio según San Mateo 17, 1-2.

[29]. En concreto, el versículo dice: «Y para todos los que se sometan a esta regla, paz y misericordia, lo mismo que para el Israel de Dios. En adelante nadie me moleste, pues llevo sobre mi cuerpo las señales de Jesús».

[30]. Es interesante la obra del psiquiatra Alonso Fernández, autor de *Estigmas, levitaciones y éxtasis*, quien ha profundizado en esta importancia de lo psicosomático en los estigmatizados.

[31]. Para conocer más figuras de religiosas que protagonizaron este tipo de fenómenos, recomiendo el artículo «Psicomonjas, magia en clausura», de Jesús Callejo, en la revista *Más Allá*, n.º 125 (julio de 1999).

[32]. Para saber más sobre estas apariciones relacionadas con luminarias y visiones, recomiendo la obra *La España extraña*, de Javier Sierra y Jesús Callejo.

[33]. Información recogida en el proceso de beatificación de san Pedro de Alcántara, en concreto, en el Proceso de Toledo, en 1616.

[34]. Esta información aparece recogida en el Proceso de Coria, 1616, y es citada por numerosos testigos además de los ya reseñados.

4. LAS ÁNIMAS: LOS FANTASMAS DE LA IGLESIA

[1]. Se puede leer el estudio completo de este investigador en la revista *Folklore* de la Fundación Joaquín Díaz a través del siguiente enlace: <http://www.funjdiaz.net/folklore/07ficha.php?ID=504>.

[2]. Este nombre recibía el místico alemán Heinrich Seuse, quien firmaba sus escritos como «Amandus».

5. MANIFESTACIONES DIABÓLICAS

[1]. Véase el apartado «La santa espina de Mula, ¿un pedazo de la corona de Cristo?».

[2]. Evangelio según San Lucas 24, 37-39.

[3]. Génesis 6, 4.

[4]. Apocalipsis 14, 9. Y otro pasaje: «Fue agarrada la bestia, y con ella el falso profeta, que había hecho los prodigios, en presencia de ella, con los cuales había embaucado a los que recibieron la marca de la bestia y los que adoraban su imagen...», *ibídem*, 19, 20.

[5]. Evangelio según San Marcos 5, 1-20.

[6]. Evangelio según San Marcos 9, 17-30.

[7]. Todo aquel que visite el Museo Histórico Etnográfico de Villafranca de los Barros puede contemplar el facsímil del documento que narra estos asuntos sobrenaturales. El original se conserva en el archivo municipal.

[8]. Para saber más, consultar la obra *Las brujas y su mundo*, de Julio Caro Baroja.

6. FÁTIMA, EL ALTAR DEL MUNDO

[1]. Este es el enlace a dicho canal:
<<https://www.youtube.com/channel/UCOAJX8pc2fY1S5AqsXvZywg>>.

[2]. Carlos de Azevedo las enumera en su obra *Porque apareceu Nossa Senhora na Fátima*.

[3]. El testimonio aparece en la revista *Stella*, enero de 1962.

[4]. Testimonio de Angélica Maria Pitta de Morais, revista *Stella*, octubre de 1961. Lo recogen Joaquim Fernandes y Fina D'Armada en su obra *El secreto de Fátima. La historia oculta de las misteriosas apariciones y la conspiración de los jesuitas*, publicado por Nowtilus.

[5]. *Memorias de la hermana Lucía*, compilación del P. Luis Kondor, Secretariado dos Pastorinhos, Fátima, Portugal.

[6]. Ambos son autores del imprescindible libro *El secreto de Fátima. La historia oculta de las misteriosas apariciones y la conspiración de los jesuitas*.

7. LUCES POPULARES, LAS LUMINARIAS DEL FIRMAMENTO CRISTIANO

[1]. En *La España extraña*, de Javier Sierra y Jesús Callejo, aparece el caso de la Virgen de Sonsoles (Ávila), cuyo nombre proviene también de la aparición de una luminaria.

[2]. En este audio de mi sección Extremadura Infinita de RNE aparece uno de estos encuentros ovni: <https://www.ivoox.com/avistamiento-ovni-arroyo-luz-audios-mp3_rf_16835051_1.html>.

[3]. Alfonso X el Sabio se hizo eco de las palabras del apóstol a Ramiro en su *Estoria de España*: «Sepas que Nuestro Señor Jesucristo repartió entre todos los apóstoles todas las provincias de la tierra. Y a mí solo me dio España para que la guardase. Rey Ramiro, esfuézzate en tu oración y sé bien firme y fuerte en tus hechos, que yo soy Santiago. Y ten por verdad que tú vencerás mañana con la ayuda de Dios a todos esos moros...».

[4]. Reportaje «Territorio OVNI», de Lourdes Gómez Martín, en la revista *Más Allá*, n.º 276.

[5]. El responso es la oración que se reza a san Antonio para que conceda la gracia pedida por el orante. Existen diversas variantes del responso en distintas alquerías de Las Hurdes, pero vamos a reflejar el que me recitaron en Aceitunilla: «Si buscas milagros, mira: muerte y horror desterrados, miseria y demonios huidos, leprosos y enfermos sanados. El mar detiene su ira, redímense encarcelados, miembros y bienes perdidos, recobran mozos y ancianos. El peligro se retira, los pobres van remediados, cuéntenlo los socorridos, díganlo los paduanos. Gloria al Padre, gloria al Hijo y gloria al Espíritu Santo. Ruega a Cristo por nosotros Antonio divino y santo». Si bien es la más cristianizada de todas las versiones, existen otras variantes en las que se citan problemas propios de antaño en la zona, como el lobo y los estragos que causaba en el ganado. Así, en Vegas de Coria se decía: «Antonio, Antonio, Antonio. Tres veces Antonio. Tres cosas le pediste: lo muerto, resucitado; lo encomendado, guardado; el lobo, alejado. Con tres padrenuestros y un avemaría el responso me sirve de noche y de día». Ofrezco más información sobre este tema en mi libro *Las Hurdes. Frontera con lo desconocido*, publicado por la editorial Oblicuas.

[6]. Su obra puede ser consultada en la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes:
<http://www.cervantesvirtual.com/obra-visor/cronica-del-reino-de-chile--0/html/fec70e8-82b1-11df-acc7-002185ce6064_1.html>.

[7]. Puede ser consultada en esta página web de la Universidad de Chile:
<http://www.historia.uchile.cl/CDA/fh_article/0,1389,SCID%253D11308%2526ISID%253D405%2526PRT%253D11300%2526JNID%253D12,00.html>.

La iglesia y sus enigmas
Lourdes Gómez Martín

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© del texto e imágenes: Lourdes Gómez Martín

© fotografía de la portada: Shutterstock.
Diseño de la portada: Planeta Arte & Diseño

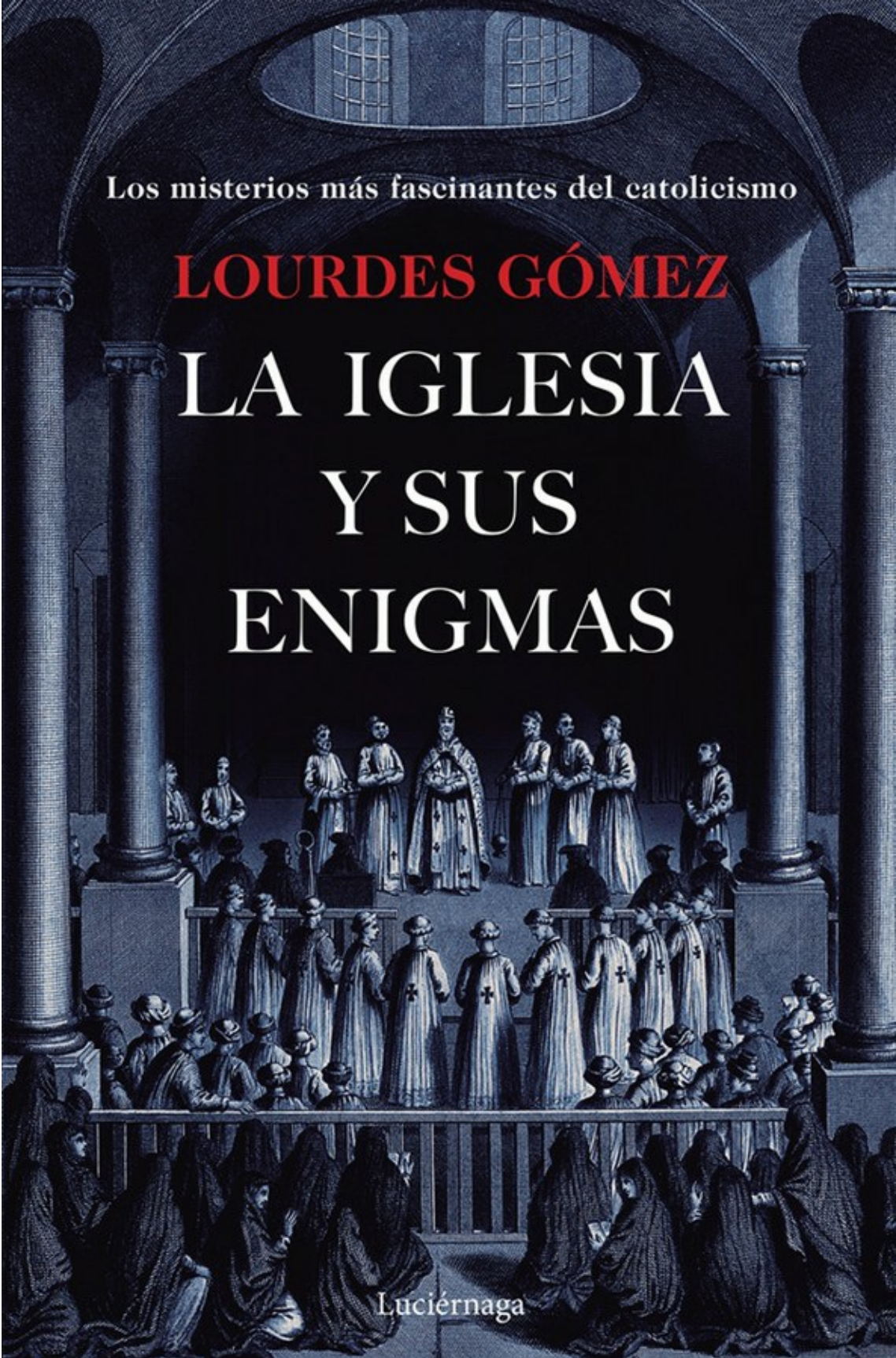
© Grup Editorial 62, S.L.U., 2018
Ediciones Luciérnaga
Av. Diagonal 662-664
08034 Barcelona
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): junio de 2018

ISBN: 978-84-17371-29-6 (epub)

Conversión a libro electrónico: El Taller del Llibre, S. L.

www.eltalldellibre.com



Los misterios más fascinantes del catolicismo

LOURDES GÓMEZ

**LA IGLESIA
Y SUS
ENIGMAS**

Luciernaga